

JUAN

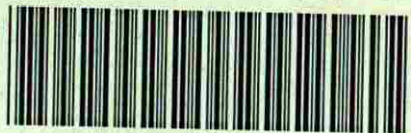
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

LÍNEA GENERAL DE BIBLIOTECA

SINUÉS
COMBATES
DE
LA VIDA

una hija
del siglo
en las
nubes

86.55
PD5567



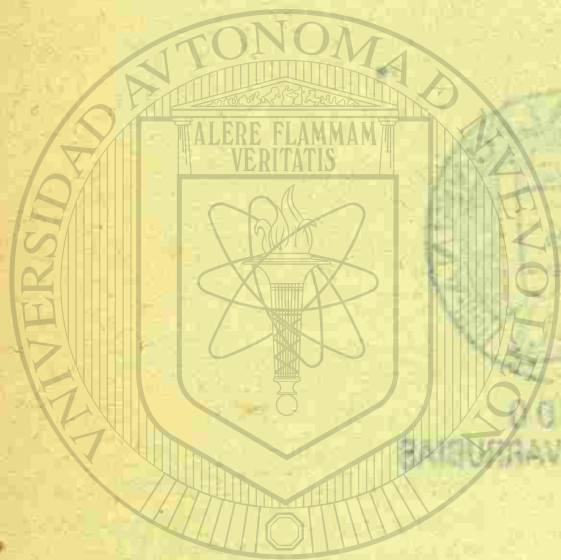
1020027405



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Clas.	N
Núm. Autor	5618c
Núm. Adg.	33882
Procedencia	8-
Precio	
Fecha	
Clasificó	67
Catalogó	

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



COMBATES
DE LA VIDA.

FONDO
DOS COPIAS ORIGINALES

DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

100504

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID.

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE M. MINUESA,
Juanelo, 19 y Ronda de Embajadores.

1876.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

863
S.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
56567
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNA HIJA DEL SIGLO.

33882



DOS PALABRAS AL LECTOR.

Los personajes de la historia que vas á conocer, han existido ; algunos de ellos existen todavía.

Una amiga respetable, y de cuya veracidad no puedo dudar, me ha referido los tristes detalles de esa borrascosa existencia, apagada á los veintinueve años ; de esa desdichada mujer, á quien la alta sociedad de Italia aclamó como modelo de distincion y de elegancia, siendo la esposa honrada y fiel de un título de Castilla: el título de *Marquesa de Valnoble*, y los nombres de *Elvira* y de *Silvia* con que sucesivamente aparece en estas páginas, me han servido para ocultar los que realmente llevó.

Quizás hay en este cuadro colores demasiado subidos ; mas no es mi débil mano quien ha trazado tan vigorosos tonos, y no me era dado tampoco dulcificarlos, pues hubiera alterado la verdad de las figuras y la belleza atrevida de las tintas.

La marquesa de Valnoble es una desdichada víctima de los errores, de los vicios, de la falta

de creencias de la época en que desgraciadamente nos ha tocado nacer: un extravío la dió la vida, y de error en error cruza su camino y llega á la tumba por medio del suicidio, que busca para llegar al puerto del descanso, sin pensar en un Dios, todo amor y perdon, que absuelve al que llora y se arrepiente: desventurada siempre, cierra el libro de su triste existencia con un crimen, cuando la juventud y la belleza parecen abrirle los horizontes más espléndidos.

—¡Hay una terrible leccion en esta historia! —me dijo la anciana señora que me la refirió, y que en su santa, ciega y humilde fé religiosa, solo halla bello lo que es bueno:—¡Es la historia de una de tantas hijas de nuestro siglo! ¡Mientras que el trabajo no se mire como el primer elemento de vida y la moderacion en los deseos no domine á las aspiraciones de la vanidad; en tanto que no se eduque á la mujer para la religion y el deber, esta desolada historia tendrá innumerables copias!

Mi anciana amiga tiene razon, y de acuerdo con sus deseos y sus apreciaciones, he llamado á este libro: UNA HIJA DEL SIGLO.

PRÓLOGO.

I.

Hará como unos cuarenta años que hácia la mitad de la calle de Silva, se elevaba en Madrid una casa de buena apariencia y que constaba de cuatro pisos.

Al decir que era de buen aspecto, conozco aún antes que el lector, que esta apreciacion es bastante lata y que no se puede medir por ella el mérito ó demérito de la casa citada: lo mismo se puede aplicar el anterior calificativo á una de esas pobres mansiones que son estrechas y altas, ahogadas en el verano y heladas en el invierno, que á un suntuoso edificio con gran patio, anchurosa escalera y cómodas habitaciones: habiendo un patio limpio y un portero, ya se dá el nombre de *buena casa* á un edificio: la de que se trata era un término medio entre aquellos dos

de creencias de la época en que desgraciadamente nos ha tocado nacer: un extravío la dió la vida, y de error en error cruza su camino y llega á la tumba por medio del suicidio, que busca para llegar al puerto del descanso, sin pensar en un Dios, todo amor y perdon, que absuelve al que llora y se arrepiente: desventurada siempre, cierra el libro de su triste existencia con un crimen, cuando la juventud y la belleza parecen abrirle los horizontes más espléndidos.

—¡Hay una terrible leccion en esta historia! —me dijo la anciana señora que me la refirió, y que en su santa, ciega y humilde fé religiosa, solo halla bello lo que es bueno:—¡Es la historia de una de tantas hijas de nuestro siglo! ¡Mientras que el trabajo no se mire como el primer elemento de vida y la moderacion en los deseos no domine á las aspiraciones de la vanidad; en tanto que no se eduque á la mujer para la religion y el deber, esta desolada historia tendrá innumerables copias!

Mi anciana amiga tiene razon, y de acuerdo con sus deseos y sus apreciaciones, he llamado á este libro: UNA HIJA DEL SIGLO.

PRÓLOGO.

I.

Hará como unos cuarenta años que hacía la mitad de la calle de Silva, se elevaba en Madrid una casa de buena apariencia y que constaba de cuatro pisos.

Al decir que era de buen aspecto, conozco aún antes que el lector, que esta apreciacion es bastante lata y que no se puede medir por ella el mérito ó demérito de la casa citada: lo mismo se puede aplicar el anterior calificativo á una de esas pobres mansiones que son estrechas y altas, ahogadas en el verano y heladas en el invierno, que á un suntuoso edificio con gran patio, anchurosa escalera y cómodas habitaciones: habiendo un patio limpio y un portero, ya se dá el nombre de *buena casa* á un edificio: la de que se trata era un término medio entre aquellos dos

extremos : de regular capacidad, pues tenia cuatro balcones de frente, el patio era bastante grande, la escalera estaba blanca y limpia á la par que era ancha, y el portero daba honor á la casa por su aspecto respetable y tambien por sus largos bigotes blancos, que le anunciaban como uno de los veteranos de la guerra de la Independencia.

Aquel importante personaje, puesto que lo era hasta el punto de que nadie podia pasar sin hablarle, estaba casado ; su esposa era tan amable y habladora, como él silencioso y frio; de tan poca talla como él alto, y tan gruesa como él flaco : mas como es cosa averiguada que muchas veces del mismo contraste nace el afecto, ambos cónyuges se llevaban muy bien, se amaban y vivian en la mayor paz y armonía del mundo.

El señor Pedro gruñía con todo el mundo, menos con su mujer.

La señora Antonia era dulce para todos, y sobre todo, para su marido.

Eran las dos de una bella tarde de invierno; el sol alegraba á la tierra y lucia en el firmamento con todo su esplendor ; la señora Antonia se ponía su manton de cuadros y su mantilla de lana negra en la oscura portería, especie de nido, que tenia salida á un patio interior, del cual recibia la luz.

El señor Pedro fumaba su tabaco á la puerta de la calle.

—Pero, mujer, ¿por qué no vienes á sentarte aquí?—preguntó el portero.

—Ya voy...—respondió la voz de falsete de su digna consorte.

—Tres veces me has contestado lo mismo.

—Ahora iré.

Hubo un rato de silencio.

De repente se oyó abrir una puerta en el cuarto segundo y un paso ligero resonó en la escalera, á la vez que un vestido de seda.

Casi al mismo tiempo salió la señora Antonia de la portería, con su mantilla cruzada sobre el pecho.

El señor Pedro se volvió, la miró con enojo, y exclamó airado:

—¿Qué es esto? ¿Volvemos á las andadas?

—Vamos, Pedro, no te enfades,—dijo dulcemente su mujer;—por hoy no tengo otro remedio que acompañar á la señorita.

—¡No la acompañarás!

—La pobre tiene que ir á ver á su tia.

—¡Que vaya sola! ¿Te parece bien el papel que haces tú? ¿Te parece bien que entre las dos estén ustedes engañando á su madre? Pero, en fin, esto te lo he dicho ya mil veces, y nunca basta al parecer... ¡Te digo que no irás!

—¡Calla, hombre, por Dios, que baja,—exclamó con voz suplicante la señora Antonia :—¡No oyes sus pasos en la escalera?

—Los oigo, y no me importa que ella me oiga á mí: si ese caballero la quiere, que venga á su casa...

—¡No querrá la madre de la señorita!

—¡No quiere él! La pobre señora lo que desearía sería ver á su hija colocada; pero él no quiere ni casarse, ni aún que esa pobre madre parálitica le vea!

—En fin, Pedro, yo lo hago por la señorita Elvira: me dá pena verla ahí siempre atareada, cosiendo y bordando, y llorando así que su madre no la ve; ¡la pobre niña es bien desgraciada!

—¡Pues sábeta que tú la harás más!

—¡Yo!

—¡Sí, tú! ¡Para un novio como ese, valia más que no le tuviera!

—¡Eso no! Para las muchachas, lo primero es tener novio: esto las consuela de todo: ¡niña sin novio, es como cuerpo sin alma!

La persona objeto de esta contienda conyugal, llegaba entonces al fin de la escalera.

Era una bella jóven que podría contar, á lo más, diez y ocho años, según la esbeltez de su linda figura y la gracia casi infantil de sus facciones.

Grandes ojos oscuros, y que participaban del gris y del azul se abrían bajo una frente más bien estrecha que ancha y bajo unas cejas de negra seda: sus cabellos, de un castaño oscuro con

algunos reflejos dorados, se conocía que iban en breve á volverse negros como sus ojos y sus largas pestañas; una boca encarnada y guarnecida de una preciosa dentadura, una nariz griega y una barba fina y adornada de un gracioso hoyito, daban á su cara una gracia indecible y de la que era muy difícil defenderse.

Sin embargo, la altivez estaba impresa en el perfil de su rostro encantador, en la expresión un poco seria de su boca y en su mirada, que tenía por otra parte una dulzura infinita, debida á sus largas y sedosas pestañas, que formaban una doble curva.

Su traje, de seda negra, estaba ya bastante usado; pero lo llevaba con una gracia y una distinción incomparables; su estatura, que era mediana, y su talle de ninfa, adquirían una dulce majestad envueltos en los pliegues flexibles y brillantes de su traje: se componía este de una falda lisa y de una manteleta de graciosa hechura, completándolo un velo de tul liso.

Al notar el altercado que tenía lugar entre los dos consortes, se detuvo cortada y confusa, y un subido carmin invadió sus mejillas redondas y del más correcto dibujo: el señor Pedro, al verla, se dirigió á ella y le dijo con respeto, pero con entereza:

—Señorita, mi mujer no puede acompañar á usted más: no quiero que sea responsable de lo

que pueda suceder; pero como ni ella ni yo queremos afigirla, seré yo quien la acompañe, para que no se prive de salir.

El señor Pedro entró en la portería, cambió su chaqueta por una levita de largos faldones, su gorra por un sombrero de copa, rojo ya en fuerza de sus largos servicios, y dijo á la jóven:

—Cuando usted guste, señorita.

Elvira envió á la señora Antonia una triste mirada, y esta le contestó con un gesto de no ménos triste resignacion.

II.

La casa á donde se dirigia la jóven estaba situada hácia la mitad de la calle de Hortaleza, y por consiguiente, bastante cerca de la que ella habitaba: al llegar á la esquina de la de Silva, el señor Pedro, que tenia una vista de lince, apercibió á un caballero parado cerca en la acera y que miraba al camino que traia él con la jóven.

Así que los vió, se acercó á ella, no sin que la ocasionase gran espanto.

El señor Pedro se irguió en toda la majestad de su estatura, y dijo al que acababa de aproximarse:

—¡Caballero, retírese usted!

—Amigo mio,—respondió el interpelado,—le

suplico que me permita decir dos palabras á la señorita Elvira...

—¡Ni una! ¡yo no soy mi mujer!...

—Ya lo veo,—contestó el que esperaba con una burlona sonrisa;—y llevando la mano al bolsillo del chaleco, sacó una moneda de oro, prevenida sin duda al efecto, y quiso tomar la mano del adusto portero para ponerla en ella con disimulo.

Este, que habia visto el movimiento harto significativo del caballero, retiró la mano que buscaba aquél, y una generosa indignacion subió á sus flacas mejillas.

—Solo una cosa quiero saber: ¿mi mujer, ha admitido alguna vez dinero de usted?

—No, señor Pedro,—contestó Elvira:—no ha tenido el señor baron necesidad de ofrecérselo; ¡es tan buena y tan complacientel...

—¡Demasiado!—dijo entre dientes el anciano;—en cuanto á mí, añadió, puede V. guardar su dinero, señor baron, y sepa que por todo el oro del mundo no conseguirá acercarse á la señorita cuando esta vaya conmigo, añadiendo que no lo gratará ya mi mujer acompañarla: ahora retírese usted, ó llamaré á un guardia para que le haga separarse de aquí.

El personaje á quien Elvira habia llamado señor baron, envió al viejo portero una mirada de cólera y desprecio, otra llena de promesas á

la jóven, y volviendo la espalda desapareció.

Elvira y el señor Pedro siguieron su camino sin hablar una palabra: la jóven llevaba de cuando en cuando el pañuelo á los ojos para enjugar las lágrimas, que no podía contener.

Algunas horas despues, y cuando ya era noche bien cerrada, Elvira volvía á su casa, acompañada de una criada de su tía: el baron se reunió á ella á los pocos pasos y la acompañó hasta la puerta de su casa: así que estuvo á su lado, se entabló entre ambos el diálogo siguiente:

—Ya lo ves, Elvira: se me han cerrado todos los caminos de verte, y es forzoso que vaya á tu casa: yo quería esperar algunos dias más antes de dar este paso, pero no es posible.

—Te confieso que doy gracias á Dios de que lo haya dispuesto así,—dijo Elvira:—el vernos de la manera que lo hacíamos, era muy desagradable y muy comprometido: mi madre está muy enferma, y si se agravase, acaso no podría ya conocerte...

Un sollozo cortó la voz de la pobre jóven: el baron guardó silencio y ella prosiguió:

—Andrés, temo á cada instante que la muerte me arrebatte á mi madre, mi solo amparo en la tierra: la parálisis sube más cada dia, y acaso en un instante cercano llegue al corazón... Entonces estoy sola en el mundo...

—¿No te resto yo?...

—Si me engañaras...

—¿A qué hacerme esa injuria?

—Eres rico y de elevada clase... y yo soy una infeliz criatura, sin presente, sin porvenir...

—Tu cuna es noble tambien, y tu padre, honra de la marina española, murió cubierto de laureles; tu alma es tan bella como tu rostro... ¿Qué importa que seas pobre? Yo me haré una gloria de darte mi fortuna con mi nombre...

—¿De veras?... ¿Te casarás conmigo?

—¿No te lo he jurado por todo lo que respeto en la tierra y en el cielo?

—¿Te creo, te creo!—dijo Elvira estrechando la mano del baron:—¿por qué habías de engañarme? ¿eso sería cruel é infame!

—Serás la baronesa de Valderobles, así que tu madre quiera señalar el dia.

—Adios,—dijo Elvira;—y ven mañana para que te conozca esa sombra respetable, único amparo que me queda en el mundo.

—Mañana, á las dos de la tarde, estaré llamando á tu puerta.

Besó la mano de Elvira, que entró en su casa; puso en manos de la criada que había acompañado á la jóven una moneda de plata, y se alejó rápidamente.

III.

Elvira vió en la portería una de las vecinas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de las boardillas de su misma casa; pero no hizo alto en esta circunstancia, y subió la escalera presurosa y deseando ver á su madre, á la que adoraba, y de la que estaba separada hacia ya algunas horas.

La señora Antonia fué la que acudió al sonido de la campanilla.

—¿Y mamá?—preguntó Elvira, que entraba con el rostro radiante de alegría por la promesa solemne que acababa de oír de los labios del baron.

Antes de que la buena mujer respondiese á esta pregunta, apareció la adusta figura del señor Pedro, y dijo á la jóven con acento conmovido:

—¡Venga usted, señorita, venga usted!

—Voy á ver á mi madre... pero ¡Dios mio! ¿qué sucede? ¿qué pasa aquí? ¿está peor? yo quiero verla... déjenme ustedes pasar.

—Luego, señorita; ya entrará usted: le ha dado un desmayo... no será nada...

—¡Madre mia!... ¡Madre mia!—gritó Elvira desprendiéndose violentamente de los brazos que la sujetaban, y corriendo al cuarto de su madre.

Hallóse allí con el más triste espectáculo: en un ancho sillón, una dama que conservaba su noble aspecto, hasta en los umbrales de la tumba, yacía inmóvil y con la palidez de la agonía en el semblante; su bella cabeza, cubierta de espesos

cabellos casi blancos, estaba caída hácia atrás; á pesar de estar cerrados sus ojos, se conocía que eran rasgados, dulces y hermosos; todas sus facciones tenían el sello de una rara belleza, y sobre todo, de una distincion casi régia; estaba envuelta en los anchos pliegues de un hábito carmelita hecho en forma de bata y entretelado, para preservarla del rigor del frio; una toquilla de crespon negro cubria su pecho y se anudaba con una elegancia que las angustias de la agonía no habian podido alterar.

En la habitacion, que era capaz y bien alumbrada por un balcon durante el dia, ardía uno de esos velones de bronce de dos mecheros y dos pantallas, que constituian entonces el lujo de la época; un brasero de azófar con tarima de lo mismo, todo brillante como el oro, caldeaba la estancia con su contenido de rojas ascuas; una buena sillería, una cómoda de piés torneados, sobre la que se veía un hermoso reloj de bronce, construido á principio del siglo, y al alcance de la mano de la dama, un velador que contenia libros de oraciones y un rosario de coral engarzado en oro, componian el mueblaje de aquel aposento, esterado con la modestia propia de aquel tiempo, y que respiraba nobleza y decencia de costumbres, hábitos de exquisita educacion, y una escasez combatida con tanta dignidad como valor.

Elvira fué á arrojarse desolada á los brazos de su madre: más el médico, que de pié al lado del sillón contemplaba tristemente á la enferma, contuvo su impetuoso movimiento.

Entonces Elvira se dejó caer sollozando delante de aquel mismo sillón, y asió una de las manos, ya frías, de su madre.

—¿Se ha confesado?—preguntó el médico á la señora Antonia.

—Esta mañana, señor,—respondió esta:—el señor cura de San Martín vino, según acostumbra, el 15 de cada mes.

—Que avisen al instante para que venga la unción de la parroquia.

—¿No hay, pues, remedio?—preguntó el señor Pedro angustiado.

—Ninguno: la parálisis ha llegado al corazón.

—¿Cuándo se ha puesto así mi madre? ¿Por qué no han ido á buscarme?—exclamó Elvira deshecha en llanto.

—No hace media hora que le ha dado el accidente, señorita,—contestó el doctor.

En aquel instante la enferma abrió los ojos, vió á su hija y llevó débilmente una mano á la cabeza de Elvira.

—¡Mamá!—exclamó esta:—mamá mía, ¿me oyes? ¿Me oyes? ¡Soy yo, tu hija!

Una débil sonrisa apareció en los labios de la pobre viuda; la jóven se levantó y acercó su

rostro fresco y encantador al lívido de la agonizante señora.

Esta atrajo hácia sí por un supremo esfuerzo aquella cabeza querida, y apoyó en ella sus labios.

En aquel momento entró el cura párroco de San Martín, conduciendo la unción, que administró al instante á la moribunda; después se sentó á su lado y empezó á rezar las oraciones de los agonizantes.

Un instante después, la moribunda se agitó ligeramente, alzó los ojos al cielo, los volvió hácia su hija, siempre arrodillada á los piés del sillón, y exhaló un débil suspiro. Era el último.

El sacerdote se arrodilló y todos le imitaron, ménos Elvira, que sucumbiendo al exceso de su dolor, lanzó un grito y cayó privada de sentido.

IV.

Dos meses más tarde, una jóven vestida de luto se paseaba en el jardín de una casita de campo situada en las cercanías de Madrid. Abril vestía ya las praderas de verdor, y las violetas perfumaban el ambiente: grandes árboles cargados de flor, prometían abundante y sabroso fruto, y al fin de una calle entoldada y guarnecida de vides, se elevaba un sencillo cenador lleno de clemátidas, de heliotropo y de resedá.

La jóven se paseaba bajo la bóveda de follaje: era bonita y delicada, pero estaba pálida y

triste. Despues de dos ó tres vueltas se sentó en uno de los sofás rústicos del cenador, é inclinó la cabeza sobre el pecho con una actitud llena de abatimiento.

Algunos instantes hacia que permanecia así, cuando se oyó el paso de un caballo que venia al trote: el semblante de la jóven perdió algo de su tristeza, y se volvió hácia una puerta pequeña que habia en un ángulo del jardin.

Un instante despues, rechinó una llave en la cerradura: un caballero entró llevando un caballo de la brida, y despues de atar al animal á un árbol, se adelantó hácia la jóven, que por su parte habia hecho ya la mitad del camino.

—¡Elvira!—exclamó corriendo á abrazarla.

Ella no le devolvió la caricia; abatida y triste, permaneció inmóvil.

—¿Por qué has dejado de verme estos tres dias?—le preguntó:—¿no sabias la inquietud mortal en que debia estar?

—No ha sido menor la mia; pero me fué imposible dejar á Madrid.

—Ven,—dijo Elvira tras algunos instantes de silencio;—ven, Andrés, tenemos que hablar.

El baron de Valderobles, pues ya le habrán conocido los lectores, hizo un gesto de violenta contrariedad y la siguió al cenador, donde se sentó, haciéndolo ella á su lado.

—Andrés,—empezó la jóven con acento grave

y triste;—á la muerte de mi madre, casi alteraça la razon con el dolor que su pérdida me ocasionó, y recordando la promesa solemne que me habias hecho de casarte conmigo, cedí á tus ruegos y te seguí á este retiro donde durante un mes, debo confesarlo, te he debido las más delicadas atenciones, los más dulces consuelos; pero hace ya otro mes que has cambiado por completo: te hallo preocupado y frio; parece como que te sirvo de peso, y esta idea llena mi alma de una mortal zozobra; sé franco y leal; habla: ¿has dejado de amarme? Si es así, no seré yo quien te obligue á formar un lazo que ya no es grato á tu corazon; no, mi carácter es demasiado altivo para eso; si tu amor ha decrecido, eres libre; no oirás de mis lábios una reconvenccion, y mañana mismo saldré de este apacible retiro, que abriste á mi desamparo y orfandad.

El baron guardó algunos instantes de silencio, en tanto que la jóven esperaba su respuesta con el pecho palpitante y los ojos bajos.

—¿Y adónde irás si sales de aquí?—preguntó al fin mirándola con alguna confusion.

Elvira se estremeció; la triste verdad apareció á sus ojos. Si Andrés la hubiera amado, sus primeras palabras hubieran sido para asegurárselo.

Dos lágrimas corrieron por sus mejillas; pero, enjugándolas con un valor orgulloso, respondió:

—No pienses en eso; nada te importa, roto el lazo que nos ha unido.

—Pero careces de recursos, y...

—¡Basta, caballero!—exclamó la jóven levantándose:—tengo el valor y la voluntad de trabajar, y en último caso, tendré también el valor de morir; ya ve usted que para nada le necesito, y que me puede decir adios para siempre.

—Sea como tú quieras,—dijo el baron;—tú eres la que rompes nuestros lazos: esta casa estará aún á tu disposición durante quince días; yo marche esta noche á París. Adios, Elvira.

Al decir estas palabras quiso tomarle una mano; pero Elvira, rígida y muda, la retiró, le midió de alto á bajo con una ojeada de desprecio, y volviéndole la espalda, se alejó por una calle de árboles con paso firme y mesurado.

—Estos caracteres soberbios tienen la ventaja de resolver pronto y bien las situaciones,—pensó el baron;—con otra mujer me hubiera sido más difícil salir del paso. ¡Viva la libertad!

Fué á donde estaba su caballo, lo desató, salió al camino por la puertecilla que le había dado entrada, y montando, se alejó con trote más rápido del que había traído al venir.

V.

¡Qué largas, qué tristes son las primeras horas del dolor!

Elvira sentía á su corazón deshacerse en lágrimas dentro de su pecho; una mano de hierro se lo estrujaba, pero el llanto no subía hasta sus ojos; aquella naturaleza enérgica no tenía el alivio de la queja; así como no había hallado reproches que dirigir al baron, á pesar de su infame perjurio, tampoco hallaba ahora suspiros y lágrimas.

Con el semblante teñido de palidez, encerraba en un pequeño cofre los pocos objetos que le pertenecían y que estaban diseminados en la linda estancia que había ocupado y que iba á dejar para siempre.

Aquella quinta no era propiedad del baron de Valderobles, sino de un amigo suyo, que no la ocupaba y que se la había cedido; pero acercándose ya el tiempo en que debía ir á habitarla con su familia, y no pensando el baron en manera alguna realizar su casamiento con la huérfana, pasado el capricho que le había inspirado, se veía en una situación difícil de resolver, atendiéndole á que deseaba desembarazarse de Elvira, y esta había dicho que no quería dejar aquel retiro, que creía propiedad del baron, hasta después de su casamiento.

Ya se ha visto cómo el carácter altivo de la jóven le dió la libertad, que no sabía de qué manera conquistar.

¿Era un malvado el baron de Valderobles?

No: era solamente uno de tantos hombres ociosos, y por lo mismo, aburridos de la vida antes de haber salido de los límites de la juventud; la privación de ver á Elvira acreció su afición hácia ella, nacida de la admiración que le causó su hermosura el primer día que la vió en la calle; quizá se hubiese casado con ella viviendo su madre, ya que de otro modo no podía llegar á su posesión; pero la orfandad y la desgracia le erigieron en árbitro del destino de la jóven, y toda idea de unión indisoluble huyó de su mente.

Elvira no tenía ni un espíritu cultivado, ni un gran talento; era una niña buena, sencilla, llena de nobleza y de abnegación, pero dotada también de una gran altivez de carácter. Tal esposa, que era además muy pobre, no convenía en manera alguna al elegante y libertino barón de Valderobles, lleno de vanidad, de pretensiones y de ambición.

Huérfano desde la cuna, dueño de una cuantiosa fortuna y fiado á los cuidados de un tutor que se cuidaba muy poco de él, disfrutó, niño aún, de la libertad más completa, y se cansó de todo muy pronto; cuando conoció á Elvira, había amado ya además con el único amor de su vida; poco más de cinco años hacia que había estado cerca de unirse en matrimonio con una jóven española que residía en París, donde él pasaba largas temporadas; pero al ir á verificar su

enlace había desistido también, pues aborrecía todo lo que pudiese coartar su libertad.

Tenía entonces cerca de veintiocho años; cinco más, pasados en la vida del libertinaje, endurcieron del todo su corazón, y cuando durante una corta estancia que hizo en Madrid, le conoció Elvira, era ya incapaz de ligarse con un compromiso sagrado, aquel hombre que en nada creía, que nada respetaba.

Elvira tenía diez y siete años; el barón treinta y tres; eran la rama fresca y florida, y el tronco carecomido y disecado por el gusano feroz del egoísmo, por el culto del yo.

Una dolorosa intuición hizo comprender á la desgraciada niña la terrible verdad; sin darse cuenta de las peripecias, tocaba el resultado; ninguna esperanza abrigaba; su corazón estaba destrozado, y destrozado para siempre jamás.

Cuando acabó de recoger su escaso y pobre equipaje, llamó á un criado, le ordenó que tuviese cuidado de bajarle al patio, pues estaba cerca la hora en que pasaba un carruaje que llevaba asientos de Fuencarral á Madrid, y ella misma se recostó en la ventana, espionando la llegada del coche.

No tardó este en llegar; se cargó en la zaga el pequeño baul, salió Elvira, y esta, con una señora de edad avanzada, que era la única viaje-

ra que traía el coche, se apearon en la posada en que paraba aquel.

Elvira pidió un cuarto de los más baratos: su compañera de viaje, que era una mujer vulgar, un tanto resentida del obstinado silencio que habia guardado todo el camino, no la dirigió ni una palabra de despedida, ni un ofrecimiento; la joven tenia fiebre y se acostó así que le dieron su habitacion, rechazando todo alimento y toda conversacion.

Al día siguiente no se pudo levantar; su cabeza ardia, su cuerpo temblaba; la dueña de la posada subió y le preguntó rudamente si no tenia algun pariente en Madrid, añadiendo que no podia permanecer en su casa.

Elvira hizo un esfuerzo supremo para reunir sus ideas y dió las señas de su tia, en la calle de Fuencarral; pero á través de las nieblas de la fiebre, que llenaban su cerebro, se dijo que su tia, airada, no querría verla; así es que añadió:

—Si me pongo peor y mi tia no viene, llévenme ustedes al hospital, pues á nadie más tengo en el mundo.

Quince días despues, la desdichada joven abrió de nuevo los ojos á la luz; un semblante dulce y benévolo se inclinaba hácia ella: era el de su buena tia; esta la abrazó tiernamente y le dijo que así que estuviera algo más aliviada, la trasladarian á su casa.

—Entre tanto,—añadió,—yo continuaré á tu lado como hasta aquí: la hermana de tu padre ha deplorado tu falta, pero en su corazon solo hay perdon y cariño para tí; sí, querida mia, en tanto que tú huías de mi lado yo te conservaba tus pobres recursos, y aunque poco, tienes algo de que disponer; el producto del mobiliario de tu buena madre está en mi poder, y es tuyo; además tienes tu pension de orfandad, y á mi lado puedes vivir tranquila, ya que no feliz.

Algunos días despues, Elvira partió con su tia, convaleciente ya de su larga enfermedad, que habia durado dos meses.

Pero ocho días despues, la buena señora la buscó en vano: solo halló encima de la cómoda de su cuarto la siguiente carta:

«Perdóneme usted, mi querida y respetable tia, el partido extremo y desesperado que he tomado: necesito un padre para el hijo que llevo en mi seno... Es mi deber buscarle, y lo conseguiré ó perderé la vida en el cumplimiento de ese deber, ya que he desatendido otros tan sagrados.

«Su corazon, tan bueno, tan generoso, tan noble, me comprenderá; hay faltas graves que traen en pos de sí graves y amargas obligaciones.

«Adios, mi querida tia: mi modesta pension sabrá usted á donde ha de remitirla, así que yo

tenga asilo en París; la pequeña suma que usted me entregó, producto de la venta de los muebles, me servirá para los gastos del viaje y de instalación.

«La abraza y la bendice su amantísima y agradecida

ELVIRA.»

Este segundo golpe fué terrible para la desgraciada señora; ocho días después, descansaba en el cementerio; murió perdonando á Elvira sus extravíos y su ingratitud.

VI.

Tres meses después, una joven pálida y adelgazada, se hallaba sentada al lado de una mesa en el fondo de un mísero aposento perteneciente á un *hotel garni* de la calle del Cardenal Mazarino.

El aspecto de la habitación no podía ser más triste: el antiquísimo reloj colocado sobre la chimenea, y cuya máquina estaba descompuesta, no señalaba la hora, pero podrían ser las diez de la noche; una vela de sebo puesta en un sucio candelero de estaño, alumbraba débilmente la estancia.

En un ángulo se veía un pobre lecho cubierto con una colcha descolorida; una cómoda, un viejo buró y un lavabo muy deteriorado, con un

sillon desvencijado y algunas sillas, componían todo el mueblaje; sobre la chimenea había un pequeño espejo cuadrado, incrustado en la pared.

La pobre habitadora de aquel aposento era Elvira; hallábase vestida de luto; su rostro demacrado no presentaba ya señal alguna de belleza; parecía haber vivido veinte años en el breve espacio de tiempo trascurrido desde que salió de Madrid.

En aquel instante parecía esperar alguna cosa con una ansiedad mortal; ocupaba el viejo sillon colocado al lado del buró, y apoyaba la mejilla en la palma de su descolorida mano; pero de cuando en cuando levantaba la cabeza y se ponía á escuchar con ansiedad.

Por fin se oyeron algunos pasos en el oscuro corredor que precedía al aposento. Elvira se levantó y corrió á la puerta.

Esta se abrió antes de que ella llegase, y una mujer apareció en el umbral, trayendo en la mano un paquete de tela blanca.

—¡Vamos! ya hay aquí costura,—dijo dejándole sobre la cómoda.

—¡Gracias á Dios!—murmuró Elvira alzando los ojos al cielo con expresión de la más viva gratitud.

—Sí, sí, alégrese usted,—repuso la recién llegada, que era la dueña del hotel, y cuya dura y vulgar fisonomía y sórdido traje la hacían re-

pugnante hasta el extremo:—¿piensa usted que esto puede durar así? Lo que usted cose llega apenas para pagarme su gasto diario; ¿y los atrasos de la enfermedad?

—¡Dios mío! si yo no sé qué hacer... ese hombre no contesta á ninguna de mis cartas... y yo me siento otra vez tan mala, tan débil...

—¿Va usted á caer enferma de nuevo?

—¡No lo permita Dios!...

—Pues lo permitirá si usted no pone el remedio.

—¿Y qué he de hacer, mi querida madama Duval? ¿No trabajo cuanto puedo? ¿No paso las noches cosiendo á la luz de una vela, que me hace perder la vista?

—¡Solo faltaba que la pusiese yo á usted una lámpara solar!

—Yo no pido eso.

—¡Lo mismo sería! lo que la digo á usted, hija mía, es que no se trata de trabajar.

—¿Pues qué he de hacer?

—No trabajar; justamente lo contrario de lo que hace; ¿por qué le pone usted la cara tan seria al vecino de enfrente? ¿No tiene un hermoso almacén de novedades?

—No hablemos de eso,—dijo Elvira con angustia;—veamos la labor que usted trae.

—Poca cosa: seis chambras y seis camisas, y durante mucho tiempo se acabó.

—¿Cómo! ¿no traerá más trabajo?

—No, señorita; ya está bien provisto el almacén por ahora y durante largo tiempo.

—Yo buscaré en otro... Además, sé hacer flores é iré á pedir ocupacion á una florista; no me desanimo, madama Duval; yo procuraré trabajar para pagarle á usted.

La pobre Elvira deshizo el paquete, sacó una pieza de tela cortada y se puso á coser con afán febril y doloroso.

La huéspedela la miró durante un instante, y en su grotesco rostro se retrató una conmiseración profunda.

—Pero, señorita, ya que ese hombre no contesta á las cartas de usted, ¿por qué no va á verle?—preguntó despues de un instante.

—¡A verle yo!—exclamó Elvira.

—¿No sabe usted dónde vive?

—Sin duda...

—Pues vaya usted á verle, como le digo.

—¡No, no! pasará acaso por esa humillacion cuando haya nacido mi hijo... por él solo... y lo miraré como el cumplimiento de un deber doloroso; por mí... jamás.

—Esos escrúpulos la tienen á usted tan mal.

—Acaso tiene usted razon... pero no puedo vencerlos... En fin, prefiero salir á buscar labor... y mañana mismo lo haré... bastante ha hecho usted ya por mí, mi querida madama Duval...

La huéspedada salió enjugándose dos lágrimas.
—Es un ángel,—dijo;—pero toda su vida estará en la desgracia; el siglo no es de ángeles!

VII.

Han pasado cuatro meses más.

Elvira, alojada en la misma casa, ocupa una habitación mejor y más alegre; los muebles no están tan viejos como en la anterior; cortinas de persa caen delante de la ventana; cerca de la misma se ve una mesa redonda llena de flores artificiales, ya terminadas, ya á medio armar; el lecho es mejor y luce blancas cortinas: una estufa da calor á la habitación, y á poca distancia se vé una cuna, en la que, entre limpias, aunque modestas ropas, descansa una graciosa criatura, cuya existencia no llega á un mes.

La niña tiene ya cabellos oscuros y grandes ojos, que aunque cerrados, parecen muy hermosos; su madre, sentada al lado de una mesita, termina una carta concebida en estos términos:

«Eres padre; ya que no por mí, mira por tu pobre hija. Por ella te he seguido é importunado; en cuanto á mí, jamás hubiera tratado de despertar tus recuerdos; pero ella... ella no tiene otra protección que la tuya sobre la tierra...»

Elvira cerró esa carta, tocó la campanilla, y la misma gruesa Mad. Duval, que ya conocemos, acudió á su sonido.

—¿Ya está?—preguntó.

—Sí, señora; tome usted.

—¿Cree usted que vendrá?

—Lo espero y se lo ruego á Dios con todo el fervor de mi alma... ¡Oh! si no viniera...

—Si no viniera volvíamos á la angustiosa situación de que momentáneamente salimos con el producto de sus flores... los días que ha estado enferma, han consumido sus pocos ahorros; yo también estoy muy atrasada.

—Esperemos en Dios,—dijo dulcemente Elvira,—y lleve usted esta carta, querida señora; yo creo que el baron vendrá; pero si no viniese, yo dejaré su casa de usted, pues ya no quiero serle más gravosa.

—¿Y á dónde irá usted?

—No lo sé; pero me iré de su casa.

—Si el corazón de ese hombre se enternece, todo está remediado; y yo también lo espero como usted, señorita; desde que se venció usted á irle á esperar á la calle, á hablarle, me recibe más humanamente; antes era una fiera...

—¿Me he doblegado á tanto por mi hija!—murmuró la jóven:—¡á no ser por ella, antes me hubiera dejado morir!

Madama Duval salió con la carta, y Elvira, sentándose delante de la mesa de sus flores, se puso á trabajar, despues de haber besado tiernamente á su pequeña hija.

La tarde pasó así. Elvira alzaba de cuando en cuando la cabeza de su trabajo, escuchaba con profunda atención, y volvía á su tarea con un movimiento de tristeza.

Cerca ya de las cuatro, y cuando la luz del día empezaba á caer, se oyeron en la escalera los pasos de un hombre; la jóven se levantó por un movimiento convulsivo; los pasos se acercaron, resonaron en el corredor, se abrió la puerta, y un hombre de arrogante y severa figura apareció en el umbral...

Casi sin mirar á Elvira, se dirigió á la cuna, contempló á la niña, y dijo friamente:

—¡Es muy bonita!

—¡Y qué!— exclamó la jóven con vehemencia; —¿todo eso tiene usted que decir? ¿Solo eso se le ocurre?

—¡Y qué quieres que te diga, querida Elvira?— preguntó con su helada sonrisa.

—¡Mi hija necesita un padre, un nombre en la sociedad!

—¡Cómo! ¿Una boda? ¿Quieres casarte conmigo? ¡Es imposible! Desde que no nos vemos he tomado horror al santo estado; además, mi corazón ya no es tuyo... ni aun mio...

—Yo no le exijo que se case conmigo,— dijo la pobre jóven, cuyos ojos se llenaron de lágrimas;

—lo que le pido á usted es que reconozca á su hija!

—Ya hablaremos de eso; volveré muy pronto;

entretanto, Elvira, en manos de tu Mercurio con las faldas dejaré con que atender á vuestras necesidades. Ahora, adios; no puedo detenerme más.

Salió, dichas esas palabras, y el ruido que hizo al cerrar la puerta, se confundió con el que produjo el cuerpo de Elvira al caer rendida á una congoja mortal.

Casi en el mismo instante entró madame Duval, trayendo en la mano una gran bolsa de seda, llena, al parecer, de monedas de oro. Su ancho rostro rebosaba de alegría; mas á la vista de la jóven inanimada, aquella expresión se apagó, sustituyendo á ella la de una pena profunda.

Dejó el bolsillo sobre la mesa y se acercó á Elvira, levantándola y reclinándola en el lecho, donde la prodigó toda clase de cuidados.

La jóven, sin embargo, tardó mucho rato á volver en sí. Al abrir los ojos, su primera mirada fué para su hija, y alzó la vista al cielo, después de haberla contemplado como pidiéndole valor y resignación.

Al día siguiente, Elvira, sentada delante de su mesa, y al parecer bastante tranquila, seguía trabajando en su flores: su huésped se había guardado el bolsillo del baron para cobrarse de sus adelantos; tal había sido el deseo de Elvira; pero la buena mujer contaba con dividir aquella suma con la jóven, que tendría que aceptar, obli-

gada por la apremiante necesidad de vivir y de cuidar de su hija.

IX.

Algunos días se pasaron así. Elvira, sujeta á un trabajo asiduo, seguía en su aparente tranquilidad, y no obstante, enflaquecía de una manera espantosa, sus ojos se hundían y sus mejillas tomaban las tintas del alabastro.

La tristeza, engendrada por la ruina de todas las esperanzas, se convierte en enfermedad y puede dar la muerte; no será una de las menores ocupaciones de la fisiología actual la de investigar por qué vías, por qué medios, *un pensamiento* llega á producir la misma desorganización que un veneno, y cómo la desesperación cambia todas las condiciones de la más fuerte vida.

Elvira, sin presente, sin porvenir, sin esperanza, se dejó caer en brazos de ese desaliento amargo que cierra las puertas á todo pensamiento consolador; su vida se terminaba, pero este trabajo lento de dolor, fué alterado de repente sus condiciones por un acontecimiento imprevisto.

Una tarde, madame Duval entró sofocada, se dejó caer en una silla, y exclamó:

—¡Es una infamia!

Elvira, que mecía á su hija, y que estaba absorta en el negro abismo de sus pensamientos, ni siquiera la oyó.

—¿Sabe usted lo que ha hecho ese hombre?— preguntó la huéspedá volviéndose hácia ella.

—¡Qué hombre?—dijo Elvira.

—El baron.

La jóven se estremeció, pero guardó silencio.

—Pues bien; se ha marchado á Milan...

Una ola de sangre subió á las mejillas de la jóven; era el último golpe que le reservaba su aciaga suerte.

—¡Se ha marchado!—repitió como un eco triste, y sin saber qué hablaba.

—Se ha marchado á Milan.

—¿Cuándo?

—¡Anoche, con una cantante de los Italianos!

Elvira dejó caer su cabeza sobre el pecho. Su huéspedá prosiguió:

—He sabido que hace ya tiempo tenía relaciones de amor con esa mujer, á la que adora, y que se rie de él... Ahora ha tenido el capricho de dejarse acompañar por el baron, y se han marchado juntos á Italia.

—¡Basta, señora!—dijo Elvira:—¡déjeme usted sola, se lo suplico!

Desde aquel momento ya no volvió á hablar una palabra; rehusó todo alimento, y por la noche, madame Duval la oyó andar por su cuar-

to, hallando por la mañana el lecho intacto.

Tres días despues llamó á madame Duval, y la dijo con dulzura:

—Mi querida señora, mañana saldré de aquí; segun me ha dicho, está pagada de mis gastos con el bolsillo que le dejó el baron; ¿no es así?

—¡Sin duda! Pero ¿se va usted, pobre jóven?

—Mañana.

—¿Y á dónde?

—Yo misma no lo sé.

—¿A buscar á ese hombre?

—¡Oh! ¡Eso jamás!—respondió Elvira con un acento tal que dejó bien convencida á madame Duval de que el baron habia muerto para ella.—No sé á dónde iré,—prosiguió;—si alguna persona viene por casualidad á preguntar por mí, diga usted que no sabe dónde me hallo. No puedo decir á usted más...

—Pero á lo menos,—añadió la huéspedea con lágrimas en los ojos,—diga usted una cosa...

—¿Qué?

—¿Sale usted de París?

—Sí, señora.

—¿Dios mio! ¿Y la niña?

—El cielo velará por ella.

Elvira no respondió, y empezó á recoger los utensilios de sus flores y su ropa en el cofre que habia traído de Madrid.

—Yo escribiré á usted á dónde ha de remitir-

me esto,—dijo,—cuando me haya fijado en alguna parte; entonces sabrá usted de mí.

Al dia siguiente, Elvira, con su hija en los brazos, á pié y llevando solo algunas monedas de plata en el bolsillo, salió para siempre de la casa de madame Duval.

En vano fué que la buena mujer la suplicase llorando que no saliera de allí; en vano que la instase para hacerla aceptar una cantidad de dinero; nada sirvió, y todas sus instancias se estrellaron en la inquebrantable voluntad de Elvira.

Diez meses más tarde, un hombre descendia de un elegante cupé á la puerta de la casa de madame Duval.

—¡Oh, señor baron!—exclamó esta, que le reconoció al instante;—¡ya no está aquí!

—¿Y mi hija?

—Se la llevó; ¿pensaba usted que era capaz de abandonarla?

—Pero, ¿dónde están?

—Nada sé; la pobre señorita me dijo que me escribiría para que la enviase su baul; pero no lo ha hecho.

—¿Piensa usted si se habrá vuelto á España?

—No lo creo; no tenia dinero, ni quiso admitir la más pequeña parte del bolsillo que usted me dejó. ¡Ah, señor baron! ¡qué valor! ¡qué dignidad! ¡qué resignacion! y sin embargo, tengo

un temor que me horroriza, que me quita el sueño, porque yo amaba á esa jóven como si hubiera sido mi hija...

—¿Qué quiere usted decir?...

—¡Temo que haya buscado en el Sena el alivio á sus penas y que se haya precipitado en él con su hija!

El baron salió de aquella casa con la cabeza perdida; engañado por la mujer á quien habia seguido á Milan, cansado de su vida de desorden, recordó, en medio del dolor ocasionado por el abandono de la actriz, el tierno y fiel amor de Elvira, la hija que tenia, la familia que podia tener... ¡Iba á buscarlas para hallar con ellas el puesto de descanso de una juventud que tocaba á su fin, y veia escapar de las manos aquel sueño de dicha inefable!

Las más infatigables pesquisas revolvieron todos los rincones de París por orden suya: ninguna señal de Elvira y de su hija pudo hallar por ninguna parte.

Seguro ya de que no se hallaba allí, fué á Madrid, obteniendo el mismo desgraciado éxito que en París.

Un año despues salió para Alemania, deseando ahogar de nuevo en la agitacion del mundo y sus placeres, los recuerdos de aquel desdichado amor y las esperanzas de felicidad que habia acariciado.

X.

Elvira no pasó á tierra extranjera, como el baron, despues de sus inútiles pesquisas, habia supuesto; como el pájaro herido, fué á buscar la tierra que la habia visto nacer; llegó á Madrid pobremente, con la escasa suma que le habian producido sus últimos trabajos de florista, y con un pasaporte que habia sacado bajo un nombre supuesto.

Los primeros dias, hasta que pudo hallar una habitacion modesta, los pasó en una casa de huéspedes, donde pagaba un diario muy escaso; y cuando por la mañana dejaba á su hija dormida, salia á buscar casa, que no tardó en hallar en uno de los barrios más solitarios de Madrid.

Un sotabanco ó quinto piso, compuesto de una salita con su alcoba, de un corredor muy pequeño y de una cocina en miniatura, que consiguió por tres reales diarios, y que tenia hermosas vistas al campo, la dió albergue, y desde el dia de su instalacion buscó trabajo á la vez en el obrador de una modista y en un almacén de flores.

Solo dijo su nombre y descubrió su retiro á un antiguo amigo de la familia, al notario de su tia, que lo habia sido tambien de su padre, que la habia visto nacer y que acogió su encuentro con trasportes de alegría.

33882

Aquel buen hombre la dió posesion del mobiliario de su tia, convertido en una modesta suma que guardaba en depósito, y arregló de nuevo el cobro de la orfandad de Elvira, que volvió á percibirla y pudo ya tener algun descanso.

Su pequeña habitacion fué amueblada; un buen lecho con cortinas blancas y una cuna de hierro se colocaron en la alcoba, y la pobre jóven emprendió su vida de trabajo y soledad fortalecida y consolada solo con la vista de su hija, de su pequeña Elvira, que crecia y se robustecia rápidamente á su vista.

La jóven se tenia por dichosa, y de esta suerte pasaron algunos años. Deseando que su hija se sometiese á la santa ley del trabajo, que libra de tantos peligros, la enseñó cuanto sabia, y además, hizo que una profesora de música le diese leccion, para que su espíritu hallase una agradable distraccion.

Cumplia apenas Elvira trece años, cuando su madre fué atacada súbitamente de una enfermedad del pecho; muy pronto comprendió que su dolencia era mortal; iba á dejar sola en el mundo á su hija, dotada de un carácter apasionado, de una imaginacion ardiente y de una constante sed de lujo; la adolescente no tenia el carácter dulce, sufrido y paciente de su madre, su amor al trabajo, sus adorables virtudes; se cansaba de toda

ocupacion seria y constante, se consumia en aquel cuartito solitario, y solo el amor á su madre y el deseo de no disgustarla, la hacian seguir aquel triste método de vida.

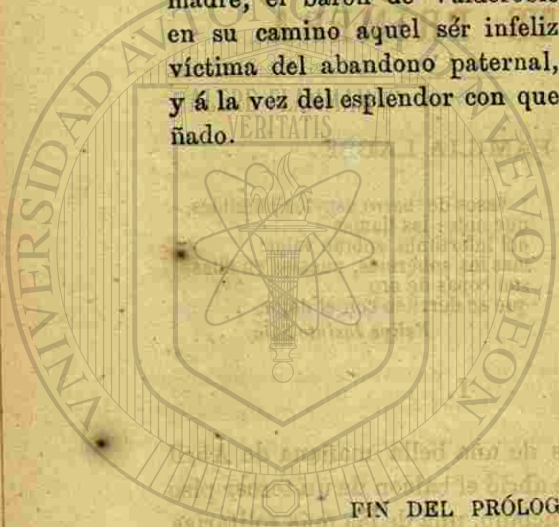
Sin tener la admirable belleza de su madre, Elvira, á los trece años, era una jovencita encantadora, y que prometia serlo mucho más cuando la flor de su belleza hubiera llegado á su completo desarrollo; sus grandes ojos, su tez de nácar, los deliciosos contornos de su boca y su alta estatura, respondian de su hermosura para el porvenir.

Elvira se sentia morir; el anciano notario la habia precedido al sepulcro; su hija quedaba sola en el mundo. Hizo, pues, lo único que podia en su dolorosa situacion; la recomendó con toda la eficacia de una madre moribunda á la modista para cuyo taller trabajaba hacia doce años, y le rogó que, muerta ella, se la llevase á su lado, vendiese todo lo que su habitacion contenia y le guardase su importe, con otra pequeña suma, fruto de sus ahorros, que le entregó.

Pocos dias despues, pasó á mejor vida: á buscar la recompensa de sus penas á las regiones celestiales, donde siempre luce el sol de la misericordia divina.

La modista cumplió su palabra; recogió á la niña Elvira; la dió un sitio en su taller, otro en su mesa, y el mejor de todos en su corazon; pero

la hija del siglo tenia en su alma el germen de todas las pasiones violentas: nacida del amor, su sangre no era pura; no se asemejaba á su madre; el baron de Valderobles habia dejado en su camino aquel sér infeliz que debia ser víctima del abandono paternal, del desamparo y á la vez del esplendor con que tanto habia soñado.



FIN DEL PRÓLOGO.

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

PARTE PRIMERA.

LA FAMILIA LABBE.

Vasos de barro son los humildes,
que entre las llamas
del infortunio, cobran valor:
mas los soberbios, puestos en ellas,
son copas de oro
que se derriten con el dolor.

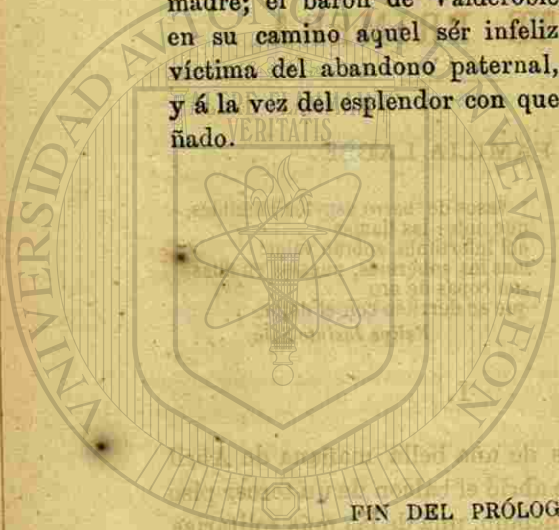
Felipe Jacinto Sala.

I.

Como las seis de una bella mañana de Abril serian cuando se abrió el balcon de un tercer piso de la calle de Ponciano, una de las más solitarias de Madrid, y asomó el busto encantador una mujer jóven aún, graciosa y elegante.

Un pintor que iba á admirar la naturaleza al campo, que se hallaba muy cerca de la citada calle, la vió al pasar y se detuvo para contemplarla un instante; ferviente adorador de la belleza, como verdadero artista, le sedujo aquella repentina y graciosa aparicion, y quedó inmóvil en la acera que daba frente al balcon.

la hija del siglo tenia en su alma el germen de todas las pasiones violentas: nacida del amor, su sangre no era pura; no se asemejaba á su madre; el baron de Valderobles habia dejado en su camino aquel sér infeliz que debia ser víctima del abandono paternal, del desamparo y á la vez del esplendor con que tanto habia soñado.



FIN DEL PRÓLOGO.

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

PARTE PRIMERA.

LA FAMILIA LABBE.

Vasos de barro son los humildes,
que entre las llamas
del infortunio, cobran valor:
mas los soberbios, puestos en ellas,
son copas de oro
que se derriten con el dolor.

Felipe Jacinto Sala.

I.

Como las seis de una bella mañana de Abril serian cuando se abrió el balcon de un tercer piso de la calle de Ponciano, una de las más solitarias de Madrid, y asomó el busto encantador una mujer jóven aún, graciosa y elegante.

Un pintor que iba á admirar la naturaleza al campo, que se hallaba muy cerca de la citada calle, la vió al pasar y se detuvo para contemplarla un instante; ferviente adorador de la belleza, como verdadero artista, le sedujo aquella repentina y graciosa aparicion, y quedó inmóvil en la acera que daba frente al balcon.

No pasaba nadie por aquella calle; la hora intempestiva, la mañana bastante fría y el barrio solitario, alejaban todo traseunte.

La aparición se inclinó y contempló algunas macetas llenas de flores y verdor; sacudió su bella cabeza rubia, como si la abrumasen las nieblas del sueño, y luego, con las palmas de sus blancas y graciosas manos, echó hácia atrás sus cabellos, que en apretadas y ricas masas guarnecían su rostro dulce é inteligente.

Cuando hubo mirado á ambos lados de la calle, miró al frente, y vió al artista, que la contemplaba con muda y sostenida admiración; una nube rosada cubrió sus mejillas; inclinó modestamente los ojos para huir de la mirada que la perseguía, y luego volvió la espalda y desapareció entre las cortinas de muselina del balcón.

El artista siguió su paseo, preocupado con aquel incidente.

Dos horas despues, y sentado en una de las mesas del café Suizo, almorzaba con uno de sus amigos, y ambos sostenían la conversacion siguiente:

—No puedo explicarte aún cómo son sus facciones, ni tampoco su edad,—decía el pintor.

—Pues entonces, ¿qué es lo que te gusta en esa mujer?—preguntó admirado el amigo.

—Todo; hay en ella una gracia sublime, más indefinible cuanto es más grande y más misteriosa; no consiste su belleza en la perfección de

sus detalles, sino en la perfecta armonía del conjunto; no deslumbra, sino que atrae, seduce y fija con una fuerza invencible; he visto ojos más hermosos que sus grandes ojos garzos, pero no más inteligentes y más dulces; casi ninguna de sus facciones es bella; pero en ninguna se desea mayor perfección; su cabeza es la de una musa; su estatura la de una ninfa; no me preguntes más, porque nada más te podría decir.

—Pero, hombre,—exclamó el amigo,—dime, al menos, su edad.

—Es joven.

—¿Cuántos años aparenta?

—¿Qué sé yo? de veinticuatro á treinta.

—¿Y presumes si es casada ó soltera?

—A su edad, no puede ser que no haya hallado muchos hombres que hayan anhelado llamarla suya, y es probable que haya elegido uno; pero no obstante, hay tanta castidad en sus movimientos y maneras, que no me parece se halle sujeta por el lazo del matrimonio.

—Vamos,—dijo el amigo del pintor,—presumo que este amor, ni ha de ser durable, ni mientras dure, ha de hacerte mucho daño.

El artista meció la cabeza y sonrió con expresión de melancolía.

Su amigo, al ver aquella sonrisa, le miró como asombrado; fué á hablar pero se contuvo, acaso temiendo decir algo desagradable.

Sin embargo, quedó tan pensativo como el artista; nunca le había visto sonreír de aquella manera; nunca había visto aquella expresión en su mirada, que reflejaba una emoción profunda.

Era el pintor un hombre joven aún, pues no pasaba de los treinta y cuatro años, y más joven aún de corazón que de edad; creía en todo: en la amistad, en el amor, en la virtud; consagrándose á su arte, había huido de todas las decepciones; su madre y sus pinceles era lo que más amaba en la tierra, aunque lo amaba todo, y para todo lo que existe tenía una natural y generosa benevolencia.

No hay nada que conserve la inocencia del alma como la felicidad; de los desdichados salen los descreídos y los ateos; la ironía es la consecuencia del sufrimiento; la indulgencia es el reflejo de la dicha.

Verdad es que hay imaginaciones apagadas que nada sueñan, que nada desean y que surgen al individuo que las posee en una especie de limbo, donde hay constante y plácida tranquilidad; pero Andrés (este era el nombre del pintor) tenía una imaginación de artista llena de flores, de armonías y de perfumes.

¿Cuál era el motivo de haber llegado á la edad que tenía sin haber conocido ninguna de esas pasiones desoladoras, azote de la juventud?

Una muy sencilla y muy bella.

La de haber tenido una madre hermosa, buena é inteligente; una madre, que era á la vez su hermana y su amiga; una madre que le entendía, que le adivinaba, que estaba siempre á su nivel, y que, con la cual, podía conversar, pensar y sentir.

No hay egida en la vida como una buena madre; no hay nada que preserve de todos los peligros morales, que preste tanto valor para sobrellevar las penas de la vida, que embellezca tanto la existencia de un hijo.

La madre leía en el alma de Andrés como en un hermoso libro abierto ante sus ojos; para el hijo había en el alma de la madre páginas cerradas, que nunca se había atrevido él á hojear.

Una, sobre todo, permanecía sellada y oscura, como esas tumbas cubiertas ya de maleza y de yerbas parásitas, que vemos con terror en los rincones de los cementerios.

Tenía Andrés unos diez años cuando un día preguntó:

—Mamá, ¿dónde está mi papá?

La madre palideció hasta la lividez: el niño no lo advirtió y siguió diciendo:

—Papá no viene nunca aquí, ni vive con nosotros: ¿por qué? ¡Todos los niños tienen papás que les besan y les llevan á paseo, y les acarician y les compran juguetes!

—Yo te compraré á tí todo lo que quieras,

hijo mio,—dijo la madre,—que ya se habia serenado.

—¡Sí, pero tú no eres papá!

—Soy tu madre; es decir, la persona que más te quiere en el mundo.

—Pero yo quiero á mi papá.

—¡Tu padre... está léjos, muy léjos!—dijo la pobre madre haciendo un esfuerzo supremo.

—Pero, ¿cuándo vendrá?

—¡No lo sé!

—¿Será pronto?

—¡Tal vez sí!

Andrés se puso á bailar y á batir las palmas de sus pequeñas manos en señal de alegría.

Al dia siguiente, al despertarse, su primera palabra fué para decir:

—¿Ha venido papá?

—No,—le respondió sombriamente su madre.

Durante muchos meses, repitió cada mañana esa misma pregunta.

De repente dejó de hacerla con tanta frecuencia, y solo alguna vez decia, como hablando consigo mismo:

—¿Se habrá muerto mi padre?

Al oír estas palabras la madre se estremecía violentamente; pero no respondia nada.

Acababa de cumplir Andrés diez y ocho años y le habian premiado su primer cuadro en la Academia de Nobles Artes de San Fernando,

cuando una noche que leia en voz alta á su madre, se oyó llamar á la puerta de la habitacion.

Eran ya las once; la anciana criada que los servia se habia acostado, y fué el mismo Andrés el que salió á abrir.

Un hombre como de cuarenta y seis años, alto, de aspecto grave y altanero, entró sin saludarle apenas.

—¿Qué es lo que usted quiere, caballero, y á quién busca?—preguntó Andrés colocándose delante del visitante, que pasaba como si no lo hubiera visto.

—Busco á la señora de Montalvo,—contestó con altivez el desconocido.

—Mi madre no recibe á estas horas,—repuso friamente Andrés, sin moverse de su sitio.

—¡Su madre de usted!—repitió el desconocido como asombrado y mirando al jóven.

—La señora doña Isabel de Montalvo es mi madre.

—Amigo mio,—dijo el nocturno visitante,—yo le ruego á usted que me alcance el que su madre me reciba, y perdone el que me haya demostrado algo descortés.

—Más que algo,—respondió el jóven;—y le repito, caballero, que mi madre no recibe á estas horas: vuelva usted mañana.

En aquel instante apareció en la puerta que

guardaba Andrés la bella y melancólica figura de la madre.

—Que pase ese caballero,—dijo,—es igual que le reciba hoy ó mañana.

Y despues de hacer una señal digna y severa, volvió á entrar en su cuarto, siguiéndola Andrés y el que solicitaba verla.

Ante aquella mujer, siempre tan dulce y tan indulgente, el desconocido habia perdido toda su audacia, con gran asombro de Andrés; una conmocion extraordinaria le agitaba; temblaban sus labios; su mirada incierta, no sabia dónde fijarse, y apenas podia alzarse del suelo; ora miraba con temor á Isabel, ora á su hijo, que observaba atónito lo que allí sucedia; todo era indescifrable para él, y sin embargo, todo asombraba su razon y sumergia su corazon en una angustia indefinible.

La emocion de su madre no era menor: una intensa palidez vestia sus facciones; de sus ojos brotaba una mal sostenida llama, que sacaba el manantial de las lágrimas, pronto en ella y fácil, como en todas aquellas personas de grande y exquisita sensibilidad; veíase en su frente una resolucion firme y austera; se conocia que en aquella alma se habian abierto llagas mal cerradas, y que un dolor sordo y profundo batallaba con algun sentimiento sombrío, avaro de venganza y ódio.

Andrés no reconocia á su madre; la miraba absorto, y temblaba sin saber por qué.

—Hable usted, caballero,—dijo al fin la señora de Montalvo;—hable usted y dígame lo que áun desea de mí, y qué clase de daño es el que todavía puede hacerme.

—¡Señora!—exclamó aquel hombre con acento convulsivo y doloroso.

—Nada de exclamaciones ni protexas, caballero,—repuso la madre de Andrés;—hablemos lo menos posible, y solo lo más necesario; ¿qué desea usted de mí?

—¿Cómo, señora, he de hablar delante de él?

—¿Y por qué no? ¡Mi hijo es ya un hombre!

El desconocido reflexionó algunos instantes, y luego, sacudiendo su enérgica cabeza con una decision en extremo dolorosa, exclamó:

—Nada diré en presencia suya.

—Veo que aún tendré que sucumbir una vez más á las exigencias del carácter de usted,—dijo Isabel con tristeza;—pero cedo, porque es la última.

Y volviéndose á Andrés, prosiguió:

—Vete, hijo mio; te lo ruego yo.

El jóven se levantó y salió de la estancia mirando de reojo á aquel hombre, que al parecer tanto hacia sufrir á su madre.

Cuando hubieron quedado solos, la señora de Montalvo se cruzó de brazos, y mirando cara á cara al desconocido, dijo con voz sorda:

—¡Acabemos! ¿Qué quiere usted?

—¡Quiero á mi hijo!—respondió él uniendo las manos y mirando suplicante á Isabel.

Esta dió un paso atrás.

El espanto se dibujó en todas sus facciones, y sus ojos se dilataron con un asombro doloroso; pero dominando de nuevo aquella terrible emocion, contestó con frialdad:

—Ignoro dónde tiene usted á ese hijo de quien habla: yo no le conozco.

—¡Quiero á Andres!—repitió el desconocido.

—Andrés no tiene padre.

—¿Es mi hijo!

—¡Basta, caballero!—exclamó colérica Isabel; —ni él ni yo le reconocemos á usted por tal.

—¡Y qué, señora!—exclamó con amargura aquel hombre:—¿habrá usted tenido la crueldad de denigrarme hasta á los ojos de mi hijo?

—Jamás le he hablado de usted.

—¿No ha preguntado jamás por mí?

—¡Muchas veces!

—¿Y le habrá usted dicho, sin duda, que he muerto?

—No, caballero; no ignora usted que yo no sé mentir.

—Pues ¿qué le ha dicho usted?

—Que no sabia dónde se hallada, ni cuándo vendria.

—¿Nada más?

—¡Nada más!

—¡Oh Isabel!—exclamó aquel hombre:—¡qué cruel castigo, despues de haber sufrido tanto! No hay amargura por la cual no haya yo pasado; no hay decepcion que no haya apurado; y en todos mis pesares, en todos mis dolores, en el destierro, en la persecucion, un rayo de luz me iluminaba, una esperanza me sonreia... ¡mi hijo! y ahora que llego á tocar la dicha, ahora que la sombra se convierte en realidad, ¡he de renunciar á ella! ¡Oh! ¡Jamás! ¡Jamás!

El silencio siguió á estas palabras.

—Andrés es mio,—dijo la señora de Montalvo, que fué la primera que habló:—no espere usted que se lo ceda; no le espere usted ni por un instante; por otra parte, aunque yo quisiera renunciar á él, seria inútil mi sacrificio.

—¿Por qué, señora?

—Porque él no querria renunciar á mí.

—¿Quién sabe?

—¡Yo lo sé!—exclamó Isabel con un orgullo doloroso;—yo sé que mi hijo no se separará de mi lado, por muy brillante suerte que se le ofrezca.

—Y yo sé, señora,—dijo el desconocido,—que la ambicion seduce mucho á la edad de Andrés, y que acaso no dejaria el porvenir que abriera ante sus ojos.

—Probemos, pues,—dijo la madre en tono de pesafio.

—Probemos.

—¡Andrés!—llamó Isabel con las mejillas encarnadas y los ojos brillantes.

El joven apareció á la puerta del aposento inmediato, y miró á su madre con ansiedad.

—Ven,—dijo aquella:—siéntate aquí, y escucha.

El joven se sentó, imitándole su madre.

—Oye, hijo mio,—prosiguió Isabel:—hace diez y nueve años habia en París una familia española cuya fortuna radicaba en América, por ser oriunda de allí la madre; de repente se vió arruinada, y el padre, la madre y dos hijas que tenian, condenadas á la miseria.

La mayor de las dos jóvenes iba ya á casarse con un joven español, que residia tambien en París, y que llevaba el título de baron de Valderobles, cuando la desgracia cayó en aquella casa; al parecer, la catástrofe que les habia agobiado, no cambió en nada ni el corazón de aquel, ni su manera de pensar; siguió visitando á la familia con la misma asiduidad que antes y mostrándose más apasionado que lo habia estado nunca.

Al amor que la joven le tenia, pudo añadirse en breve la más profunda, la más intensa gratitud; el prometido de la hermana menor se habia retirado al ver que la pobreza llamaba á las puertas de la casa; la conducta del baron hacia con aquella tan grande y brillante contraste, que

la inocente joven juró que le consagraria hasta el último latido de su corazón, para recompensarle el que no la hubiera desdenado á causa de la pérdida de su fortuna.

La pobre niña, abandonada por su novio, tomó una noble y generosa resolución: haciéndose superior á su inmensa pena, participó á sus padres que ella queria trabajar para ayudarles en la penosa y escasisima situación á que habian llegado, y aprovechando sus conocimientos en la pintura, halló un modesto sitio en un taller de iluminación de cajas de dulces y abanicos.

Su hermana se iba á casar, y nada decidió, esperando el dia feliz de su union con el baron de Valderobles.

Un dia el baron la rogó con insistencia que fuese al campo con él; entre los dos hallaron el medio de combinarlo, ayudados por su hermana, que era tan feliz como podria serlo despues de su decepcion, al verlos dichosos, y se fueron á Passy; el dia siguiente fué radiante, alegre, el más bello, en fin, de todos los de la vida de aquella pobre joven: al anochecer volvió á la casa paterna, y su prometido se despidió de ella tiernamente, diciéndole:

—¡Hasta luego!

Ella le esperó, porque hacia un año que pasaba á su lado todas las veladas; pero aquella noche no fué; al dia siguiente le esperó tambien en vano.

Le esperó inútilmente dos más; al cuarto día su padre, dolido de su pena, fué á casa del baron.

La casa habia sido alquilada por otro inquilino: el baron habia salido para Madrid con un ayuda de cámara, vendiendo ántes todo su mobiliario, comprado para la casa nupcial.

Cuando la jóven oyó esta noticia, quedó herida de tal estupor, que no pudo pronunciar una sola palabra: no gritó.

No lloró, y con los ojos y los lábios trémulos, parecia escuchar los ecos de una voz lejana.

Cuando hubo salido de aquel estado, pareció que su pecho se deshacia en roncos sollozos; pero ni una sola lágrima vino á humedecer sus mejillas.

Solo de cuando en cuando salian de sus cárdenos lábios estas palabras:

—¡Infame! ¡Villano! ¡Caiga sobre tu cabeza todo el peso de la divina justicia!

Un mes despues, los negros y profusos rizos de aquella jóven de diez y nueve años se hallaban matizados de muchas hebras de plata.

Silenciosa, sombría y entregada á una pena devoradora, pasó la desdichada jóven tres meses, ó más bien, tres siglos de angustia y de dolor; el hombre que la habia seducido para despues abandonarla tan inícuamente, se embarcó para la India, sin escribirle, sin darle el último adios.

Un dia la desgraciada se arrojó á los piés de su madre y le dijo que lo era tambien. En vez de reproches y de quejas, halló consuelos; sus padres y su hermana le exigieron, no solo que viviese, sino que se consolase y que esperase en Dios.

Un niño vino á ser un rayo de alegría para aquella casa. Los nobles padres dijeron á la jóven:

—Criarás á tu hijo; lo deshonoroso, lo infame, seria abandonarlo por la sola culpa de haber nacido.

Aquel niño eres tú, Andrés, y este caballero es tu padre, el baron de Valderobles.

Calló Isabel conmovida con los recuerdos que evocaba, y acaso tambien para dar lugar á que la importancia de su revelacion hiciera efecto en el alma de su hijo.

Este permanecia silencioso y pálido; cuando su madre hubo acabado de hablar tomó su mano y la besó con tierno respeto.

El baron ocultó el rostro entre sus manos.

—Doce años contabas, hijo mio,—prosignió Isabel,—cuando tu padre vino un dia á la casa que yo ocupaba con mis padres en París; mi hermana se habia ya casado; yo habia rehusado hacerlo, aunque habia hallado en mi camino algun hombre honrado que habia querido darme su mano y su nombre. Mis padres te adoraban, y

todos vivíamos con aquella calma dulce y profunda que solo se halla en la serenidad de la conciencia.

El señor baron de Valderobles cayó, pues, en medio de nosotros como el génio del mal; á su vista, sentí el espanto que inspira la presencia de un tigre; se habia enriquecido en la India, y venia á buscarte para llevarte consigo.

Tú no le viste; te hallabas fuera de casa, y ni tus abuelos, ni yo, consentimos en que te fueran á buscar; á su proteccion nos negamos decidida y rotundamente, declarándole que jamás te cederíamos á él.

Eras nuestro, y habíamos comprado tu posesion á costa de muchas lágrimas, para pensar en cederte.

Hoy, hijo mio, viene el baron á buscarte de nuevo; te ofrece la riqueza, el fausto, una posicion social envidiable y envidiada: ¿quieres irte con él? Ahora ya eres hombre, y no un niño; haz tu voluntad; yo soy muy pobre, muy pobre, y ya sabes que solo á costa de grandes sacrificios he podido sufragar los gastos de tus estudios... Hijo mio, elige.

—Mi eleccion está hecha,—dijo Andrés tomando de nuevo la mano de su madre;—soy tuyo, madre mia. Tú has cuidado de mi infancia y de mi adolescencia, tú me has amado, tú me has guardado al lado tuyo cuando yo era para tí un

título de deshonor; por mí, has renunciado al amor y al matrimonio; soy tuyo, pues, y solo tuyo.

Y Andrés echó ambos brazos al cuello de su madre.

El baron salió de aquella casa para no volver más á ella; la Providencia no quiso concederle segunda vez el título de padre, á él, que durante su juventud disipada se habia reido de él, y llegó á la ancianidad solo, moral y materialmente.

Algunas veces iba á los sitios por donde sabia que debia pasar su hijo para verle: si este le veía, se quitaba el sombrero y le hacia un respetuoso saludo.

Envio dinero á Andrés, pero este lo renusó volviéndoselo intacto.

El jóven se dedicó á pagar á su madre la inmensa deuda de gratitud que con ella tenia: llevaba el apellido de aquella, apellido que logró hacer ilustre á fuerza de trabajo, de desvelos y de constancia en el estudio.

El producto de sus obras les daba para vivir con alguna holgura, y los cuadros de Andrés Montalvo eran buscados y adquiridos como obras de gran mérito.

Sin otros amores, pues, que el que profesaba á su madre y el que tenia á su arte, llegó el pintor á los treinta y cuatro años de su edad.

La vision de aquella mañana de Abril, despertó en su pecho el primer amor, y encendió la llama que en naturaleza como la suya tarde ó nunca se apaga, sino que se convierte en voraz y abrasador incendio.

II.

La graciosa criatura que, como el hada de las flores, se habia asomado un instante al balcon, entró aún en el aposento donde aquel se abria con las mejillas cubiertas de carmin, despues de haber visto la ardiente mirada que le dirigiera el artista.

Tenia unos veintiocho años, pero en toda su figura resplandecia la gracia extrema de la pura y eterna juventud del alma.

Lo más notable era que á la expresion risueña y casta de su belleza, se unia esa otra sublime que solo pertenece á la maternidad.

La natural inflexion de su mirada hacía el cielo; la pura y tranquila serenidad de su frente, la dulce gravedad de su sonrisa, respondian de que ocupaba en la tierra aquel elevado destino y de que era digno de ocuparlo.

Una lujosa madeja de cabellos castaños claros se enroscaba detrás de su cabeza, y caía sobre su frente como una cascada de seda; sus ojos garzos tenian, á cierta luz, un tinte azu-

lado; era alta y formada con exquisita perfeccion.

Cuando se halló en el aposento, fué á sentarse al lado de la puerta, y tendió en derredor suyo una mirada muy triste.

Todo allí indicaba esa modesta medianía que responde de un bienestar relativo.

El mueblaje era sencillo, pero decente y de buen gusto; la tapicería de los muebles era de lana, pero de un bello color azul; una consola de piedra y palo santo sostenia un espejo grande de artística forma, cuyo marco estaba formado por una guirnalda de hojas y flores.

Un reloj de bronce oscuro, y unos candelabros iguales, lucian delante del espejo su bello dibujo y su graciosa forma; el reloj representaba á Petrarca escribiendo sus versos á Laura; los candelabros, al Dante adolescente, al Tasso anciano y loco.

Una imágen de la Virgen, y cuatro hermosos paisajes, adornaban las paredes; y en medio de la habitacion un velador cubierto con un tapete, sostenia una copa de la más pura y graciosa forma griega.

Sobre el piano se veian otras dos copas llenas de lilas y de rosas.

Habia en aquella estancia algo de virginal y de cándido, mezclado con una poesía natural y encantadora; las cortinas que caian delante de los balcones, eran blancas y lisas.

La vision de aquella mañana de Abril, despertó en su pecho el primer amor, y encendió la llama que en naturaleza como la suya tarde ó nunca se apaga, sino que se convierte en voraz y abrasador incendio.

II.

La graciosa criatura que, como el hada de las flores, se habia asomado un instante al balcon, entró aún en el aposento donde aquel se abria con las mejillas cubiertas de carmin, despues de haber visto la ardiente mirada que le dirigiera el artista.

Tenia unos veintiocho años, pero en toda su figura resplandecia la gracia extrema de la pura y eterna juventud del alma.

Lo más notable era que á la expresion risueña y casta de su belleza, se unia esa otra sublime que solo pertenece á la maternidad.

La natural inflexion de su mirada hacía el cielo; la pura y tranquila serenidad de su frente, la dulce gravedad de su sonrisa, respondian de que ocupaba en la tierra aquel elevado destino y de que era digno de ocuparlo.

Una lujosa madeja de cabellos castaños claros se enroscaba detrás de su cabeza, y caía sobre su frente como una cascada de seda; sus ojos garzos tenian, á cierta luz, un tinte azu-

lado; era alta y formada con exquisita perfeccion.

Cuando se halló en el aposento, fué á sentarse al lado de la puerta, y tendió en derredor suyo una mirada muy triste.

Todo allí indicaba esa modesta medianía que responde de un bienestar relativo.

El mueblaje era sencillo, pero decente y de buen gusto; la tapicería de los muebles era de lana, pero de un bello color azul; una consola de piedra y palo santo sostenia un espejo grande de artística forma, cuyo marco estaba formado por una guirnalda de hojas y flores.

Un reloj de bronce oscuro, y unos candelabros iguales, lucian delante del espejo su bello dibujo y su graciosa forma; el reloj representaba á Petrarca escribiendo sus versos á Laura; los candelabros, al Dante adolescente, al Tasso anciano y loco.

Una imágen de la Virgen, y cuatro hermosos paisajes, adornaban las paredes; y en medio de la habitacion un velador cubierto con un tapete, sostenia una copa de la más pura y graciosa forma griega.

Sobre el piano se veian otras dos copas llenas de lilas y de rosas.

Habia en aquella estancia algo de virginal y de cándido, mezclado con una poesia natural y encantadora; las cortinas que caian delante de los balcones, eran blancas y lisas.

Todo armonizaba admirablemente con la criatura adorable, que era como la figura principal de aquel hermoso cuadro.

Ella llevaba una bata blanca muy sencilla, sujeta á la cintura con una banda de la misma tela, y festoneada en sus extremos.

Sentada en el sofá, y con la mejilla apoyada en la palma de la mano, estuvo largo rato al parecer meditando tristemente.

Una áspera voz vino á sacarla de su distraccion; una voz varonil, que gritó:

—¿Clemencia?

—¡Voy allá!—respondió la jóven levatándose como movida por un resorte.

Y pasó á un gabinete que se veía á la izquierda de la sala.

Aquel cuarto se hallaba en el más grande desórden; donde quiera habia prendas de hombre de vestir, cigarros, periódicos, libros abiertos ó dejados al acaso sobre los muebles y las sillas.

En el lecho se hallaba acostado un hombre de fisonomía bella, pero que parecia alterada por los excesos.

Una palidez biliosa cubria sus facciones; su nariz algo larga, su ancha frente y sus grandes ojos oscuros, decian claramente lo fuerte de su voluntad y lo violento de su carácter.

—Buenos dias, Cárlos,—dijo la que habia respondido al nombre de Clemencia.

—¿Qué hay?—preguntó aquel ásperamente.

—¿No me has llamado?—dijo ella mirándole con timidez.

—Sí, te he llamado para que me digas qué hay...

—¿De qué?

—¿Te haces la tonta? ¿No quieres entenderme?—exclamó aquel hombre exasperado:—¿te pregunto si tienes dinero ya!

—¡No! ¿De dónde habia de sacarlo?

—¿Y de dónde esperas que lo saque yo? ¿Acaso lo fabrico?

—No digo tal cosa,—murmuró la pobre jóven;—pero...

—¿Pero qué?

—Que no sé dónde encontrar recursos.

—¿Y los pendientes?

—¡No los he llevado!

—¿Por qué?

—¡Tengo tanto miedo de perderlos! ¡Es lo único que me queda de mi madre!

—Pues, querida mia, yo no sé ya á quién pedir dinero,—dijo él con enojo;—ya sé que mi obligacion es buscarlo, puesto que soy tu marido; pero no hallo, no hallo nada.

—¡Los pobres niños es lo que siento yo!—murmuró la jóven;—por mí nada me importaba.

—¡Pues á mí sí me importa el no morir!

—A mí me importa más por ellos.

—¡Poco se conoce!

—¿Por qué dices eso?—exclamó Clemencia con doloroso enojo.

—Si te importasen tus hijos, habrias ya llevado esos pendientes al Monte.

—¿Y cuando se acabe lo que por ellos me den?

—Entonces veremos.

La pobre esposa guardó silencio: gruesas lágrimas empezaron á deslizarse por sus mejillas: su marido dijo entre dientes algunas palabras de cólera, y se volvió de cara á la pared, dándole á ella la espalda. Clemencia se levantó, enjugó sus ojos y se dirigió á la puerta.

Un pasillo largo y estrecho conducia á las habitaciones interiores; allí se hallaban las puertas de todas las de la casa. Clemencia abrió una y apareció un aposento pequeño é iluminado con una dulce media luz.

Tres lechos le ocupaban casi todo, no dejando más que el sitio preciso para lavabo y dos sillas; en el mayor de aquellos dormia, entre blancas cortinas, la más bonita, la más fresca, la más adorable jóven que se puede imaginar.

En otro inmediato, y mucho más pequeño, reposaba una niña que podria contar ocho años, y un niño de tres ocupaba el tercero, lecho en miniatura y rodeado de altas barandillas de hierro, para proteger la seguridad de la criatura.

Clemencia se apoyó en el quicio de la puerta

y contempló un instante aquel cuadro encantador, á causa de su mismo abandono.

Su mirada fué desde luego á los niños.

Eran sus hijos: la niña se parecia á ella como el capullo á la flor; tenia los cabellos de rubio más claro y más brillante; los párpados guardados de largas pestañas doradas; la nariz levantada con la gracia suprema de la infancia; un grueso bucle caia por la rosada mejilla de la criatura, y bajaba hasta su cuello de nieve, donde se perdia bajo los pliegues de una camisita de batista, bordada por la mano maternal.

El niño era moreno y rosado, con cabellos oscuros y ojos grandes y negros; algun ensueño angustioso le entristecia, porque su pecho se levantaba á impulsos de una agitacion visible, y de sus anchos párpados pendia una lágrima pequeña y cristalina, como son todas las de la infancia.

Por debajo de la colcha de aquel lecho en miniatura salian los piés del niño, piés enanos y rosados, y que cabian los dos en la pequeña mano de su madre.

El ensueño fatigoso del niño llamó la atencion de Clemencia, que fué á él, le besó con ternura y le llamó dulcemente, con ese acento que solo las madres poseen.

—¡Luis!

El niño abrió sus grandes ojos, llenos de un

asombro profundo; echó á llorar, y luego rodeó con sus dos bracitos el cuello de su madre.

—¡Ay, mamá!—exclamó;—¡soñaba que te habías muerto!

El llanto del niño despertó á su hermana y á la otra jóven que dormía al lado suyo; la niña se incorporó á su vez en el lecho, trémula y asustada.

La jóven madre ensayó una sonrisa; la amarga expresion de pena que dominaba en su fisonomía desapareció por completo; con esa santa abnegacion que solo á las madres pertenece, se despojó de su dolor como de una vestidura incómoda, y se revistió de su fisonomía más feliz y más bella.

—¡Eal! ¡á levantarse!—dijo alegremente:—ya es tarde y el desayuno espera.

—¿Es tarde de veras?—preguntó la bella jóven que dormía, incorporándose en el lecho.

—Sí, ya son las ocho.

—¿Por qué no me has llamado antes?

—Porque recordaba que te habías acostado tarde.

La hermosa niña saltó ligeramente al suelo; su pié enano, más blanco que la nieve, tocó al pavimento, al mismo tiempo que llevó ambas manos á la cabeza para arreglar la abundante masa de sus cabellos.

Era una encantadora criatura, que apenas

contaria diez y siete años; su tez era blanca como el nácar; sus ojos pardos tenian una pureza y una transparencia encantadora; su cabellera, de un hermoso color castaño, se reunia en espesas y ricas trenzas detrás de su cabeza, y caia por su frente y sienes en dos rizadas bandas.

La dulce frescura de la adolescencia se veia en su boca, guarnecida de menudos dientecitos; su cútis era de nieve y rosa. Aún no tenia formas decididas aquella gentil figura, todos sus contornos eran vagos é indecisos, como lo son siempre en la primera juventud; era una criatura hechicera, sonriente y graciosa; todo en ella cautivaba, por decirlo así, y el himno eterno del alma se elevaba detrás de aquellos lípidos ojos, de aquella frente pura y serena.

—¿Se ha levantado ya mi hermano?—preguntó la jóven á Clemencia;—¿tiene hoy mejor humor?

—No,—respondió tristemente la interpelada sentándose y poniendo sobre sus rodillas al niño, al que empezó á vestir;—no se ha levantado, ni su humor es mejor que otros días.

—Papá está siempre de mal humor,—dijo la niña Octavia;—nunca se le ve reir como á tí, mamá mia.

Y la niña saltó de su camita, y fué á apoyar su peregrina cabeza sobre el regazo maternal.

III.

Gracia, la adorable jóven que dormía en medio de los dos niños, como un ángel entre dos querubines, era hermana de Carlos, el esposo de Clemencia.

Su madre había muerto al darla á luz; su padre, antiguo militar, brusco, grosero, pendero y gran bebedor, se halló en una libertad muy agradable á la muerte de su esposa, y dejó sus dos hijos, Carlos y Gracia, al cuidado de una hermana suya, viuda de un médico, y que disfrutaba de una pequeña renta por todo medio de subsistencia.

Era aquella señora una de esas excelentes criaturas, todo ternura y caridad, que aman á los niños con pasión y que no creen que haya en la humanidad seres malos y depravados, y á su lado se educaron sus sobrinos, recogiendo Gracia la bella herencia de su bondad, de su mansedumbre y de su carácter, verdaderamente angelical.

Carlos era la antítesis de su hermana; ni la proximidad de su tía ni la proximidad de un ángel hubiera podido cambiar su carácter brusco y egoísta como el de su padre; existía una amarga y perpétua contradicción entre su semblante bello y apasionado y su alma árida y fría; no

bien la adolescencia había lucido sobre su frente, con sus incomparables galas, se había lanzado, alentado por el abandono en que su padre le dejaba, á todos esos pequeños excesos que degradan el alma, y que sin ser bastante poderosos para levantar en ella grandes tempestades, roen todos los buenos instintos bajo la forma vil y miserable del gusano del hastío.

Había jugado; pero no entre el resplandor de las lámparas de Venecia ni entre montones de oro, sino en pequeños garitos, entre un tapete sucio y manchado y con cantidades exiguas; había tenido amores con actrices y bailarinas; pero al penetrar en los bastidores de los teatros, no había sido para ser admitido en el lindo y elegante gabinete de las artistas que desempeñan los primeros papeles, sino para cambiar algunos instantes de conversacion con las coristas ó comparsas.

El libertinaje tiene también sus gerarquías, y Carlos no había podido ni sabido pasar de la más baja; su talento limitado, su espíritu estrecho y sus mezquinas aspiraciones le habían detenido á la entrada del camino.

Su tía murió poco tiempo después de estar en su compañía él y su hermana, y se halló con el cuidado de Gracia, que aun se hallaba en la infancia, y sin más haberes que su mezquino sueldo de ocho mil reales en un ministerio.

La pobre Gracia se halló, pues, bajo el dominio grosero de una criada, que era la que servía á los dos hermanos, poseedores de la casa y modestos muebles de su buena tia.

Gracia no salía nunca al campo; no veía niñas como ella; no jugaba ni tenía ninguno de los placeres de su edad, ninguna alegría, ninguna expansión; su naturaleza tan delicada, sensible y poética, como era áspera y prosaica la de su hermano, se resentía profundamente de aquella triste vida, tan fatal á una salud débil y á un organismo nervioso.

Frente á la casa en que habitaban los dos hermanos, vivía un anciano militar retirado con una hija suya; eran dos seres que llevaban tras sí el alma y el corazón.

El padre, de elevada estatura, tenía un hermoso cabello blanco, y unos ojos límpidos aún y llenos de dulzura y majestad.

Una levita de paño azul oscuro, abrochada hasta el cuello, dibujaba la perfección de su robusto talle, lleno á la vez de distinción y de varonil apostura; tenía el bigote blanco como el cabello, y las cejas negras como los ojos; su nariz larga y corva, sus gruesos labios, su andar y elevada frente decían claro cuánta nobleza encerraba su carácter, y á la vez cuánta severidad y energía.

El cuello de su camisa, siempre á la inglesa y

siempre con una blancura deslumbradora, estaba sostenido por una ancha corbata de raso negro, cuyos pliegues, regulares y llenos de una invariable armonía, se hallaban prendidos con un alfiler de oro con esmalte negro.

Aquel alfiler, pequeña y única alhaja que el anciano usaba, revelaba un gusto perfecto por su sencillez y artística forma.

Aun eran blancas sus manos, y sus pies tenían la forma corva y estrecha que parece responder de lo ilustre de una raza, y que es la desesperación de las personas vulgares.

Aquel anciano se había retirado de coronel y vivía con una hija única que contaba unos diez y seis años, flor inocente conservada por la mano de Dios para que alegrase su ancianidad.

Para describir la hermosura sencilla y pura de Clemencia, más que una pluma, sería necesario el aristocrático buril de Lawrence, que es el que más admirablemente ha retratado en sus grabados á las vírgenes inglesas; solo aquel grande artista podría expresar la adorable candidez de aquel rostro lleno de inteligencia y de candor, de pureza y de pasión, de gracia y dignidad.

No era fácil ni posible desprenderse de la impresión que causaba la vista de aquella criatura, que se abría como una flor bella, protegida por el dulce calor del cariño paterno.

La existencia de aquella niña era modesta, pero no árida ni monótona; en el buen tiempo se levantaba temprano é iba con su padre á dar un largo paseo á caballo; la pintura, la música y el bordado ocupaban el resto del día; por la noche iba con su padre á los teatros, ó se quedaban en casa, donde acudían otros dos ó tres veteranos amigos del coronel, que hablaban con él y le hacían su partida de ajedrez.

Clemencia dividía la velada entre su bordado y la lectura hácia lo que tenía una gran predilección; su claro talento la guiaba en la elección de obras, y su padre le compraba los libros que ella le indicaba deseaba leer.

Cada noche entraba Clemencia en su blanco cuartito con el alma tranquila y llena de alegría después de un día dividido entre sus ocupaciones y sus inocentes placeres; arrodillábase ante una imagen de la Virgen, y allí oraba tierna y fervorosamente para darle gracias de la dicha del día, y pedirle la del siguiente.

Una íntima y perfecta armonía reinaba entre el coronel y su hija; algunas veces se le ocurría al anciano una idea, y al ir á expresarla con la palabra, la oía emitida por los puros labios de Clemencia; su modo de ver y de sentir era siempre el mismo, y sus almas podían compararse á dos cuerdas montadas al unísono y heridas por el mismo arco; solamente que lo que era varonil

energía en el coronel, era en su hija dulzura, tolerancia y una benevolencia que se extendía á cuanto la rodeaba.

Clemencia, sola con su padre, se enamoró de la niña Gracia, á la que veía en el balcón casi á todas horas. Un día la llamó, y la niña atravesó la calle; la joven la recibió en sus brazos y la llenó de caricias; el coronel la sentó sobre sus rodillas y la habló con aquella dulce voz que los ancianos bondadosos usan con los niños; Gracia, agobiada por la soledad, halló que su alma se abría á una dicha suprema y desconocida, y cuando llegó la hora de volver á su casa, sintió lágrimas en sus ojos.

—¿Por qué lloras, hija mía?—le preguntó el coronel.

—¡Porque me da tristeza el volver á mi casa!—contestó Gracia.

—¿No quieres á tu hermano?

—Sí,—respondió la niña,—mucho, más que él á mí; ¡pero jamás está en casa, y todo el día lo paso sola con Ramona!

—¿Y quién es Ramona?

—La criada, que me regaña mucho.

—¿No vas al colegio? ¿no has estado nunca en ninguna pension?

—No, señor.

—¿Cómo es eso?

—Mi hermano no ha pensado en ello.

—No es extraño,—dijo el coronel,—un joven solo con una niña, ni es lo natural que piense en esas cosas, ni que sepa dirigir su educación.

—¿Sabes coser, Gracia?—preguntó Clemencia.

—Lo que me enseñó mi tía, que fué bien poco.

—¿Sabes leer y escribir?

—Lo segundo, no del todo: empezaba cuando murió mi tía.

—Pues bien, mi pobre Gracia, si tu hermano te permite venir aquí todos los días, yo te enseñaré todo lo que sé, dijo Clemencia,—dejando un dulce beso en la frente de la niña.

—¿Y si no me lo permitiese?

—¿Por qué no? mi padre se lo suplicará.

—¿De veras, señor?—exclamó Gracia batiendo gozosa las palmas; ¿de veras alcanzará usted de mi hermano el permiso de venir?

—A lo menos, hija mía, se lo pediré.

—¡Oh! ¡Entonces me voy contenta!—exclamó Gracia, saltando alegremente;—y si usted, caballero, viniera ahora conmigo y se lo dijese; mañana vendría yo de seguro.

El anciano tomó su sombrero, Gracia se asió de su mano y así atravesaron la calle y entraron en la casa que la niña ocupaba con su hermano.

Este acababa de llegar á comer.

—Caballero,—le dijo el coronel,—vengo á pedir á usted un gran favor.

Cárlos, que era frío y un tanto brusco, se inclinó ligeramente, indicando así que esperaba la petición.

—Mi hija y yo,—prosiguió el coronel,—nos hemos enamorado hoy de Gracia, y queremos que la permita usted venir todos los días á alegrar nuestra soledad.

Aclaróse como por encanto la fisonomía de Cárlos Labbé, y respondió:

—Yo soy, caballero, el que debe estar reconocido al interés que mi pobre hermana les ha inspirado; esta niña se halla sola, pues yo no puedo tenerla á mi lado, y la compañía de la señorita, su hija, será para ella un beneficio inapreciable.

—¡Está dicho, pues!—exclamó alegremente el coronel.—Gracia, hija mía, todos los días, así que te levantes, que te acompañen á mi casa.

—¿Cómo llamaré á este caballero, Cárlos?—preguntó Gracia á su hermano.

Este miró confuso al anciano.

—Llámame... llámame papá Conrado, hija mía,—respondió el coronel, dando así una solución á las dudas de Cárlos y á las de la niña.

Desde aquel día, Gracia entró á formar parte de la familia del coronel y de su hija. Clemencia la adoraba y ella adoró á Clemencia; ambas hallaron en aquel amor una dicha suprema, porque la soledad de la joven la ocasionaba á veces una gran tristeza.

Un alma ardiente y entusiasta necesita algo más que el contacto de la razón y de la vejez: Clemencia, identificada con su padre, sentía, no obstante, extraños desfallecimientos de corazón; sentía como una frialdad dolorosa, y en uno de aquellos momentos de angustia, se acercó al balcón de su cuarto y vió en el de enfrente á Carlos Labbé, que fumaba un puro, recostado en el suyo, con el descuido del libertino que no ha pasado aun la esfera de lo vulgar.

La joven fijó en aquella aparición su pensamiento, vago, flotante, perdido entre las nubes de una tristeza sin motivo. Carlos Labbé era un joven de bella figura y de fisonomía interesante; no había en Clemencia la suprema intuición de una inteligencia superior, y mucho menos la dolorosa experiencia, que no permite engañarse acerca de la expresión de la fisonomía; aislada de todo amor, parecía como que iba sintiendo la terrible enfermedad que se llama *sufrimiento del alma*, y que aniquila el cuerpo de algunas jóvenes, aun en la primavera de su vida. Una mirada de Carlos envió un rayo de calor á aquel pobre corazón; aquel día le pareció que al hallarse sus ojos con los del hermano de Gracia, el cielo se vestía de nubes de oro y rosa, y que el sol brillaba más que de costumbre; sintió dentro de su corazón un calor nuevo y extraño, le pareció que vivía por la primera vez y que hasta entonces

había estado encerrada en una profunda soledad moral.

Así nace algunas veces una gran pasión, aunque las grandes pasiones sean raras en el mundo; una mirada es el beso de dos almas, beso inmortal que las une hasta más allá de la muerte.

Sin embargo, no era posible que Carlos Labbé lograra nunca inspirar un sentimiento fuerte y exclusivo á ninguna mujer, y menos á Clemencia; esta le amó con pasión, por esa suprema necesidad de amar que reside en el corazón de una mujer; pero solo debía amarle en tanto que viese en él lo desconocido que atrae y subyuga. Carlos, comprendido, traía el desencanto y el desaliento de una decepción irremediable.

El libertino *en pequeño*, pues así es como debe llamarse á Carlos Labbé, quedó herido de sorpresa al ver el carmin que coloreó las mejillas de Clemencia y la expresión de sus ojos al mirarle; la inocente niña le hacía, sin saberlo, una declaración de amor; él, que ni por cortesía había ido á ver al coronel y á su hija, á pesar de su interés por Gracia, se frotó las manos con alegría, y exclamó:

— ¡Esto va bueno! ¡Tenemos conquista!

Y lanzó á Clemencia su más atrevida mirada.

La joven palideció bajo su peso.

Quedóse cortada, confusa, trémula, y se ocul-

tó tras las blancas cortinillas que cubrían los cristales.

Aquella noche Clemencia no durmió y Cárlos Labbé decia á sus amigos, sentados con él en derredor de la mesa de un café:

—Tengo en campaña una nueva conquista.

—¿Del teatro?

—No,—respondió él, dándose tono.

—¿De dónde la has sacado entonces?

—De las regiones de la decencia.

—¡Quita allá!—exclamó uno de sus íntimos.

—¡Bella conquista será esa! ¿De qué te servirás?

—Es una niña muy hermosa.

—Que te cansará á los ocho días.

—Y muy buena.

—Entonces te cansará á los cuatro.

—Y de buena familia.

—¡Pensarás casarte con ella!—exclamó asustado otro de los amigos.

Cárlos no respondió nada y quedó pensativo.

IV.

—¿Me casaré con ella?

Esta era la pregunta que se hacia Cárlos Labbé cuando ya hacia dos meses que iba todos los dias á casa de Clemencia, cuando esta le amaba

con todo su corazon, con ese primero y generoso amor que viste al objeto amado de todas las perfecciones y de todos los encantos.

El coronel no se preguntaba eso, sino que se decia con profunda conviccion:

—Se casarán, y mi Clemencia será feliz, porque él es un buen muchacho.

Pasó un mes más, pasaron dos, y Cárlos pasaba tambien más tiempo cada dia al lado de Clemencia.

Sin embargo, ni una palabra hablaba de matrimonio.

Una noche abrió la boca para decirle:

—¡Clemencia, yo quiero casarme contigo!

Ella esperó con ansiedad; pero la frase que habia empezado á pronunciar Cárlos, no llegó á ser pronunciada.

Tomó el sombrero, y salió.

Era una noche de invierno, y llovía agua helada con esa continuidad leve y sostenida que desespera á los transeuntes nerviosos más que el aguacero más furioso; Cárlos andaba cabizbajo y pensativo; eran las once; en vez de ir hácia su casa, se dirigió hácia el lado opuesto, y á una de las calles oscuras y estrechas que cruzan la parte más céntrica de Madrid. Era la calle de la Paz.

Entró en una casa de buena apariencia y subió hasta el piso tercero, tirando allí de la cam-

tó tras las blancas cortinillas que cubrían los cristales.

Aquella noche Clemencia no durmió y Cárlos Labbé decia á sus amigos, sentados con él en derredor de la mesa de un café:

—Tengo en campaña una nueva conquista.

—¿Del teatro?

—No,—respondió él, dándose tono.

—¿De dónde la has sacado entonces?

—De las regiones de la decencia.

—¡Quita allá!—exclamó uno de sus íntimos.

—¡Bella conquista será esa! ¿De qué te serviría?

—Es una niña muy hermosa.

—Que te cansará á los ocho días.

—Y muy buena.

—Entonces te cansará á los cuatro.

—Y de buena familia.

—¡Pensarás casarte con ella!—exclamó asustado otro de los amigos.

Cárlos no respondió nada y quedó pensativo.

IV.

—¿Me casaré con ella?

Esta era la pregunta que se hacia Cárlos Labbé cuando ya hacia dos meses que iba todos los dias á casa de Clemencia, cuando esta le amaba

con todo su corazon, con ese primero y generoso amor que viste al objeto amado de todas las perfecciones y de todos los encantos.

El coronel no se preguntaba eso, sino que se decia con profunda conviccion:

—Se casarán, y mi Clemencia será feliz, porque él es un buen muchacho.

Pasó un mes más, pasaron dos, y Cárlos pasaba tambien más tiempo cada dia al lado de Clemencia.

Sin embargo, ni una palabra hablaba de matrimonio.

Una noche abrió la boca para decirle:

—¡Clemencia, yo quiero casarme contigo!

Ella esperó con ansiedad; pero la frase que habia empezado á pronunciar Cárlos, no llegó á ser pronunciada.

Tomó el sombrero, y salió.

Era una noche de invierno, y llovía agua helada con esa continuidad leve y sostenida que desespera á los transeuntes nerviosos más que el aguacero más furioso; Cárlos andaba cabizbajo y pensativo; eran las once; en vez de ir hácia su casa, se dirigió hácia el lado opuesto, y á una de las calles oscuras y estrechas que cruzan la parte más céntrica de Madrid. Era la calle de la Paz.

Entró en una casa de buena apariencia y subió hasta el piso tercero, tirando allí de la cam-

panilla con la fuerza de una persona que es dueña de la casa, ó que tiene en ella grandes atribuciones.

Una criada abrió y él pasó adelante cantando entre dientes y sin dirigirle una palabra.

—¡La señorita va á acostarse y no recibe!—le gritó la doméstica con acento acre.

—No importa,—respondió bruscamente Cárlos.

—Pues sí importa,—repuso la muchacha;—¡y desde luego le advierto que hallará la puerta cerrada!

—¡Lo veremos!—dijo Cárlos con una terquedad grosera.

Y cruzó la antesala y un saloncito tapizado de reps azul.

Al fin de este salon habia una puerta que quiso abrir, pero resistió á sus esfuerzos.

La camarera soltó una carcajada.

—¡Ven aquí y dime lo que pasa!—exclamó Cárlos, cuyas mejillas se habian enrojecido con la púrpura de la cólera.

—No pasa nada, sino que la señorita se cansa de usted,—dijo con descaro la criada.

—¡Por qué?

—La razon está clara : no la dá usted dinero.

—¡No sabes que me tiene arruinado?

—¡Y eso qué?—repuso la muchacha encogiéndose de hombros:—usted se arruina y ella no hace nada con la ruina de usted.

—A remediar ese doble mal es á lo que vengo,—dijo Cárlos con una sorda cólera, en la que habia alguna nobleza, por haber tambien no poca amargura. En seguida añadió :

—Rita, dí á Elvira que deseo verla.

La camarera quedó sorprendida y mirando á Cárlos como si no comprendiese lo que éste le decia:

—Vé,—añadió éste, poniéndole en la mano una pieza de plata;—vé, que tengo prisa.

Rita salió sin decir una sola palabra, y Cárlos Labbé se puso á medir con desiguales pasos el aposento, pintándose en sus facciones, ya una cólera sorda y violenta, ya un amargo desprecio, ya una malvada alegría.

Poco tardó en volver la camarera : abrió la puerta y dijo á Cárlos:

—La señora espera á usted.

El terminó la vuelta de paseo por la sala que tenia empezada, y despues salió sin apresuramiento alguno por la puerta misma por donde habia aparecido Rita, que le estaba mirando con una sonrisa socarrona y malvada.

Despues de pasar un comedor estrecho, alumbrado, durante el dia, por las ventanas que caian á un patio, pero á la sazón perfectamente á oscuras, Cárlos Labbé se halló ante una puerta cubierta con una cortina, que alzó, hallándose en una estancia que sin duda le era ya muy cono-

cida, pues su extraño aspecto no parecía causarle sensación alguna.

Reinaba allí un completo desorden; el mueblaje, que era rico, estaba deteriorado y roto; un ancho y cómodo sofá ostentaba asquerosas manchas de pomada en su espalda, y se hallaba lleno de ropas de vestir, lo mismo que todas las sillas, diseminadas por la estancia; el polvo blanqueaba los marcos dorados de algunos cuadros de ningún mérito, pues eran estampas que representaban escenas sacadas del *Ivanhoe*, de Walter Scott, y mal grabadas; no se veía allí ni un libro, ni un cuadro de mérito, ni un piano, ese amigo de las veladas solitarias, ni un ramo de flores, ni nada, en fin, de lo que habla de alma y á la inteligencia, nada de lo que habla de arte y de idealismo.

Solo vivía allí la parte material y grosera; la habitadora de aquella estancia mal amueblada, desprovista de cortinas, desguarnecida de toda belleza, de toda poesía, respondía perfectamente á lo que la rodeaba.

Era una jóven que no podía contar más que veinte años, pero cuyo semblante pintado de blanco y rosa acusaba cinco ó seis más; igualmente pintados estaban sus ojos, que eran hermosos y oscuros, y lo parecían más á causa de las ligeras líneas negras que los circuían; un peinado de extraña complicación se levantaba

sobre la frente de aquella jóven, estrecha y cargada de cabellos, graciosa y de un corte completamente á la moda, á causa del artificio con que estaban dispuestos los cabellos.

Estaba aún ataviada con un vistoso traje de fondo blanco, listas grana y flecos de los dos colores; sentada delante de una mesa, cubierta aún con los restos de una cena, jugaba con el tenedor y el cuchillo, haciendo saltar las aceitunas sevillanas que aún quedaban en un plato, y mirando hácia el techo con una afectación de indiferencia muy grande para no ser simulada.

—¡Ah! ¿Eres tú?—exclamó al ver entrar á Carlos Labbé;—¿qué quieres á estas horas? Iba ya á acostarme; tengo mucho sueño.

—No es mi intención incomodarte durante largo rato,—dijo él con voz contenida, pero cólerica;—solo vengo á decirte dos palabras...

—Ya las espero,—dijo la jóven burlonamente.

—Que me caso.

Saltó ella como si le hubiera herido un dardo invisible; miró á Carlos con ojos en los que se pintaban el terror y la cólera, y exclamó:

—¡No puede ser!

—Me caso,—repitió Carlos con una fría crueldad.

—Y entonces, ¿qué es lo que piensas hacer de mí?—dijo Elvira levantándose como una pantera y'asiendo el brazo de Carlos.

—Olvidarte,—respondió éste.—¿Piensas acaso,—añadió con amargura,—que he de sufrir siempre tu desden, tus coqueterías y los mil suplicios que inventan para mí tu veleidat y tu avaricia? No; ya se acabó; sacudo el yugo que me sujetaba á tí, y lo sacudo para siempre.

—¿Para sujetarte á otro?

—No.

—¿Para sujetarte al del matrimonio?

—Ese no será tan pesado como el tuyo.

—¿Quién sabe?—dijo la jóven dando paso por entre sus apretados dientes á una amarga carcajada. Y aunque le consideres tu salvacion, ¿crees que yo te dejaré llegar á ella?

—No te comprendo,—murmuró Cárlos.

—Sí me comprendes, pues has perdido el color; mas para que me entiendas mejor, oye lo que te aseguro: no te casarás... porque yo lo impediré.

—¿Tú!—exclamó Cárlos con una carcajada,—¿tú lo impedirás?

—¿Yo, sí!

—¿Y de qué modo?

—Ese es mi secreto.

—Escucha, Elvira,—dijo Cárlos Labbé con gravedad:—si te atraviesas en mi camino, no repararé en los medios de librarme de tí.

La jóven abrió sus grandes ojos y miró con un asombro lleno de amargura al que le hablaba tan duramente.

—Sí,—prosiguió Labbé;—yo no obro ahora mal contigo; tenias la firme decision de arrojar-me de aquí, segun tu criada me ha dado á entender; así, ¿por qué has de ofenderte de que te deje á mi vez?

—Lo que me ofende,—exclamó Elvira,—es que me dejes para casarte.

—Ese es el fin de la carrera de todos los libertinos; ¿ó acaso pensabas que yo, en cambio de tu abandono, te guardase eterna fidelidad?

Elvira fijó en Cárlos una mirada extraña y fatal; brotó de sus ojos un relámpago sombrío, y aquella llama, lejos de apagarse, permaneció viva y fatídica durante algunos instantes; todas las pasiones malvadas de la mujer que áun en la aurora de la existencia ha sido ya muchas veces comprada y vendida, pasaron por aquellas pupilas oscuras, grandes y hermosas, y en las cuales, sin embargo, no habia ni dulzura ni inteligencia; solo la malicia vivia detrás de aquellos ojos que el vulgo llamaba hermosos, pero que tenian algo de profundamente repulsivo para las almas buenas; el fúnebre resplandor de la venganza les animaba; y tal fué su expresion y lo osado y pertinaz de la mirada que se fijaba en Cárlos Labbé, que éste, á pesar de no ser capaz de comprender los tumultuosos pensamientos que expresaba, sintió frio en el corazon.

—¿Habla!—dijo para romper aquel silencio;—

¿querías que yo te fuera fiel en cambio de tu abandono?

—Nada me importa de tu fidelidad,—respondió Elvira con un acento más frío que la hoja de un puñal:—lo que quería era despedirte yo, y no que tú te despidieses de mí.

—¿Qué más dá?—repuso Cárlos tomándola una mano.—Elvira, quedemos amigos y separémonos sin amargura.

Cárlos, dicho esto, se levantó para salir; la jóven se levantó también, acercóse á él y puso en su brazo su pequeña mano blanca y adornada con algunos brillantes.

—Yo te amaba,—le dijo con voz lenta;—al despedirte de mi casa, quería probarte, y si tu amor á mí hubiera sido una verdad, me hubiera consagrado á tí para siempre.

Cárlos hizo al oír estas palabras un movimiento de espanto, al que la jóven respondió con una amarga sonrisa.

—¡Bonito regalo era mi eterna adhesión! ¿No es verdad?—dijo, traduciendo con su rápida comprensión el pensamiento de aquel hombre grosero y exento de toda generosidad; te entiendo, Cárlos, porque sé lo poco que vales; no se me oculta tampoco que el haberte perdido es acaso un gran bien para mí; pero, ¿qué quieres? á pesar de tu escaso ó ningun valor, yo te amaba, y aunque así no fuese, has herido mortalmen-

te mi amor propio; espéralo, pues, todo de mí.

—Haz lo que quieras,—dijo Cárlos Labbé, encogiéndose brutalmente de hombros y dando un paso para salir.

—¿Me desafías?

—¿Piensas acaso que te amo?

—¿Qué desgraciada criatura es la que va á enlazar al tuyo su destino?—preguntó Elvira con melancolía:—¿has ido á buscarla entre las que se me parecen?

—No,—dijo Cárlos con orgullo;—es una niña buena y pura.

—¿Hermosa?

—Como un ángel.

—¿Pobre?

—Tanto como yo.

—Ya te comprendo,—dijo Elvira jugando con la rica leontina de su reloj,—pertenece, como tú, á la clase media; á los que vivís entre el doble martirio de las altas aspiraciones y la escasez de medios. ¡Cuántas infelices y honradas niñas se inmolan con vosotros á un martirio sin fin! Pero veo que estoy filosofando, y es muy tarde, y yo tengo sueño; vete, y si puedes, pon la base del edificio de tu dicha doméstica; la pobreza y yo nos encargaremos de derribarlo, como si fuera un castillo de naipes levantado por la mano de un niño.

Cárlos Labbé se sonrió con un desprecio mez-

clado de incredulidad, y se dirigió de nuevo hácia la puerta, sin otra despedida que un ademán frío y desdeñoso; su obtusa comprensión no le permitía ver hasta qué punto dejaba herida á la leona; ella le siguió con una mirada que rebotaba una amarga cólera, y cuando hubo traspuesto el umbral, exclamó:

— ¡Ni siquiera me ha implorado por la desgraciada que va á confiarle su destino! ¡Canalla, estúpido! ¡Tú no mereces ni aún mi venganza! ¡Pero yo necesito distraer el fastidio que me devora, y para distraerme... me vengaré!

V.

La boda de Carlos y de Clemencia se celebró sin pompa alguna; la alegría se hallaba aposentada en tres corazones; en el del coronel, en el de Gracia y en el de la encantadora novia.

De la pobreza á la miseria hay un abismo, y aún no habian caído en él aquellos cuatro séres.

El primer año lo pasó feliz, riante, tranquilo y encantador; todas las flores de la dicha crecían en el alma de la joven esposa; su belleza temó un carácter sublime; pero aquella belleza era una flor ignorada de todos. Clemencia, que salía muy poco antes de casarse, dejó absolutamente de mostrarse en público despues de casada.

La dicha residía en su casita; ¿já qué ir á buscarla fuera de sus blancas paredes? Esto se preguntaba, y pasaba la vida amando á Carlos, contemplándole y probándole su amor con mil cuidados minuciosos y encantadores.

Una niña vino aun á alegrar á la familia, como un rayo de sol. Octavia era hermosa como su madre. Carlos la recibió como todos los padres, por frios de corazón que sean, reciben á su primer hijo; despues pareció acostumbrado á su dicha, y su carácter duro y displicente apareció de nuevo, y con más desventajas que antes de casarse.

El lazo conyugal le pesaba; ya no podía dispendiar su sueldo en locuras; aquel módico haber, era el pan de la familia.

Clemencia vió con dolor que su marido dejaba poco á poco de amarla:—Quizá,—pensó,—no me ha amado jamás. Y este pensamiento amargo se aposentó en su corazón como en una morada propia, como un huésped importuno que no quería abandonarla ya.

«¡Qué triste compañero, pero qué fiel es el dolor!»—dice Víctor Hugo:—«si ha hecho pleno conocimiento con vosotros, no os abandona jamás; se sienta á vuestra mesa, ocupa la cabecera de vuestro lecho y toma parte en toda vuestra vida!»

Clemencia vió marchitada su hermosura vir-

ginal bajo el negro soplo de una pena continua y sin descanso. Como la Cydalisa de Balzac, su figura habia ostentado la pureza ideal de un ángel; pero la mujer apareció bien pronto bajo los raudales del llanto. Su marido no la halló menos divina y más terrenal, sino menos bella; no era capaz aquella grosera inteligencia de explicarse la transformación que rápidamente se obraba en la belleza de Clemencia; la transformación, sin embargo, era obra suya.

Como unos seis meses después del nacimiento de su hija, Clemencia esperó en vano á su marido durante toda la noche: ya hacia mucho tiempo que volvia á las doce, á las dos, y aun á las tres de la mañana, pero al dar las cuatro una angustia mortal se apoderó de la pobre jóven, á quien en vano procuraba Gracia consolar é inspirar alguna tranquilidad.

Cuando Carlos entró en su casa eran las ocho de la mañana.

—¿Qué te ha sucedido?—exclamó la pobre esposa corriendo hácia él.

—Nada... se puso malo un amigo en el café y me fuí á cuidarle.

—Yo no me he acostado esperándote.

—Muy mal hecho.

—¿Y podias yo dormir sin saber lo que te sucedia?

—Procura, pues, acostumbrarte á dormir sin

que yo esté en casa,—dijo Carlos con dureza.

—¿Sucederá lo de hoy muchas veces?

—Es probable,—respondió bruscamente Carlos.

En efecto; desde aquel dia, por cada noche que el marido de Clemencia iba á dormir á su casa, pasaba cuatro fuera: esta conducta indignó al coronel, que lo llamó un dia y tuvo con él una grave y larga explicacion.

—Yo no te he dado á mi hija para que la hagas desgraciada,—le dijo el severo militar;—cuando no se sabe hacer feliz á una pobre é inocente jóven, es una infamia ligarla para siempre á un destino triste y nebuloso. Carlos, mira lo que haces, ó te quito á mi hija y á la tuya.

El libertino no se enmendó, y el anciano, devorado por una pena profunda, empezó á languidecer, como la vetusta encina minada por un gusano oculto. Clemencia era lo que más amaba en la tierra, lo único que lo ligaba á la vida, y veia que era para siempre infeliz.

Una noche que Carlos Labbé salia de una de las casas de juego donde veia amanecer, pasó tocando á una mujer elegantemente vestida, que caminaba lentamente por la misma acera que él; esa mujer iba apoyada en el brazo de un hombre de bella figura, jóven y de un aspecto noble y distinguido.

Aquella mujer llevaba sobre un espléndido traje, una rica capa de raso blanco, guarnecida

de armiño; su cabeza, poblada profusamente de rizos negros, ostentaba una belleza ideal. Medio envuelta en una banda de tul blanco, parecía una virgen judía, y sus ojos negri-azules tenían una grandeza, una forma y un brillo completamente orientales.

Acá y allá salían del blanco cendal algunos rizos como madejas de seda batida y luciente.

Cárlos Labbé quedó tan estático ante aquella aparición como Juan de Leyde, ante sus visiones. Era Elvira.

Elvira convertida en una hermosura ideal cuando él la había dejado solamente bonita: Elvira, convertida en gran señora, más jóven, más seductora que él la había visto jamás.

La elegancia brillaba en ella como una prenda natural: su traje azul de dos tonos, con fondo de raso y de brochado de un azul más oscuro, era del gusto más exquisito y más dispendioso; la mano que apoyaba en el brazo de su compañero, estaba cubierta con un rico guante blanco; aquella pareja salía de algun teatro, de algun sarao; pero ¿cómo iban solos? ¿Cómo Elvira concurría á aquellas fiestas? ¿Quién la había presentado en la buena sociedad?

Todo eso era incomprensible para Cárlos, y por averiguar todo eso sentía una curiosidad terrible, devoradora.

Otra circunstancia llenaba de dudas al anti-

guo adorador de Elvira: ¿cómo con aquel traje y á aquella hora iba á pié? ¿Tendría cerca de allí el carruaje?

En tanto que iba meditando así, Cárlos seguía á la espléndida pareja á lo largo de la calle: Elvira y su compañero hablaban con animacion, ella acompañando lo que decia con ademanes llenos de coquetería y de gracia; con esa cortesía y nobleza que ni aun se olvida por el amor, en las personas de clase elevada y distinguida educacion.

Al doblar la esquina de la calle, y situado en una especie de plazoleta, donde desembocaban otras dos, Cárlos vió parado un carruaje: el cochero, vestido de gala, con calzon, media de seda y zapatos con hebillas, dormitaba en el pescante lo mismo que los lacayos y el pequeño groom, que no pasaba de doce años: era una berlina soberbia, pintada de azul oscuro; forrada de raso blanco y blasonada; el tronco, de yeguas tostadas, valia tres mil duros; las guarniciones, de plata mate, eran del gusto más exquisito y más sencillo; la librea, azul como la berlina, indicaba una gran casa y una gran fortuna.

Al llegar cerca del coche, el compañero de Elvira reparó en el sueño de los criados y pronunció con voz altiva y sonora este nombre inglés:

—¡John!

El grueso cochera saltó sobre su asiento, quedó derecho y grave como un diplomático, arregló con un movimiento maquinal la gran peluca empolvada que le caía hasta la frente, y asió las riendas en su robusta mano.

El groom abrió la portezuela.

Elvira subió la primera, siguió su compañero, cerró el lacayito, subió á su asiento al lado del obeso John, y el carruaje partió al trote de sus briosas yeguas.

Cárlos Labbé habia seguido con absortos ojos todo cuanto sucedia: aquella elegancia, de la que no habia vislumbrado aun la apariencia en toda su miserable vida, le causaba una especie de estupor. Acostumbrado á los modales libres de la cortesana de tercer orden y de las actrices más inferiores de los teatros, sentia como una especie de desvanecimiento al ver la soltura, la elegancia, la exquisita suprema delicadeza con que trataba á Elvira su compañero, delicadeza á la que ella correspondia con otra igual.

Cárlos no sabia ni tener aquellos modales exquisitos, ni hubiera sabido tampoco aceptarlos de nadie, pues se hubiera visto confuso y como fuera de su centro.

En la imposibilidad de seguir al carruaje, optó por volverse á su casa, aunque acosado del humor desapacible del hombre derrotado en su vanidad.

Clemencia le esperaba cosiendo á la luz de un pequeño quinqué; su traje de lana muy modesto y de escaso precio dibujaba admirablemente las exquisitas proporciones de su talle de ninfa; su cabeza de musa brillaba con una gracia resplandeciente bajo el foco de la luz del quinqué; sus manos de marfil se movian ágilmente; cosiendo un trajecito para su niña; un cuellecito alto de tela lisa cerraba su torneada garganta con un collar de blancura immaculada: hubiérase podido creer, al ver aquella joven, en otra madre vírgen, madre por la naturaleza, pura é immaculada por la sublime castidad del alma, por la santa y completa ignorancia de todo lo malo, por el candor absoluto del pensamiento.

Cerca de Clemencia, y acostada en una cuna de caoba primorosamente decorada de raso y batista bordada, dormia Octavia Labbé; tenia poco más de un año, y ya su belleza recordaba la de los ángeles de Rubens, el más sublime retratista de los espíritus puros que rodean el trono del Eterno. No dormia la niña; de cuando en cuando alzaba sus párpados de nácar, que tenia entornados, y miraba á su madre, que atraída por una corriente eléctrica, miraba tambien á la niña y le sonreía con una ternura inefable; así habian llegado á la una de la madrugada, y Clemencia, al oír que sonaba esta hora en la pen-

dola, se admiró de la rapidez con que el tiempo había trascurrido.

El ruido de una llave que abría la puerta de la escalera la distrajo, y otra nueva y angélica sonrisa se dibujó en sus labios al divisar á su marido.

Este no reparó siquiera en aquel bello y apalable cuadro doméstico; cruelmente preocupado de su encuentro con Elvira, cuya elevación en la escala social no podía perdonarle, ni miró á su mujer ni tampoco á su hija.

Dirigióse al sofá y se dejó caer en él sin decir más que esta sola palabra:

—¡Buenas noches!

—Bien llegado, amigo mio,—dijo jovialmente Clemencia;—voy á darte chocolate; ven al comedor.

—¿Por qué no te has acostado?—preguntó bruscamente Labbé.

—¿Acaso me acuesto nunca antes que tú vuelvas á casa?—preguntó Clemencia admirada:—¿ni para qué había de hacerlo? ¡No había de dormir ni un instante!

—Si crees que me complaces con esos alardes,—dijo Carlos,—te equivocas; preferiría encontrarte acostada y dormida.

—No es muy tarde,—observó la jóven con timidez,—y además, quería hablarte hoy de una cosa...

Clemencia se detuvo cortada y confusa; un vivo color vistió sus blancas mejillas y una luz fugitiva, como el relámpago de la cólera, pasó por sus ojos, dulces y tranquilos siempre como la superficie del mar, cuando está en calma.

—¿Qué es eso?—preguntó severamente el marido, que hacia dos horas solo pensaba en otra mujer:—¿qué te pasa?

—¿Si supieras!...—murmuró la pobre Clemencia, que de rosada se puso roja.

—¿Eso quiero! ¡Habla al instante!

—Pues bien, Carlos, hay un hombre que hace quince días me persigue sin descanso.

—¿Y nada me habías dicho?

—Pensé que se cansaría al ver que no le hago caso alguno.

—¿Y quién es?

—Creo que lleva un título de marqués.

Carlos hizo un ademán de violenta sorpresa; una corona de marqués superaba el blason del carruaje al cual había visto subir á Elvira pocos instantes hacia.

—¿Cómo sabes que es un marqués?—preguntó.

—Lo he visto en un carruaje blasonado.

—¿Es jóven?

—De edad mediana, según he podido comprender en lo poco que lo he visto.

—¿Y cuándo lo ves?—preguntó Carlos clavando

do en el bello y puro semblante de Clemencia una iracunda mirada.

Pero aquel dulce rostro permaneció tranquilo; sus ojos, en los que ya se había apagado el rojo resplandor de la cólera, devolvieron á Carlos una mirada límpida y serena.

—Le veo,—dijo con voz tranquila y pura como el canto de un ave;—le veo cuando salgo, cuando me asomo al balcon, siempre; en todas partes; me ha enviado alhajas y no perdona medio de importunarme.

—¿Con quién te ha enviado esas alhajas?

—Con un criado.

—¿Y dónde están?

Clemencia miró absorta á su marido, y palideció al ver el relámpago de avaricia que brillaba en sus ojos.

—Las he devuelto,—contestó gravemente.

—¿Y qué eran?

—Un magnífico y completo aderezo de brillantes, y despues un collar de perlas.

—Podías haberme enseñado esas joyas antes de devolverlas,—dijo con acritud el esposo.

Y levantándose bruscamente, salió de la estancia y pasó á la suya para acostarse, sin decir á Clemencia ni una palabra de despedida.

VI.

El coronel desfallecia de dia en dia, de un modo tan triste como visible. Una pena sorda y continua le consumia; veia á su hija llena de privaciones, á pesar de reunir su paga á la de Carlos; la abundancia y el bienestar hubieran reinado en aquella casa á no ser por el vicio, que se tragaba los dobles recursos que la Providencia enviaba con su mano sábia y bienhechora; pero ¿qué hay que baste para los gastos absurdos de un libertino vulgar? El oro pasa entre sus manos, y va á las mujeres más viles y á los hombres más abyectos, sin que él quiera conocer su valor más que cuando ya se ve amenazado hasta de perder lo necesario á la vida, y cuando ya ha perdido todo asomo de dignidad.

Gracia procuraba consolar y animar al coronel, casi tanto como la misma Clemencia; era una niña adorable, y adorada por todos los que la tenian cerca; sus doce primaveras estaban llenas de encantos y de gracias. ¿Cómo de la misma madre, cómo del mismo seno habian nacido dos seres tan completamente distintos como Carlos y Gracia? Misterio era este que el padre de Clemencia no sabia descifrar.

La niña ayudaba á Clemencia en todos los

do en el bello y puro semblante de Clemencia una iracunda mirada.

Pero aquel dulce rostro permaneció tranquilo; sus ojos, en los que ya se había apagado el rojo resplandor de la cólera, devolvieron á Carlos una mirada límpida y serena.

—Le veo,—dijo con voz tranquila y pura como el canto de un ave;—le veo cuando salgo, cuando me asomo al balcon, siempre; en todas partes; me ha enviado alhajas y no perdona medio de importunarme.

—¿Con quién te ha enviado esas alhajas?

—Con un criado.

—¿Y dónde están?

Clemencia miró absorta á su marido, y palideció al ver el relámpago de avaricia que brillaba en sus ojos.

—Las he devuelto,—contestó gravemente.

—¿Y qué eran?

—Un magnífico y completo aderezo de brillantes, y despues un collar de perlas.

—Podías haberme enseñado esas joyas antes de devolverlas,—dijo con acritud el esposo.

Y levantándose bruscamente, salió de la estancia y pasó á la suya para acostarse, sin decir á Clemencia ni una palabra de despedida.

VI.

El coronel desfallecia de dia en dia, de un modo tan triste como visible. Una pena sorda y continua le consumia; veia á su hija llena de privaciones, á pesar de reunir su paga á la de Carlos; la abundancia y el bienestar hubieran reinado en aquella casa á no ser por el vicio, que se tragaba los dobles recursos que la Providencia enviaba con su mano sábia y bienhechora; pero ¿qué hay que baste para los gastos absurdos de un libertino vulgar? El oro pasa entre sus manos, y va á las mujeres más viles y á los hombres más abyectos, sin que él quiera conocer su valor más que cuando ya se ve amenazado hasta de perder lo necesario á la vida, y cuando ya ha perdido todo asomo de dignidad.

Gracia procuraba consolar y animar al coronel, casi tanto como la misma Clemencia; era una niña adorable, y adorada por todos los que la tenian cerca; sus doce primaveras estaban llenas de encantos y de gracias. ¿Cómo de la misma madre, cómo del mismo seno habian nacido dos seres tan completamente distintos como Carlos y Gracia? Misterio era este que el padre de Clemencia no sabia descifrar.

La niña ayudaba á Clemencia en todos los

quehaceres domésticos con una atención, con una perseverancia incansables; adoraba á la pequeña Octavia, y se habia consagrado casi del todo á su cuidado; causaba admiración el ver á aquel pequeño y lindo sér entrar, salir, asear las habitaciones, coser y cuidar de todo aquello que podia complacer á cada uno de los individuos de la familia.

Una tierna caricia de Clemencia, un beso paternal del coronel pagaba á cada instante sus esfuerzos; solo en la adusta fisonomía de Carlos no se veia jamás ni el contento ni la sombra de la gratitud; todos los esfuerzos de la niña para complacerle eran completamente inútiles, y sus mimos encantadores se estrellaban contra aquella helada naturaleza.

—Papá Conrado, ¿por qué estás tan triste?—preguntó un dia Gracia, sentándose en las rodillas del coronel.

—Yo no estoy triste, ángel mio,—respondió el anciano con un esfuerzo supremo para sonreír.

—¡Yo veo tus ojos llenos de lágrimas!—exclamó Gracia, que sin saberlo dejó correr las suyas;—¡sí, papá Conrado, tú estás triste y enfermo!

—¡No hay tal!

—Sí, por cierto, y á mí me engañas; ¿quieres que te lea un rato para distraerte? ¿Quieres que

te recite la lección de historia y la de geografía? ¡Por Dios, ámate! No comes casi nada; ¡ya no sales á paseo! ¿Quieres morirte? ¿Qué haremos entonces Clemencia y yo? ¡Ya sabes que mi hermano para nada se cuida de nosotras, y que tú eres nuestro amor y nuestra alegría!

Gracia, al decir estas palabras, tomaba las manos del anciano, las besaba y no se separaba de él hasta que le creia tranquilo y casi sonriente, sin adivinar el esfuerzo inaudito que le costaba el fingir una tranquilidad que se hallaba muy distante del viejo caballero.

Clemencia rodeaba á su padre de ternura y de cariño; despues de su hija era el objeto de su constante cuidado, y con ella era más explícito el coronel que con la niña Gracia.

—¡Me mata el verte desgraciada!—respondia siempre á las cariñosas preguntas de Clemencia.

En efecto, la muerte llegaba conducida por el dolor, pero un dolor lento, tenaz, sin alivio ni descanso alguno. En vano Clemencia se esforzaba por tranquilizarle, haciéndole ver que no era tan infeliz como él la suponía.

—¿No te tengo á tí?—le decia.—¿No tengo á mi hija? ¿No tengo á Gracia, que será pronto una amiga mia? ¿Por qué me he de quejar de mi suerte? Padre mio, no dejes á tu Clemencia aislándote en un dolor que te separe de ella; su suerte no

merece tan profundo dolor; ¿no hay mil más desgraciadas que yo? Carlos se cansará y volverá un día al lado mío; yo le recibiré sin amargura y sin reproches. Ignoro lo que hace; pero aunque fuera muy culpable, yo le amo, y mi corazón le absolverá siempre.

Estos consuelos no bastaban á cerrar la profunda llaga abierta en el corazón del coronel; su hija única, su Clemencia, el amor de su vida, era desgraciada para siempre.

Un día, el coronel, que se había levantado temprano, según su costumbre, tuvo que volverse á acostar; una debilidad mortal se había apoderado de él; acometióle un frío terrible, y una palidez cadavérica invadió sus facciones.

El médico que se llamó declaró que se hallaba muy grave; la dolencia del alma tomaba la forma de una aguda fiebre cerebral; el médico pidió para la noche junta de facultativos, que declararon al anciano en peligro mortal é imposible de evitar.

Cuando los médicos hubieron salido, llegó el sacerdote á llenar su ministerio, y después de cumplidos sus deberes religiosos, el coronel hizo llamar á Carlos y le pidió que se sentase á la cabecera de su lecho.

Allí permaneció más de una hora; lo que ambos se dijeron nadie lo oyó; pero la fisonomía del esposo de Clemencia tenía, al dejar la estancia

del moribundo, una expresión recogida y grave, á la par que profundamente triste. Encerróse en su cuarto, en donde permaneció solo por espacio de media hora.

Luego llamó á su mujer, la tomó las manos y le dijo con acento sentido esta sola palabra:

—¡Perdon!

—¿De qué?—preguntó Clemencia espantada de la alteración que notaba en las facciones de su marido.

—De lo que te he hecho sufrir,—respondió Carlos;—tu padre, tu pobre padre, que va á dejarnos, me lo ha hecho conocer.

—Yo no me he quejado jamás á él,—dijo Clemencia, enlazando sus brazos al cuello de su marido.

—Ya lo sé,—repuso Carlos;—pero esto no amengua mi culpa, sino que enaltece tu virtud. Clemencia, perdóname te ruego, y ahora que vas á quedarte sin padre, cuenta con un amigo, con un ser que dedicará su vida entera á adorarte como mereces.

La alegría que la joven experimentó al oír hablar así á su marido, dulcificó algún tanto la pena que le causó la muerte de su padre, acaecida á los dos días; el anciano cerró los ojos con la plácida esperanza de una suerte mejor para su hija; así se lo había prometido Carlos, y en

su honrada buena fé, así esperaba que lo cumpliera.

Durante dos meses, Carlos Labbé pareció acordarse bien de las promesas hechas al moribundo; no salía más que para ir al ministerio, y despues se volvía al lado de su familia; pero aquel hombre de naturaleza vulgar tenía muy pocos recursos en sí mismo; su educación descuidada y su carácter superficial quitaban á su trato todo encanto; no gustaba de leer ni tenía afición á las bellas artes; así es que no pasaba jamás de ese término á cuyo fin se siente el fastidio, como incansable vigilante y eterno guardador.

Despues de algunas palabras vagas y pálidas, cambiadas con Clemencia, cuyo entendimiento nada tenía de vulgar, acababa por tenderse en un sofá y dormirse profundamente.

Clemencia tenía el doble dolor de ver lo poco que intelectualmente valía su marido, y de ver también que se aburría á su lado; pero la desgraciada jóven, semejante á los idólatras, se complacía en revestir al objeto de su adoración de perfecciones, para no tener que renunciar á él.

Cuatro meses despues de la muerte del coronel, la familia Labbé presentaba el aspecto más triste que nunca.

Disminuidos en gran manera los recursos con

la pérdida del anciano, las malas costumbres de Carlos, así como la irascibilidad de su carácter, se habían aumentado prodigiosamente.

En vano había buscado por todas partes á la hermosa mujer que él había conocido con el nombre de Elvira, y á la que había columbrado una noche de invierno como una aparición fantástica; ¡en vano! Aquella mujer había desaparecido de Madrid, según se desprendía de los minuciosos informes que Labbé tomó con el cuidado más prolijo, ya por sí mismo, ya pagando, á peso de un dinero que no tenía, emisarios diestros y fieles, ya, en fin, por medio de la policía.

Así pasó algún tiempo. Octavia contaba cinco años cuando Clemencia dió á luz un niño, y este acontecimiento le trajo la primera alegría que desde hacía largo tiempo disfrutaba; su marido recibió al recién nacido con una indiferencia completa, y más bien manifestó pesar que alegría.

Gracia tenía quince años, y jamás quince años más bellos los ha soñado Byron, el más soñador y el más libertino de los poetas.

Hay en toda mujer jóven y hermosa cierta

inclinacion irresistible al sacrificio, cierta necesidad aun más de amar que de ser amada.

Las mujeres feas no comprenden esta necesidad, ó á lo menos, si la sieten, es solo durante los años de la primera juventud; despues, el mundo y los acontecimientos, el aislamiento en que viven, las decepciones, las esperanzas defraudadas, que las forman como un triste asilo, van desecando su corazon á la manera que el aire abrasado del desierto y el sol candente desecan y matan al jóven arbolillo que ha nacido en tan funesto sitio, de la semilla que un pájaro viajero dejó caer de su pico al cruzar la calcinada llanura.

Cuando el amor entreabre con sus delicadas manos las rosadas cortinas de la adolescencia, el corazon se abre á todas las ilusiones y á todas las ternuras; seguras de ser adoradas, hojeamos con infantil descuido las páginas aun puras y blancas del libro de nuestra vida, y aspiramos la ternura con toda la fuerza del alma.

Entonces el hombre que se acerca y que habla de amor, se hace el dueño eterno del destino de una jóven; si este hombre reune, no sobresalientes cualidades, sino las más comunes, como juventud, una figura agradable y una educacion regular, el débil y tierno sér que se halla detenido en el umbral de la vida, esperando alguno á quien amar, le da su corazon, y no contenta con

esto, le da tambien su gratitud, como si le hiciera un inmenso beneficio con unirla á su destino.

Entonces empieza para la mujer un trabajo sublime y que solo á ella pertenece: el de fabricar dentro de su pensamiento galas y preseas para adornar el objeto de su cariño; todo se conjura para ayudarla en este trabajo, así sus buenas cualidades como sus mismos defectos; su vanidad quiere que lo que ama sea, no solo digno de ella, sino envidiado del mundo entero; su generosidad le presta una grandeza que no tiene el sér que ama; y así de consuno todas las prendas de su corazon y todos los defectos de su carácter forman un semidios del que solo es un pobre mortal lleno de debilidades y á veces tambien de vicios.

Cegada por el amor la pobre enamorada, eleva cada dia poco más el pedestal, y no repara en que cada dia le va separando un poco más de sí; con esfuerzos supremos le sostiene á la vista del mundo, que admira, no su sublime ceguedad, sino la grandeza del que ella ha enaltecido; pero llega el dia en que, rendidas sus fuerzas, deja caer los brazos, y el ídolo viene al suelo, se hace pedazos, y descubre el barro vil de que estaba formado.

Tal es la historia del corazon de Clemencia, historia que es tambien la de muchas mujeres.

Aun despues de caido el ídolo, aquella noble

criatura tuvo el heroico valor de reunir sus fragmentos y de fabricar con ellos un sér á quien amar: ¡era el padre de sus hijos!

Esto era lo que se decia para consolarse á sí propia; la jóven cristiana, cándida y educada en la sencillez de la virtud, se apega á su esposo como la yedra al tronco; durante largo tiempo puede su marido ofenderla, martirizarla, torturarla impunemente; primero, no ve; luego, *no quiere ver*, y acaso esta obstinada y sublime ceguedad dura toda su vida.

Clemencia vivia en una atmósfera homicida; su pureza, su inocencia, su bondad, su mansedumbre no bastaban á contrarestar los miasmas hediondos de la corrupcion moral de su marido; pertenecia además á la desventurada clase media, á la pléyade de *mártires del siglo XIX*, como la llamaba Elvira, con aquel talento gráfico y terrible que anunciaba ya á la gran señora detrás de la vil cortesana. Clemencia tenia todas las necesidades de una naturaleza delicada, y no podia satisfacer ninguna. Nacida para la vida inteligente, se consumia en la prosa y en las pequeñeces de la vida vulgar, casera y miserable. No iba jamás al teatro; no oia música nunca; no tenia tiempo de ir al museo á recrear, no solo su vista, sino tambien su espíritu, en las obras maestras del arte; no podia ni aun leer, sujeta á los duros cuidados de una vida doméstica, estre-

cha y llena de penuria; el dinero escaseaba cada dia más, pues no existia en su casa el órden invariable que hubiera podido evitar la angustia y las privaciones.

De esta suerte pasaron aun otros tres años. Clemencia habia tenido algunos perseguidores, pues su pura belleza, aunque alterada con las penas y el dolor, no habia aun perdido su encanto incomparable; pero no habia tenido conflictos sérios, pues al ver su actividad digna y tranquila, se habian aquellos retirado; además, salia tan poco de su casa, que eran raras las ocasiones que tenian de verla.

El compañero de Elvira habia desaparecido con ella; devueltas las alhajas, nada habia vuelto á saber de él.

Gracia habia llegado á los diez y ocho años sin un solo pretendiente. Aun no habia resonado en su oido la palabra *amor*; toda la semana la pasaba en casa ocupada en las labores domésticas y en el cuidado de los niños; los domingos, la criada tomaba en brazos al pequeño Luis, ella ó Clemencia tomaban de la mano á Octavia, y se iban á respirar el aire á las alamedas del Retiro y á que Octavia corriese y gorjease como los pajarillos.

Estas salidas y la de ir á misa muy temprano los domingos y los dias festivos, constituian todas las de Gracia y Clemencia.

Las dos jóvenes se amaban profundamente, á pesar de sus diez años de diferencia; era Gracia de dulcísimo carácter y estaba dotada además de admirable talento. El de Clemencia sobresalía por una cualidad poco comun en las mujeres, por la benevolencia; esta cualidad adorable es la que más asegura la posesion del afecto de las personas que nos rodean. Clemencia, que se hallaba dotada de mil raras perfecciones, era indulgente hasta la abnegacion para los mil pequeños defectos de la niña; y aquella bondad de alma que su prosáico y vil marido ni sabia estimar ni aun comprendia, la pagaba Gracia con una ternura ilimitada.

Tal es el poder mágico de la indulgencia, que hace perdonar los defectos y hasta las faltas ajenas; las personas irreprochables, las personas perfectas, son pocas veces indulgentes con las faltas de los otros; esto da á su carácter una dureza y una acritud que les enajenan todas las simpatías; hallándose virtuosas quieren asimismo la perfeccion en todos los demás, y se creen con derecho á exigirla; los maltratados, juzgados por estas virtudes feroces, deploran la misma virtud y á veces llegan hasta encontrarla odiosa. Esas personas irreprochables no sienten por las debilidades ajenas ni piedad, ni consideracion, ni misericordia; espian á los débiles, los condenan, los persiguen y los aborrecen; para ellos, la palabra

pasion es una mentira, el amor un desvarío, una locura peligrosa. Quieren hacer del deber el dragon que guarde las puertas del desierto de la vida; quieren regular con un compás, no solo todas las horas de la existencia, sino tambien todos los latidos de los corazones.

Por eso se halla pocas veces alivio ó consuelo en las personas completamente buenas y dichosas; buscad para contarle vuestras penas á una persona que haya amado y sufrido, no á la que haya vivido sin pasiones y sin luchas.

La indulgencia en una persona irreprochable es el ideal de la perfeccion humana; Clemencia, laboriosa y activa, llevaba muchas veces la parte de trabajo que la perezosa Gracia descuidaba. Sensible hasta el extremo, tenia una paciencia tal, que dominaba hasta la intensidad de sus impresiones. Dotada de un corazon grande y tierno, su raciocinio era tan luminoso y tan claro, que daba á las más difíciles cuestiones de la vida la más feliz, la más digna solucion posible.

Esa criatura admirable vivia, no obstante, sin amor; á pesar de su noble ceguedad, no habia podido dejar de ver la progresiva degradacion de su marido; le compadecia, pero no podia excusarle; aun le profesaba algun afecto, resto del que le habia tenido, pero ya no podia dedicarle ninguna estimacion.

Uno de los rasgos característicos de las almas

grandes, es la necesidad absoluta de aprecio: el amor no le basta, les es preciso también *estimar*; á veces prefieren el poder estimar á poder amar, y todo lo perdonan mejor que la infamia y la bajeza.

Clemencia había llegado al triste período de tener que despreciar á su marido; los acreedores, que llamaban sin cesar á su puerta, siempre engañados y burlados, siempre con falsas promesas; las huidas de Carlos al oír llamar á aquellas pobres gentes; sus vergonzosas excusas cuando le *atrapaban*; el tener la misma Clemencia que negar la presencia de su marido en la casa y ofrecerles con el rubor en la frente lo que sabía que no había posibilidad de cumplir; el fatal valor de Carlos de reincidir en aquellas deudas vergonzosas; todo eso llenaba el alma de la pobre esposa de un desaliento infinito, de una amargura que minaba cada día su salud.

A pesar de la gran decadencia en que se hallaba su admirable y pura belleza, aun quedaban de ella hechiceros restos, según se ha visto por la impresión que causó en el pintor Andrés Montalvo, al aparecer en el balcón de su casa.

Este dió un paseo matutino tan fuertemente preocupado, que no podía decir ni los sitios que había recorrido, hasta que se halló sentado en una de las mesas del café Suizo, en frente de uno de sus pocos amigos.

VIII.

Las diez de una calorosa mañana de estío acababan de dar, cuando una preciosa jóven entró en la calle de Alcalá, viniendo de la Puerta del Sol.

La ancha acera estaba llena de un sol abrasador y candente, á pesar de lo poco avanzado de la hora. Pocas gentes tenían el valor de atravesarla; ya las persianas estaban herméticamente cerradas en todos los balcones; las tiendas tenían extendidas sus cortinas, y los escasos transeúntes buscaban la sombra que aun ofrecía la calle á aquella hora poco avanzada del día.

La jóven ya mencionada iba tan absorta en sus pensamientos, que no buscaba el alivio de la sombra, sino que seguía su camino con toda la rapidez posible.

Su aspecto era á la vez modesto, digno y encantador; la flor de una inocente juventud se abría en aquella figura fresca y cándida, y brillaba en sus grandes ojos claros y límpidos como un lago sereno y trasparente.

No era muy alta su estatura; antes bien puede decirse que apenas llegaba á mediana; delgada y esbelta, de apariencia delicada y casi aérea, su humilde traje hacía resaltar la gracia casta

grandes, es la necesidad absoluta de aprecio: el amor no le basta, les es preciso también *estimar*; á veces prefieren el poder estimar á poder amar, y todo lo perdonan mejor que la infamia y la bajeza.

Clemencia había llegado al triste período de tener que despreciar á su marido; los acreedores, que llamaban sin cesar á su puerta, siempre engañados y burlados, siempre con falsas promesas; las huidas de Carlos al oír llamar á aquellas pobres gentes; sus vergonzosas excusas cuando le *atrapaban*; el tener la misma Clemencia que negar la presencia de su marido en la casa y ofrecerles con el rubor en la frente lo que sabía que no había posibilidad de cumplir; el fatal valor de Carlos de reincidir en aquellas deudas vergonzosas; todo eso llenaba el alma de la pobre esposa de un desaliento infinito, de una amargura que minaba cada día su salud.

A pesar de la gran decadencia en que se hallaba su admirable y pura belleza, aun quedaban de ella hechiceros restos, según se ha visto por la impresión que causó en el pintor Andrés Montalvo, al aparecer en el balcón de su casa.

Este dió un paseo matutino tan fuertemente preocupado, que no podía decir ni los sitios que había recorrido, hasta que se halló sentado en una de las mesas del café Suizo, en frente de uno de sus pocos amigos.

VIII.

Las diez de una calorosa mañana de estío acababan de dar, cuando una preciosa jóven entró en la calle de Alcalá, viniendo de la Puerta del Sol.

La ancha acera estaba llena de un sol abrasador y candente, á pesar de lo poco avanzado de la hora. Pocas gentes tenían el valor de atravesarla; ya las persianas estaban herméticamente cerradas en todos los balcones; las tiendas tenían extendidas sus cortinas, y los escasos transeúntes buscaban la sombra que aun ofrecía la calle á aquella hora poco avanzada del día.

La jóven ya mencionada iba tan absorta en sus pensamientos, que no buscaba el alivio de la sombra, sino que seguía su camino con toda la rapidez posible.

Su aspecto era á la vez modesto, digno y encantador; la flor de una inocente juventud se abría en aquella figura fresca y cándida, y brillaba en sus grandes ojos claros y límpidos como un lago sereno y trasparente.

No era muy alta su estatura; antes bien puede decirse que apenas llegaba á mediana; delgada y esbelta, de apariencia delicada y casi aérea, su humilde traje hacía resaltar la gracia casta

y decente, que era el principal de sus atractivos.

Un traje de lanilla de ínfimo precio cobraba un valor indecible con su gracioso modo de llevarlo; la suave ondulacion de su falda dejaba ver sus piececitos infantiles, calzados con unos botines de saten, que no habrian costado más de treinta reales, pero que á pesar de su vulgar hechura, descubrian toda la gracia de aquellos piés de niña. Una mantilla de las llamadas *manto*, y ya muy usada, cubria su cabeza y su talle, no sin que dejase vislumbrar las rubias trenzas, que, como cadenas de oro, guarnecian aquella, y la elasticidad de una cintura hecha á torno...

El viento cálido de aquella mañana de Julio, al separar su mantilla algun tanto, dejó ver por dos ó tres veces una garganta pura y delicada, ceñida con un collar de cristal negro y rodeada de una golita de tul blanco y un largo y hermoso rizo de cabello rubio como desprendido del rico y abundoso rodete.

Una pequeña sombrilla oscura, opuesta en todo á los cómodos *en-tout-cas* que la moda proscribía ya, la resguardaba muy mal de los ardores del sol; sus manos pequeñas y delgadas estaban cubiertas con unos guantes muy usados y ya mil veces compuestos.

Detrás de la jóven marchaba un hombre, ligero, elegante, y que ostentaba un aire perfecta-

mente conquistador: no parecia arredrarse por el sol, del cual le resguardaba, por otra parte, un quitasol forrado de verde. Marchaba cantando á media voz una melodía italiana, que interrumpia para adelantar el paso, acercarse á la jóven y decirle á media voz algunas palabras osadas.

Conociase á primera vista que aquel hombre era uno de tantos, conocidos por el dictado de *piratas callejeros*, que ocupan su vida siguiendo á cuantas mujeres jóvenes y bonitas hallan á su paso.

Indudablemente hacia ya rato que perseguia á la jóven, porque la primera vez que se le aproximó en la calle de Alcalá, volvió ésta la cabeza con una mezcla de angustia y de indignacion, y sus hermosos ojos azules le dirigieron una mirada de enojo.

—¡Vamos, niña, no sea usted tan arisca!—dijo el don Juan de las calles con melosa voz y aire de proteccion,—la ingratitud dice mal con ese rostro tan lindo y tan dulce.

La jóven se detuvo un instante, miró con un desden lleno de soberbia á su perseguidor, y luego, por detrás de él, pasó á la acera opuesta de la calle con paso lento y tranquilo.

Pero era tan linda aquella criatura, que el Tenorio no se desanimó y siguió en el camino que habia tomado, volviendo á acercarse á ella y á dirigirla palabras atrevidas.

Entonces la hermosa niña se detuvo con las mejillas rojas de indignacion, miró á la cara de su perseguidor, y le dijo:

—¡Caballero, usted se ha equivocado!

—¡Palabra sacramental!—repuso el pirata;— ¡y por qué, hermosa mia? ¿acaso en creerla á usted linda? Pues le aseguro que ahora que la veo bien la encuentro encantadora.

—Se ha equivocado usted al creer que yo le tolero con gusto al lado mio,—dijo la jóven,—y le suplico que me deje ya en paz.

—¿La estorbo á usted? ¿Hay algun galan dichoso?...

—No, señor,—respondió la inocente;—no hay más que una pena muy grande en mi alma.

Y las lágrimas, contenidas á duras penas en los ojos de la jóven, brotaron como un raudal é inundaron sus mejillas.

El perseguidor la miró absorto. Al pronto una expresion burlona se dibujó en sus facciones; creia aquel llanto un lazo grosero en que queria cogerle; sabido es lo que se abusa en Madrid de la palabra *desgracia*; pero era tan agudo, y á la par tan verdadero el dolor retratado en aquel dulce rostro, que la duda desapareció muy pronto de su alma.

Quitóse el sombrero con un ademan respetuoso y lleno de gracia, y dijo con voz conmovida:

—¡Perdon, señorita!

La jóven calló, sacó del bolsillo de su traje un pobre pañuelo de algodón, blanco como la nieve, y enjugó sus ojos, disponiéndose á seguir su camino.

Su perseguidor la contemplaba mudo y enternecido.

—Dígame usted si es posible,—murmuró con timidez,—dígame usted la pena que aun tan jóven la aqueja; sépala yo, y acaso la pueda remediar; con esa prueba de confianza me hará ver que me concede un perdon que yo no me concederé jamás.

—Gracias, caballero,—dijo la jóven con dulzura;—perdonada queda la mortificacion que me causó; en cuanto á mi pena... permítame usted que se la calle.

—¿Es acaso de amor?—preguntó él con un resto de su osadía de libertino.

—¡No, señor!—respondió la jóven alzando con altivez su peregrina cabeza.

—Es...

Y trémulo y cortado el perseguidor de la jóven, no se atrevió á formular su segundo pensamiento; pero llevó la mano al bolsillo de su chaleco.

La jóven se hizo un paso atrás con un movimiento de orgullo tan verdadero, que la mano quedó inmóvil en el sitio donde se hallaba.

—Adios, caballero,—dijo ella, recobrada ya; —doy á usted mil gracias por el interés que me ha demostrado, y prosigo mi camino, porque tengo prisa.

—Mi querida niña,—dijo el perseguidor;— aparte de toda idea de afición ó de galantería, crea usted en la verdad del respeto con que toda mi vida he mirado lá desgracia; vea usted en mí á un hermano, á un amigo: ¿qué puedo hacer por usted?

—Nada, caballero.

—¿Es tanta mi mala suerte? ¿No tiene usted una madre, una hermana, un padre que me necesiten, y á los que yo pueda ser útil?

—No, señor.

La jóven, dichas estas palabras, se inclinó delante de aquel hombre con una dulce dignidad, y siguió á lo largo de la calle.

El se despidió con un saludo respetuoso y triste, descubriéndose de nuevo la cabeza ante la desgracia que pasaba y proseguía su camino.

No obstante, le hubiera sido de todo punto imposible el no seguir á aquella jóven; á bastante distancia, para que ella nó le viese, siguió su camino y la vió entrar en una gran casa, situada ya cerca del Prado, y una fachada magnífica, indicaba la opulencia de sus dueños.

—¡Ha entrado en el palacio de Valnoble!—se dijo admirado el Lovelace.—¡Ea! será alguna ofi-

ciala de la modista de la marquesa, á no dudarle; pero ¿y aquel aire noble y distinguido? ¿y sus modales llenos de sencillez y dignidad? No; esa criatura pertenece, si no á la clase elevada, á lo ménos á una clase decente de la sociedad.

Entró en el patio y se quedó pensativo, en tanto que la jóven cerraba su sombrilla, arreglaba un poco los pliegues de su mantilla y empezaba á subir lentamente la anchurosa y bella escalera de mármol blanco que se extendía á la izquierda del patio.

IX.

Al terminarse la escalera, se halló la jóven en un espacioso y elegante peristilo sostenido por columnas, y en el cual se paseaban gravemente los criados vestidos de negro.

Dos candelabros de gas, de ocho bombas cada uno, salían de las manos inmóviles de dos estátuas, que representaban la *Juventud* y la *Fidelidad*, simbolizadas en dos jóvenes de piedra de admirable belleza.

La primera tenia en la mano el cuerno de la abundancia, del que caía una lluvia de flores; la segunda apoyaba su mano en la cabeza fina é inteligente de un hermoso lebrél sentado á su lado y que la miraba amorosamente.

Grandes macetas de flores y dos largas banquetas de terciopelo azul oscuro acababan de amueblar el suntuoso perístilo.

La jóven cayó allí como una triste aparición; llena de timidez, se detuvo apoyada en uno de los grandes mónstruos alados y fantásticos que un eminente artista había tallado en mármol como las estátuas, y que parecían sostener y guardar la escalera.

—¿Qué se le ofrece á usted, señorita?—preguntó uno de los criados, reparando á la vuelta de su paso en la recién llegada.

—Quisiera... quisiera ver á la señora marquesa,—balbuceó la jóven.

—La señora marquesa no se ha levantado todavía,—dijo el criado, sorprendido, á la jóven; —y además, es muy difícil verla.

—¿No podría esperar á que se levantara?—preguntó tímidamente aquella.

—La señora marquesa no sale de su alcoba hasta la una, y para entonces tiene ya designadas las personas que ha de recibir.

La niña dejó escapar un doloroso suspiro.

—Dígame usted su nombre, jóven,—dijo el otro criado sacando un papel del bolsillo:—aquí está la lista de los dichosos de hoy.

—Me llamo María de Gracia Labbé,—dijo la jóven;—pero estoy segura de que mi nombre no se halla en esa lista.

—En efecto, no está,—dijo el criado,—cuyo semblante se puso más adusto al notar que Gracia no era de los dichosos, y por tanto, es inútil que usted espere.

—¡Y no obstante, es preciso, es indispensable que yo vea á la señora marquesa!—dijo la pobre Gracia con doliente acento; tendré que volver, y ¡vivo tan lejos! ¡tan lejos de aquí!

—¿En qué calle, aunque sea curiosidad?—preguntó el criado que había hablado primero.

—En la de Ponciano.

—¡Diablo! ¡Pobre niña! ¡Tiene razon!—dijo el criado;—es una legua de camino, y con tanto calor... pero, en fin, dígame usted, hija mia, aunque no es curiosidad, sino deseo de evitarle la fatiga: ¿de qué naturaleza es el favor que usted desea de la señora marquesa?

—No vengo á pedirle nada,—contestó Gracia con dulzura;—solo que me han dicho que ha despedido á su primera doncella, y venia...

—¿A ver si podía ocupar su lugar?

—Sí, señor.

—En efecto,—dijo el otro criado,—la señora está deseando reemplazar á la pícara de Rosalía; casi será lo mejor que esta jóven espere: ya son las once,—añadió sacando de su bolsillo un abultado reloj,—y tal vez adelante algo la hora de levantarse. Venga usted por aquí, hija mia, y esperará sentada en la primera antecámara.

Gracia le siguió.

—Por cierto,—dijo el criado, cuya cabeza estaba ya blanca,—que se halla usted muy sofocada; ¿quiere usted que le mande traer un refresco?

—Muchas gracias,—contestó la jóven con dulzura;—la distancia que he recorrido es larga y el calor muy grande; pero esto pasará.

La pobre niña contaba demasiado sobre sus fuerzas; su rostro se hallaba cubierto de un encarnado subido, y sus ojos, fatigados, parecía que querian cerrarse; el criado la dejó y volvió al peristilo.

Poco á poco fueron llegando otras personas que querian ver á la marquesa y que pasaban, despues de haber visto los criados que sus nombres estaban en la lista que tenian: eran en su mayor parte hombres, y con evidencia pretendientes.

La marquesa debia ser persona de gran influencia y valimiento.

—¡Dios mio!—pensaba Gracia;—¿cómo será esta señora? ¡Yo tiemblo! ¿Será apacible? ¿Cómo me recibirá? Yo no he hablado en toda mi vida con una persona de su clase... ¡Dadme valor, Dios mio! y si lo que siento es como temor, vergüenza de mi pobreza, quitádmela por indigna, pues solo de ser mala se debe tener rubor.

Pensando así, pasaron cerca de dos horas de

angustia y de mortal espera para todas aquellas personas. Se oyó, por fin, una campanilla lejana, y á este rumor, hasta los criados del peristilo se pusieron en movimiento; el ruido de la campanilla se repitió interiormente; una camarera pasó llevando en la mano una rica bandeja llena de ropa blanca, en la que se adivinaba un equipo interior de mujer, y pronto la siguió otra, cuyo traje, lleno de coquetería, la denunciaba como francesa.

—Señorita Rosalía,—dijo uno de los que esperaban, levantándose y corriendo hácia ella con una especie de angustia:—¿puedo esperar ver hoy á la señora marquesa?

—No lo sé, caballero,—respondió la jóven;—no lo sé; ¡hace-dias tiene un humor fatal!

El pobre hombre palideció.

—¡Dios mio!—murmuró volviendo tristemente á su asiento;—¡otra decepcion!

La camarera desapareció por una puerta lateral sin hacer caso alguno, ni de la exclamacion, ni del modo desgarrador con que habia sido pronunciada.

Poco despues volvió á salir, y recorriendo con los ojos el triste grupo de los que esperaban, miró á Gracia, dejando ver al instante en su rostro una ingénua expresion de sorpresa.

Acercóse á la jóven, que se levantó, y le dijo:

—¿Usted también desea ver á la señora marquesa, señorita?

—Sí, señora,—respondió Gracia con voz trémula.

—¿Está usted en la lista?

—No, señora; pero uno de los criados con quien hablé ahí fuera me ha permitido esperar aquí, por si la señora marquesa quisiese recibirme.

—¿Lo que usted desea es cosa que yo lo pueda saber, ó es reservada?

—No tengo dificultad en que usted lo sepa,—dijo Gracia con sencillez;—deseo entrar al servicio de la señora marquesa.

—¿En clase de qué?

—De su primera doncella.

—Rosalia frunció el ceño.

—Yo soy la que desempeño ese cargo,—dijo, —y no sé que la señora haya pensado hasta ahora en despedirme.

—¡Perdon, perdon, señorita!—exclamó Gracia trémula y asustada,—yo venia porque me habian dicho que habia una plaza vacante en el servicio de la señora marquesa; acaso nos hayan engañado...

—No,—repuso Rosalia,—hay, en efecto, una plaza, que si la señora marquesa quiere, usted podria ocupar; pero deberá estar á mis inmediatas órdenes: ¿lo entiende usted? á mis órdenes.

—Lo entiendo,—señorita;—y si logro ese sitio, procuraré complacer á usted; ¡tengo tanta necesidad de ello! ¡Mi pobre familia necesita mucho de lo que yo pueda ganar!

—¿Tiene usted familia?

—Un hermano enfermo hace ya tres meses; su pobre esposa que no puede abandonarle y cuya salud está también muy quebrantada, y dos niños, hijos de los dos, que ya empiezan á sentir el hambre, y á los que yo adoro.

Algunas lágrimas brotaron de los bellos ojos de Gracia al pronunciar estas palabras.

Rosalía la miró con atención, comprendiendo bien pronto que aquella pobre criatura la obedecería ciegamente; luego tomó su mano y la dijo con dulzura:

—Vamos, valor, querida niña; la situación de usted me interesa tanto, que ahora mismo voy á hablar en su favor á la señora, quien la recibirá en seguida, no lo dude usted.

Rosalía desapareció de nuevo, y Gracia esperó con el corazón palpitante de alegría y esperanza.

Media hora habia pasado, cuando un portero de estrados, vestido de negro, con calzon corto, frac, corbata blanca, medias de seda, blancas también, y zapatos con hebilla, alzó una pesada cortina de seda, buscó con la mirada, y hallando la dulce figura de Gracia, le hizo una señal respetuosa con la mano.

La jóven se acercó trémula y turbada.
—Sígame usted, señorita,—dijo el criado;—la señora marquesa la espera.

X.

Una larga série de habitaciones á cual más ricas y suntuosas, se extendian detrás de la cortina de brocado y seguia á la antesala, en donde esperaban los que deseaban ver á la marquesa; cada una de aquellas espléndidas habitaciones era digna de una reina; cada una estaba tapizada y amueblada con un color distinto; las lunas de Venecia, los tapices, los muebles de encina tallada, de ébano y de palisandro, llenaban todos los huecos y esparcian ese aroma delicado y penetrante á la vez que se exhala de los muebles ricos; era indudable que los moldes de aquellos relojes que ocupaban las consolas, y que los modelos de las mismas consolas, de los sillones y de las altas rinconeras, habian sido destruidos para que otro no poseyese objetos semejantes. En la última cámara dos gigantescos armarios del tiempo radioso para el arte, de Luis XV, ocupaban los testeros principales, luciendo con un resplandor sombrío su encina tallada por la mano de algun genio.

Las cortinas que caian delante de los balco-

nes y puertas, tenian la majestuosa amplitud, la inmensidad de pliegues de las que decoran las moradas reales: allá un velador de pórvido ostentaba una colosal copa de malaquita, con cuyo valor hubieran podido alimentarse seis familias pobres; aquí una estátua de alabastro se elevaba entre dos cuadros de Rafael, levantando un cáliz de oro, del que salia, en azuladas espirales, un embriagador perfume; más lejos una Hebe morena, cincelada en bronce dorado, se levantaba entre dos macetas de mármol de Carrara, llenas de plantas exóticas y trasplantadas de las colonias francesas, sosteniendo entre sus brazos un candelabro que figuraba un árbol, cuyos racimos estaban formados por globos de alabastro.

La lámpara que pendia del techo de aquella cámara era una obra maestra del arte de platería, y podia creerse que el santo artífice Eloy, patron de los joyeros, la habia fabricado en el cielo; el mate y el abrillantado se combinaban con exquisita perfeccion, y su forma era la de una ánfora romana del mas correcto y puro dibujo; largas y flexibles ramas de clemátidas naturales, de yedra bordada de campanillas blancas y azules y de madreelva, se enlazaban á aquel vaso maravilloso, cayendo en espirales flexibles y llenas de sencillez y de frescura, como para contrastar con su loca y prodigiosa magnificencia.

La jóven se acercó trémula y turbada.
—Sígame usted, señorita,—dijo el criado;—la señora marquesa la espera.

X.

Una larga série de habitaciones á cual más ricas y suntuosas, se extendian detrás de la cortina de brocado y seguia á la antesala, en donde esperaban los que deseaban ver á la marquesa; cada una de aquellas espléndidas habitaciones era digna de una reina; cada una estaba tapizada y amueblada con un color distinto; las lunas de Venecia, los tapices, los muebles de encina tallada, de ébano y de palisandro, llenaban todos los huecos y esparcian ese aroma delicado y penetrante á la vez que se exhala de los muebles ricos; era indudable que los moldes de aquellos relojes que ocupaban las consolas, y que los modelos de las mismas consolas, de los sillones y de las altas rinconeras, habian sido destruidos para que otro no poseyese objetos semejantes. En la última cámara dos gigantescos armarios del tiempo radioso para el arte, de Luis XV, ocupaban los testeros principales, luciendo con un resplandor sombrío su encina tallada por la mano de algun genio.

Las cortinas que caian delante de los balco-

nes y puertas, tenian la majestuosa amplitud, la inmensidad de pliegues de las que decoran las moradas reales: allá un velador de pórvido ostentaba una colosal copa de malaquita, con cuyo valor hubieran podido alimentarse seis familias pobres; aquí una estátua de alabastro se elevaba entre dos cuadros de Rafael, levantando un cáliz de oro, del que salia, en azuladas espirales, un embriagador perfume; más lejos una Hebe morena, cincelada en bronce dorado, se levantaba entre dos macetas de mármol de Carrara, llenas de plantas exóticas y trasplantadas de las colonias francesas, sosteniendo entre sus brazos un candelabro que figuraba un árbol, cuyos racimos estaban formados por globos de alabastro.

La lámpara que pendia del techo de aquella cámara era una obra maestra del arte de platería, y podia creerse que el santo artífice Eloy, patron de los joyeros, la habia fabricado en el cielo; el mate y el abrillantado se combinaban con exquisita perfeccion, y su forma era la de una ánfora romana del mas correcto y puro dibujo; largas y flexibles ramas de clemátidas naturales, de yedra bordada de campanillas blancas y azules y de madreelva, se enlazaban á aquel vaso maravilloso, cayendo en espirales flexibles y llenas de sencillez y de frescura, como para contrastar con su loca y prodigiosa magnificencia.

El oro, que no pierde jamás la ocasión de mostrarse, solo la había hallado allí en la lámpara de que vamos hablando; de todo lo demás estaba desterrado, con el buen gusto artístico que es la desesperación de los ricos sin inteligencia: las maderas preciosas, el bronce, el mármol, el pórfido y el alabastro era lo que había contribuido al embellecimiento de aquel fantástico palacio, fabricado y adornado por artistas desconocidos.

¡Qué enorme cantidad habría costado su embellecimiento!

La imaginación se detenía asustada al quererse fijar en esta idea.

Rosalía alzó una espesa y doble cortina, y dijo á la trémula y asustada Gracia:

—Allí está la señora marquesa.

La niña se halló ante la divinidad de aquel templo; y sus piés, que dieron dos pasos adelante, quedaron clavados al pavimento de mosaico.

Un deslumbramiento pasó á través de sus inclinados párpados.

Se hallaba en un nido de seda rosa, encajes blancos y bruñida plata.

Jardineras llenas de camelias y de otras flores inodoras se velaban entre anchas cortinas de encaje; delante de las dos ventanas de la estancia caían *stores* de raso blanco, en que un artista

desconocido había sembrado flores y pájaros fantásticos, pintados de rojo, azul y verde; entre encajes y raso color de rosa se levantaba, á poca distancia del suelo, un lecho de marfil tallado, obra maestra de la paciencia china; un amorcillo sujetaba con una mano una flecha de plata, de la que se escapaba la vaporosa colgadura, y con la otra sostenía una lámpara de alabastro pendiente de cadenas de plata, y cuya parte superior estaba coronada con un ramo de rosas y lirios blancos.

Una *causeuse* ó *vis-á-vis* de raso rosa y un pequeño lecho de reposo ocupaban los dos lados de la chimenea, que por todo adorno ostentaba un reloj de alabastro, sostenido en delgadas y esbeltas columnas, y colosal espejo ovalado, cuyo marco era de plata, y figuraba una guirnalda de flores y frutos; á cada lado del reloj, una copa de pié corto y delgado, y gran amplitud en su parte superior, ostentaban dos ramas de nenúfar, que una emperatriz hubiera envidiado, y dos medallones esmaltados, que acusaban su antigua procedencia de la incomparable é inmortal Sevres, la patria gloriosa de la miniatura en porcelana. ®

El frontis de la chimenea era una maravilla de mármol, que representaba las más bellas flores del paraíso terrenal, que ya no han visto renacer las generaciones. ¡Cuánto sudor debían

haber hecho brotar de la frente del artista aquel follaje de mármol, aquellos frutos de tan maravilloso relieve, aquellas flores, de las que cada capullo representaba eternos días de fatiga!

Sentada en un silloncito muy pequeño se hallaba la marquesa.

Llevaba puesto un peinador de guipure blanco, forrado de raso color de rosa y que la envolvía en pliegues majestuosos, pero sóbrios. Esta bata cerrada tenía mangas flotantes, pero recogidas en una graciosa drapería con lazos rosa. Sus cabellos, de un rubio leonado, se recogían en la parte superior de la cabeza con un peine de concha del mejor gusto por su sencillez; toda la nuca de la marquesa, perfecta, cargada de cabellos, esbelta y fina, quedaba al descubierto; únicamente de la apretada masa que constituía su alto rodete se escapaba un solo rizo, lánguido y casi deshecho, que bajaba con una gracia infinita hasta descansar en su seno.

Se veía bajo los lascivos pliegues del traje asomar su pié delgado y corvo, calzado con una zapatilla de raso rosa, á lo Luis XV, adornada de un gran lazo de encaje blanco.

Tenia la marquesa, al parecer, de veintiocho á treinta y dos años: en los cuatro que señalaba la diferencia erraba la imaginación inquieta y fluctuante del que la contemplaba.

La misma inquietud que su edad dejaba su

belleza: conociase que había sido perfectamente hermosa; pero sus grandes ojos oscuros, cargados de fatiga, su blanca palidez, su frente estrecha y oprimida de cabello, á la manera de las de las estatuas griegas, sus cejas demasiado pobladas y su boca algo grande, alejaban la idea de lo que propiamente se llama hermosura, y aun se veía que cuando la había poseído alguna influencia terrible ó fatal la había agostado antes de llegar á su completo desarrollo.

Era su estatura algo más que mediana y delgada, acaso con exceso, si bien se conocía que, en días mejores, sus formas habían sido admirables, y que, atendida su juventud, aun podían volver á serlo.

Los pliegues de su rica bata disimulaban hábilmente la delgadez de su pecho: era tan elegante y tan bella su figura, que no se advertía la falta de carnes, que era su principal y casi su único defecto.

Algunas venas azuladas cruzaban su delicado tejido en las blancas sienas de aquella mujer; círculos morenos y casi del matiz dorado del ámbar rodeaban sus hermosos y pensativos ojos, que parecían quemados por violentas emociones, y el color de aquellas ojeras contrastaba de una manera enérgica con la blancura mate de su rostro, que ostentaba el matiz delicado y puro de una azucena.

A su lado, y tendido en un almohadon de raso blanco, dormia un perrito inglés del tamaño del puño, cuyas lanas estaban recogidas con cintas de raso rosa; aquel animal, negro como el ébano, llevaba por collar una triple cadena de oro que se cerraba con un broche de brillantes sobre su delgado cuellecito.

La marquesa tenia en su mano una rama de naranjo florido, con la que golpeaba á su perrito, cuando la pobre Gracia apareció, llena de timidez, á la puerta del aposento.

Despues de la aparicion de la jóven, siguió en la misma ocupacion, mirándola fijamente con sus grandes y altivos ojos, á la vez tristes y profundos, y sin pronunciar una palabra.

Gracia sentia aumentarse por segundos su angustia y su turbacion.

—Señora marquesa,—dijo Rosalía al ver que se prolongaba el silencio,—esta es la jóven que pretende entrar al servicio de V. E.

La marquesa dejó la rama de azahar, tomó un frasquito de cristal de roca con tapon de oro que tenia en el sofá, á su lado, y aspiró con delicia su perfume, sin dejar de mirar á Gracia.

—¿Quién le ha dicho á usted que necesitaba yo una doncella, jóven?—le preguntó con voz clara y dulce, y con acento suave, pero altivo.

—Una señora, para quien he hecho algunos

bordados, y que vive en esta misma casa,—respondió Gracia con voz trémula.

—¿Qué cuarto habita?

—El tercero.

—Apenas conozco á esa dama,—dijo la marquesa;—pero el hecho es que en realidad necesito una persona que me sirva, y le agradezco el que le haya dado á usted la noticia; ¿ha servido usted ya otras veces?

—Jamás, señora,—respondió Gracia con un doloroso suspiro.

—¿Tiene usted padres?

—Hace ya largo tiempo que los perdí.

—¿Con quién vive usted?

—Con un hermano mio.

—¿Es acaso la desgracia la que la obliga á la servidumbre?

—Sí, señora; mi hermano está enfermo hace tres meses; su pobre esposa, que es un ángel, ha agotado todos los recursos para cuidarle y que nada le falte; ella y yo trabajamos dia y noche para conseguir algunos recursos; pero nuestro trabajo da muy poco de sí, y yo, al ver á la miseria sentada á nuestra puerta, á dos niños hambrientos y mi hermano sin poder tomar los medicamentos que su estado reclama, he decidido ganar mi pan, y un poco más para mi familia.

—¿Cómo!—exclamó la marquesa,—¿piensa usted dar lo que gane á los suyos?

—Todo, señora.

—¿Con qué ha de vestir usted entonces?

Gracia inclinó los ojos, roja como una cereza; después de algunos instantes, repuso:

—Reservaré algo para mí, señora; ya conozco que es preciso, porque debo vestir con decencia; ¡mas por mi gusto todo se lo daría!

—¿No gusta usted de trajes elegantes?

—Nunca los he tenido, señora.

—¿No le halaga el vestir tan bien ó mejor que sus amigas?

—Nunca he tenido otra que Clemencia, la esposa de mi hermano.

—¿No le agrada el que su novio la vea bonita ó bien vestida?

—No lo tengo tampoco.

La marquesa la miró en silencio durante algunos instantes.

—¿Qué sabe usted hacer?—le preguntó tras una pausa.

—Coser, leer, bordar, unir los encajes; ya vé la señora marquesa, son pocas mis habilidades; pero, á pesar de eso, abrigo un gran deseo.

—¿Cuál es?

—El de complacerla: lo que no sepa, lo aprenderé, y pronto.

—¿Le he inspirado cariño ya?—preguntó la marquesa con una sonrisa burlona.

—No, señora, respondió Gracia con modesta

dignidad;—el cariño no entra en el alma de repente; pero deseo complacer á usted, porque lo necesito.

—Es decir, necesita usted el sueldo que le he de dar; ¿no es cierto?

—Sí, señora, necesito ganar ese sueldo.

—Es usted altiva, niña,—dijo la marquesa con una amarga sonrisa.

—No sé mentir, señora,—repuso Gracia inclinándose con respeto.

—Veamos,—dijo la marquesa, tomando á su perrito sobre las rodillas:—¿sabría usted leerme en voz alta?

—Sí, señora.

—¿En francés ó en castellano?

—De los dos modos.

—¿Y escribir mis cartas?

—Creo que podría complacer á la señora marquesa, y me esforzaré para conseguirlo.

—De esa suerte, será usted, en vez de mi doncella, mi señorita de compañía,—dijo la marquesa.—¿Cómo es su nombre de usted?

—María de Gracia Labbé.

La marquesa dió un salto en su asiento.

—¿Cómo es su apellido de usted?—preguntó de nuevo.

—Labbé, señora.

—¿Es usted hermana de Carlos Labbé?

—Así se llama, en efecto, mi hermano.

Una llamarada de cólera pasó por los ojos de la marquesa; inclinó la frente sobre la palma de la mano y quedó pensativa y muda. Gracia esperaba temblando y con los ojos bajos.

—Lo he pensado mejor,—dijo tras algunos instantes de silencio;—será usted una de mis segundas doncellas y estará usted á las órdenes de Rosalía. En vez de leer, lavará usted mis encajes; en vez de escribir mis cartas, cuidará mi habitación, preparará mi baño y las baratijas de que están llenos mis estantes y mis veladores. La ocupacion es algo ruda, pero no hay otra.

—Yo tomaré con gratitud cualquiera que me quiera dar la señora marquesa,—dijo la pobre niña con humildad.

—El salario es corto,—prosiguió la implacable dama, que parecia gozarse en atormentar á la pobre jóven desde que oyó su apellido.—Solo le dará á usted mi mayordomo cuatro duros mensuales; tengo muchos criados, y para *ayudanta de doncella* creo que no se quejará usted.

—Antes por el contrario, doy gracias por su bondad á la señora marquesa.

—¿No le parecé á usted poco?

—Hubiera venido contenta sin sueldo alguno, y solo por la comida.

Pareció como que una lágrima se cernia en las pupilas grises de la marquesa; pero un fuego extraño la secó en seguida.

—Está dicho,—repuso mirando á Gracia con aquella amarga y altanera expresion que habia dejado solo por algunos segundos;—vendrá usted mañana y se pondrá á las órdenes de Rosalía.

Gracia se inclinó modesta y dulcemente, y salió de aquel aposento, cuya magnificencia le habia deslumbrado al entrar y que dejaba ya sin encogimiento y con gratitud.

XI.

Gracia llevó á la desolada casa que habitaba con su familia un ánimo alegre y un rostro dulce y sonriente. Al verla, las negras nubes que velaban el alma de Clemencia parecieron aclararse como si penetrase en ellas un bello y hermoso rayo de sol.

—¿Qué hay?—preguntó Clemencia con ánsia.

—He quedado admitida.

—¡Gracias al cielo!—exclamó la jóven alzando al techo sus ojos, fatigados de llorar.

—Esa señora me parece un tanto altanera,—prosiguió la jóven, dejando ver en su ingénuo rostro una sombra de tristeza;—pero ¿qué remedio? Yo procuraré y sabré complacerla, y no resistirá su dureza á mi buena voluntad y á mi deseo de verla satisfecha de mí.

—Sí, tú eres un ángel, hermana mia,—dijo Clemencia abrazando á la jóven, que ya doblaba su mantilla, deseando arreglar la mísera habitacion.

Ya no habitaba la familia en el cuarto donde la hemos conocido; dos pisos más y una habitacion mucho más reducida é insalubre habian sido el resultado de los desórdenes crecientes de Carlos; los años, en vez de madurar su razon, la debilitaban de día en día, y en aquel cerebro débil y febril, no habia casi nunca más que una muda y sombría desesperacion, que no aclaraban ni los goces de la inteligencia ni el afecto á la familia.

El desórden de una vida que, siendo tranquila y arreglada, hubiera sido más soportable, habia arruinado la salud de aquel hombre; pero débil para el trabajo y para el dolor, se habia dejado caer, fatigado de las asperezas del camino.

La habitacion era aboardillada, estrecha, y estaba abrasada por el sol de Julio, que caia á plomo sobre ella; en el primer aposento se hallaban Clemencia y sus hijos; era el mejor de la casa; en el segundo, Carlos, acostado hacia ya algunos días, y presa de una enfermedad que minaba sus fuerzas, no oia nada de lo que pasaba en torno suyo; lívido, flaco, extenuado, con la cara vuelta hácia la pared, su pecho descarnado se levantaba con una respiracion desigual y fatigosa.

Clemencia, despues de haber dado un beso fraternal en la frente á Gracia, fué al lecho de su marido y le asió la mano.

—Carlos,—le dijo dulcemente,—¿sabes que ya hemos logrado nuestro deseo?

—¿Qué deseo?—preguntó él con voz ronca y desfallecida.

—El de una colocacion para Gracia.

—¡Ah, sí! ¡Una casa á donde vaya á ganar el pan de la servidumbre!—exclamó él con amargura.—¿Y se ha hallado ya esa bella colocacion?

—Sí,—respondió la jóven, corriendo á la vez cerca de su hermano;—ya se halló: voy á casa de la marquesa de Valnoble, y ganaré, además de la manutencion, cuatro duros al mes.

—¡Por cierto que ese Dios á quien invocais os hace bien poco caso!—exclamó Carlos con una carcajada idiota y amarga.

—¡Calla!—exclamó Clemencia poniendo su bella mano en la boca de su marido;—¡calla por el cielo! ¡A lo menos déjanos la fé y la esperanza! ¡No ves, por lo pronto, que la pobre Gracia va á estar mucho mejor y á salir de esta atmósfera miserable y mortal para su juventud?

—¿No la soportamos nosotros?

—Nosotros no podemos hacer otra cosa: tenemos hijos y deberes que ella no.

—Cuando murió mi padre, su suerte quedó irrevocablemente unida á la mia: ¿por qué tiene

ella aspiraciones á pasarlo mejor que nosotros?
—¡Ay, amigo mio!—exclamó Clemencia:—el solo deseo de tu pobre hermana es el de no sernos gravosa; por lo demás, ella siente dejarnos tanto como nosotros el que nos deje.

Cárlos no respondió: solo salía de su letargo para dejar escapar alguna señal de desesperación. La enfermedad hacia rápidos progresos; el médico no servía de nada, pues no seguía ninguna de sus prescripciones; no había allí ni dinero para medicamentos, ni aun pan para los pobres niños, que erraban como sombras melancólicas.

Todo el modesto mobiliario había desaparecido: algunas sillas de paja y una deteriorada mesa era ya lo que constituía el mueblaje de aquella familia infeliz; la miseria asomaba por todas partes su negra cabeza y su demacrado semblante, y helaba el ánimo de terror.

Gracia se había despojado de su trajecito de lana gris y se había puesto otro de percal blanco con cuadrillos azules: su gentil figura, risueña, fresca y llena de encanto, parecía el emblema de la esperanza errando alrededor de aquella desgraciada familia, como una celeste mensajera. Clemencia, pálida, flaca, casi demacrada, sujeta al doble trabajo que la ocasionaba la enfermedad de su marido y el cuidado de sus hijos, no parecía ya ni la sombra de sí misma: las priva-

ciones y el dolor habían macerado sus mejillas y hundido sus ojos, antes tan puros y tan hermosos.

Sentóse en una silla pequeña y tomó de nuevo una costura tosca y miserablemente retribuida, en la que estaba trabajando.

—Siéntate, Gracia,—dijo á la jóven,—y cuéntame tu entrevista con la marquesa: ¿te ha recibido bien?

—Al principio, sí,—respondió Gracia;—después he notado en ella no sé qué cambio brusco... Pero, ¡qué casa, hermana mia! ¡qué esplendidez! ¡casi dá miedo! ¡Todo lo que se mira, todo aquello en que puede fijarse la atención, vale tesoros!

—A mí me interesa saber, sobre todo, si la marquesa es amable y si será buena para tí,—repuso Clemencia con una impaciencia nerviosa, producto de sus largos pesares.

—Sí,—respondió la jóven con acento confiado;—creo que podré complacerla.

—¿Es jóven?

—Sí, de tu edad.

—¿Bella?

—No mucho; pero tiene un atractivo irresistible á causa de su gracia y distinción.

—¿Parece buena?

—Sí,—respondió Gracia débilmente.

Dos lágrimas brotaron de los tristes ojos de Clemencia.

—¡Ah, mi pobre hermana!— exclamó:— ¡tú vas á sufrir mucho! ¡lo presiento! ¡lo sé!

En aquel momento se abrió la puerta de la mísera habitación, y apareció una mujer en el umbral.

Llevaba un vestido de raso color de granate y una mantilla de encaje prendida con alfileres de brillantes, y cuyo velo le caía delante del rostro.

Gracia sintió palpar su corazón á la vista de aquella figura altiva é inmóvil; la recién llegada contempló un instante la mísera estancia, y luego alzó el velo sobre sus cabellos rubios, recogidos muy alto en espesas trenzas con una gracia llena de negligencia.

—¡La señora marquesa!— exclamó Gracia asombrada al ver el rostro pálido de la recién llegada: —¡la señora marquesa aquí!

Era, en efecto, la señora de Valnoble.

Ni una palabra respondió: con paso agitado se dirigió al lecho donde descansaba el enfermo, y agrupando sobre el pecho los pliegues de su ancho velo, se cruzó de brazos y le estuvo contemplando durante algunos instantes con satánica sonrisa.

Entonces su rostro adquirió la belleza fata del ángel malo: encendiéndose en sus ojos una llama sombría; agitáronse sus labios con una ligera contracción que produjo una sonrisa amarga, y

se inclinó hácia el pobre sér que allí sufría, diciendo:

—¡Cárlot!

El enfermo abrió los ojos y los fijó en la persona que le hablaba.

—Elvira!— murmuró débilmente y como si soñara.

—¡Soy, en efecto, Elvira!— dijo la marquesa, —pero hoy ya no me llamo así: hoy me llamo Silvia de Valnoble, y he llegado al último escalon de la fortuna, en tanto que tú has descendido al abismo del infortunio! ¡Ya estamos frente á frente! ¡Te ofrecí vengarme de tu cobarde abandono, y aunque han pasado diez años desde la noche de nuestra despedida... me vengaré!

FIN DE LA PARTE PRIMERA.



PARTE SEGUNDA.

El placer de la venganza dura un día; pero es eterna la satisfacción de no haberse vengado.

I.

Una lámpara con pié de bronce oscuro, y cuya viva luz se hallaba velada por un globo de cristal blanco, ardiá sobre un velador, é iluminaba con sus dulces y suaves reflejos una estancia en extremo agradable por su aspecto sencillo y aseado á la vez.

El órden, que es la gracia, imperaba allí con modesto encanto: era evidente que aquella bella cámara estaba habitada por una mujer, y por una mujer inteligente, cuya vida era pura, tranquila y llena de calma.

El suelo, de marmolillos blancos y negros,

estaba cubierto en parte con tres ó cuatro alfombras de paja fina, simétricamente colocadas delante del balcon, de un lecho que ocupaba el testero principal, y de un divan de seda violeta, como el resto de la sillería.

Sobre dos zócalos de encina tallada se elevaban dos copas de cristal rosa con pié de bronce, de gran tamaño y de artística forma, llenas de rosas, de heliotropos y de jazmines, bellas hijas de la estación de los calores extremos y de las noches de la luna de Julio y Agosto; un piano de Pleyel, una arpa dorada de artística forma y dos estantitos de encina llenos de libros, respondían de la elevada inteligencia y de la noble organización de la habitadora de aquella estancia espaciosa, cómoda, y en la que se respiraba cierto perfume fresco, grato y suave, que agradaba á la vez al alma y á los sentidos.

Un bastidor contenía una tapicería; un lindo canastillo de mimbres, un bordado á medio hacer; un libro se hallaba abierto entre ambas labores, como el intervalo del recreo inteligente entre los trabajos materiales.

Algunos periódicos de tocador y artísticos se hallaban sobre el mismo velador que sostenía el bordado; el lecho, colgado de blanco, tenía el techo y la colcha de seda violeta, como el resto de la tapicería; un buró de señora, una cómoda ó papelera antigua, y un armario, cuya puerta

era un espejo, completaban el mueblaje de la habitación.

Grandes cortinas caían delante de las dos ventanas, haciendo un bello y delicado contraste el damasco violeta con la muselina bordada.

Algunas macetas que contenían plantas aromáticas, grandes claveles y un rosal té, asomaban su verdor y sus delicados matices entre los pliegues ondulantes, con un encanto incomparable; al lado de una de las ventanas se hallaba colocado un sillón pequeño, y delante una elegante mesita de labor.

Un hombre jóven y de bella figura entró en la estancia, se descubrió á la puerta como si fuera un templo, fué derecho á la mesita de labor y colocó sobre ella, un libro, dejando asomar á sus labios una dulce sonrisa, y tendiendo por el espacioso aposento una mirada acariciadora.

A los ojos de aquel hombre parecía errar por la estancia una sombra amada; en la expresión de su rostro se veía que buscaba y hallaba á algún sér que había ocupado el lecho, el sillón, la banqueta del piano, y cada uno, en fin, de aquellos muebles. Después de un rato de contemplación, fué al cordón de la campanilla y tiró de él, acudiendo en seguida una doncella.

—¿La señora?—preguntó el que se hallaba allí.

—Me extraña su tardanza,—contestó la camarera;—verdad es que iba lejos.

—¿Ha salido sola?

—Sí, señor; como siempre que va á hacer obras de caridad.

La campanilla sonó entonces.

—Aquí está ya,—dijo la camarera, saliendo á recibir á la que llegaba.

Pocos instantes despues entró en la estancia una dama de una figura esbelta, elegante y llena de distincion.

Llevaba un traje de granadina de seda negra sobre otro de seda morada, un chal de encaje y un sombrero negro con ramas de lilas.

—¿Y mi hijo?—preguntó al entrar.

—Aquí está,—respondió este abrazándola tiernamente antes de que ella le viera.

—¡Andrés, hijo mio!—exclamó la dama volviendo hácia él dos hermosos y grandes ojos llenos de ternura.

—¿Por qué tardas así, madre mia?—exclamó el pintor.

—¡Si supieras de dónde vengo!—dijo la madre; —la desgraciada que he tenido la fortuna de aliviar habita al otro extremo de Madrid, en la calle de Ponciano.

Andrés se estremeció.

Hacia algunos meses que pasaba todos los dias por aquella calle.

—Figúrate,—prosiguió la madre,—un cuarto aboartillado, en que se siente un calor horrible, y

allí, un niño de tres años agonizando sobre las rodillas de su infeliz madre; el padre moribundo tambien, y la pobre mujer yerta de pena y fatiga, flaca como un espectro y medio loca de terror; y sin embargo, ¡qué bella es aquella disdichada jóven!

—¿Y no sabes, madre mia, quién es esa desgraciada familia?

—Sí, hijo mio: el esposo era empleado; pero sin saber por qué, y despues de una enfermedad de cinco meses, le han quitado el destino, y desde entonces se ha sucedido una cadena no interrumpida de desgracias.

—Yo no sé, señora, quién nos persigue,—me ha dicho aquella pobre jóven;—pero es el caso, que algun espíritu maléfico se ha empeñado en perdernos. Un dia vino aquí una señora á quien sin duda mi esposo conocia, pues le llamó por su nombre; al dia siguiente, mi marido habia sido declarado cesante en su destino; su enfermedad se agravó y poco despues murió mi pobre hijo...

—Las lágrimas ahogaban la voz de la infeliz jóven,—prosiguió la señora de Montalvo, cuya voz atestiguaba una profunda emocion;—yo procuré tranquilizarla, y ella prosiguió:

—Sin embargo, señora, algunas veces me acuso de culpar á esa mujer; en su casa está colocada entre su inmediata servidumbre una hermana de mi marido, que no se queja y que se halla

bien. Si es cierto que al parecer la mira con indiferencia y que ningún bien ostensible la hace, tampoco se la mortifica por nada, y á su estancia allí debemos el haber libertado á esa pobre niña de la miseria, y algún alivio, aunque sea poco, con el sueldo que cobra; estos honorarios no son crecidos, pero son pagados puntualmente, y le han ofrecido adelantos que no he permitido aceptar. Lo único que me aflige,—acabó la pobre jóven,—es el oír que mi marido nombra á esa mujer en el delirio de la fiebre, y habla de vergüenza y de desesperación.

Yo tranquilicé lo mejor posible á aquella pobre criatura,—prosiguió la madre de Andrés;—le dejé un poco de dinero á nombre de la Asociación domiciliaria, y otro poco á nombre mío, y salí preocupada y triste, pues entreveo una inmensa desgracia en todo lo que he oído.

—Yo conozco á esa pobre jóven, madre mía, —exclamó el pintor tomando la mano de su madre, —y cuanto ha dicho es cierto.

—¿Tú la conoces?—exclamó asombrada la madre;—¿cómo? ¿desde cuándo? ¿Es acaso alguna aventura galante lo que te ha hecho conocerla? ¿acaso no es honrada?

—Es pura como un ángel, madre mía, y lo más horrible es que la hermana de su esposo, de quien habla, está en casa de una mujer de vida dudosa, y que antes de engañar al hombre hon-

rado que fué bastante débil para casarse con ella, había ya recorrido el camino del mal hasta el último confín.

—¿Y cuál es hoy su vida?

—La de una mujer opulenta y caprichosa.

—¿Nada más?

—Nadamás: se la admira en todas partes; el hastío la consume, y como es aun jóven y bella, no será extraño que vuelva á su vida anterior.

—¿Y su marido?

—La abandonó así que supo su pasado.

—¿Se halla en Madrid?

—Sí, madre mía: se ocupaba en perseguir á esa pobre niña, hermana del enfermo.

—¿La que se halla al servicio de su mujer?

—Sí.

—¿Dónde la ha conocido?

—En la calle, el día que fué á solicitar entrar al servicio de la marquesa; y antes había perseguido también con su amor á la esposa del enfermo, á la que envió algunas joyas de gran precio, que le fueron devueltas.

—¿Y cómo sabes tú todos esos detalles?—exclamó la señora de Montalvo mirando á su hijo con sorpresa.

—Madre mía,—repuso el artista:—jamás he sabido ni he querido disfrazarte nada, ¿no es verdad? tú has sido siempre mi única amiga, ¿no es cierto?

—Así lo creo, hijo mio.

—Pues bien, no será ahora cuando use contigo de disimulo; y tú, á tu vez, serás tan indulgente como lo has sido siempre: sé todo lo que sucede en esa casa, porque amo á esa mujer.

—¿A esa mujer que es esposa y madre?

—Sí,—respondió con tristeza el artista.

—¿Qué puedes prometerte de esa pasión, desgraciado? ¿Qué esperanza puedes abrigar?

—Ninguna, madre mia, ya lo sé.

—¿Y la ves? ¿La hablas?

—Ella ignora que yo existo en el mundo: la ví una mañana al pasar por su casa; la he seguido á lo lejos cuando salía; me he informado de su vida interior por los porteros y por la criada que los sirve; la he seguido con el pensamiento: á eso se reduce todo: mi amor es muy desgraciado, es sin esperanza; pero *vivo* porque adoro á mi ideal: esa noble criatura, madre mia, me dará la gloria; porque desde que mi corazón siente, mi inspiración y mi pincel han adquirido nueva vida: siento, y antes solo podía pensar; vivo, y antes vejetaba solamente.

Hablando así, Andrés Montalvo parecia trasfigurado: su pecho palpitaba, sus ojos tenían un brillo inusitado; era una noble y ardorosa naturaleza de artista que se animaba al calor de la llama sagrada del génio.

—¿De modo,—observó su madre mirándole con

atención,—que si esa jóven se quedase viuda te casarías con ella?

—Si tú no te ofendías por ello, en el instante que ella quisiera, madre mia.

—¿Jamás, mi querido Andrés, jamás me opondré á tu dicha!—exclamó la buena madre, abrazando tiernamente á su hijo;—como á tí, esa desgraciada me parece un ángel; pero hablemos ya de otra cosa: ¿le has visto?

Al hacer esta pregunta, las mejillas de Isabel se cubrieren de un vivo encarnado.

—Sí,—madre mia,—respondió el pintor;—á pesar de su estado, ha ido al sitio de costumbre á verme pasar cuando iba á mi estudio. Madre mia, hoy mismo voy á ir á su casa: quiero y debo olvidarlo todo, y acordarme de que es mi padre, de que está enfermo, de que es anciano. ¡Ah! Yo no te puedo decir lo que pasa en mi corazón cuando veo al baron trémulo, demacrado, con la cabeza blanca y apoyado en el brazo de un criado. Cuando era jóven y fuerte, yo, como tú, tuve el valor de renunciar á él... Ahora que es desgraciado, á pesar de sus riquezas... ¡ahora, madre mia, es forzoso que yo vaya á cuidarle, á acompañarle, á ofrecerle este brazo, en lugar del que le ofrece un criado!

—¿Bendito seas, hijo mio!—exclamó la señora de Montalvo.—¿Bendito seas, Andrés, por tu alma noble, por tus elevados sentimientos! Tienes

razon: tu desgraciado padre ha expiado ya bastante los errores de su juventud. Yo tambien le he visto muchas veces ir á ponerse á tu paso en la esquina de la calle próxima, cuando tú salias de casa... y he sentido caer lágrimas de mis ojos. Muchas veces he deseado que fueras á verle; pero no me atrevia á decírtelo: ahora que tú estás decidido á hacerlo, yo te doy gracias y te bendigo con todo mi corazon. El perdon es más digno de tí y de mí que la venganza.

II.

Aquella misma tarde, si un observador atento hubiese estado cerca de la casa en donde el pintor habitaba con su madre, hubiera visto un espectáculo conmovedor.

En una de las calles próximas, y parado en la acera, se veía un anciano vestido de negro. Una decrepitud prematura parecia agobiarle: algunos mechones de cabellos blancos como la nieve salian por debajo de su sombrero y caian sobre el cuello de su rica levita; un temblor nervioso le agitaba de continuo; su flacura era extremada, y una palidez amarillenta cubria su rostro, surcado de profundas arrugas: dábale el brazo, con aire duro y contraido, un criado vestido con el lujo propio de los domésticos de buena casa, el que

de vez en cuando silbaba brutalmente un aire callejero.

Hubo un instante en que tiró violentamente del anciano, y le dijo con acento brusco:

—¿Hasta cuándo vamos á estar hoy?

—Hasta que le vea pasar,—repuso el baron con fria severidad.

—¡Pues largo val! ¿Y si no sale?

—Estaré aquí mientras conserve esperanza de verle.

—Desde hoy busque V. quien le acompañe,—dijo el doméstico;—yo no quiero seguir con esta incumbencia, ni ninguno de mis compañeros tampoco: habrá V. de pagar una persona para que se lleve estos plantones.

El anciano dejó escapar un suspiro. Aquellos dos hombres personificaban la fuerza bruta y la debilidad orgullosa, pero impotente.

Otro nuevo tiron del brazo de su amo, que dió el criado, llevó al anciano hácia la acera.

Entonces sus mejillas pálidas se vistieron de un fugitivo carmin, y una lágrima se agitó en sus apagados ojos y rodó á lo largo de su arrugada mejilla.

Mas casi al mismo instante todas sus facciones tomaron una expresion de dicha casi delirante; su vista, fija en el otro ángulo de la calle, brillaba con el fuego de la juventud, y de sus labios salieron estas palabras:

—¡Hijo mio!
Andrés pasaba por delante de la calle; pero en vez de seguir de largo, se detuvo delante del anciano, se quitó el sombrero con respeto, y dijo con voz conmovida:

—Buenas tardes, padre mio.

—¡Andrés! ¡hijo mio!—exclamó el anciano sin poder dar crédito á lo que veía;—¡qué! ¿eres tú? ¡Te acercas para que pueda verte! ¡Ah, déjame que te abrace, que te mire!...

—Apóyese V. aquí y permita que le acompañe á su casa,—dijo Andrés,—de cuyos ojos salió tambien una lágrima, que fué á perderse en la espesura de su barba; allí hablaremos.

El baron de Valderobles se irguió como si hubiera retrocedido diez años hácia su juventud; lució en sus ojos un relámpago de indescriptible orgullo, y volviéndose al criado, que, mudo y confuso por sus insolencias pasadas, se habia retirado algunos pasos detrás del padre y del hijo, le dijo con imperio:

—¡Mi coche!

Alejóse cabizbajo el insolente criado, y un instante despues avanzó un soberbio carruaje, cuyos lacayos de gran librea permanecieron inmóviles sin descubrirse y sin mirar siquiera al baron.

—¡Abajo esos sombreros!—gritó el anciano con voz trémula de cólera.

Los criados, atónitos, pero acostumbrados ya á la más grosera insolencia, miraron al que les hablaba, sin obedecer; pero se hallaron con la mirada imperiosa y fria del pintor, y descubriéronse, en tanto que Andrés ayudaba á su padre á subir y subia tras él á la magnífica berlina.

El ayuda de cámara que antes acompañaba al baron pudo solamente hacer un gesto de consternacion á sus compañeros, y tomó á pié el camino del palacio de Valderobles, en tanto que al trote de dos soberbias yeguas le seguian mucho más rápidamente el padre y el hijo.

—¡Ya puedo morir, Dios mio!—exclamó el anciano abrazando con pasion al pintor.

—No, padre mio,—respondió éste;—ahora vivirá V., porque mi amor y mi respeto se dedicarán á aliviar sus dolencias y á acompañar su soledad: su hijo le dará lo que sus muchas riquezas no han podido comprar.

III.

Ocho dias despues, el palacio del baron de Valderobles se hallaba engalanado de la manera más ostentosa: desde el patio se extendia una suntuosa alfombra hasta lo alto de la escalera; muchos criados ayudaban á gran número de

—¡Hijo mio!
Andrés pasaba por delante de la calle; pero en vez de seguir de largo, se detuvo delante del anciano, se quitó el sombrero con respeto, y dijo con voz conmovida:

—Buenas tardes, padre mio.

—¡Andrés! ¡hijo mio!—exclamó el anciano sin poder dar crédito á lo que veía;—¡qué! ¿eres tú? ¡Te acercas para que pueda verte! ¡Ah, déjame que te abrace, que te mire!...

—Apóyese V. aquí y permita que le acompañe á su casa,—dijo Andrés,—de cuyos ojos salió tambien una lágrima, que fué á perderse en la espesura de su barba; allí hablaremos.

El baron de Valderobles se irguió como si hubiera retrocedido diez años hácia su juventud; lució en sus ojos un relámpago de indescriptible orgullo, y volviéndose al criado, que, mudo y confuso por sus insolencias pasadas, se habia retirado algunos pasos detrás del padre y del hijo, le dijo con imperio:

—¡Mi coche!

Alejóse cabizbajo el insolente criado, y un instante despues avanzó un soberbio carruaje, cuyos lacayos de gran librea permanecieron inmóviles sin descubrirse y sin mirar siquiera al baron.

—¡Abajo esos sombreros!—gritó el anciano con voz trémula de cólera.

Los criados, atónitos, pero acostumbrados ya á la más grosera insolencia, miraron al que les hablaba, sin obedecer; pero se hallaron con la mirada imperiosa y fria del pintor, y descubriéronse, en tanto que Andrés ayudaba á su padre á subir y subia tras él á la magnífica berlina.

El ayuda de cámara que antes acompañaba al baron pudo solamente hacer un gesto de consternacion á sus compañeros, y tomó á pié el camino del palacio de Valderobles, en tanto que al trote de dos soberbias yeguas le seguian mucho más rápidamente el padre y el hijo.

—¡Ya puedo morir, Dios mio!—exclamó el anciano abrazando con pasion al pintor.

—No, padre mio,—respondió éste;—ahora vivirá V., porque mi amor y mi respeto se dedicarán á aliviar sus dolencias y á acompañar su soledad: su hijo le dará lo que sus muchas riquezas no han podido comprar.

III.

Ocho dias despues, el palacio del baron de Valderobles se hallaba engalanado de la manera más ostentosa: desde el patio se extendia una suntuosa alfombra hasta lo alto de la escalera; muchos criados ayudaban á gran número de

obreros á colocar macetas llenas de flores, y limpiaban los grandes candelabros de bronce cargados de bombas de cristal; en el perístilo se paseaban otros criados, atendiendo á las campanillas, que de vez en cuando se oían en la parte interior: todo era ruido y movimiento, alegría y agitación. También en el piso bajo se veían cruzar servidores; algunas doncellas y modistas pasaban llevando copas y jarros llenos de flores y bandejas cargadas de ropa blanca.

En un saloncito octógono, amueblado con suma sencillez, se hallaban sentadas dos personas.

Eran el baron y su hijo Andrés.

El primero parecia rejuvenecido de muchos años: el temblor nervioso que antes le agitaba, producto de la cólera que ardía de continuo en su corazon al ver las demasías de sus criados, se habia hecho mucho menor: respiraba su rostro una plácida serenidad, y la última satisfaccion del que va á cumplir una accion buena y honrada.

Porque el baron, desde el instante en que tras de tantas inútiles instancias habia recobrado á su hijo, habia hecho el firme propósito de legitimar á éste casándose con su madre.

En efecto, Isabel Montalvo y Andrés eran bien merecedores de la recompensa que el cielo les otorgaba: en tanto que el baron habia sido

jóven y fuerte, no habian querido ni acercarse á él, ni permitir que se les aproximase. En medio de una angustiosa pobreza habian rehusado todas sus dádivas, todos sus ofrecimientos, y hasta la reparacion, que entonces se iba á cumplir, y de la cual él habia llegado á hablar; pero al contemplarle desvalido, enfermo, anciano, víctima de venales é infames servidores, el rencor se habia apagado en el corazon de la madre y en el del hijo, y no habian visto más que al sér débil y desgraciado, que, solo en el mundo, necesitaba absolutamente del cariño filial.

Una vez dueño de Andrés, el padre no quiso ya que se separara de él; pero el hijo le manifestó con entereza que él no podia dejar á su madre, á la que debia el más tierno cariño.

—Ruega á tu madre que consienta en llamarse la baronesa de Valderobles, hijo mio,—exclamó el anciano;—alcanza de ella que venga á ser la señora de esta casa, y de ese modo, ni tú te separarás de ella, ni yo tendré que separarme de tí; nuestros destinos estaban unidos por el cielo, y mi mano los separó: que la tuya vuelva á enlazarlos.

Andrés fué con el corazon lleno de alegría á repetir á su madre las palabras del baron.

—Muchas culpas borra el amor que te tiene,—dijo;—yo le perdono, y le perdono por tí y por mí.

Procedióse al instante á los preparativos para el casamiento; el baron despidió á toda la servidumbre y la tomó nueva, dedicando el más exquisito cuidado á la parte femenina de la misma, que debía servir á Isabel; se arregló una suntuosa habitacion para la nueva baronesa y otra no menos bella para Andrés; ésta situada entre la de su padre y su madre. El baron, vuelto á la vida, se ocupaba de todos los detalles con el gusto exquisito del hombre del gran mundo: todas las atenciones, todos los miramientos, todas las delicadezas le parecían poco. ¡Ya no iba á estar solo en la tierra! ¡Ya tenia una familia, una esposa, un hijo!

Isabel no quiso abandonar su modesta habitacion, aquella morada donde tan dichosa habia sido, hasta la hora de la ceremonia. Mas el dia que debía tener lugar aquella, el baron manifestó deseos á su hijo de tener una entrevista con ella, y en presencia de Andrés.

—Pero, padre mio,—observó el artista,—dentro de algunas horas debo ir á buscar á mi madre: ¿no puede usted hablarla cuando venga aquí?

—No,—respondió el baron;—es forzoso que la vea en la casa que habeis habitado hasta ahora, y deseo que me acompañes.

—¿Cuándo?

—No bien se terminen los preparativos para

esta noche, pues no podemos dejar solos á los criados.

—¿Por qué no va usted y yo me quedaré aquí?

—Es forzoso que tú oigas lo que voy á decir á tu madre; no quiero que haya ningun secreto entre nosotros.

Esperando, pues, á que los criados terminasen los últimos detalles, se hallaban padre é hijo en el elegante saloncito de que hemos hablado.

El baron, no obstante la feliz mudanza que se advertia en él, parecia pensativo y triste.

Su hijo le preguntó afectuosamente la causa de su malestar; pero él le respondió:

—Ya te la diré delante de tu madre.

Y luego, como asaltado repentinamente de un pensamiento doloroso, tomó la mano de Andrés, y exclamó:

—Si ella no halla perdon para mí en su corazon, sé tú mi intercesor.

Aquellas palabras habian despertado serias inquietudes en el alma generosa del artista, que anhelaba y temia á la vez el instante de ir á casa de su madre.

Un criado llegó á decir que todo estaba terminado, y el baron se levantó y dijo á Andrés con mal segura voz:

—¡Vamos!

El pintor le siguió en silencio, y á pié, apoyado el anciano en el brazo del jóven, llegaron á

la casa que hasta aquel día habían habitado Andrés y su madre, y que guardaba en sus silenciosos muros tantas horas de tristeza y tantos días de paz de aquellos dos nobles séres.

Isabel se hallaba en el aposento que siempre había ocupado, entonces ya casi desprovisto de muebles, pues todos los que ella estimaba y servían á su comodidad habían sido trasladados al palacio de Valderobles. Sentada al lado del balcón, abierto y aun lleno de macetas que contenían yerbas olorosas y algunas flores, leía en un pequeño volúmen: era la *Imitación*, ese supremo consolador de las almas afligidas ó enfermas. Respiraba su rostro una serenidad apacible; no era la expresión de una dicha, que ya no puede penetrar en un espíritu entristecido durante largo tiempo; pero era un bienestar tranquilo, recogido y profundo.

La criada que aun estaba á su servicio acercó dos sillas, y la futura señora de Valderobles alargó una de sus blancas y pequeñas manos á su hijo y la otra al baron.

—Isabel,—dijo éste,—vengo á hacerte una confesion que hasta ahora el temor de que rehusaras unir tu suerte á la mia ha retenido en mis lábios; próximo á llevarte al altar y á darte el nombre que hace tantos años debias llevar, no me atrevo á dejar cerrado para tí ni para mi hijo ningún pliegue de mi corazón.

—¡Habla!—dijo Isabel, volviendo á alargar la mano al baron;—habla y cuenta con mi indulgencia; yo no seré para tí la esposa, la amorosa compañera que hubiera sido en la juventud; hoy solo puedo y quiero ser tu hermana, tu amiga; pero el cariño fraternal y la amistad sincera son aún más indulgentes que el amor. Así, no solo por mí, sino porque te debo la legitimidad del nacimiento de mi hijo, no habrá cosa que yo no pueda perdonarte.

—Pues bien, Isabel, cinco años despues del infame abandono en que te dejé, y á mi vuelta de la India, tuve una hija.

—¿Y qué ha sido de ella?—preguntó vivamente la señora de Montalvo.

—No sé cuál ha sido su suerte,—repuso el baron;—su madre era una jóven de buena familia, muy honrada y muy bella, pero pobre... Yo la abandoné como á tí... y me volví á París... pero ella, desesperada con su deshonra y su abandono, me siguió, llegó á París, buscó donde trabajar, lo que consiguió despues de desesperados esfuerzos, y un dia, á pesar de no haber respondido á ninguno de los llamamientos, recibí una carta suya, que decia:

«Eres padre: ya que no por mí, mira por tu pobre hija; por ella te he seguido é importunado. En cuanto á mí, jamás hubiera tratado de despertar tus recuerdos; pero ella...

cuenta solo con tu proteccion sobre la tierra.»

Fui á ver á mi hija y la hallé muy hermosa; pero entonces amaba yo á una cantante italiana... la seguí á Milan y abandoné á la pobre madre y á la hija, cediendo á las sugerencias de la artista.

Algunos meses despues, se cansó de mí, y yo me cansé de sufrir sus caprichos: volví á París y no hallé más noticia de mi hija y de su madre que una muy triste: sumida en la indigencia, habia salido un dia la desdichada con su hija en los brazos de la casa donde habitaba.

—¿Cree usted que habrá vuelto á España?— pregunté interesado á la mujer que me daba esas noticias.

—No lo creo,—contestó;—no tenia la desgraciada jóven recursos para eso: más bien temo que haya buscado en el Sena el descanso á sus fatigas y el alivio á sus penas.

Salí aterrado, y desde entonces he buscado sin cesar á mi hija y á su madre, sin poder hallar ninguna noticia de ellas. Solo hará unos quince dias que, estando en el sitio al cual me dirigia todas las tardes para ver pasar á Andrés, ví á una mujer que me arrancó un grito de sorpresa: era la imágen viviente de la pobre jóven á la que yo habia seducido y abandonado: ¡de la madre de mi hija!

—¿La vió usted en la calle?—preguntó Andrés,

interesado por aquella hermana perdida en la sombra social.

—Sí,—respondió el baron:—hácia la mitad de la calle en cuya esquina te esperaba yo, se detuvo un coche de alquiler, y una mujer vestida de negro saltó al suelo. Ya empezaba á bajar la luz, y sin duda por esto llevaba ella levantado el velo de su mantilla. Era muy bella, y más aún que bella llena de gracia; pero su aspecto era fatigado y triste... Era, lo repito, la imágen de la infeliz que yo habia perdido; ella cruzó la calle con paso rápido, y al pasar por delante de mí, fué tal mi sorpresa ante aquella maravillosa semejanza, que creyendo que la desgraciada que me habia amado habia salido de la tumba, exclamé:

—¡Elvira!

Extremecióse ella violentamente, como si en efecto este hubiera sido su nombre, y se volvió, miróme con atencion y me dijo con suma dulzura:

—¿Puedo servir á usted en algo, caballero?

—Perdon, señora;—baluceé yo;—¡tiene usted tanta semejanza con una persona á quien conocí en otro tiempo!... solo que ahora veo una cosa que la diferencia algun tanto: la persona á quien usted se parece tenia el cabello negro y usted es rubia.

—Es que la moda lo exige así, caballero,—

me dijo la jóven con una franqueza encantadora y una triste sonrisa : ya no hay cabellos negros desde que se vende lo necesario para teñirlos de rubio ; ¡los míos son negros como la desgracia!

—¿Y se llama usted Elvira?

—Hoy no, caballero; pero mi madre se llamó así hasta que murió; á mí me conoce hoy el mundo por otro nombre.

—¿Cuál es? ¿Puedo saberlo?

—Sí, señor; la ancianidad me inspira respeto y confianza, acaso por lo mismo que desprecio mucho á la juventud.

—Gracias, hija mia,—le dije,—y permítame que sepa cómo se llama.

—El mundo me conoce por el nombre de Silvia y por el título de marquesa de Valnoble.

—¿Cómo!—exclamé,—¿es usted la hermosa, la envidiada marquesa de Valnoble?

—Sí, señor.

—¿La que acaba de separarse ruidosamente de su marido?

—La misma, caballero...

Interrumpióse aquí la jóven y yo dejé á la vez de mirarla; venia Andrés á lo largo de la calle inmediata; mi alma pasó á mis ojos, y ya no ví más que á mi hijo.

Cuando hubo pasado, dirigiéndome el saludo de costumbre, me volví á mirar á la marquesa y

me sorprendió vivamente la expresion de su rostro; brillaban sus ojos con un resplandor extraordinario; su corazon se agitaba con tan violenta palpacion, que se veía mover á través de su vestido; temblaban sus lábios como las hojas de una rosa batidas por el viento. Siguió á Andrés con una mirada apasionada, y cuando hubo desaparecido, se volvió hácia mí y me preguntó con imperio:

—¿Conoce usted á ese hombre?

—¡Sí!—le respondí con una triste sonrisa:—¿y usted le conoce?

—Le he visto en el teatro alguna vez, y luego aquí hoy... ¿Cómo se llama?

—Andrés Montalvo.

—¿Sabe usted *lo que es* en el mundo?

—Sí por cierto; un artista, uno de los pintores que dan más gloria á España.

—¿Vive solo?

—Con su madre.

—¿Le conoce usted?

—Ya le he dicho que sí; le conozco y le amo.

—Y yo tambien!—murmuró la marquesa despues de mirar con recelo alrededor suyo y de cerciorarse de que mi criado, aprovechándose de que ella me acompañaba, se habia alejado algunos pasos;—¿y yo le amo tambien, caballero!

—¿Usted le ama!

—Solo por verle he venido esta tarde.

—¿Le conoce usted á él?

—No, señor... Y ahora, adios; ya nada tengo que hacer aquí...

Y antes de que hubiera yo podido detenerla, aquella mujer echó á andar rápidamente hácia el coche que la habia traído y que la esperaba, y se metió en el carruaje, que partió al trote.

—Yo conozco á la marquesa de Valnoble, padre mio,—dijo Andrés.

—¡Tú!—exclamó Isabel.

—Es la mujer que persigue á Carlos Labbé y á su familia; la que tiene á su servicio á la hermana de aquel, la que ha jurado vengarse del abandono de ese desgraciado, hoy moribundo y sumergido en la miseria.

—¿Cómo! ¿Será la marquesa de Valnoble la dama de quien me habló aquella pobre jóven?—exclamó Isabel atónita.

—La misma; esa mujer ha sido una pobre obrera, y despues actriz; su talento, que es muy grande, y sus gracias, lograron cautivar al marqués de Valnoble, que se casó con ella. Entonces se llamaba Elvira; pero no extraño que se haya cambiado el nombre, lo que acaso le exigiria el marqués.

—¿Cómo sabremos si esa mujer extraviada es tu pobre hija perdida?—dijo Isabel.

—Yo iré á verla,—repuso el baron.—Y ahora,

querida amiga, si esta revelacion no te hace arrepentir de tu decision á darme tu mano; si esta nueva culpa merece aún tu perdon y el de nuestro hijo, salgamos para que yo pague la deuda que hace tantos años tengo contigo y cuya satisfaccion deseo tanto.

—Nosotros te ayudaremos á pagar esa otra deuda,—dijo Isabel.—Andrés y yo, no lo dudes, tenemos tanto interés como tú mismo en tu tranquilidad y bienestar.

—¡Ah! ¡Bendito seais!—exclamó el baron.—¿Por qué os he desconocido durante tan largo tiempo? ¿Por qué no os he pedido antes consuelo y compañía?...

Dos horas despues, el baron de Valderobles presentaba á su esposa é hijo á la brillante reunion de amigos que le esperaban en el salon á la salida del oratorio, y que debian tomar parte en el suntuoso banquete nupcial.

IV.

Las ocho serian apenas de la siguiente mañana, cuando la nueva baronesa de Valderobles y su hijo subian la escalera de la mísera boardilla habitada por Carlos Labbé, Clemencia y su ya única hija, Octavia.

Clemencia misma vino á abrir la puerta, y á la vista de Isabel hizo un movimiento de alegría. En cuanto á Andrés, como ella no le conocia, no le hizo su visita ninguna otra impresion que la del rubor que siempre causa en las almas delicadas la publicidad de su miseria.

—¿Cómo está el enfermo?—preguntó la baronesa sin soltar la mano de Clemencia.

—Sigue muy mal, señora,—respondió esta con tristeza: el profundo letargo en que está sumergido no se disipa.

—¿Qué dice el médico?

—No viene ninguno.

Isabel miró á su hijo y este salió al instante.

—Va á venir un facultativo,—dijo la baronesa;—se cumplirán todas sus órdenes; al enfermo no le faltará nada, como tampoco á usted y á su hija... ¡Valor, Clemencia!

—¡Qué, señora! ¿Sabe usted mi nombre?

—Sí por cierto, y tambien sé que es usted muy buena y muy digna de mejor suerte. Como desde ayer soy rica, me considero delegada por la Providencia para hacer á usted justicia: valor, le repito. Así que el enfermo pueda soportar una traslacion, ocuparán ustedes de nuevo el cuarto segundo de esta casa, que se halla desocupado y que se alquilará con ese objeto... Pues qué, hija mia,—prosiguió la baronesa,—¿piensa usted que

la virtud, que la resignacion, que la honradez viven siempre sin recompensa? ¡Oh, no! hay un Dios allá arriba que aun en este mundo premia y castiga. Pero aquí está ya mi hijo con el médico; despues que examine á su marido, la examinará á usted, que me parece tener tambien gran necesidad de ello.

La baronesa se acercó al lecho y vió cómo el médico levantaba la lívida cabeza de Carlos.

—Dentro de dos dias habrá desaparecido todo peligro,—dijo:—el que hay no es inminente. Si se hubiese acudido á tiempo á esta dolencia, no hubiera llegado al período en que está hoy.

Sentóse en la mísera silla que se veia en la estancia y escribió dos recetas.

—Esta señora,—dijo despues volviéndose á Clemencia,—tiene por lo menos tanta necesidad de los cuidados de la ciencia como el enfermo. Hay fiebre nerviosa aguda,—prosiguió despues de asir la mano de la jóven,—extremada fatiga y gran debilidad.

El baron entró en aquel momento: seguíanle dos hombres que traian un lecho de hierro y algunas ropas.

—¡Gracias!—dijo Isabel yendo hácia su marido y estrechándole la mano.

—He querido asociarme á tu buena obra,—repuso el baron;—bastante tiempo he hecho el mal; dejame que ahora, á imitacion tuya y de mi hijo,

practique el bien y gane, si me es posible, el tiempo que he perdido.

La cama fué arreglada en un instante por los hombres que la habian traído, ayudados por Clemencia y por la baronesa; y el enfermo trasladado á ella, sin que saliese del estado de letargo y de postracion en que yacía.

La baronesa trató de persuadir á Clemencia para que le siguiera, á lo que esta se negó rotundamente.

—¡Abandonar yo á mi marido!— exclamó:—jamás, señora, jamás.

—Pero usted, hija mia, no puede cuidarlo ahora, observó la baronesa; cuando se haya usted mejorado, volverá; se lo prometo.

—No puedo, señora, no debo alejarme de él: tengo el terrible presentimiento de que esa mujer va á volver: si esto sucede, tendrá lugar otra crisis, y es hombre muerto.

—El médico asegura que en breve habrá desaparecido el peligro.

—Una voz interior me dice lo contrario: esta dolencia mia es poca cosa, y me aliviaré; y además, aunque así no fuese, la muerte no me asusta; tanto es lo que he sufrido ya.

—¿Y Octavia?—murmuró con dulzura la baronesa.

—¡Ah! solo por ella sentiria morir; pero si sucediese, usted, señora, tan buena, tan caritativa,

la serviria de madre; tengo esa dulce seguridad.

El baron, Isabel y Andrés, salieron de la mísera habitacion consternados y silenciosos.

La noche de aquel mismo dia, y hallándose Clemencia adormecida en la silla que ocupaba al lado del lecho de su marido, la puerta se abrió suave y silenciosamente y una mujer se deslizó en la estancia.

La pobre esposa nada vió: abrumada de fatiga y adormecida por la fiebre, permaneció inmóvil. La marquesa, pues era ella, se acercó á Labbé, que permanecía con los ojos cerrados, y le llamó á media voz:

—¡Cárlos!

El se agitó con angustia, y sin abrir los ojos murmuró:

—¡Elvira! ¿Eres tú?

—¡Sí, yo soy! yo, que vengo á repetirte que soy ahora opulenta y rica, en tanto que tú mueres de miseria, olvidado por todos y detestado por todos; yo, que me he vengado de tu abandono, haciéndote todo el daño posible... ¡Qué! ¿no bebes ya aguardiente para olvidarme y para olvidar tus desgracias? ¿Tan malo estás que ya no tienes memoria?

El enfermo, sin responder, volvió la cabeza para huir del aliento abrasador de la vengadora, y llevó bajo la almohada su mano, sacando de

ella un frasco ancho y plano, del que bebió lo poco que quedaba.

—Dame y te lo traeré lleno,—dijo la marquesa.

Mas aquellas últimas gotas del terrible licor operaron en el cerebro del enfermo una revolucion terrible; se incorporó en la cama con una fuerza sobrenatural, y gritó:

—¡Infame! ¡asesino! ¡quiero matarte para que dejes de martirizarme, y para que, ya que no soas mia, no seas de nadie!

Alargó ambos brazos para asir á la marquesa, á la vez que Clemencia se incorporaba azorada y temblorosa; pero aquel esfuerzo agotó las últimas fuerzas de Carlos, que cayó desplomado sobre el lecho, lanzando un hondo quejido.

Clemencia no vió ya á la marquesa, que huyó rápidamente. Lanzóse con angustia hácia el lecho y se inclinó sobre su marido, abrazándole y prodigándole palabras de ternura... Pero de repente dió un ¡ay! angustioso y llevó la mano al corazon de Carlos... Una palidez mortal cubrió el rostro de la pobre jóven; sus ojos se dilataron... la voz se le anudó en la garganta y cayó de espaldas sin lanzar un suspiro.

Carlos estaba muerto.

V.

Tres meses han pasado. Clemencia, su hija Octavia, y Gracia, que ha dejado el servicio de la marquesa, habitaban el cuarto tercero de una alegre casita situada en la plazuela de Santa Ana.

La habitacion ocupada por aquellas tres graciosas criaturas parecia un primoroso nido: todo respiraba en él el aseo, que es la alegría; el buen orden, que es la gracia.

No se veia allí nada de lo que el lujo exige: ni dorados, ni tapices, ni costosas pinturas: todo era modesto, pero en todo resaltaba un gusto exquisito, y en el orden de la colocacion de aquellos muebles sencillos, se advertia una admirable inteligencia.

La baronesa era la que habia instalado allí á Clemencia, á su hija y á la hermana de su esposo. Una vecina de Clemencia, asustada con los gritos que daba Octavia al ver caer desmayada á su madre, entró, la socorrió, la hizo volver en sí, y al ver que el enfermo era ya cadáver, se llevó á su mísera habitacion á la madre y á la hija. Allí las halló á la siguiente mañana la baronesa, y de allí fueron trasladadas ya al mismo cuarto que entonces ocupaban, al que se llevó de prisa lo más necesario á la vida.

ella un frasco ancho y plano, del que bebió lo poco que quedaba.

—Dame y te lo traeré lleno,—dijo la marquesa.

Mas aquellas últimas gotas del terrible licor operaron en el cerebro del enfermo una revolucion terrible; se incorporó en la cama con una fuerza sobrenatural, y gritó:

—¡Infame! ¡asesino! ¡quiero matarte para que dejes de martirizarme, y para que, ya que no soas mia, no seas de nadie!

Alargó ambos brazos para asir á la marquesa, á la vez que Clemencia se incorporaba azorada y temblorosa; pero aquel esfuerzo agotó las últimas fuerzas de Carlos, que cayó desplomado sobre el lecho, lanzando un hondo quejido.

Clemencia no vió ya á la marquesa, que huyó rápidamente. Lanzóse con angustia hácia el lecho y se inclinó sobre su marido, abrazándole y prodigándole palabras de ternura... Pero de repente dió un ¡ay! angustioso y llevó la mano al corazon de Carlos... Una palidez mortal cubrió el rostro de la pobre jóven; sus ojos se dilataron... la voz se le anudó en la garganta y cayó de espaldas sin lanzar un suspiro.

Carlos estaba muerto.

V.

Tres meses han pasado. Clemencia, su hija Octavia, y Gracia, que ha dejado el servicio de la marquesa, habitaban el cuarto tercero de una alegre casita situada en la plazuela de Santa Ana.

La habitacion ocupada por aquellas tres graciosas criaturas parecia un primoroso nido: todo respiraba en él el aseo, que es la alegría; el buen orden, que es la gracia.

No se veia allí nada de lo que el lujo exige: ni dorados, ni tapices, ni costosas pinturas: todo era modesto, pero en todo resaltaba un gusto exquisito, y en el orden de la colocacion de aquellos muebles sencillos, se advertia una admirable inteligencia.

La baronesa era la que habia instalado allí á Clemencia, á su hija y á la hermana de su esposo. Una vecina de Clemencia, asustada con los gritos que daba Octavia al ver caer desmayada á su madre, entró, la socorrió, la hizo volver en sí, y al ver que el enfermo era ya cadáver, se llevó á su mísera habitacion á la madre y á la hija. Allí las halló á la siguiente mañana la baronesa, y de allí fueron trasladadas ya al mismo cuarto que entonces ocupaban, al que se llevó de prisa lo más necesario á la vida.

Uno de esos ángeles guardianes de los enfermos, una hermana de la caridad, se encargó del cuidado de Clemencia y de su hija, pues la primera tuvo que acostarse verdadera y peligrosamente enferma.

Algunos días después de su instalación en la nueva casa, Andrés fué, por encargo de su madre, á la de la marquesa de Valnoble y pidió verla.

Era por la noche, y la marquesa se hallaba rodeada de sus *íntimos*; todos eran de elevada posición y con todos la unían, no los lazos de la sincera amistad y del verdadero afecto, sino miras de interés, más poderosas que aquellos.

Es más fácil de adivinar que de explicar la manera de sostener la marquesa aquel lujo inmenso, aquellos refinamientos de magnificencia que la rodeaban; su marido, al separarse de ella, le había dejado por decoro propio el palacio que ocupaba, que ella transfirió poco á poco, de una morada rica en una maravilla de opulencia. Eran, pues, sus influencias y sus altas relaciones las que de consuno sostenían su opulencia y sus gastos.

No amando á nadie, fingía amor con tanta destreza como facilidad, y este era también otro de los filones de su riqueza.

Aquella noche se hallaba rodeada de ocho ó diez personas de las más á la moda y de la más

elevada gerarquía social. No había entre ellas ninguna mujer, y casi ninguno era joven.

No es la juventud la que obtiene generalmente los puestos más elevados.

Dos generales, dos ministros, dos títulos y dos banqueros eran los que se disputaban las miradas de la marquesa y el honor de merecer una de sus sonrisas.

Uno de aquellos señores, cuyos cabellos grises anunciaban unos cincuenta y seis años, por lo menos, hacia mimos al perrito de la marquesa; otro la tenía un enorme ramillete de camelias y jazmines, que la había llevado y que ella apenas se había dignado mirar; los demás espían el menor movimiento de aquellos grandes ojos lánguidos y muy bien pintados con rayas negras, que les daban una expresión magnética cuando se dignaba levantarlos.

Medio echada en un canapé del salón, pues en su gabinete particular no tenía nadie entrada, estaba vestida con un traje de raso blanco muy grueso, salpicado de ramitos chinos azules. Este traje, de un gusto exquisito, estaba guarnecido de encajes blancos; una ancha banda de raso azul la servía de cinturón y se anudaba negligentemente en su talle, cayendo después las puntas orladas de magníficos flecos blancos; un soberbio collar de turquesas caía sobre su pecho con esa gracia elegante que parece tan sencilla, y que es,

no obstante, inimitable; sus pendientes, que formaban dos ruedas igualmente de turquesas, llenaban, gracias á su gran tamaño, los huecos que la gran altura del peinado dejaba á entrambos lados de su cabeza.

En sus manos, muy blancas, lucian algunas sortijas maravillosas; y por debajo de los pliegues de su vestido, dejaba asomar, de vez en cuando, un pié enano, calzado con un zapatito de raso azul, adornado con un lazo de blonda blanca.

Cerca de las diez serian cuando entraron dos jóvenes, vestidos con elegancia, que se dirigieron á la marquesa.

Esta les alargó la mano á uno despues del otro, sin mirarles siquiera.

El que parecia más atrevido, desenvolvió un paquete que traia y se acercó más á la marquesa, enseñándole una preciosa caja de porcelana adornada de un esmalte, que era lo que contenia.

—¿Qué es eso?—preguntó ella lánguidamente.

—Es,—respondió el jóven,—un nuevo y delicioso cosmético que se ha inventado para la emperatriz de los franceses por la casa Legrand de París; yo traigo la caja de muestra, que acaba de llegar á casa de Fortis, para que usted lo pruebe, marquesa.

—Gracias,—dijo esta;—tengo muchos y uso pocos.

—Ofrecer cosméticos á la marquesa, es hacerla un agravio, querido Enrique,—dijo uno de los banqueros;—la hermosura no necesita de esos recursos.

El jóven bajó la cabeza mudo y consternado.

—No es eso decir que lo rehuse,—observó la desdeñosa beldad;—déjelo usted sobre una mesa, y gracias; á lo menos estimo en lo que vale su deseo de embellecerme.

Presentóse en aquel instante un criado y dijo:

—Ha venido un caballero que desea hablar á la señora marquesa.

—Ya sabe usted,—repuso esta severamente,—que esta no es la hora en que yo recibo desconocidos.

—Ya lo sé, señora, y así lo he dicho; pero insiste tenazmente.

—¿Ha dicho su nombre?

—Me ha dado la tarjeta.

La marquesa alargó la mano hácia una bandeja de plata que adelantaba tímidamente el criado: contenia una tarjeta en que se leia en letras pequeñas:

ANDRÉS VALDEROBLES Y MONTALVO.

La marquesa se estremeció, y tras un instante de vacilacion, abandonó su desdeñosa postura y en seguida su blando asiento.

Llamó al criado á un ángulo del salon y le ordenó introducir al caballero recién llegado en su gabinete particular, por una puerta que daba á la antesala.

—Soy con ustedes dentro de algunos instantes, señores,—dijo á sus amigos.

Y desapareció bajo la gruesa cortina de seda.

El gabinete estaba alumbrado por la lámpara que pendía del techo, y aquella dulce y tibia claridad le dejaba en esa amorosa media tinta, tan llena de encantos y de misterios.

La marquesa no quiso hacer encender otra luz; abrió una caja de sándalo, sacó de ella un poco de perfume, que echó en una copa de oro que tenia sobre un velador á los piés de la cama, y una nube ténue, azulada y olorífica cubrió la estancia con un penetrante é impalpable perfume.

Luego se apoyó en la chimenea y esperó. Poco tardó en oír los pasos de Andrés, y llevó una mano á su corazón, que latía violentamente, con una angustia desconocida.

Andrés apareció al fin en el umbral de una puerta pequeña, entró en la estancia, y se inclinó ante la forma blanca que se apoyaba en la chimenea, sin poderla distinguir claramente, á

causa de la semi-oscuridad que reinaba en el dormitorio.

—Buenas noches, caballero,—dijo la marquesa;—síntese usted, y dígame en qué puedo complacerle.

Y ella misma se sentó, pues la emoción que alteraba su voz hacia también temblar todo su cuerpo.

Andrés se cuidó muy poco de mirar el rostro de aquella mujer en el primer instante de su entrada en el aposento; pero despues, pensando en lo que su padre habia referido, pensando en que acaso era su hermana, y en que ella misma iba á verle disfrazada pocos dias antes, la miró en breve con una ternura é interés muy diferentes de lo que la misma Elvira esperaba.

—Señora,—dijo Andrés,—mi objeto es el suplicar á usted que me deje llevar á una jóven que hace poco tiempo tenia á su servicio: su nombre es Gracia.

La marquesa hizo un violento ademán de asombro, y preguntó:

—¿Y quién reclama á esta jóven?

—La única persona con la cual tiene algun parentesco en el mundo, señora marquesa: la esposa de su hermano, que murió.

—Lo sé,—dijo la marquesa con una amarga sonrisa.

—Vengó, pues,—prosiguió Andrés,—no solo

en nombre de la señorita Labbé, sino también en el de mi padre y mi madre, los barones de Valderobles.

—Ningún interés tengo yo en guardar á esa joven á mi lado,—dijo la marquesa con un acento tan triste que admiró el artista:—vino á mi servicio sin que yo la buscara, ni supiera quién era. Cuando me dijo su nombre, le di un sitio muy inferior al que pensaba haberle dado y al que merecía, y aunque al principio me propuse atormentarla todo lo posible, no lo conseguí, pues ella se armó de una paciencia de santa, y desistí de eso, dejándola tranquila y haciéndome cargo de que ella no tenía culpa alguna de las ruindades de su hermano.

—¿Aquel hermano había tenido la desgracia de ofender á usted, señora?—preguntó Andrés con interés.

—¡Cruelmente! Cuando le conocí tenía solo diez y seis años, y aun profesaba el culto del trabajo y la virtud; él fué mi primer seductor; él fué trayendo á mi casa hombres que hallaban en el juego momentáneos recursos, y que admiraban mi hermosura; caballeros de industria y hombres sin corazón y que miran á la mujer como á un juguete que se arroja cuando ya no divierte. Entonces ya no vivía mi pobre madre: dejé de ir al taller donde trabajaba, y después de muchas faltas mías y de muchas amonestaciones de par-

te de la directora, fuí despedida y quedé á merced de aquellos hombres.

Algunas lágrimas rodaron por las pálidas mejillas de aquella mujer tan rica y tan asombrosamente vestida.

—¿Ha conocido usted á su padre, señora?—preguntó Andrés con dulzura.

—No,—repuso ella;—creo que murió á los pocos años de nacer yo; así á lo menos me lo decía mi pobre madre.

—¿No guardaba de él ningún recuerdo?

—Una sortija de oro con un nombre y una fecha. Pero, añadió la marquesa, déjeme usted terminar mi triste historia... Mi corazón, lleno de amargura, no pudo depositar una parte de su dolor en ningún otro corazón de la tierra, y usted me inspira una confianza instintiva... ¡Oh! ¡si supiera usted lo que es vivir sola moralmente en medio de ese mundo que me aclama como reina de la belleza y del talento!

—Hable, hable usted,—dijo Andrés,—y acabe de referirme su triste historia.

—Cuando ya había yo perdido la costumbre del trabajo; cuando ya me había habituado al lujo; cuando ya era conocida en el mundo de las mujeres alegres y galantes con un sobrenombre, Carlos Labbé vino á decirme una noche que se casaba... Aunque ya estaba yo fatigada de su duro carácter y de su sequedad de corazón, esa

noticia fué para mí un rayo; le dije que lo impediría y traté de hacerlo; pero no tuve el valor de presentarme al honrado padre de su prometida, ni á esta, niña pura é inocente, tanto como yo estaba manchada... No obstante, opiné vengarme de Carlos, aunque tardase veinte años en volverlo á hallar sobre la tierra. Por dicha mia, un empresario salia para París con una compañía española; yo hice uso de algunas recomendaciones para que me ajustase, y lo conseguí, porque era muy bonita. Procuré educarme y adquirir una coquetería más delicada que la que habia aprendido con el trato de Carlos Labbé y de sus viles compañeros. Agradé, me subieron el sueldo y llegué á ser ídolo del público que acudia á nuestro teatro. *La linda española*, como se me llamaba, empezó á adquirir nombre; mi elegancia era citada como modelo, aun en las actrices de primer orden: habia dejado mi nombre de Elvira por el de Silvia, y cada dia recibia muchas declaraciones amorosas.

Hubo un hombre que nunca trató de adularme, porque hice en él una impresion verdadera y profunda: era el marqués de Valnoble, español y de un elevado carácter; empleé todo mi talento en asegurar su conquista: fuí rígida con él, y llegó á ofrecerme su mano, que acepté, marchando en seguida á viajar por Italia, Alemania é Inglaterra.

Antes de empezar el viaje, quise venir á Madrid, buscar á Carlos y decirle:

—Aquí estoy, rica y envidiada, á pesar de tu cobarde abandono: ¡ahora has de volver á amarme y yo te rechazaré con el pié!

No pude hablarle; pero él me ha dicho que me vió una noche; que recibió al verme la profunda impresion que yo queria causarle, y que me buscó en vano por todas partes.

Mi marido me amaba y me estimaba: en todo el tiempo que permanecí en París, no dí ningun escándalo grave, y era mirada casi como una jóven virtuosa, allí donde se daban tantos; mas al llegar á Madrid, no sé qué potestad infernal se levantó contra mi vida pasada antes de ir á París.

Mi marido se ofendió amargamente de que yo no le hubiese confiado aquel pasado que él ignoraba, porque de haberlo sabido, no hubiera venido á Madrid. Una sorda desconfianza nació en su corazon: para distraerse de aquel amargo malestar empezó á galantear á otras mujeres, lo que jamás habia hecho: en una palabra, su passion por mí desapareció, é incapaz de poder con aquella continua desconfianza, me anunció su propósito de llevar á cabo una separacion, llamándose *engañado*.

Accedí á sus deseos, y le dije que podíamos llevarla á cabo por mútuo convenio y sin inter-

vencion de la ley, y así se hizo, saliendo él al instante para hacer un largo viaje.

Mi ódio hácia Carlos Labbé creció entónces: él me había perdido, pues él me había seducido siendo niña inocente y pura al lado de mi madre: á él debía yo, pues, todas mis desgracias.

La justicia celeste tomó, no obstante, á su cargo mi venganza: el infortunio le perseguía, y su miseria llegó á ser tal, que su pobre hermana hubo de buscar el pan de la servidumbre, y vino á buscarle á mi casa.

Debo confesarlo: fui cruel y dura con ella; pero su dulzura no se alteró y alcanzó á desarmarme á mí: tal era el prestigio de su gracia y de su humildad.

Supe por ella dónde vivía su familia, y fui al instante á gozarme con la desgracia de Carlos y á satisfacer mi viva curiosidad de conocer á su mujer: hallé en ella á un ángel: su belleza y su gracia brillaban en medio de aquella espantosa miseria, como el diamante entre la tierra... Sin embargo, no me compadecí ni de ella ni de Carlos: ¡él era la causa de todas mis desgracias! Me acerqué á su lecho y pronuncié algunas palabras dulces para acabar despues con otras de ódio y de venganza. El grito de mi rencor es lo último que ha oído á la hora de su muerte, y hubiera querido, no solo quitarle el mísero destino que desempeñaba en un ministerio, como lo hice, si-

no todas las riquezas del mundo, si las hubiera poseído.

Calló la marquesa; la cólera del recuerdo la ahogaba todavía; sus labios temblaban convulsivamente, su pecho palpitaba; sus ojos lanzaban llamas, y todas sus facciones estaban alteradas por una emocion profunda.

En medio de aquella vida de amargura,—prosiguió la marquesa,—nació en mi alma un sentimiento dulce; le ví á usted una noche en el teatro, y no sé qué misteriosa simpatía me arrastró á mirarle, y despues á desear verle. Su recuerdo era grato para mí como el del cariño primero... yo creo que le amaba.

Un pálido y beilo rubor coloreó el rostro pálido de la marquesa, cuya expresion se había ido dulcificando de una manera extraña. El pintor la miraba con una ternura profunda. Decíase Andrés que era la voz de la sangre la que había hablado en la pobre mujer mártir del mundo y sus grandezas, y que, sin duda, era su hermana.

—¡Y qué!—exclamó la marquesa,—¿no se indigna usted de que yo le haya amado?... ¿de que yo le ame?

—¡Oh, no!—respondió Andrés;—antes lo miro como una felicidad suprema.

—¡Qué oigo!—murmuró la desgraciada;—¿no le he dicho ya mi pasado... mi presente?...

—Señora,—dijo Andrés, tomando una mano

de la marquesa, —¿en dónde está esa sortija que guarda y que fué de su padre?

—Aquí,—dijo la jóven sacándola de su dedo anular, en el que la llevaba con otras varias de mucho valor.

Andrés la tomó y se acercó á la lámpara, buscando con avidez el nombre que la marquesa habia dicho tener grabado, y á pesar de la ténue claridad, vió distintamente el de *Luciano*, impreso en la parte interior.

Entonces un grito de sorpresa y de alegría se escapó de su pecho, y sin despedirse de la marquesa, salió corriendo y llevando la sortija en la mano, como un trofeo de victoria.

La marquesa, anodada, casi febril, á causa de la violenta emocion que habia experimentado, se dejó caer de nuevo en su asiento casi desvanecida, y llamó á su doncella Rosalía, encargándola que dijese á todas las personas que se hallaban esperándola, que se habia indispuesto repentinamente y que le era imposible salir.

Media hora apenas habia pasado, y ya la casa se hallaba en completo silencio, cuando llamaron á la puerta de la escalera.

La marquesa, envuelta en una bata de noche, vió cruzar por el salon á un caballero anciano, al que seguia de cerca Andrés.

El baron echó sus brazos al cuello de la marquesa, y exhaló de sus lábios este grito supremo:

—¡Hija mia!

Elvira, atónita, se volvió á mirar á Andrés, que abrió los suyos para recibirla murmurando el dulce nombre de *hermana*.

Estas dos inesperadas revelaciones produjeron en la marquesa tal impresion, que cayó sin sentido en los brazos de Andrés.

VI.

Volvamos á la casita, ó más bien á la habitacion ocupada por las tres adorables criaturas que conocemos por el nombre de Clemencia, Gracia y Octavia.

Las tres se hallaban vestidas de luto y reunidas en una salita, amueblada con la elegante sencillez que decoraba toda la habitacion.

Era por la tarde; á través del balcon abierto, se veian los árboles de la plazuela de Santa Ana engalanados con el verde ropaje de que les viste Abril. Clemencia cosía, Gracia bordaba, y Octavia estudiaba su leccion de lectura.

—Mamá, ¿cuándo comemos?—preguntó alzando los ojos del libro.

—Ahora mismo,—dijo la madre dejando su labor;—voy á que nos sirvan.

—No. te levantes,—dijo Gracia;—yo queria

de la marquesa, —¿en dónde está esa sortija que guarda y que fué de su padre?

—Aquí,—dijo la jóven sacándola de su dedo anular, en el que la llevaba con otras varias de mucho valor.

Andrés la tomó y se acercó á la lámpara, buscando con avidez el nombre que la marquesa habia dicho tener grabado, y á pesar de la ténue claridad, vió distintamente el de *Luciano*, impreso en la parte interior.

Entonces un grito de sorpresa y de alegría se escapó de su pecho, y sin despedirse de la marquesa, salió corriendo y llevando la sortija en la mano, como un trofeo de victoria.

La marquesa, anodada, casi febril, á causa de la violenta emocion que habia experimentado, se dejó caer de nuevo en su asiento casi desvanecida, y llamó á su doncella Rosalía, encargándola que dijese á todas las personas que se hallaban esperándola, que se habia indispuesto repentinamente y que le era imposible salir.

Media hora apenas habia pasado, y ya la casa se hallaba en completo silencio, cuando llamaron á la puerta de la escalera.

La marquesa, envuelta en una bata de noche, vió cruzar por el salon á un caballero anciano, al que seguia de cerca Andrés.

El baron echó sus brazos al cuello de la marquesa, y exhaló de sus lábios este grito supremo:

—¡Hija mia!

Elvira, atónita, se volvió á mirar á Andrés, que abrió los suyos para recibirla murmurando el dulce nombre de *hermana*.

Estas dos inesperadas revelaciones produjeron en la marquesa tal impresion, que cayó sin sentido en los brazos de Andrés.

VI.

Volvamos á la casita, ó más bien á la habitacion ocupada por las tres adorables criaturas que conocemos por el nombre de Clemencia, Gracia y Octavia.

Las tres se hallaban vestidas de luto y reunidas en una salita, amueblada con la elegante sencillez que decoraba toda la habitacion.

Era por la tarde; á través del balcon abierto, se veian los árboles de la plazuela de Santa Ana engalanados con el verde ropaje de que les viste Abril. Clemencia cosía, Gracia bordaba, y Octavia estudiaba su leccion de lectura.

—Mamá, ¿cuándo comemos?—preguntó alzando los ojos del libro.

—Ahora mismo,—dijo la madre dejando su labor;—voy á que nos sirvan.

—No. te levantes,—dijo Gracia;—yo queria

acabar esta flor, y por eso no se halla ya la comida servida: ahora mismo saldré.

Y la amable niña dejó, en efecto, su bordado sobre un velador cercano, y alargando su mano á Octavia, que se asió de ella al instante, salieron las dos saltando.

Un momento despues, la voz de la niña gritó:

—¡Mamá, á comer!

Clemencia acudió al comedor.

En el centro de este, y sobre una mesa cubierta con un mantel de deslumbrante blancura, humeaba la sopa.

Los cubiertos eran de plata; la loza blanca y sencilla; el cristal liso; pero en todo resplandecía la limpieza.

Todo el mueblaje del comedor consistia en un canapé y seis sillas de encina.

Un armario con puertas de cristales contenia la vajilla sobrante.

La comida fué corta, pero alegre; al entrar en el comedor, Clemencia habia besado en la frente á su hija y á la hermana de su esposo.

—¡Dios mio!—exclamó Gracia;—¡imposible parece que el trabajo solo dé para pasarlo tan bien!

—¡El trabajo!—repitió Clemencia;—tú olvidas, querida mia, los beneficios de la baronesa y de la pobre Elvira.

—Sí; ya sé que ellas nos han puesto la casa y nos han ayudado mucho; pero ahora, ¿no debemos solo á la aguja todo lo que tenemos?

—Sí, por cierto,—repuso Clemencia,—y no sé por qué Elvira nos llama las *mártires del siglo*; no es la falta de riquezas lo que da el martirio, sino la falta de dicha y de tranquilidad; nosotras somos ahora muy felices.

En aquel instante sonó la campanilla; la niña fué á abrir y volvió á entrar con la marquesa, que la llevaba de la mano.

Estaba desconocida; habia enflaquecido de una manera espantosa; grandes círculos morados cercaban sus ojos y les daban una tristísima expresion; su palidez, su frente marchita, su boca, en cuyos dos extremos se dibujaba un pliegue de habitual y amarga tristeza, nada tenían de parecido, ni con la hermosa y jóven Elvira que conocimos, ni con la orgullosa marquesa de Valnoble.

Gracia corrió hácia ella y le acercó un sillón. —Gracias, hija mia,—dijo ella recostándose en él;—llego muy fatigada... mucho.

—¿No está usted hoy mejor, marquesa?—preguntó Clemencia acercándose afectuosamente.

—No, amiga mia, ni lo deseo,—respondió Elvira meneando la cabeza con melancolía.

Luego, acercándose al oído de Clemencia, le preguntó en voz baja:

—¿Ha venido hoy?

—Sí,—respondió Clemencia poniéndose encarnada;—ha pasado aquí toda la mañana.

La marquesa inclinó con abatimiento la cabeza.

—Sal con Octavia, querida Gracia,—dijo Clemencia á la jóven;—yo te llamaré.

Cuando se quedaron solas, la jóven viuda acercó una silla baja al sillón que ocupaba la marquesa, y tomó una de sus manos con el más tierno cariño.

—Valor, señora,—dijo,—es un deber el vivir, aunque las penas amarguen la existencia; busque usted su consuelo en la caridad, en el trabajo... viaje, si es preciso... ¡Oh, marquesa! dejarse morir así, es cobarde y culpable!

—¡La caridad!—repuso Elvira;—¡si yo no tengo nada! Mi marido no me dotó al casarme, y todo lo que poseo es el suntuoso mobiliario de ese palacio que habito y en el cual he pasado tantas horas de soledad, de amargura y de tormentos. ¡Ah, yo pensaba que los mártires érais vosotros, honrados y nobles hijos de la clase media, y cuando he llegado al grado más alto de la escala social, he visto que en esta clase envidiada hay más mártires que entre vosotros! Me aconseja usted que busque el consuelo á mi soledad, á mi aislamiento, á mi absoluta carencia de afecciones en el trabajo... ¡Ah, Clemencia! así como nada tengo que dar... nada sé tampoco hacer.

—Pero usted ha cultivado un arte...

—No, no es el arte sublime, la pueril coquería que yo he desplegado en el escenario de un teatro de segundo ó tercer orden, de París; no es eso lo que ocupa el pensamiento y lo que da los medios de vivir; ¡no, amiga mía! mi juventud pasó, y la juventud es lo que solamente pudiera hacer fortuna en el sitio donde yo estaba colocada y donde tendría que volverme á colocar... Y luego esta vida fría, pálida, incolora, exhausta de afectos...

—Tiene usted un padre que la ama,—observó tiernamente Clemencia.

—No,—repuso la marquesa;—mi padre me ha abandonado durante toda mi vida, y ahora no puede empezar á amarme.

—¿Por qué no procura usted reconciliarse con su esposo?

—¡Jamás!—exclamó Elvira;—no me estima ni me ama ya. Si yo me muero, y no tardaré en dejar esta tierra de dolor, sé con quién ha de casarse...

—¡Cómo!

—Lo sé; se casará con Gracia.

—¡Con Gracia!

—Se enamoró de ella verdadera y profundamente el día que fué á solicitar el entrar á mi servicio; la ha seguido despues siempre que salía; le ha enviado cartas, y yo misma

he recibido algunas que he leído sin dárselas...

—¡Gracia nunca me ha dicho nada de eso!— observó Clemencia admirada.

—Lo sé,—repuso la marquesa,—y lo comprendo por dos razones: la primera, porque le causaba un rubor instintivo; la segunda, porque sabía que mi marido ha perseguido también á usted.

—¡Oh, señora, perdon! Ninguna parte tomé en aquel capricho de gran señor, que solo duró algunos días.

—Lo sé también, amiga mía,—repuso la marquesa con ternura;—sabía además que desde que el marqués conoció mi pasado, se dedicó, para distraer su pena, á perseguir á todas las mujeres bonitas que veía, y usted fué una de tantas; pero Gracia ha hecho en su alma una impresión más durable y más profunda que ninguna otra; conozco á mi marido y puedo asegurarlo: la virtud y la pureza de una mujer, son para él los más grandes atractivos.

—Y bien, señora,—dijo Clemencia tras algunos instantes de silencio;—yo, que he sido también muy desgraciada, quiero, anhelo encontrar un rayo de luz para su pobre alma abatida; ¿no puede usted reconcentrar todo su amor en su hermano? ¿No es Andrés muy digno de una afección tierna y profunda?

Tembló la marquesa como sacudida por una

comoción galvánica; su palidez se hizo más intensa: sus ojos se velaron por lágrimas, y exclamó con voz ahogada...

—¡Silencio!... ¡esa es la llaga que sangra aquí en mi corazón!

Clemencia la miró con asombro.

—¿Por qué he de callar ya?—prosiguió tras algunos instantes de angustioso silencio:—Clemencia, es preciso que yo lo diga... porque así á lo menos moriré en paz...

—¡Morir!—repitió la joven.

—Sí, morir! ¿qué otro remedio ó qué otra esperanza más bella hay para mí? Amiga mía, la edad de la desgracia debe ser siempre la de la muerte, y yo soy muy desgraciada, mucho!... ¡Ah sépalo usted por fin! Andrés, ese hombre que há tanto tiempo que abriga por usted un amor puro y respetuoso, una especie de adoración; Andrés, el grande artista, es el único hombre que yo he amado. ¿Comprende usted cuán horrible habrá sido para mí la revelación de los lazos de familia que nos unen?

Clemencia bajó la cabeza consternada.

—¡Adios, amiga, hermana mía!—prosiguió la marquesa;—cuando estas ideas llegan á mi cerebro, necesito estar sola por algunas horas; mas de cada uno de estos períodos en que cruzo los abismos de mi vida y de mi desgracia, salgo con algunos días menos de vida; yo podría luchar

con los dolores de la existencia; pero no con las frias realidades del mundo.

La marquesa salió y Clemencia quedó abismada en una meditacion profunda, de la que vino á sacarla el acento bien conocido de Andrés.

Dos meses hacia que una dulce inteligencia, que una íntima union, reinaba entre aquellos dos seres, tan dignos el uno del otro; ni una sola palabra de amor se habian dicho, ni tampoco les habia sido preciso pronunciarla; ¿para qué, si sus almas cantaban el himno melodioso que solo el amor sabe entonar y comprender?

Andrés se sentó al lado de la jóven viuda; le habló de sus ocupaciones del dia, del adelanto que habia hecho en sus trabajos, de su madre y de su padre.

Cuando Clemencia le hubo hablado de la marquesa, Andrés dijo tristemente:

—Pocos dias quedan de vida á mi desdichada hermana; huye de nosotros y ni aun conmigo tiene confianza. No obstante, ella me ha dicho que antes de conocerme la arrastraba hácia mí un sentimiento de afecto irresistible, afecto que ahora parece apagarse en su alma.

Clemencia no quiso decir al artista el sentimiento de incurable desesperacion que se abrigaba en el alma de la marquesa; ¿ni para qué le habia de hacer conocer aquel amor fatal, aquel amor que era un crimen?

Pasaron sin saber cómo á hablar del porvenir, dejándose deslizar por la dulce y rápida pendiente de su tierno y mútuo afecto, y al separarse, dijo Andrés estrechando la mano de la jóven viuda con íntima ternura:

—Hay martirios sin gloria, pero no los hay sin recompensa; y nosotros seremos al fin dichosos, pues nunca hemos faltado á las santas leyes del deber.

VII.

La marquesa se iba apagando en una agonía rápida, pero no dolorosa, á lo menos por la apariencia.

Sin embargo, en su corazon vivia, como un fuego infernal, el amor más intenso por Andrés.

Allí, en medio de todas las maravillas del lujo, rodeada de sedas, encajes, oro y pedrería, la marquesa de Valnoble caminaba rápidamente hácia esa última y pobre morada que la tierra nos ofrece; mártir de su pasado y de su presente, era una de tantas víctimas de la corrupcion del siglo. ®

Sus horas podian contarse por otros tantos suplicios; no podia perdonar á su padre ni el que le hubiera dado la vida, ni el cruel abandono en

que despues la habia dejado; ni aun en el fondo de la tumba podria tampoco perdonar á Carlos Labbé el haberla lanzado al camino de perdicion, camino en que se habia abierto la sima que habia tragado su ventura.

Casi con alegría vió la infeliz Elvira llegar el fin de su carrera.

Nada esperaba del mundo y nada tampoco queria merecerle; la vida, tal como ella la veía, le parecia, y con razon, que no valia el trabajo de conservarla, ni de afligirse por su pérdida.

En medio de la fabulosa opulencia de su morada, no tenia de qué vivir; ya hacia tiempo que iba vendiendo sus pedrerías; pero en cuanto á su mobiliario, antes hubiera fallecido de hambre que tocar á una sola de aquellas joyas de arte, de aquellas copas soberbias, de aquellos broncees maravillosos; no queria que nadie en el mundo la compadeciese, y se envolvió para morir en el manto de su soberbia.

Mas la muerte tardaba y Elvira se impacientaba con el trabajo de tener que vivir; cada mañana, al despertarse, decia:

—Hoy será el último sol que vea.

La religion no habia iluminado con sus benéficos rayos aquella alma desolada y triste; para Elvira, la muerte era el descanso, y no podia ya ni deseaba cambiar de ideas.

Una tarde caia el sol ya cálido y brillante de

Mayo; oscuras nubes se apiñaban en el horizonte y anunciaban una cercana tempestad para la noche que llegaba; la atmósfera estaba cargada de electricidad.

Elvira llamó á su doncella y le dijo con voz seca y estridente:

—Rosalia, una copa mediada de agua.

La jóven trajo un maravilloso vaso de plata cincelada, puesto en bandejilla del mismo metal, y se retiró despues de haberlo dejado en las manos de su señora.

Esta echó el contenido de un frasquito de ágata que habia sobre la chimenea, y dijo en voz baja despues de beber:

—¡Pronto descansaré!

Se inclinó en la otomana de raso rosa. Un peinador de batista la encubria con sus níveos pliegues; sus cabellos caian destrenzados por su espalda; cerró los ojos y quedó inmóvil.

Como unas dos horas despues, abrió pesadamente los párpados y volvió á recostarse murmurando:

—¡Madre... madre mía!

Un segundo despues, era cadáver.

Al dia siguiente se leía en los periódicos de la corte:

«La señora marquesa de Valnoble, una de las joyas de nuestra aristocracia, jóven, bella, opulenta, llena de bondad y de virtud, acaba de

bajar á la tumba á la temprana edad de veintinueve años, víctima de una enfermedad del corazón.»

VIII.

Un año despues, cinco personas se paseaban en el jardín de una bella quinta, situada á poca distancia de Madrid.

Eran la baronesa de Valderobles, viuda ya, y á la que daba el brazo su hijo Andrés, que habia heredado el título de su padre.

Clemencia iba al otro lado de la baronesa, llevando de la mano á su hija Octavia.

Andrés y Clemencia se habian casado hacia ya ocho meses.

Detrás caminaba Gracia, apoyada en el brazo del marqués de Valnoble; esta pareja era digna de llamar la atención por más de un motivo.

Gracia, esbelta, hermosa, risueña, encantadora, parecia la diosa de la juventud y de la belleza; sus cabellos bajaban por sus espaldas en dos ricas y espesas trenzas rubias; reia en sus ojos el dulce rayo de la dicha, y su largo traje de cachemira blanca unia la riqueza y majestad del ropaje talar de una princesa griega, á la sencillez de la infancia.

El marqués era el tipo de la belleza varonil y

perfecta; su admirable figura tenia un carácter grave y triste á la vez. No obstante, la charla graciosa é ingénuu de su jóven esposa, pues Gracia era su esposa desde el dia anterior, parecia encantarle.

Estas seis personas se detuvieron ante un arbolito tan cargado de lilas, que parecia llevar un ropaje de amatistas.

—¡Ah! ¡qué lindo, qué lindo está!—gritó Octavia batiendo sus pequeñas manos.

—¡Quiera Dios, amor mio, que este arbolito sea la imágen de tu juventud!—dijo Clemencia dando un beso en la frente de su hija; ¡quiera Dios que siempre esté tu alma llena de floridas galas y que jamás la destrocen las espinas del dolor!

—Y si sufre,—repuso la baronesa,—si este ángel es desgraciado, hija mia, enséñale que todo dolor tiene su fin, y que el supremo bien es la serenidad de la conciencia; enséñale, sobre todo, á amar, á creer y á llevar con paciencia la cruz que el cielo le haya destinado. En todos tiempos ha habido mártires y opresores, y no es poco fecundo en unos y otros el siglo XIX.

FIN.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MECERSE EN LAS NUBES.

UANE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO



MECERSE EN LAS NUBES.

I.

Nada hay comparable á la poderosa influencia que los primeros días de la primavera ejerce en las naturalezas nerviosas.

Cuando se levanta de la creación el himno universal en honor del Soberano Hacedor de cielo y tierra; cuando el aire es tibio y embalsamado y el sol cálido y esplendente; cuando las flores se alzan, y los pájaros cantan en el bosque sus endechas de amor; cuando los árboles se visten su ropaje de verdura, la sangre parece que adquiere nuevo calor, suena en el alma el mismo concierto que se eleva de la naturaleza, y se desean sensaciones nuevas, como las flores desean las caricias de la brisa. ®

El radioso sol de un día de Abril acariciaba con amor desde las primeras horas de la mañana,

una casita blanca situada en el pueblecillo de Passy, nido de verdura que bien puede considerarse como un arrabal del espléndido y bullicioso París.

La casa constaba de dos pisos y era sin duda la de apariencia más modesta de todas las del pueblo: la puerta era pequeña, y á cada lado habia un cuadro de flores y cuatro árboles vestidos también con el bello y perfumado ropaje de la primavera: eran dos espinos blancos y dos adelfas, cargadas de racimos de color de púrpura: las flores que crecían en el suelo eran jacintos, lirios azules, alelíes dorados y jazmines.

Una madreselva adornaba la puerta con sus festones, y la hermosecaba con sus flexibles guirnaldas.

El llamador era de bronce dorado, y la puerta estaba finamente barnizada: en el piso principal habia un balcon con dos ventanas á cada lado, todo adornado con cortinillas blancas de muselina recogidas con lazos rosa.

En el cuarto segundo, eran todas ventanas y las cortinas estaban caídas, como si aquellas habitaciones fuesen los dormitorios ó las destinadas á las ocupaciones domésticas.

Un no sé qué de primoroso, delicado, decia que aquella mansion estaba habitada por mujeres; y en efecto, los transeuntes veian una linda cabeza rubia, en una de las ventanas del primer

piso, siempre inclinada sobre un bastidor, ó sobre un libro.

Parecíase aquella mansion á una casita alemana: por la mañana, el sol, como ya queda dicho, fiel á su mision, la doraba dulcemente como para despertarla con una caricia: las persianas se abrian entonces, y el radioso visitador entraba lleno de confianza y tomaba el sitio de un amigo.

Esto era el exterior de la casita, y por cierto que el viajero que pasara por allí, á ménos que no fuese de naturaleza muy prosáica, debia desear, aunque solo fuese por un minuto, hallar en ella el término de su viaje, y el paisaje que se extendia ante sus ojos, por límite al horizonte de su vida.

La masa inmensa de los edificios de París se alzaba orgullosamente en frente de la modesta casa, como para atemorizarla con su imponente aspecto: mas la casita enseñaba sonriendo á la moderna Babilonia sus cuadros de flores, sus ventanas adornadas de muselina y lazos rosa y de apacible tranquilidad.

Después de París, se adelantaban hácia Passy los altos árboles de la avenida de la Emperatriz, las masas inmensas de verdor del bosque de Babilonia, y á entrambos costados los deliciosos jardines de las casas de campo de Passy, retiro de tantos génios, y entre ellos de Rossini, el rey de la melodía.

Los cuadros de flores y la casa, estaban cercados por una verja de hierro de poca altura, que de día permanecía constantemente abierta y de noche se cerraba con llave.

Ahora, si quereis resumir en un solo ser la poesía del paisaje; si quereis encontrar ese calor dulce y ese tono dorado de los primeros días del otoño en una mirada y en unos cabellos, esa sonrisa de la naturaleza en una boca, esa serenidad en una frente, esa pureza del ambiente en una tez; si quereis, en fin, hallar toda esa naturaleza llena de poesía y de expresión casta, con sus armonías, sus perfumes, su luz y hasta sus sombras en una criatura humana, seguidme al primer piso de esta casa, entrad en una linda habitación y mirad á esa jóven que lee en un volúmen abierto sobre sus rodillas, en tanto que sus manos se apoyan en un bastidor, que contiene una bella obra de tapicería.

II.

Eran las tres de la tarde.

El sol, que aun acariciaba las verdes persianas de las ventanas y las macetas de porcelana blanca que se ostentaban en ella, enviaba un vívido reflejo sobre la opulenta cabellera rubia de

la jóven que leía, y hacia resaltar la deliciosa sombra de sus largas pestañas oscuras enviaban á sus mejillas un poco pálidas.

Shakespeare, el poeta que más ha idealizado la belleza de la mujer, no soñó jamás un tipo de una pureza más delicada y más dulce. Un peinador de merino blanco, cerrado con lazos de cinta color de lila, armonizaba á la perfección de aquella bella tarde de primavera y con la graciosa criatura que envolvía entre sus pliegues suaves y ondulantes que dejaban adivinar admirables contornos, sin señalar ninguno: otra cinta color de lila sujetaba su espesa cabellera; un desorden de un encanto extremo reinaba en aquella cabeza, porque era tal la asombrosa cantidad de sus cabellos, que un peinado regular hubiera sido imposible.

Aquella niña, pues no pasaba de diez y siete años, era delgada y de estatura que pasaba algo de la mediana: parecía hallarse siempre cansada, como si la hubiera sido preciso toda su vida para reposar del camino que había hecho viniendo del cielo.

Era su apariencia la de una de esas vírgenes rubias que los pintores cristianos colocaban en los vidrios de las catedrales, entre la luz del sol y el fuego de los incensarios, para que las alumbrasen ambas cosas, y no tocando á la tierra pareciesen estar siempre en el camino del cielo. Al

verla, el pensamiento la adornaba con un largo traje azul con bordados de oro; la coronaba de rosas blancas y la colocaba en una actitud modesta y dulce de clemencia y de perdon, esperando á los peregrinos que de vuelta de sus penosos viajes arrodillanase ante todas las imágenes sagradas.

Era su cutis como ese mármol blanco ligeramente teñido de rosa, del cual solo la Grecia posee el secreto: bajo sus cejas finas y que parecian dibujadas por una mano maestra, sus grandes ojos de un matiz celeste se asemejaban á dos flores de aciano abiertas en la nieve: en su boca color de rosa era fácil la sonrisa, esa sonrisa triste que entreabre los labios para dejar escapar un poco del alma.

Si se hubiera preguntado á esta niña la causa de la melancolía repartida en todo su semblante, no hubiera sabido decirla, porque la ignoraba: era pensativa, pálida y melancólica, porque el cielo la habia formado así, del mismo modo que es triste el canto del pastor en el crepúsculo, como es triste la flor que se abre en la aridez de la roca: las almas escogidas están, por otra parte, tan aisladas en el mundo como la flor perdida en la montaña desierta.

Sus manos eran finas y blancas, delgadas, cruzadas de venas azules y un poco largas como las de toda mujer cuya naturaleza es perfectamente distinguida.

La estancia era espaciosa, cómoda y elegante en medio de su modesta sencillez; muebles de palo santo y tapicería de reps verde, la adornaban, un armario antiguo de encina tallada demostraba el talento del gran artista que lo habia esculpido, y decia claro que una opulencia grande y positiva habia en otro tiempo sonreido á las personas que ocupaban aquella casa, entonces abriego, á no dudarlo, de la medianía.

Un piano de Pleyel y dos mesas de elegante y sencilla forma acababan de amueblar el salon: sobre la chimenea de jaspe oscuro, un reloj de bronce señalaba las horas, y á cada lado elevaba su enhiesta forma una copa tambien de bronce y del más puro dibujo griego.

Entre las dos cortinas de cada ventana y sobre un velador redondo y pequeño, se veia una gran maceta de porcelana adornada de un medallón esmaltado y fabricadas en Sevres: cada una estaba ocupada por un arbolito cargado de camelias blancas con lustroso follaje verde, y aquellas flores mecidas en el aire entre blancas cortinas agitadas por la brisa de la tarde, prestaban á la estancia una elegancia difícil de describir.

Delante de las puertas caian grandes cortinas de reps verde.

La jóven, atenta á la lectura, conservaba no obstante puesto el dedal en su pequeño dedo, como si leyese á hurtadillas y estuviese dispuesta

á tomar de nuevo la aguja al oír el rumor más leve. De repente la cortina de la puerta de entrada del salón se separó un poco, y una cabeza de mujer asomó á ella. Era cabeza jóven aún, bella y que ofrecía una extrema semejanza con la de la pálida niña, que leía, la misma dulzura en las líneas, la misma pureza en los contornos, la misma expresión dulce y pensativa.

Para hermana, parecía muy grande la diferencia de edad; para madre era demasiado jóven.

No obstante, madre era á no dudar, si había de juzgarse por la tierna expresión de sus ojos al mirar á la jóven.

Atravesó la estancia sobre la punta de los piés y fué á apoyarse sobre el respaldo de la silla que ocupaba la lectora, con tan poco ruido como podía hacer un pájaro al fijarse en una rama.

No obstante, al sentirla, ó más bien, al adivinarla junto á ella, la jóven dejó escapar á la vez un pequeño grito y el libro que tenía en las manos.

—¿Por qué ese temor, hija mía?—preguntó cariñosamente la recién llegada,—¿y por qué no lees en vez de bordar, si tal es tu gusto?

—¡Perdon, mamá!—dijo la jóven:—no debía dejar la labor, porque ya sé que tienes gusto en que la termine en esta semana, para regalar este almohadon á nuestra amiga; pero este libro es tan interesante, que...

—Veamos qué libro es,—dijo la dama tomando el volúmen...—*Un artista y una mujer...* conozco bien esta obra; es de gran mérito literario, pero una de las más perniciosas para tu edad... ¿quién te ha prestado ese libro?

—Isolina, mamá.

—¡Me lo figuraba! ¿Y quién por otra parte más que tu prima puede proporcionarte esos libros?

—Mamá, yo no creo que tenga hasta ahora nada de inmoral.

—Lo creo: ¡encierra grandes verdades y por lo mismo dejará en tu alma una gran desolacion, hija mía: créeme, tú no debes leer esos libros conozco el original francés.

—¿Qué no conoces tú, mamá?—exclamó la jóven—¡qué instruccion tan vasta y tan variada la tuya!

—He leído mucho en efecto,—dijo la madre,—y el saber varios idiomas me ha proporcionado extensos conocimientos en literatura: así puedo dirigir tus talentos, y siento en el alma que antes de admitir libros de tu prima, no me consultes á mí.

Estas palabras fueron pronunciadas con mucha tristeza, pero sin reproche ni amargura; la rubia niña se arrojó al cuello de su madre y le dijo dándola un beso:

—Nada volveré á leer sin que tú lo apruebes, madre mía.

—A no ser Isolina hija de la hermana de tu padre, no consentiría yo en que la vieras:—dijo aquella, devolviendo á su hija dos besos por uno. Emma querida, sin que tu prima sea mala, hay en su cabeza ideas que yo no quisiera ver en tí jamás; y sin embargo...

—Y sin embargo, si Isolina se casara con mi hermano, ¡qué dichosos seríamos todos!—exclamó Emma con emocion.

—Otra desgracia y no pequeña es que tu hermano se haya enamorado de Isolina,—suspiró la madre.—La gravedad española de Octavio no le permite mirar á su prima como esta debería serlo y temo que la ame con pasión seria y profunda.

—Así es como la ama, madre mia.

—¡Niña! ¡Qué entiendes tú de eso!—exclamó la madre besando con ternura la frente de su hija; ¡qué sabes tú lo que es amor?

—¡Te amo á tí, mamá!

—Pluguiese á Dios que solo á mí amaras en este mundo, hija mia!—repuso la madre con emocion, y estrechando entre sus manos una de las de su hija, que habia guardado;—pero,—añadió,—no es posible: la carrera de la mujer, hija mia, es casarse: y á propósito, ven Emma y hablaremos: hace dias que trató de tener contigo una conversacion seria y hasta ahora la habia dilatado, porque me asaltaba un vago temor de levantar en tu

mente ideas aun desconocidas; mas hoy creo que es llegada la ocasion.

Emma se levantó de la silla en que se hallaba sentada y siguió á su madre á un canapé cercano, en el cual ambas se sentaron la una al lado de la otra.

—Hija mia,—la dijo con ternura,—tengo que hablarte de cosas pasadas, para hablarte despues del presente y del porvenir: préstame un poco de atencion.

Ya sabes que yo soy española y que en Madrid me casé con tu padre, natural de París, á donde me trajo despues del nacimiento de tu hermano Octavio y cuando ya contaba éste siete años: á poco de llegar aquí nacíste tú, y casi al mismo tiempo tu padre hubo de encargarse de la tutela del hijo de un amigo suyo que arrebató el cólera en pocas horas. Gustavo Marillac tiene la edad de tu hermano; ambos se han educado juntos, y á la muerte de tu buen padre la fortuna del huérfano habia prosperado mucho y habia hecho con brillantez sus primeros estudios: estos estudios se han continuado siempre con el mismo lucimiento, y hoy viste la toga de abogado. Gustavo se ha criado contigo y se ha acostumbrado á quererte; ya sabes que aunque por decoró no vive ya con nosotros desde que á la muerte de tu padre salimos de París, viene á vernos todos los dias: ¡Qué piensas tú de Gustavo, hija mia? ¡No

ha pensado nunca la señorita Emma de Blarú en que podría llamarse madame Marillac?

—No, mamá,—repuso Emma, en tanto que un bello color de rosa vestia sus blancas mejillas; —jamás he pensado en tal cosa.

—¿Pensarás alguna vez desde hoy?

—Tal vez no: me has dicho que tu mayor deseo seria el que solo te amase á tí toda mi vida: ese es el mio tambien.

—Pero, ángel mio, ¿y cuando yo muera?—preguntó madame Blarú.

—Aún eres muy jóven.

—Ya he cumplido cuarenta y dos años.

—¡Algunas mujeres se casan á esa edad!

La frente de madame Blarú se revistió, al oír las palabras de su hija, de una súbita palidez, y luego un vivo sonrosado dió á sus facciones una expresion asombrosa por lo inesperada de juventud y de belleza.

Era aún, en efecto, una mujer encantadora; si Fanny en el bello libro de Teydean sabia todavía encontrar á los treinta y cinco años, aún debia tener restos de belleza y de elegancia siete años más tarde, y Constanza Blarú haria pensar en aquella al mirarla.

Sus cabellos, de un armonioso color castaño claro, se partian con suavidad sobre su frente estrecha; blanca y pura; dos ojos garzos, grandes y llenos de dulzura y de inteligencia, alumbraban

su cara, de un óvalo perfecto; la boca era la facion más dulce de su cara; el lábio inferior, un poco avanzado, se redondeaba con una gracia exquisita é impregnada la sonrisa de una voluptuosidad angelical; la nariz recta y delgada y el tinte suave de su tez, que tenia la pureza de las rosas blancas, daban todavía á la madre de Emma una belleza poco notable á los ojos prosáicos, pero exquisita para los inteligentes.

Su estatura, un poco menor que la de su hija, estaba modelada con una gracia extraordinaria: era *más mujer* que Emma, si así puede decirse; pero la naturaleza completamente angelical de aquella consistia tambien en que jamás habia amado.

—¿De modo, Emma mia, que no te gustaria Gustavo para esposo?—preguntó Constanza á su hija.

—Yo no sé, mamá,—repuso ésta;—mas hoy no pienso ni en casarme ni en querer más que á tí, y compadezco los cuidados y las cavilaciones de Isolina.

—¿Isolina tiene cuidados?

—Sí, mamá: dice que solo se casaria con un marqués ó un príncipe ruso.

—¿Nada más?—preguntó madame Blarú soltando una sonora carcajada;—pues ella es pobre, aunque muy bonita.

—Si me dieras palabra de guardar secreto, te diría una cosa.

—Habla.

—¿No dirás nada? ¿No insinuarás nada si quiera?

—Nada.

—Pues bien; mi prima confía en su voz.

—¿En su voz?

—¿No sabes que canta muy bien?

—¡Sí! pero...

—Dice que será artista; que cantará en el teatro.

—¡Ella! está loca: su madre no se lo permitirá jamás!

—Eso le digo yo.

—Y ella ¿qué responde?

—Nada; se calla.

—Esas ideas son absurdas,—repuso gravemente madame Blarú,—y tu prima es una loca, lo repito. ¿Cómo ha de hacer caso á nuestro pobre Octavio si tiene la cabeza llena de esos sueños? Pero vamos, hija mia: justamente tenemos que ir á su casa, pues ya sabes que su tía se halla un poco indispuesta; he enviado á buscar un carrujillo que nos lleve; vístete, pues estará aquí dentro de media hora; yo tambien voy á disponerme.

Madre é hija, enlazadas del brazo, dejaron el salon, y luego cada una se dirigió á su cuarto:

madame Blarú llevaba en la mano la traduccion española, que su hija leía, del bello pero desconsolador libro de Carlos Bernard que lleva por título *Gerfault*.

Emma sabia la lengua maternal con perfeccion, y la escribia con gran facilidad.

III.

Cuando Emma estuvo vestida y fué á buscar á su madre, halló á ésta vestida tambien y esperándola.

Aquellas personas que pretenden que la elegancia es el lujo, hubieran cambiado de parecer al contemplar el sencillísimo atavío de la madre y de la hija, lleno, sin embargo, de una exquisita elegancia.

Un traje de seda azul turquí con manteleta de la misma tela ataviaba á Constanza, y sus cabellos sedosos y ondeados lucían toda su hermosura bajo un pequeño sombrero de encaje negro, adornado de una rosa con follage verde; el corte de su guante, su calzado irreprochable, la finura de su cuello de tela lisa de hilo, lo mismo que los puños, la linda sombrilla que llevaba en la mano y el delicado perfume que se exhalaba de su persona, decian claramente toda la distin-

—Si me dieras palabra de guardar secreto, te diría una cosa.

—Habla.

—¿No dirás nada? ¿No insinuarás nada si quiera?

—Nada.

—Pues bien; mi prima confía en su voz.

—¿En su voz?

—¿No sabes que canta muy bien?

—¡Sí! pero...

—Dice que será artista; que cantará en el teatro.

—¡Ella! está loca: su madre no se lo permitirá jamás!

—Eso le digo yo.

—Y ella ¿qué responde?

—Nada; se calla.

—Esas ideas son absurdas,—repuso gravemente madame Blarú,—y tu prima es una loca, lo repito. ¿Cómo ha de hacer caso á nuestro pobre Octavio si tiene la cabeza llena de esos sueños? Pero vamos, hija mia: justamente tenemos que ir á su casa, pues ya sabes que su tía se halla un poco indispuesta; he enviado á buscar un carrujillo que nos lleve; vístete, pues estará aquí dentro de media hora; yo también voy á disponerme.

Madre é hija, enlazadas del brazo, dejaron el salon, y luego cada una se dirigió á su cuarto:

madame Blarú llevaba en la mano la traducción española, que su hija leía, del bello pero desconsolador libro de Carlos Bernard que lleva por título *Gerfault*.

Emma sabía la lengua maternal con perfección, y la escribía con gran facilidad.

III.

Cuando Emma estuvo vestida y fué á buscar á su madre, halló á ésta vestida también y esperándola.

Aquellas personas que pretenden que la elegancia es el lujo, hubieran cambiado de parecer al contemplar el sencillísimo atavío de la madre y de la hija, lleno, sin embargo, de una exquisita elegancia.

Un traje de seda azul turquí con manteleta de la misma tela ataviaba á Constanza, y sus cabellos sedosos y ondeados lucían toda su hermosura bajo un pequeño sombrero de encaje negro, adornado de una rosa con follage verde; el corte de su guante, su calzado irreprochable, la finura de su cuello de tela lisa de hilo, lo mismo que los puños, la linda sombrilla que llevaba en la mano y el delicado perfume que se exhalaba de su persona, decían claramente toda la distin-

cion natural que residia en la madre de Emma.

Esta llevaba un traje de foulard de fondo color de paja sembrado de lunares muy pequeños color de lila; un sombrerito de tul blanco adornado de ramos de lilas realizaba la gracia virginal y cándida de su rostro.

Ambas subieron al carruaje de alquiler que las esperaba y se dirigieron á París, contentas y hablando alegremente.

—Mamá, ¿por qué tiene Isolina tal ánsia de ser rica y envidiada?—exclamó la jóven mirando tiernamente á madame Blarú;—casi pobres somos nosotros y nada tenemos que pedir al cielo, á no ser que nos conserve la felicidad de vernos siempre unidas.

La madre respondió á estas dulces palabras estampando un beso en la frente de su hija.

Detúvose el carruaje en la calle de Helder y ante una de esas casas que en el año de 1848, época de esta historia, y desde mucho antes, llamaban la atención por su extraordinaria altura, pero que eran tambien de una elegante apariencia. Madre é hija subieron hasta el cuarto tercero y Emma tiró de la campanilla, viniendo á abrir la puerta un criado con la cabeza blanca.

—Buenas tardes, Cristóbal,—dijo afectuosamente Mme. Blarú, en tanto que el criado las precedía abriendo las puertas.

Abrió por fin la de un gabinete octógono y

amueblado con elegancia, donde se hallaban tres personas que á la vista de la madre y de la hija se levantaron.

Concediendo á la edad su privilegio, empezaremos por el retrato de la que aparentaba mayor número de años y que ya se acercaba á los sesenta; era una dama muy delgada, con los cabellos rubios que ya estaban casi blancos, y una expresion en el rostro á la vez dura y fria, la severidad habia abierto un profundo pliegue entre sus dos cejas, y su boca de labios delgados apenas dejaba nunca paso á una leve sonrisa: una frente alta y majestuosa y una expresion inalterable de seriedad daban á aquella mujer un aspecto imponente, y por lo mismo poco simpático; se la respetaba, pero no se la podia amar. Su traje era negro de seda, de elegante y sencilla hechura y rica tela; una papalina blanca con cintas grises ocultaba á medias su peinado muy sencillo y un tanto monacal.

Como contraste de aquella helada figura, habia á su lado otra que era todo juventud, gracia y petulancia. Era Isolina: un cutis de raso, pero un poco morena, porque se iluminaba con la llama de la juventud; unos grandes ojos negros, unos cabellos del mismo color, una boca de coral y perlas; una nariz derecha y pequeña, una estatura regular y admirablemente formada, y sobre todo esto, una gracia española, viva y un

tanto osada, hé aquí los rasgos salientes de aquella hermosa criatura.

El tercer personaje era un jóven elegante y de aspecto sentimental y dulce, que á pesar de la diferencia de sus fisonomías, un observador medianamente inteligente hubiera reconocido por hijo y hermano respectivamente de madame y Mlle. Blarú.

Era en efecto Octavio Blarú.

Isolina Herrera era española é hija de español, su madre se habia casado ántes que su hermano con un jóven de Cádiz, y el aprecio que de su cuñado habia hecho Mr. Blaní habia contribuido mucho á que se casara con Constanza. Así, pues, Emma era francesa é hija de padre francés y de madre española: Octavio habia nacido en España y tambien Isolina, cuya madre era francesa y cuyo padre era español.

Mas á la muerte de su marido, ocurrida en Madrid hacia ocho años, la señora de Herrera se habia vuelto á su pátria con su hija.

Su fortuna regular y consistente en una cantidad de dinero, que su esposo habia ganado en el comercio, les proporcionaba vivir con holgura, y la señora de Herrera hubiera sido dichosa si hubiera abrigado la esperanza de ver un dia unida á su hija con su primo Octavio, que era, á su parecer, lo mejor ó lo único bueno de su familia.

Esto bastará para hacer comprender que la

viuda de Herrera no profesaba las mayores simpatías á su cuñada, á la que acusaba de educar muy mal á su hija, así como acusaba á esta de niña tonta y mimada.

Magdalena Blarú, viuda de Herrera, era una mujer rígida, de intachable virtud, pero severa é intolerante: jamás estaba contenta de su conducta y lo estaba mucho ménos de la de los demás. Afecta además á un arreglo sistemático del tiempo, no comprendia que una alegría ó un pesar descompusiera el órden invariable de las ocupaciones diarias; para ella las personas eran máquinias y carecian de alma. La alegría y el dolor expresados con vehemencia ó con ruido, la importunaban de la misma manera, dolorosa y amarga, no habiendo sido muy dichosa con su marido á causa de su mismo carácter duro y helado;— habia sufrido mucho, pues bajo aquella apariencia de piedra se ocultaba un corazon de fuego, aunque encubierto cuidadosamente con las apariencias de un decoro que se asemejaba bastante á la imposibilidad.

Era devota con rigidez, y solo hallaba dos cosas dignas de su atencion, de su afecto y de sus reflexiones: Dios y el cuidado del porvenir de su hija, á la que adoraba, aunque la regañase de continuo.

Pero Isolina, ardiente, impetuosa, llena de ambicion, era no solo la antítesis, sino el más

formidable antagonista de las ideas maternas.

Sigámosla al lado de su prima y oigámosla.

—¡Qué elegante estás hoy!—exclamó tomando un pliegue del fresco traje de Emma y mirándola con admiración,—¡y qué feliz eres estrenando tantos vestidos!

—¿Tantos?—repitió la jóven sonriéndose,—¡solo éste me he hecho este año!

—Ya hace dos que yo no estreno ninguno.

—Tendrias muchos, y ya sabes que el tener demasiados trages no conviene, porque se ponen antiguos.

—Nunca me consiente mamá tener más que dos: ¡ah! el día que yo pueda...

—¿Qué harás?

—Llevar uno cada día.

—Mas para eso se necesita ser muy rica.

—Es verdad, y yo pido al cielo serlo con todo mi corazón.

Escapóse un suspiro del pecho de Octavio, que su hermana oyó; y despues de haberle dirigido una mirada de tierna simpatía, respondió á su prima:

—No piensas, mi amada Isolina, como Octavio y como yo; ambos creemos que la riqueza no da la felicidad.

—Y ambos os engañais.

—Tal vez seas tú la engañada; desde luego eres más infeliz que nosotros, porque estás cons-

tantemente ambicionando, y nosotros somos felices, porque nada deseamos.

—¡Y qué!...—exclamó Isolina con vehemencia,—¿os resignais á pasar toda la vida, tú, prima mia, sin otra perspectiva que la de casarse con ese tímido y dulcísimo jóven que nunca ha de pasar ya de un abogado, y tú, Octavio, pintando cuadros de historia, un año un poco mejor que otro? Yo preferiría morirme!

—Pues ¿qué deseas?—preguntó Octavio Blarú con una triste energía.—Entra dentro de tí misma una vez al ménos, y explica cuáles son tus aspiraciones. ¿Se reducen al mísero afán de riquezas? ¿Nada más ansías?

Isolina quedó pensativa durante algunos instantes, y apoyando en la frente la punta de su rosado dedo, sus grandes ojos negros vagaron por el espacio como recorriendo su pensamiento, y por último dijo, más bien hablando consigo misma que con sus primos:

—¡No! Creo que no es eso solo lo que ansío.

—Y yo te hago la justicia de creerlo así,—repuso Octavio, que la contemplaba con una mirada penetrante y melancólica.

—¡Yo deseo algo más que ser rica! Deseo el aplauso y la envidia de las gentes!... Mirad,—añadió tomando las manos de Emma y de su hermano,—al pensar en que he de pasar mi vida sumergida en la oscuridad y sin que nadie sepa

mi nombre más que el reducido círculo de mi familia, me quisiera morir!

—Pero ¿qué ambicionas?—preguntó Emma con un asombro lleno de candidez,—¿que se hable de tí?

—¡Sí! Que al pasar yo por una calle, todos digan mi nombre; que al entrar en un salón, se agolpen á verme; que al ocupar un palco en un teatro, donde vaya vestida de terciopelo y coronada de brillantes, digan:—Su talento le ha conquistado todo eso!—En fin, yo quiero que se hable de mí, sea por buena, sea por mala! Pero quiero tener renombre, celebridad!... ¡Oh! para conseguirla sería capaz de hacer lo que dice la fábula, que hizo Erostrato: quemar el templo de Diana para que se hablase de él, aunque sabia que habia de morir asesinado por el pueblo!

Al hablar así Isolina, sus ojos lanzaban raudales de luz; sus labios se habian puesto aun más encendidos que de costumbre, sus mejillas estaban vestidas del más vivo color de rosa; veíase á través de su vestido palpitar su corazón con movimiento acelerado; la ambición ardia como una llama devoradora en aquel hermoso sér, y le comunicaba deslumbrantes reflejos! Contemplábala su primo con dolorosa admiración, y en aquel instante hubiera deseado tener para ofrecérsela la corona del imperio del mundo.

—¡Dios mio! ¡Cuánto te compadezco! exclamó

la dulce voz de Emma:—yo sufriría mucho en el torbellino, y las emociones fuertes acabarían con mi vida! Solo comprendo la vida apacible y retirada, la vida rodeada de ternura y de afecciones! La ambición se ha hecho para los hombres.

—Cada uno entiende las cosas á su modo,—dijo Isolina bastante bruscamente y vuelta ya de las alturas de su entusiasmo á las ásperas sinuosidades de la vida real.

Los tres jóvenes quedaron en silencio y en aquel instante se oyó la voz de Mme. Blurú que dijo:

—Aceptamos tu convite, querida hermana, siempre que esta noche vayamos al teatro; daremos este placer á Isolina y á Emma.

—Es el precio más caro que puedes poner al placer de que comais con nosotras,—repuso la señora de Herrera con una triste y casi severa resignación;—pero, en fin, si es preciso pagarla, mucho cuesta lo que mucho vale.

—Está dicho: toma mi sombrero, Emma, y quitate el tuyo. Octavio, vé á buscar un palco á los Italianos.

—¡Cómo!—exclamó la viuda de Herrera;—¿vamos á los Italianos?

—Sin duda: hacen el *Don Juan*, de Mozart; una obra maestra, repuso Constanza; ¿acaso no te agrada?

—No la conozco,—repuso ásperamente la vi-

da;—no me gustan las óperas: la música es para mí un ruido incómodo; y en cuanto al argumento, no comprendo una palabra de ninguno.

—¡Ah, mamá! ¡Un ruido la música!—repitió Isolina;—¡dí más bien que es el lenguaje del alma!

La viuda de Herrera clavó en su hija una mirada en la que se leía un frío y duro reproche, y luego le dijo severamente:

—Ya sabes que me hacen muy mal efecto las palabras retumbantes de tus novelas; ni sientes lo que dices, ni tienes entusiasmo alguno por la música, como por nada lo tienes verdadero; te crees entusiasta, y eres solamente vana; tú, hija mía, no tienes los nobles arranques y el ímpetu generoso del amor al arte. Te seduce todo lo que brilla, y solo deseas los triunfos por ambición y por excitar la rivalidad de las demás mujeres; por eso, mi pobre hija, tú excitas á la vez en mi corazón un dolor profundo, y á veces una profunda indignación.

—No merece Isolina tanta dureza por lo que ha dicho,—observó madame Blarú tomando la mano de la jóven, que ruborizada y llena de enojo, guardaba un sombrío silencio.—¿Es acaso culpable, hermana mía, por emitir su opinion acerca de la música? ¿De esa suerte tambien me condenarás á mí!

IV.

Siguió á estas palabras un silencio bastante largo y muy triste.

Conociase que entre aquella madre recta y severa y aquella hija soñadora y rebelde á toda idea de obediencia y de respeto, existia un doloroso desacuerdo; ambas se culpaban y ambas se hallaban injustas la una hácia la otra. En la mirada que Isolina lanzó á su madre habia más rencor que cariño, y un reproche tan duro y tan amargo, que el corazón de la dulce y tierna Constanza se estremeció en su pecho.

—¡Dios mio!—se dijo;—¡antes que mi hija me mire de esa suerte, quitadme la vida!

La señora de Herrera adivinó aquella mirada fatal, la esperó, por decirlo así, y la sostuvo con cólera creciente; empero conteniéndose en los estrechos límites de su carácter grave y sujeto al decoro como á un freno de hierro, hizo un poderoso esfuerzo sobre sí misma y dijo dirigiendo la palabra á su hermana política:

—Constanza, yo necesito dar á tu buen juicio, que he adivinado siempre y al de tu hija, que me es muy estimable, una razon de lo que en mi casa sucede hace ya algun tiempo. En cuanto á

Emma, no importa que me escuche tambien, y quizá lo que oiga le servirá de alguna enseñanza. Tú, Constanza, eres la esposa de mi hermano con quien me unió el más tierno cariño, y á tí te lo profeso tambien porque le hiciste dichoso; tus hijos lo son casi míos, y el mismo apellido llevamos: me casé además con un hombre de tu país que me amó, me estimó, y á quien yo consagré toda la ternura de mi corazón.

Detúvose aquí la señora de Herrera, y una ancha lágrima vino á templar el brillo amenazador de la cólera que un instante antes ardía en sus ojos.

Constanza le tomó la mano y se la estrechó afectuosamente, diciéndola:

—Mi buena Magdalena, todos hemos hecho justicia á tus nobles cualidades, y todo nuestro amor y aprecio eran tuyos de derecho.

—¡Larga va la historia!—murmuró Isolina al oído de su prima, que la respondió con una mirada de triste reproche.

Magdalena continuó, tras una buena pausa, de esta suerte y con voz que procuraba hacer tranquila, pero que temblaba á pesar de sus esfuerzos:

—Yo no he sido siempre tal cual hoy me veis; era grave, pero no dura; seria, pero no adusta; no tenía una organización artística como mi hermano, como tu esposo, Constanza; pero lo bello,

y sobre todo lo bueno, me agradaba: era una mujer sencilla, piadosa, y á la vez era amable y condescendiente. ¡Hoy mi sangre está envenenada, mis nervios irritados, mi carácter agriado de una manera incurable; mi alma triste hasta la muerte! ¿Y sabéis quién es el autor de esta mudanza? ¿Lo sabéis? ¡Mi hija!

Todos los corazones temblaron al oír esta acusación formidable en los labios de una madre; todos palidecieron. Emma asió la mano de madre Blarú y la estrechó convulsivamente como diciendo:

—¡Jamás te quejarás de mí!

Octavio tomó á la vez la mano de su tía y se la besó con tierna conmiseración. Isolina volvió á lanzar á su madre otra mirada llena de cólera.

—¡Mi hija!—repitió la viuda con voz sorda y profunda.—¡Mi hija única, á la que he adorado hasta el delirio, hasta la locura! A la que no supe corregir y castigar cuando era tiempo.

Isolina abrió la boca; pero su primo, que no había soltado la mano de la señora de Herrera, le dijo con una gravedad casi solemne:

—¡Ni una palabra!

—¿He de dejar que me acuse sin razón?—exclamó la rebelde joven.—¡En ese caso me refiro, para que la acusación se haga y se escuche con toda libertad!

—Yo te prohibo salir de aquí!—dijo con voz terrible la viuda.

Isolina tomó una postura á la vez cómoda y provocativa.

—Desde que su razon empezó á mostrarse, esta niña ha justificado plena y tristemente todos mis temores,—prosiguió la viuda.—En su corazon árido y estéril no hay amor ninguno para mí ni para nadie : solo gusta de las personas que halagan su vanidad, sus deseos inmoderados de fausto y de poder; el órden de la casa, los goces de la familia, las ocupaciones á que todas las jóvenes de su edad se dedican con más ó menos placer, le causan una repugnancia invencible. Solo le agrada lo que brilla, lo que es superficial; no lee más que novelas, y la ociosidad ni la causa ni la causa hastió jamás. ¡Cuanto hago yo merece al instante su censura; dice que yo no soy de este siglo, en todo me contraría, y mi vida ha llegado á ser un cóntínuo suplicio; es preciso que esta situacion tenga ya fin, y lo tendrá.

Isolina miró á su madre con terror; el acento de ésta era breve y firme: se conocia que nacia de una resolucion tomada desde hacia largo tiempo y madurada en su cabeza á costa de muchas horas amargas.

—Es inútil,—prosiguió la viuda,—que yo pregunte ahora á Octavio si está decidido aún á casarse con su prima; no se toma para esposa, para

compañera de toda la vida á una jóven de la cual se conocen defectos tan grandes como los de mi hija. Además, ella no le ama; y solo por la aficion que él la pueda tener, no es posible entre los dos una eterna union: así, pues, dentro de tres dias mi hija irá como pensionista al convento de Benedictinas, que se halla situado al fin de esta misma calle.

Un terrible grito acogió estas palabras; escapóse del pecho de Isolina, que se quedó mirando á su madre del mismo modo que un pajarillo mira á la serpiente que va á tragarle.

—No, tú no tomarás esa medida tan fuerte mi querida Magdalena,—dijo madame Blarú;—la viveza de carácter, la frivolidad de la edad de tu hija, no merece ese duro castigo; ella se enmendará, comprenderá toda la gratitud que te debe y será tu amiga y tu consuelo.

Al hablar así Constanza, miraba á su sobrina con aire suplicante; mas la rebelde niña ni dirigió los ojos hácia el sitio en que su madre se hallaba, ni articuló una sola palabra que pareciese una promesa para el porvenir ó que esplicase arrepentimiento del pasado.

Acaso la señora de Herrera esperaba una leve señal de respeto y de cariño para conceder un tierno perdon; mas en vano, la señal no llegó y la madre no quiso tampoco demostrar una flaqueza que juzgaba indigna de ella.

Toda armonía se había roto entre aquellas dos criaturas; no se entendían y sus corazones se habían cerrado el uno para el otro, acaso para siempre.

—Isolina,—dijo Octavio tomando la mano de la jóven y con acento bajo:—ruega á tu madre que te perdone y consiente en ser mi esposa: á pesar de los defectos de tu carácter, yo te amo... si tú no me quieres, á lo menos no sigas con tu madre en ese estado de dolorosa y sorda irritación. Humíllate á ella; ya que no quieras ser mia, á lo menos consiente en ser feliz y procura que tu madre no sea tan desgraciada.

El eco de esa voz amante, en vez de despertar la sensibilidad del alma altiva de Isolina, excitó su cólera, levantóse y dijo con voz airada:

—No quiero casarme contigo, ni humillarme ante la sinrazón y el despotismo!

Salió, dicho esto, de la estancia, y su madre, incapaz ya de encubrir por más tiempo el dolor que la desgarraba el corazón bajo la apariencia del enojo, sintió agotado todo su valor, y, ocultando el rostro entre las manos, prorumpió en sollozos convulsivos.

V.

Al día siguiente, la señorita de Herrera envió á decir á su madre que estaba indispuesta y que le era imposible levantarse.

Mme. Blarú, que se había retirado con sus hijos á las diez de la noche, volvió cuidadosa por el mal estado del ánimo en que había dejado á la jóven y á su madre.

La viuda, queriendo manifestar una fuerza de carácter que estaba lejos de poseer, no quiso entrar en el cuarto de su hija; pero la amable y dulce Constanza se dirigió al instante á ver á su sobrina.

—Vengo,—la dijo,—en nombre de tu madre; cede, hija mia, pídele perdón! Esto, en vez de humillarte, te enaltece. ¡Tú no sabes hasta qué extremo te ama! Vamos, autorízame para que la lleve en tu nombre una palabra de ternura y de arrepentimiento.

La jóven se sentó en su lecho y apartó de su frente la hermosa cabellera negra que la cubría con rizadas ondas.

—No,—dijo,—no, tia mia: si tú hubieras sido mi madre, acaso hubiera yo sido una hija modelo; pero la mia no me inspira ni amor ni estimación.

Toda armonía se había roto entre aquellas dos criaturas; no se entendían y sus corazones se habían cerrado el uno para el otro, acaso para siempre.

—Isolina,—dijo Octavio tomando la mano de la jóven y con acento bajo:—ruega á tu madre que te perdone y consiente en ser mi esposa: á pesar de los defectos de tu carácter, yo te amo... si tú no me quieres, á lo menos no sigas con tu madre en ese estado de dolorosa y sorda irritación. Humíllate á ella; ya que no quieras ser mia, á lo menos consiente en ser feliz y procura que tu madre no sea tan desgraciada.

El eco de esa voz amante, en vez de despertar la sensibilidad del alma altiva de Isolina, excitó su cólera, levantóse y dijo con voz airada:

—No quiero casarme contigo, ni humillarme ante la sinrazón y el despotismo!

Salió, dicho esto, de la estancia, y su madre, incapaz ya de encubrir por más tiempo el dolor que la desgarraba el corazón bajo la apariencia del enojo, sintió agotado todo su valor, y, ocultando el rostro entre las manos, prorumpió en sollozos convulsivos.

V.

Al día siguiente, la señorita de Herrera envió á decir á su madre que estaba indispuesta y que le era imposible levantarse.

Mme. Blarú, que se había retirado con sus hijos á las diez de la noche, volvió cuidadosa por el mal estado del ánimo en que había dejado á la jóven y á su madre.

La viuda, queriendo manifestar una fuerza de carácter que estaba lejos de poseer, no quiso entrar en el cuarto de su hija; pero la amable y dulce Constanza se dirigió al instante á ver á su sobrina.

—Vengo,—la dijo,—en nombre de tu madre; cede, hija mia, pídele perdón! Esto, en vez de humillarte, te enaltece. ¡Tú no sabes hasta qué extremo te ama! Vamos, autorízame para que la lleve en tu nombre una palabra de ternura y de arrepentimiento.

La jóven se sentó en su lecho y apartó de su frente la hermosa cabellera negra que la cubría con rizadas ondas.

—No,—dijo,—no, tia mia: si tú hubieras sido mi madre, acaso hubiera yo sido una hija modelo; pero la mia no me inspira ni amor ni estimación.

No tiene talento, y mi superioridad la irrita: no me comprende, y no hay en ella tampoco abnegacion bastante para perdonarme el que quiera salir del círculo de hierro en que quiere encerrarme.

—Pero, pobre hija mia, ¿vas á consentir en encerrarte en un convento?

—¡Jamás!—exclamó Isolina con su vehemencia española.

—Pues, ¿qué vas á hacer?

—¡Aun no lo sé!

Constanza miró con fijeza á su sobrina; en los ojos de ésta brillaba una sombría seguridad, y sus lábios se entreabrian con una sonrisa de triunfo.

—¡Tú me engañas!—dijo madame Blarú;—y luego, asiendo sus manos, añadió con angustia creciente:

—¡Dios mio! ¿Qué plan es el tuyo?

—Es mi secreto,—respondió Isolina, pugnando por desasirse de aquella cariñosa presion.

—¿Pensarás en matarte?

Una sonrisa entreabrió los lábios de Isolina, y contestó:

—¡No, tia mia! ¡al contrario, pienso en vivir!

El silencio siguió á estas palabras: Constanza fué la que lo rompió, estrechó la mano de la jóven, y la dijo cariñosamente:

—Óyeme, mi querida niña; yo no seguiré el

sistema de tu madre, ni trataré de obligarte á que me digas lo que me quieres ocultar; pero no te niegues á oirme, como me oirias si yo fuera tu hermana mayor y tuvieras en mí una ilimitada confianza. No abrigues ideas de rebellion; deséchalas como enemigas de la dicha de toda tu vida; no causes á tu madre un dolor incurable; los malos hijos no hallan en este mundo ni paz ni felicidad; en vano, para alucinarte, tu imaginacion te finge á lo lejos risueñas perspectivas: la dicha será para tí sombra vana, puesta siempre al alcance de tu mano, pero á la cual jamás podrás llegar.

—¿Y acaso la encuentro al lado de mi madre?

—Méenos la hallarás lejos de ella. ¡Lejos!—repetió Constanza con una especie de terror.—¿Cómo podrias tú separarte de tu madre? ¡Eso seria su muerte y tambien la causa de tu desgracia! ¡Hija mia! ¡no des lugar á que ponga por obra su amenaza de llevarte al convento! ¡no des lugar á que se rompa el dulce lazo que debe unir á una hija con su madre! ¡Esto seria horrible!

—Mi madre es la que desea alejarme de ella; yo nunca he hablado de dejarla.

Despues de esta contestacion, la jóven se encerró en un silencio profundo y Constanza dejó á la hija para volver al lado de la madre, que estaba sombría y silenciosa.

Desesperando de conseguir atraer á aquellas

dos desgraciadas naturalezas á sentimientos más dulces, Constanza volvió á su casa, anhelando hallar al lado de sus hijos la paz y el bienestar de que disfrutaba junto á ellos.

Isolina permaneció todo el día acostada y sin querer tomar alimento alguno.

Su madre no entró á verla.

Cuando llegó la noche, la criada que la servía entró en el cuarto de Isolina una pequeña lámpara, preguntándola si se la ofrecía algo.

—No hace falta,—respondió la jóven;—nada necesito, y solo deseo que me dejen tranquila.

No bien hubo salido la sirvienta, saltó la jóven del lecho y corrió el cerrojo á la puerta; en seguida se vistió apresuradamente y haciendo el menor ruido posible.

Hecho esto, abrió el armario donde guardaba sus vestidos, eligió los mejores, que eran dos de seda, y dos batas de levantarse, y los echó sobre la cama, sacando en seguida de una cómoda alguna ropa blanca.

Hizo con todo un paquete y colocó en una cajita algunas alhajas de poco valor que su madre la había dado.

Sentóse delante de su espejo, desprendió su espesa cabellera negra, y tomando unas tijeras, cortó á raíz las dos hermosas trenzas que se enroscaban en su cabeza, dejándolas sobre la mesa de tocador.

—Hé aquí una memoria que consolará á mi madre,—dijo con amarga sonrisa, y echó hácia atrás con el peine sus mutilados cabellos, hallándose aun más bonita que cuando eran largos y espléndidos.

—¡Esto es artístico!—exclamó:—¡Viva la libertad!

Y en sus bellos ojos se dibujó la alegría de quien va á acometer una empresa gloriosa.

Cuando ya tuvo arreglada la cabeza, se despojó de la bata que se había puesto para salir de la cama y se puso un traje de lana gris, una manteleta igual y un sombrero oscuro: tomó su paquete y puso la mano en el cerrojo de la puerta.

Pero en el mismo momento se detuvo, dejó caer el paquete donde iba su pobre equipaje sobre su lecho y quedó inmóvil y pensativa. Una lágrima acudió á sus ojos y llevó ambas manos al rostro como si se avergonzara de sí misma.

Entonces, sin desatar su sombrero, se sentó delante de una mesita que sostenía sus labores empezadas, acercó tintero y papel, y escribió con mano trémula los siguientes renglones:

«Madre mia: La dejo á usted porque su severidad me ha preparado un encierro al que no quiero ni debo ir: la autoridad de usted, como todo, tiene sus límites, y no hallo justo el cruel castigo á que quiere someterme.»

«Otra razón, además, me obliga á salir de esta casa: yo necesito aire y libertad, y aquí me ahogaba. Ni sé á dónde voy ni qué será de mí; pero espero en esa Providencia que hasta hoy tan poco se ha cuidado de nuestra felicidad, tal vez no haya aun empezado á darme la parte de dicha que me tiene destinada, pero yo espero que me la concederá.

«Si estoy destinada á sufrir siempre, tampoco me quejaré; pero al menos sufriré con lucha y con gloria y no oscuramente como aquí me sucedía.

«¡Adios, madre mia! no me maldiga, y piense que pues quería separarme de su lado, yo la he evitado este trabajo librándola de mi presencia, que le era tan enojosa.

«ISOLINA HERRERA.»

Cerró la jóven esta carta, puso el sobreescrito á su madre, la besó y la dejó sobre la misma mesa en que la había escrito; luego se levantó, tomó de nuevo su paquete y echó una mirada de triste despedida al pobre cuartito, en donde tanto había padecido y soñado.

En el instante de dejarlo para siempre, conocía que lo amaba.

Cada objeto le mereció una mirada de cariño: el blanco lecho cubierto con cortinas de percal blanco con cenefas azules, su cómoda, su pe-

queño lavabo; el lindo reloj que señalaba las horas sobre la chimenea y que era regalo de su tia; su retrato pintado por su primo, el sillón que había bordado por su mano, en tapicería, y el ropero en que se guardaban sus vestidos: para cada una de estas cosas tuvo una despedida su corazón.

Sobre la chimenea se hallaba colgado un retrato en fotografía de su madre, encerrado en un marco pequeño; lo descolgó y se lo guardó en el pecho.

Hecho esto, abrió sin ruido la puerta de su cuarto y salió en silencio.

Atravesó la antesala y se halló al lado de la puerta de la escalera.

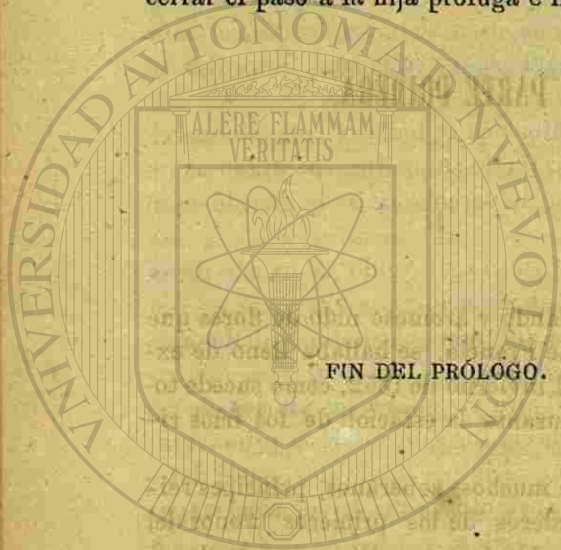
Zumbaba el aire y azotaba los vidrios de las ventanas esa lluvia tormentosa de la primavera, fría aun, y que récia por intervalos, suele detenerse á cada instante para volver con mayor furia.

Isolina abrió la puerta de la escalera, que dejó entornada para no hacer ruido, luego bajó, y bien pronto se halló en la calle.

Su paso había sido tan ligero, que la portera que dormitaba no se despertó.

Detúvose Isolina y dirigió una última mirada á la casa que iba á abandonar; luego echó á andar y se perdió en las sombras de aquella tempestuosa noche.

La lluvia rompió entonces con furia mayor el seno de las nubes, y se precipitó desde el cielo, mezclándose con los silbidos del viento como para cerrar el paso á la hija prófuga é ingrata.



FIN DEL PRÓLOGO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARTE PRIMERA.

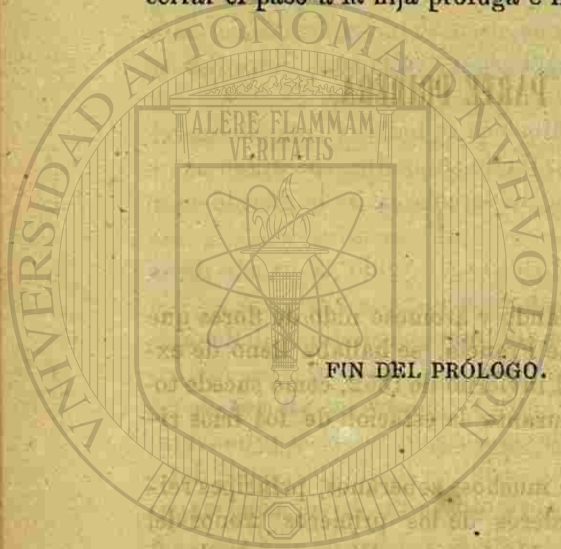
I.

Niza, el blando y aromoso nido de flores que divide Italia de Francia, se hallaba lleno de extranjeros en el invierno de 1852, como sucede todos los años durante la estación de los frios rigurosos.

Además de muchos soberanos, príncipes reinantes y herederos de los primeros tronos del mundo, habían ido á gastar allí una parte de sus riquezas los personajes poseedores de las mas grandes fortunas de Europa, y las mujeres mas celebradas por su belleza y por su elegancia, que es otra belleza, guarnecían los anchurosos parques y los salones de baile como una guirnalda de flores.

Serian como las dos de la tarde, y un claro y hermoso sol de Febrero pugnaba por penetrar en la verde y espesa bóveda que formaban los

La lluvia rompió entonces con furia mayor el seno de las nubes, y se precipitó desde el cielo, mezclándose con los silbidos del viento como para cerrar el paso á la hija prófuga é ingrata.



FIN DEL PRÓLOGO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARTE PRIMERA.

I.

Niza, el blando y aromoso nido de flores que divide Italia de Francia, se hallaba lleno de extranjeros en el invierno de 1852, como sucede todos los años durante la estación de los frios rigurosos.

Además de muchos soberanos, príncipes reinantes y herederos de los primeros tronos del mundo, habían ido á gastar allí una parte de sus riquezas los personajes poseedores de las mas grandes fortunas de Europa, y las mujeres mas celebradas por su belleza y por su elegancia, que es otra belleza, guarnecían los anchurosos parques y los salones de baile como una guirnalda de flores.

Serian como las dos de la tarde, y un claro y hermoso sol de Febrero pugnaba por penetrar en la verde y espesa bóveda que formaban los

árboles del gran parque, sin poderlo conseguir. Multitud de hermosos niños corrían en las grandes calles, jugaban y se divertían con el descuido encantador propio de la infancia.

Sus madres, muchas jóvenes y hermosas, los veían jugar y atendían á la vez cual á un bordado, cual á una obra de crochet que descansaba sobre sus rodillas mas bien que adelantaba, pues su mas grata ocupacion era mirar á los niños y admirar cada una la gentileza y hermosura de los suyos.

Algunas damas leían y estas no eran madres, pues ninguna que tenia allí á sus hijos elegía la ocupación absorbente de la lectura.

La concurrencia sentada se dividía en grupos. Allí una reina rodeada de sus damas trábajaba en su bordado y sonreía contestando á los respetuosos saludos de la gente que paseaba en el centro de las grandes calles; mas allá una jóven princesa casada con el heredero de un trono y cuya pálida fisonomía decía que habia ido en busca de la salud á la ciudad de las violetas, hablaba con algunos caballeros jugando con un ramillete de azahar y de tuberosas; muchas señoras, que solo llevaban un título, se reían con otras dos ó tres de su amistad y hablaban de trajes, de fiestas y de algun concierto que pensaban dar una ú otra de ellas.

Algunas damas paseaban con personas de su

familia para lucir un traje maravilloso, llegado la víspera de París, ó por mandato del facultativo, que les prescribía el ejercicio, ó sea por ambas cosas.

Dos elegantes y bellas jóvenes habian elegido para sentarse la sombra de un inmenso castaño de Indias; la de ménos años de edad, rubia y encantadora, podría contar veinte y cuatro años, y llevaba en toda su persona el sello de una maravillosa distincion, aún más que el de una perfecta belleza. Tenia los ojos grandes y oscuros, llenos de dulzura y de luz, la boca linda y soñadora, la frente de un corte admirable; pero en los extremos de sus lábios, algun tanto marchitos, y en sus blancas sienes, un tanto ahondadas por alguna dolencia terrible, se veía el sufrimiento, aunque ignorado ó soportado con cristiana resignacion.

Era española y se llamaba en el mundo la condesa de Royé.

La otra dama contaría uno ó dos años mas, y era mucho más bella, aunque no más simpática que su compañera; sus ojos azules se parecían á dos záfiroz engastados en un fondo de brillantes y guarnecidos de una franja de seda dorada: una blancura deslumbradora y diáfana, una rizada y abundante cabellera rubia, una boca llena de gracia y de alegría y un aspecto de salud floreciente la hacían adorable para todas las personas

poco dadas á pensar y á sentir y amigas ante todo del buen humor y de pasarlo bien. Era inglesa, viuda, y se llamaba Lady Clarisa Sheridan.

El conde de Royé se apoyaba en el respaldo de la silla de su mujer, y seguía el movimiento de sus lindos dedos que bordaban ágilmente un ramo de flores á punto de tapicería.

Lady Clarisa tenía en la mano una lanzada de marfil y hacia frivolité, mirando de cuando en cuando á un grupo de niñas que jugaban á poca distancia.

Delante de estas personas habia un velador rústico donde se veían tres tazas de plata sobre una bandeja del mismo metal ya desordenadas y que habian evidentemente contenido té.

—Conde, quite usted á María esa labor,—dijo lady Sheridan en mal castellano al esposo de su amiga.

—Se la quito;—repuso él, poniendo sobre la tapicería una mano blanca y aristócrata.

—Pero,—¿qué he de hacer?—exclamó la joven rubia;—¿pensais que estoy mejor acaso? La labor me distrae más que el no hacer nada.

—Basta de labor por ahora,—dijo el conde;—luego continuarás.

—¿Y qué haré?

—Hablar con nosotros.

—Yo también la dejo,—dijo Clarisa.—Hable-

mos.—¿Tienes ya todo dispuesto, querida María, para la fiesta que das esta noche?

—Sí, todo, gracias á tu ayuda de ayer.

—¿Te has decidido ya por el traje?

—Sí; llevaré blanco.

—Y yo azul.

—Harás bien, para no eclipsarme.

—Lo que no quiero es que me eclipses tú.

—¿Acaso la rosa y la azucena pueden eclipsarse?—dijo el conde:—preciso es convenir en que nó, y, sin embargo, yo abrigo un temor.

—¿Cuál?—exclamaron á la vez las dos jóvenes.

—Creo que todas las demás van á quedar eclipsadas por la artista.

—Poco galante estás,—exclamó la condesa riéndose.

—¿En cuanto á belleza ó en cuanto á lujo?—preguntó lady Sheridan.

—En cuanto á lo segundo.

—Eso ya lo sabremos: basta con recordar cómo salió vestida cuando hace tres noches cantó *Lucía* en el teatro. ¡Qué corte tenían sus trajes! ¡Qué suprema elegancia!

—Diamantes no llevaba uno solo,—observó la condesa,—por lo tanto, mi marido quería decir que nos eclipsaría á todas con su elegancia; pero no se ha atrevido y se ha acogido á la palabra *lujo*, que es más elástica.

El Sr. de Royé pareció un poco embarazado

con las palabras de su esposa, lo que prueba que ésta no iba descaminada en su parecer; pero ántes de que pudiese hallar una respuesta, lady Sheridan vino á sacarle del apuro sin saberlo, porque exclamó:

—¡Ahí viene la gran artista!

La condesa y su marido se volvieron vivamente y vieron venir hácia ellos una mujer, á la que saludaban hasta las personas reales, y que iba precedida y seguida de un murmullo de admiracion.

Nada más asombrosamente magnífico que su porte á primera vista, ni nada más sencillo si se la observaba con cuidado.

Llevaba un vestido de seda azul claro, sin adorno ninguno, pues todo su ornato estaba hecho en la misma tela; pero los volantes, los ruches y los lazos se mezclaban en un desórden y una confusion llena de gracia y con un estilo que á ninguno se parecia.

El aire mecía la multitud de volantitos recordados que adornaban la falda y parecia prestarse de buena gana á aumentar la gracia confusa é indecisa, por decirlo así, que caracterizaba á aquella mujer; todo en ella era vago, jóven, misterioso, y, por lo tanto, todo estaba impregnado de un indecible encanto y de una voluptuosidad angélica; estaba muy delgada, pero se conocía que en época no remota lo habia sido me-

nos: el cuerpo holgado de su traje, á pesar de estarle admirablemente disimulaba su casi estenuacion; delgadez muy rara, atendida su extrema juventud y la floreciente beldad de su rostro.

Un sombrerito redondo de fieltro blanco inclinado sobre la frente y adornado de una sola rosa, pero de admirable belleza, dejaba al descubierto la mitad inferior de su rostro y sombreaba sus ojos grandes, negros y llenos de fuego; sus mejillas redondas, de un puro y juvenil dibujo, eran sonrosadas y frescas y se colocaban como si las iluminase la llama de la juventud. Sus lábios de coral se unian por completo con una espresion triste y algo desdeñosa; al ver el dibujo de aquella boca, la faccion más característica de aquel jóven y gracioso rostro, hubiérase dicho que ya lloraba su poseedora algun amargo desengaño.

Sin embargo, el sentimiento residia en aquellas facciones que llevaban impreso el sello de una alma ardiente y amorosa; su cuello, un poco largo, era redondo como el de un jóven cisne; léianse apenas veinte años en su andar ligero y suave, y en la gracia casi infantil de toda su persona y apostura.

Una triple cadena de oro con broches ó pasadores de perlas sostenia su reloj, oculto en el cuerpo de su vestido; y esta cadena, con unas grandes argollas de oro cincelado, que la ser-

vian de pendientes, constituían todas sus joyas.

Por lo demás, la tercera parte de su pié, que se descubría encerrado en unos botines de raso turco, y la forma de su mano cubierta con guantes de piel de Suecia de subido precio y corte exquisito, decían claramente que su raza era buena, y que la elegancia era en ella prenda natural y no adquirida.

Venia sola, barriendo las hojas secas del parque con la contera de su sombrilla de raso blanco cubierta de encaje negro, y por toda compañía seguía un lacayo envuelto en una amplia librea sin armas ni blasones y toda de color azul oscuro con vivos blancos.

Cuando llegó á pasar por delante de la condesa de Royé y de lady Sheridan, las vió, aunque parecía no fijar en nadie la atención, y se detuvo.

Las dos señoras se levantaron, y le alargaron á un tiempo la mano.

La recién llegada tomó antes la de la condesa, pero sin estrecharla; y luego hizo lo mismo con la de lady Sheridan.

—Ha salido usted á dar un paseo, señorita; ¿no es verdad?—preguntó la condesa de Royé.

—Sí, señora,—repuso la jóven;—me sentía algo mala, y para estar restablecida esta noche salí á buscar el aire.

—¿Quiere usted sentarse con nosotras?—preguntó lady Sheridad.

—Gracias, señora; necesito un poco de ejercicio.

—¿Quiere usted que paseemos con usted?

—De ningún modo, señora; tengo por costumbre pasearme siempre sola, y no quiero obligar á ustedes á dejar sus asientos.

—¿Le agrada á usted Niza?

—Aun no lo sé; solo hace cuatro días que he llegado aquí: ya he visto, sin embargo, que el clima es muy dulce y muy benigno.

En tanto que la jóven hablaba con lady Sheridan y con la condesa de Royé, un murmullo sordo iba corriendo por el parque, semejante á una admiración contenida y en la que entrase una parte de envidia. Algunas personas más atrevidas que las otras se iban acercando y procuraban ver á la recién llegada. Esta lo advirtió y volvió su linda cabecita con una expresión de triunfo y de contento.

—¿Se llama usted Cármen, no es verdad?—preguntó dulcemente la jóven condesa.

—Sí, señora,—repuso la artista, no sin que un fugitivo carmin tiñese sus mejillas;—ese es mi nombre de artista.

—Es un nombre español.

—Yo soy española, señora, y mi padre lo era también.

Dos preguntas llegaron al mismo tiempo á los frescos y encarnados lábios de lady Sheridan: deseaba saber si era Cármen el nombre de bautismo de la artista, y cuál era su apellido; pero el temor de disgustarla la contuvo; además, la jóven, cansada ya algun tanto de la curiosidad de que era objeto, habia hecho un movimiento para retirarse.

—Hasta mañana, señora,—dijo,—voy á continuar mi paseo.

Antes de que ninguna de las dos damas le pudiera contestar, un caballero jóven y de elegante figura abrió el grupo ya compacto que rodeaba á Cármen y se acercó á ella.

Esta volvió la cabeza, y otra vez se cambiaron en carmin las rosas de sus mejillas, pero en carmin más subido que la vez anterior.

El la saludó rendidamente y la dirigió una mirada profunda; ella bajó los ojos, correspondió tímidamente á su saludo, se despidió de las dos señoras con una cortesía, y prosiguió su camino con su paso ligero y gracioso que realizaba su aire juvenil é impregnado de una elegancia suprema.

El recién llegado la siguió con los ojos.

—¡Nueva conquista!—dijo el conde de Royé, dando una palmadita en el hombro del jóven, que se habia quedado absorto.

Este no pareció apercibirse de lo que le decían.

—Se llama Cármen; es española, es decir, compatriota nuestra, y tiene una perfecta educacion, ¿deseabas saber más?

—Todo eso lo sabia,—murmuró el jóven,—como si se hablara á sí mismo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Una persona á quien encargué yo que se informara, y lo hizo de suerte que ya sé todo lo que es posible saber.

—¿Es lo que yo te he dicho?

—Y algo más.

—¡Habla, querido!—exclamó el conde con una ansiedad cómica;—¡no tengas en tortura á estas señoras!

—¡Ah, sí! ¡Hable usted, príncipe!—exclamó la condesa.—¿Qué más sabe usted?

—Que su madre es francesa; que vivia sola con ella en París desde la muerte de su padre, ocurrida en Barcelona hace algunos años; que estaba prometida desde la infancia á un primo suyo, pintor, llamado Octavio Blarú; que huyó de la casa materna por no poder soportar ni la vida monástica á que estaba condenada, ni la perspectiva de un oscuro enlace, ni el carácter severo y triste de su madre, y que su nombre de bautismo no es el que ahora lleva.

—¿Cuál es, pues?

—No han podido decírmelo. Generalmente una jóven que vive así, en el seno de una familia os-

cura, no es conocida por su nombre de pila. El de su primo lo he sabido porque es un pintor de alguna nombradía.

—Te compadezco, mi querido Jorge,—dijo el conde con tono festivo, aunque en el fondo se podía notar alguna tristeza.—Esas mujeres no quieren á nadie; lo más que hacen es vender su amabilidad y sus sonrisas.

—Yo no la puedo comprar,—dijo el llamado Jorge, con melancolía;—soy pobre á pesar de mi título y de mi cuna, y además, la amo demasiado para eso.

—¿La amas, haciendo solo cuatro dias que la conoces?

—La amo desde el instante en que la ví.

—Esta noche podrás contemplarla á tu gusto y hablarla en mi casa; damos una fiesta para que ella cante.

—¿De qué me servirá? cuanto más la vea, más se acrecentará mi mal.

—Eso pasará, mi querido Jorge, no lo dudes: todos hemos sentido esas alucinaciones durante más ó menos tiempo; á no ser por tu madre, podrías pensar en casarte con ella; pero en tanto que viva, tú la debes de justicia el no pensar en tal cosa; sería darla un disgusto mortal.

—Ya lo sé, y esa convicción causa mi tristeza.

—¿De modo,—preguntó lady Clarisa,—que usted ha pensado en casarse con esa jóven?

—Sí, señora.

—¿Habiéndola visto solo tres veces en cuatro dias, y para eso dos en el escenario?

—He pensado en que sería muy dichoso haciéndola mi esposa, desde el instante en que la ví.

—¿Sabe usted si ella merece el título de princesa de San Servando?

—¡Título vano que en nada ha remediado nuestra escasez de fortuna!—murmuró Jorge con amargura;—dado á mi padre por sus hechos de armas en favor del Sacro Imperio! ¿De qué nos sirve?

—De estar colocados en la clase más elevada de la sociedad,—dijo la condesa.

—¡Y de apartarnos á mi madre y á mí de todos los goces de una feliz medianía! ¡No podemos ir á los teatros sino á palco, ni puedo consentir en que mi madre salga á pié, aunque yo lo haga casi siempre; el título de general hubiera sido mucho más provechoso á mi padre que el de príncipe!

—Empiezo á sentir frio,—dijo la jóven condesa,—y además tengo que pasar revista á mi salon. ¿Vienes, querida Clarisa?

—No,—respondió ésta,—voy tambien á comer y á prepararme para las diez: advierto que todas las personas á quienes has convidado van desapareciendo con la misma intencion.

—A las diez en punto empezará el concierto,

—dijo el conde de Royé al príncipe;—no lo olvides; no puede durar más que hasta la una, tratándose de una poblacion en que casi todos son enfermos. Empezará la Alboni, pues la jóven artista quiere cederla el primer sitio; cantará con Mario el gran duo de *Los Hugonotes*: luego Cármen nos dejará oír la deliciosa ária del *delirio de Lucia*, y en seguida la Grissi y Malvessi cantarán otro duo de *Los Puritanos*.

—No me encargues la exactitud,—dijo el príncipe;—acaso llegue antes que nadie.

—Tanto mejor: tomará usted café con nosotros,—dijo la condesa.

—¡Ana!—llamó lady Sheridan, mirando al grupo de niñas que jugaban á algunos pasos y que no perdía de vista.

Y una criatura encantadora salió de él y se acercó á Clarisa.

—Vámonos, hija mia,—dijo enjugando con su pañuelo de batista la blanca frente de la niña que se hallaba húmedecida por el sudor;—vámonos á casa.

—¡Ah, tan pronto!—exclamó Ana contrariada;—¡ahora que jugábamos tan bien!

—Tengo que hacer en casa.

—Ven, Ana; dame la mano y cuéntame á qué habeis jugado,—dijo el príncipe;—voy á acompañar á tu mamá y á tí hasta el hotel. Vamos, mañana volverás á ver á tus amigas y amigos

La rubia Ana se resignó, no sin mucho pesar, á dejar el parque, y se asió de la mano del príncipe; era una deliciosa niña de nueve años, alta para su edad, un poco gruesa y rubia, como las niñas de los cuadros que nos ofrece la escuela flamenca.

Después de una afectuosa despedida, el conde y la condesa de Royé siguieron á lo largo del parque para encaminarse á su hotel, y lady Sheridan, acompañada del príncipe y de su hija, tomó el camino opuesto, para dirigirse al que ocupaba aquella.

—Y usted, amiga mia, ¿no dará tambien alguna fiesta?—preguntó Jorge á Clarisa.

—¿Para qué?—respondió ésta;—¿para hacer brillar el talento de esa mujer?

—¿Acaso usted no admira ese talento?

—No soy tan artista, ni tengo una organizacion tan musical como mi amiga la condesa,—respondió lady Sheridan con alguna frialdad.

—¿Le niega usted todo mérito?

—Creo que lo tiene, aunque no sea yo la persona más á propósito para conocerlo; sin embargo, esa mujer no me es simpática.

—¿Por qué?

—Lo ignoro: ¿acaso sabemos nosotros jamás la causa de nuestras simpatías ó antipatías? Sin embargo, diré á usted que me es repulsiva, porque le falta lo más precioso que tiene la juven-

tud: el aire de confianza, de alegría, de sinceridad, que yo confío ver en mi hija hasta que la edad madura la traiga los desengaños.

—¿Y quién sabe si esa mujer es desgraciada?

—Tengo la seguridad de que lo es, y además la de que no es buena.

—¿Qué extraño juicio!

—¿Y qué extraña preocupación la de usted! Esa mirada amarga y triste; ese pliegue melancólico á cada lado de la boca, esa sonrisa cargada de decepciones; ese porte altivo y un tanto desdeñoso, me dicen que en el fondo de la vida de esa jóven hay un triste secreto, y yo, amigo mio, me he criado y he vivido en la atmósfera algo anticuada quizá, como los modernos talentos dicen, pero serena y pura, de la verdadera virtud, y no doy nunca mi afecto y mi interés á quien se oculta entre misterios y á quien mira con hastío á la creacion entera.

—Pero, señora,—observó el príncipe;—todas las suposiciones de usted son completamente gratuitas. ¿Quién nos ha dicho que esa pobre criatura sea culpable? ¡Acaso es solo desgraciada!

—No seria inferior por completo si no llevase sobre la conciencia el peso de una gran culpa; amigo mio, á pesar de todo lo que se dice, en el mundo hay equidad y la sociedad está dotada de un admirable instinto de justicia. La que se queja

de que toda la falta es, que ella ha faltado antes á todo; y además, cuando la desgracia es inmerecida, se lleva con un modesto orgullo, con dulce y cristiana resignacion, y sale al semblante la grata esperanza de las eternas compensaciones. Esta jóven es culpable de alguna falta grande, ó alimenta el deseo de cometerla: los resultados para la conciencia son los mismos en ambos casos, y ambos pueden darle el aspecto que tanto me choca y me lastima.

Al llegar á esta conclusion, la severa y hermosa inglesa llegaba tambien á la puerta del hotel. El príncipe, contrariado y triste, se despidió.

—¡Ni una palabra me has dejado hablarte!—dijo Ana con su adorable franqueza de niña y con acento enojado. —¿No me has dicho que querias te refiriera mis juegos?

—¡Ojalá lo hubieras hecho!—murmuró el jóven abrazando á la niña;—no me hubieras hecho el daño que tu madre.

—El cauterio es cruel, pero cura;—dijo lady Sheridan tomando á su hija de la mano;—hasta la noche.

Entró en el patio del hotel y la oyó el príncipe decir á la niña:

—Vamos, Ana, á comer, que hoy tengo buen apetito. Tú comerás bien para que yo esté alegre, ¿verdad?

Un sí de la niña se perdió en la distancia, á la vez que el último pliegue del elegante traje y la postrera ondulacion del velo de gasa azul que guarnecía el sombrero de lady Sheridan.

II.

A las nueve y media de la noche el conde de Royé y su amigo el príncipe de San Servando salian del gabinete del primero, donde habian estado fumando, empezando á ponerse los guantes blancos, que era de necesidad para toda funcion nocturna, no habiendo aún sido reemplazados por el gris claro y suave que hoy usamos.

Ambos vestian completamente de negro, resaltando, á causa de lo sombrío del traje, la azulada blancura de la camisa y de la corbata.

—María debe estar ya acabándose de vestir,—dijo el conde;—y por si acaso viene alguno antes de la hora señalada, bueno será, querido Jorge, que nos instalemos aquí.

—¡Qué feliz eres!—exclamó el príncipe mirando á su amigo;—¡qué ángel te ha tocado por compañera!

—María es muy buena y tiene mucho talento; pero eso no quiere decir que yo haya hallado acá abajo la dicha suprema.

—¿Qué te falta, pues?

—En primer lugar, los hijos que he perdido aun antes de nacer, y la esperanza de tener otros: despues...

—Despues ¿qué?

—¡No quisiera que mi mujer fuera tan perfecta!

—¿Qué dices?

—María tiene la naturaleza más atractiva y más simpática que yo he conocido: su organismo de artista es como el iman: ella no ve las adoraciones que se elevan en torno suyo, y que la siguen, pero yo sí.

—¿Estás celoso?

—Siempre lo estoy.

—¿De quién?

—Hoy mi dolor tiene objeto y positiva forma: hoy estoy celoso de ese hombre que nos ha venido siguiendo desde París!

—¿Del brasileño?

—Justamente.

—¡Locura! tu mujer ni siquiera le mira.

—Ya lo sé; pero yo veo lo que hace.

—Lo único temible, á mi parecer, es que es diabólicamente hermoso.

—Eso me desespera, porque María, aunque muy inocentemente, ha notado ya esa belleza.

—¿Aun estamos solos?—preguntó una dulce voz al lado de la puerta; y tras la pregunta, la jóven condesa de Royé entró en el salon.

Un sí de la niña se perdió en la distancia, á la vez que el último pliegue del elegante traje y la postrera ondulacion del velo de gasa azul que guarnecía el sombrero de lady Sheridan.

II.

A las nueve y media de la noche el conde de Royé y su amigo el príncipe de San Servando salian del gabinete del primero, donde habian estado fumando, empezando á ponerse los guantes blancos, que era de necesidad para toda funcion nocturna, no habiendo aún sido reemplazados por el gris claro y suave que hoy usamos.

Ambos vestian completamente de negro, resaltando, á causa de lo sombrío del traje, la azulada blancura de la camisa y de la corbata.

—María debe estar ya acabándose de vestir,—dijo el conde;—y por si acaso viene alguno antes de la hora señalada, bueno será, querido Jorge, que nos instalemos aquí.

—¡Qué feliz eres!—exclamó el príncipe mirando á su amigo;—¡qué ángel te ha tocado por compañera!

—María es muy buena y tiene mucho talento; pero eso no quiere decir que yo haya hallado acá abajo la dicha suprema.

—¿Qué te falta, pues?

—En primer lugar, los hijos que he perdido aun antes de nacer, y la esperanza de tener otros: despues...

—Despues ¿qué?

—¡No quisiera que mi mujer fuera tan perfecta!

—¿Qué dices?

—María tiene la naturaleza más atractiva y más simpática que yo he conocido: su organismo de artista es como el iman: ella no ve las adoraciones que se elevan en torno suyo, y que la siguen, pero yo sí.

—¿Estás celoso?

—Siempre lo estoy.

—¿De quién?

—Hoy mi dolor tiene objeto y positiva forma: hoy estoy celoso de ese hombre que nos ha venido siguiendo desde París!

—¿Del brasileño?

—Justamente.

—¡Locura! tu mujer ni siquiera le mira.

—Ya lo sé; pero yo veo lo que hace.

—Lo único temible, á mi parecer, es que es diabólicamente hermoso.

—Eso me desespera, porque María, aunque muy inocentemente, ha notado ya esa belleza.

—¿Aun estamos solos?—preguntó una dulce voz al lado de la puerta; y tras la pregunta, la jóven condesa de Royé entró en el salon.

Su marido y el príncipe lanzaron, al verla, un grito de admiración.

Estaba toda vestida de seda blanca y encaje, y algunas rosas con follaje verde, componían el ornato del traje: un peinado lleno de gracia hacía resaltar la profusión de su cabellera dorada, en la que había algunos diamantes y dos rosas como las del vestido.

—¡Trabajo tiene la artista si te ha de oscurecer!—dijo el conde asiendo una mano de su mujer y mirándola con una expresión extraña de admiración y de amargura.

—Tan linda estoy,—repuso ella yendo á colocarse delante del espejo con una coquetería completamente infantil.

—Demasiado,—murmuró su marido.

—¡Lady Sheridan!—anunció un criado.

—¡Clarisa!—¡Qué bella estás!—gritó la condesa corriendo como una niña al encuentro de su amiga.

En efecto, jamás la belleza de las inglesas rubias, tornasoladas y blancas había estado representada más dignamente.

Lady Sheridan llevaba un vestido de raso azul, y sobre este, otro de crespon de igual color. La hermosa masa de sus cabellos se hallaba prendida con algunas camelias blancas de tamaño pequeño, ménos satinadas que su arrasado cútis; sus ojos azules eran de un matiz más puro

que su vestido. Toda la belleza y galanura de sus formas, lucía de un modo admirable con el escote de su traje, aunque lejos de ser exagerado, fuese más bien modesto y decente. Algunas blondas velaban la parte superior de su brazo, que iba adelgazando con suma perfección, hasta concluir en una muñeca de una delgadez casi infantil.

Aquella belleza de primer orden, aquella mujer jóven, hermosa, rica y alegre, tenía en toda ella una perfección de castidad y de pureza que no era el menor de sus atractivos. Acaso aquella virtud era el resultado de un temple de alma fría y por lo mismo muy feliz. Su virtud sin lucha acaso era también *sin mérito*, según la expresión de Molière. Casada con un hombre que la triplicaba la edad, Clarisa no había conocido más amor que el de madre, con que había querido tierna y sinceramente á su marido.

Conociase que ni deseaba inspirar pasiones, ni era tampoco muy capaz de sentir las. Sinceramente religiosa, aspiraba, sin embargo, á todos los goces de la vida; amaba la buena mesa y sentía en ella tanto placer como dando á un pobre una moneda de oro; amaba el lujo que era como su cuadro natural y disfrutaba de todos los bienes de la vida con alegría y dando gracias al buen Dios que se los proporcionaba.

—Cuando una amiga nos regala una joya,—de-

cia ella, la usamos para complacerla, y la manifestamos tenerla en gran estimacion. ¿Qué joya hay más rica y más estimable que la salud y una fortuna cuantiosa? ¡Y por qué no hemos de demostrar á la Providencia que estimamos sus presentes, disfrutando de ellos todo lo posible?

—¡Qué traje!—exclamó María, pasando por detrás de su amiga para contemplarla á su gusto.

—¡Qué vestido!—exclamó á su vez lady Sheridan, que no conocia la envidia,—pareces la diosa de la juventud, y más de una persona será de mi parecer.

El conde frunció las cejas en prueba del mal efecto que le habia hecho esa observacion.

—¡El Sr. marqués de la Florida!—anunció el criado alzando la cortina de seda.

Un estremecimiento nervioso, agitó á un tiempo al conde y á la condesa de Royé, y ambos movieron la cabeza como movidos por un resorte.

El que entraba era un hombre de treinta y ocho á cuarenta años, de bella figura y tez morena y azulada como la de los americanos. Una hermosa y poblada cabellera negra se rizaba sobre la frente, sus ojos, negros y grandes, se parecian á dos diamantes y nadaban en un globo azulado, de una limpieza y una brillantez extremadas: por bajo su bigote, negro y sedoso, se veian dos lábios de carmin y una dentadura mo-

delo semejante á un collar de perlas de Oriente.

Su alta estatura adquiria una majestad imponente con el traje de rigurosa etiqueta que vestía, y parecia que aquella frente estaba acostumbrada á ceñir una corona imperial.

No obstante, mirando bien á aquel hombre, se conocia que algo de severo, amargo y triste vivia en su interior, que reflejaba en toda su persona.

Dirigióse á saludar á la condesa que se hallaba en la chimenea, y antes de llegar á ella, le envió una mirada tan penetrante que la hizo ruborizar y estremecerse.

A la verdad, comparando al conde con aquel brillante personaje, desmerecia mucho. La fisonomía plácida y un poco fria de Mr. de Royé, lo parecia mucho más al lado de la cara meridional y de aquellos ojos de fuego del marqués de la Florida. Su estatura, que era solo mediana, lo parecia ménos al lado de la elevada de aquél; y sin embargo, el conde tenia en toda su persona el sello indeleble de la buena y antigua raza, y hereditaria hidalguía y caballeridad, al paso que al través de todas las magnificencias de porte y de belleza, el marqués de la Florida dejaba ver al aventurero.

—¡Aborrezco á este hombre!—dijo el príncipe al oido del conde;—me parece que ha de ser causa de alguna gran desgracia para mí. ¿De dónde dirás que viene?

—Del Brasil,—contestó el conde.—Si á tí te hace mal efecto su presencia, á mí me es tan antipático que voy á salir de Niza con mi mujer por no verlo.

—¿Hace la corte á la condesa?

—Creo que tiene esa osadía.

—Le cortaremos las orejas,—dijo sencillamente Jorge, y como si hablase de la cosa más natural del mundo:—¿por qué le has convidado?

—No debí hacerlo: mas él me obligó: estábamos en el casino y yo hablaba anoche del concierto que íbamos á dar, cuando él se aproximó tan á tiempo que no pude escusarme de invitarlo como á los demás.

—Yo no lo hubiera hecho.

—Le hubieras convidado como yo, á no ser que te resignaras á pasar por una persona sin educación, lo cual es muy poco agradable. Sabes tú que este hombre es aquí el ídolo de las mujeres y la desesperación de los hombres.

—Ya lo sé, por su inmensa riqueza.

—A lo menos por los inmensos medios que posee para deslumbrar, y que acaso proceden solo de un origen vergonzoso.

—¿Qué quieres decir?

—O yo me engaño mucho, ó todos los medios de vivir y de brillar de este personaje proceden del juego.

El conde no pudo esperar la respuesta de su

amigo: los convidados iban entrando, y tuvo que acudir á una señal de su mujer que, en pie al lado de la puerta, estaba recibiendo, y no le era posible atender á todos.

Bien pronto el elegante salon que en el Gran Hotel de Europa ocupaban el conde y la condesa de Royé, se vió guarnecido de una guirnalda de las más lindas y elegantes mujeres que entonces embellecían á Niza.

El salon estaba amueblado con el buen gusto sencillo y artístico que en Niza reina, y que participa de la poesía de Italia y de la coquetería francesa.

Grandes cortinas blancas, no de encaje, sino de fresca muselina bordada; muebles de seda lila y limonero; espejos con luna muy grande y marco muy sencillo; cuadros de Wateau y de Boucher; y, sobre todo, gran lujo y abundancia de flores, tal era el ornato del salon que aquella noche abrian los condes de Royé á sus amigos.

Todas las damas que asistian, pertenecientes á la más alta sociedad, se habian vestido en armonía con la decoración, por decirlo así. El tul blanco y de colores, la muselina, y como el nom-plus-ultra de la suntuosidad, el crespon, hacian el gasto de todos los vestidos. La elegancia reemplazaba al valor positivo: lo más que se habian permitido algunas jóvenes damas eran las perlas y el coral. Pero los diamantes, las esme-

raldas y los rubíes, estaban completamente excluidos, con un buen gusto digno de todo elogio.

Las dos grandes artistas que debían tomar parte en la fiesta eran las que hacían ostentación de algunos pocos, pero admirables diamantes. Madame Alboni dejaba ver entre dos grupos de negros rizos, dos orejas adornadas de dos *gotas de rocío*, que valían un millón: en tanto que Julia Grissi, cuya poética cabeza estaba sencillamente peinada, lucía al cuello una sarta de las mismas piedras, que brillaban con todos los cambiantes del arco iris.

Se esperaba á la heroína de la fiesta, que no llegaba: á Cármen.

—Esta tardanza es bastante descortés,—dijo el conde á su mujer;—y para enseñarla deberíamos empezar con un duo de hombres acompañado por tí.

—¡Oh, no! ¡Ten un poco de paciencia, amigo mio!—dijo la condesa;—Cármen no tardará. ¡Cómo empezar, si la fiesta se da hoy en honor suyo?

—La señorita Cármen,—anunció el criado.

Todas las conversaciones cesaron: palpitaron todos los corazones; todos los ojos se volvieron á la puerta; los de las mujeres con mayor afán que los de los hombres. Cármen entró en el salón.

Adelantóse el conde á recibirla, y le ofreció

el brazo, que ella aceptó, llegando con su andar gracioso y ligero hasta donde estaba la condesa, que hizo la mitad del camino para llegar á ella. Al hallarse juntas las dos jóvenes, un pintor de gran talento que se apoyaba en la chimenea dejó escapar una exclamación de asombro: en efecto, no podía imaginarse un contraste más encantador que el que presentaban ambas jóvenes.

La condesa, blanca, suave, pálida, con sedosa cabellera de un castaño claro y brillante, sus ojos azules y su boca de coral rosa, presentaba el tipo de la belleza suave y dulce.

Llevaba la artista un admirable vestido blanco de tul sobre otro de seda, también blanco, ambos con una cola más larga que todos los que allí se veían. Grandes ramos de lilas parecían como arrojados por la mano de alguna hada sobre el vestido, y otra hada para sujetarlas las había prendido con presillas de perlas. Perlas y lilas se enlazaban en la negra y brillante cabellera de la joven, toda hecha rizos elásticos y sedosos, que caían hasta su desnuda espalda, y su peregrino cuello, un poco largo, pero blanco y torneado como el de un joven cisne; bajo sus cejas, que formaban un arco dulce y tendido, se abrían sus hermosos ojos negros, cuya mirada era triste y fría. El escote decente de su traje dejaba ver formas muy delgadas, pero de proporciones admirables, y la garganta, adornada

de un gracioso hoyuelo, adquiría mayor elegancia por estar ceñida con una cinta lila, de la que pendía un medallon guarnecido de perlas.

Sus brazos de nácar, medio cubiertos por guantes blancos y largos, presentaban, á pesar de su delgadez, esa hechicera forma de juventud extrema, esa suavidad de contornos que se pierde muy pronto y que jamás ha podido ser propiedad de las mujeres gruesas.

La condesa abrazó á Carmen con un afecto que hizo murmurar por lo bajo á algunas damas, tachándolo de excesivo, y luego la colocó junto á sí, en un pequeño canapé, dejándola un instante para ir á invitar á la Alboni, en tanto que el conde avisaba á Mario.

Cuando este último se dirigió al piano, el señor de Royé fué á ofrecer su brazo á la gran artista para conducirla también.

El gran duo de *Los Hugonotes* se cantó como jamás lo ha sido, porque no es posible que haya en el mundo quien interprete como estos dos artistas los apasionados personajes que en la obra inmortal llevan los nombres de *Valentina* y de *Raoul*. Una salva de aplausos siguió al final que se había escuchado con religioso silencio. La condesa, que acudió al piano para felicitar á madame Alboni, la estrechó las manos con entusiasmo, y Carmen se levantó de su asiento y fué hácia la gran artista.

—Permita usted, señora,—la dijo en el más puro italiano,—que le rinda el homenaje de mi admiración sin límites.

E inclinándose con una gracia encantadora, besó la mano del astro de la armonía.

—Yo predigo á usted, mi querida niña, una gloria mayor que la que he alcanzado quizá sin merecerla,—dijo madame Alboni;—y se la predigo á usted con la seguridad de que la merece. Y ahora,—añadió,—no se aleje usted del piano, pues creo que le toca la vez de hacernos felices.

En efecto; un gran pianista belga venía á ocupar su sitio para acompañar á la joven cantatriz: la misma Marietta Alboni la presentó el brazo y la llevó á su sitio; pero al volverse Carmen para desenredar la larga cola de su vestido que se había prendido á una silla, quedó como petrificada y tuvo que apoyarse en el piano para no caer.

Aquella emoción se la había producido la vista del marqués de la Florida, en pie á dos pasos de ella, y aquella emoción se cambió de súbito en una radiosa expresión de dicha y bienestar.

Una mirada negra, brillante, llena de vida y de promesas se cruzó entre aquellos dos seres, y Carmen, en pie al lado del piano, tomó la postura modesta y tranquila propia de la seguridad en el talento.

Después de un sencillísimo prelude del eminente artista que ocupaba el piano, las notas empezaron á caer de sus labios como las perlas desgranadas de un collar cuyo hilo se ha roto en una copa de cristal. Todos los corazones estaban suspensos de sus acentos: aquella admirable melodía parecía interpretada por un ángel. Sobriedad en las fiorituras, sencillez encantadora de estilo, pureza en las modulaciones, todas estas dotes admirables de la artista, unidas á una voz de seda y de plata á la vez, elevaron á los oyentes al quinto cielo.

Por las mejillas de algunas mujeres se deslizaban las lágrimas, porque no eran solo la garganta y los labios de la artista lo que expresaban el martirio de la infeliz y delirante *Luccia*, sino su fisonomía, que pintaba de una manera admirable el dolor, la ternura, la desesperacion, la alegría, y todas las impresiones, en fin, que constituían el delirio de la sublime creacion de Donizetti.

Cuando terminó, estalló el entusiasmo bajo todas las formas: los bravos, las palmadas, los gritos, todo se oyó, olvidándose cada cual de las reglas frias y mesuradas del buen tono. La condesa abrazó estrechamente á Cármen, y las dos grandes artistas que llevaban los ilustres nombres de la Alboni y de la Grissi la colmaron de caricias y de plácemes.

La única persona que permanecía serena en medio del entusiasmo general, era la que lo habia producido. Cármen, terminado su canto, parecía no cuidarse sino muy ligeramente de lo que pasaba en derredor suyo. Su pensamiento se hallaba en otras regiones: su mirada, triste y como vaga, buscaba al marqués de la Florida, que, por su parte, la contemplaba desde lejos con tierna y melancólica expresion.

Cuando le vió, la expresion triste del rostro de Cármen hizo lugar á otra de dicha y de confianza: oyó el duo que cantó la Grissi con su ilustre compañero; una rómanza francesa que cantó la condesa con sumo gusto y expresion, y después pidió permiso para retirarse, pretextando fatiga y necesidad de descanso por tener que cantar en el teatro al día siguiente por la noche.

Acompañáronla el conde y la condesa hasta la puerta del salon, y el primero siguió dándole el brazo hasta que tomó su carruaje, estacionado en la larga fila que se hallaba delante del hotel.

Al día siguiente, Cármen recibió tres regalos encerrados en tres estuches de terciopelo.

Era el uno un aderezo completo de brillantes, que valia veintiocho mil duros; éste llevaba la siguiente tarjeta: "El conde y la condesa de Royé."

Otro pequeño con una sortija de esmeraldas, con una carta muy afectuosa firmada por Marietta Alboni.

Y el tercero, conteniendo un rico peine de rubíes, con otra tarjeta que decía: "Julia Grissi."

Al ver aquellas alhajas, un relámpago de alegría brotó de los hermosos ojos de la joven artista, que exclamó:

— ¡Oh, madre mía! ¿Por qué no estás á mi lado, para que probaras la riqueza en tus últimos años; para que vieras que mi sueño de gloria y de opulencia se ha convertido en una realidad? ¡Oh, madre mía! ¿Por qué no quieres perdonarme? ¡Ah! Tú sola podrias disipar la negra sombra que oscurece la radiosa alegría de mis primeros triunfos!

III.

Cinco años más tarde, y en una helada noche de invierno, una escena muy triste tenia lugar en un pequeño aposento retirado en el cuarto piso de una casa de la calle de la Magdalena, en Madrid.

Una anciana, que á primera vista parecia decrepita, le ocupaba. Tan blancos estaban sus ca-

bellos, tan encorvado su talle, que se le daba sin vacilar ochenta años: mas aquel error quedaba desvanecido al mirar sus ojos negros y grandes, en los que ardía un fuego febril, y la altanera expresion de su elevada frente.

Un traje completamente de luto la vestia, envolviéndola en dos largos y severos pliegues; sobre su blanca cabellera llevaba una papalina de crespon adornada de lazos negros como los de las viudas; la débil blancura de su cuello de muselina venia á aclarar aquel sombrío traje, tan sombrío como la expresion de su rostro.

La habitacion no podia ser más pobre: algunas sillas de anea, una mesita de pino, pintada de color oscuro, y una cama sin cortinas constituian todo el mueblaje. A la cabecera del lecho pendia un crucifijo de plata, que abria sus brazos misericordiosos sobre una cruz de ébano. Aquella imágen era una joya artística de gran valor y que parecia como el resto de una antigua y positiva opulencia.

Empezaba Diciembre con sus cierzos helados y llenos de gemidos que turban el silencio de sus tenebrosas noches. La nieve extendia su blanco sudario en las calles de Madrid, y á las nueve de la noche ningun ruido exterior llegaba hasta la mísera habitacion de la anciana.

Sentada ésta al lado de la pobre mesilla, apoyaba en ella su codo y la frente en la palma

Otro pequeño con una sortija de esmeraldas, con una carta muy afectuosa firmada por Marietta Alboni.

Y el tercero, conteniendo un rico peine de rubíes, con otra tarjeta que decía: "Julia Grissi."

Al ver aquellas alhajas, un relámpago de alegría brotó de los hermosos ojos de la joven artista, que exclamó:

— ¡Oh, madre mía! ¿Por qué no estás á mi lado, para que probaras la riqueza en tus últimos años; para que vieras que mi sueño de gloria y de opulencia se ha convertido en una realidad? ¡Oh, madre mía! ¿Por qué no quieres perdonarme? ¡Ah! Tú sola podrias disipar la negra sombra que oscurece la radiosa alegría de mis primeros triunfos!

III.

Cinco años más tarde, y en una helada noche de invierno, una escena muy triste tenia lugar en un pequeño aposento retirado en el cuarto piso de una casa de la calle de la Magdalena, en Madrid.

Una anciana, que á primera vista parecia decrepita, le ocupaba. Tan blancos estaban sus ca-

bellos, tan encorvado su talle, que se le daba sin vacilar ochenta años: mas aquel error quedaba desvanecido al mirar sus ojos negros y grandes, en los que ardía un fuego febril, y la altanera expresion de su elevada frente.

Un traje completamente de luto la vestia, envolviéndola en dos largos y severos pliegues; sobre su blanca cabellera llevaba una papalina de crespon adornada de lazos negros como los de las viudas; la débil blancura de su cuello de muselina venia á aclarar aquel sombrío traje, tan sombrío como la expresion de su rostro.

La habitacion no podia ser más pobre: algunas sillas de anea, una mesita de pino, pintada de color oscuro, y una cama sin cortinas constituian todo el mueblaje. A la cabecera del lecho pendia un crucifijo de plata, que abria sus brazos misericordiosos sobre una cruz de ébano. Aquella imágen era una joya artística de gran valor y que parecia como el resto de una antigua y positiva opulencia.

Empezaba Diciembre con sus cierzos helados y llenos de gemidos que turban el silencio de sus tenebrosas noches. La nieve extendia su blanco sudario en las calles de Madrid, y á las nueve de la noche ningun ruido exterior llegaba hasta la mísera habitacion de la anciana.

Sentada ésta al lado de la pobre mesilla, apoyaba en ella su codo y la frente en la palma

de su flaca y pálida mano. A pesar del rigor de la temperatura no había lumbre en la habitación, y reinaba en ella ese ambiente glacial que llega á ser amargo y punzante por su frialdad extremada.

Al lado de la ventana, cuyas maderas permanecían abiertas por una triste indiferencia de la habitadora del aposento, se veía un canastillo muy grande lleno de piezas cortadas de lienzo toseco y moreno.

Un temblor violento recorría de cuando en cuando el cuerpo de la anciana; su palidez era extremada; alrededor de sus ojos había un círculo muy oscuro, producto de muchas noches sin sueño ni descanso.

Por intervalos aquellos ojos se cerraban penosamente, como si no hubieran podido soportar la débil luz que iluminaba la estancia, y que consistía en un cabo de vela de sebo puesto en un candelero de estaño.

Un golpecito suave que dieron á la puerta sacó á la anciana de su inmovilidad. Sin separar la mano de su frente, alzó los ojos y preguntó con voz débil:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, doña Magdalena,—respondió otra voz de mujer, con acento dulce.—¿Se puede entrar?

—Entre usted,—dijo la anciana con una en-

tonacion en la que se reflejaba cierto disgusto.

La puerta se abrió, y una mujer como de cuarenta años, pobremente vestida, pero de aspecto honrado y agradable, entró en el aposento.

—Buenas noches, señora,—dijo á la anciana, asomándose tímidamente;—¿está usted mejor?

—No; estoy lo mismo,—respondió aquella con voz un tanto áspera y dura.

—¿Tiene usted el dolor de cabeza?

—Y muy violento; por tanto, Josefa, la ruego que me deje tranquila.

—¿Dejar á usted así, sin lumbre y sin traerle ningun remedio!—exclamó la buena mujer;—¡eso sí que no!

—Nada necesito, y usted tambien debe tener necesidad de reposo.

—Verdad es que he estado lavando todo el dia y que he pensado helarme en el rio; pero no quita para que ahora le caliente la cama, la dé chocolate y la acueste.

—No quiero acostarme todavía,—dijo la anciana, á la que visiblemente importunaban estos cuidados;—aún he de coser...

—¿Señora! ¿Qué dice usted?

—Que he de concluir esa obra para entregarla mañana.

—Se entregará pasado,—dijo la buena Jose-

fa, en tanto que penetraba en una pequeña cocina y buscaba en vano carbon para encender lumbre.

—¡Josefa!—gritó la anciana exasperada;— ¡déjeme usted, se lo suplico, no necesito de sus cuidados!

—Doña Magdalena,—respondió la pobre lavandera;—ni que usted se enfade, ni que no, yo no la he de dejar así. Si la obra corre prisa; si ha dado usted palabra de entregarla mañana temprano, mi Dionisia la acabará. Yo la daré á usted alimento, la acostaré y la velaré toda la noche. ¡Canario! ¡Que yo soy de la tierra de los tercios!

Doña Magdalena dejó escapar un gemido sofocado, y sin fuerza para oponer ya resistencia, guardó silencio.

Entretanto, Josefa subió á su boardilla, bajó carbon y algunas áscuas y encendió un poco de fuego en la reducida cocina. De su misma casa bajó tambien chocolate y un calentador, con el cual, así que hubo fuego bastante, se puso á calentar la cama de doña Magdalena.

Cuando entró Josefa en su boardilla, ésta ofrecia un cuadro encantador de paz y bienestar. En una cama bastante grande dormian dos niños de ocho y diez años; en otra camita reposaba un niño que tendria seis, y en una cama de madera

pintada de verde una criatura que apenas contaba tres, y que era otro niño. Tenia los ojos abiertos, y charlaba el idioma ininteligible de la infancia en su primer albor.

Otra cama de regulares dimensiones presidia estas tres, y ésta era la de la madre.

El espacioso dormitorio estaba cerrado con cortinas de cotonía y rayas azules y blancas; al frente se elevaba un fogon grande, y sentada á su lado una linda jóven cosía á la luz de un pequeño quinqué con pié de zinc oscuro y pantalla de papel verde.

—Dionisia, hazme el favor de dejar ahora mismo la costura,—dijo Josefa al entrar á buscar combustibles.—¿Te parece poco doce horas de taller? ¡Pues á mí me parecen demasiadas, si señora, demasiadas!

—Pero, madre, ¡si queria acabar el vestido!—exclamó la jóven alzando su moreno y gracioso rostro.

—¿Para qué?

—Mañana es domingo.

—¿Y qué importa?

—¡No iremos al teatro por la noche!

—Sin duda, como todos los domingos; Rosa me ha estado quebrando la cabeza todo el tiempo que he estado en casa, diciéndome que le toca á ella.

—Y tiene razon. Pues bien, madrecita; yo

quisiera estrenar mañana mi vestido de orleans azul.

—¿No irá usted más contenta conmigo si le llevo?

—No por cierto; lo que quiero es que no cosas más.

—Ya me falta poco; mi abuela me pegó las mangas, y Catalina me ha ayudado también.

—¿Dónde está tu abuela?

—Durmiendo: tenía frío, y mientras usted bajó á ver á la señora se metió en la cama.

—¡Pobre madre!—murmuró con tristeza Josefa;—¡mala vejez tiene!

—¡Por qué!

—Mientras yo estoy en mi lavado y tú en tu taller, tiene que estar al cuidado de todas estas criaturas.

—Pues ella bien contenta está: mientras la arropaba yo en la cama, me decia: Rosa tiene diez y seis años y medio y ya es una mocita; no te puedo decir lo que me ayuda; el año que viene, ya podrá ir al taller y Catalina hará en casa sus veces.

—¡Tu abuela es una santa! Bien se parece á su hijo y tu buen padre.

—Pues y usted, madre, ¿qué es?—exclamó Dionisia con efusion; y dejando la labor se arrojó al cuello de su madre.

Esta la besó en la frente, y luego levantó una

cortina de indiana que cubria una puerta pequeña y asomó la cabeza al interior.

Era una alcoba que contenia dos camas, una cómoda, dos baules y una mesita que sostenia una Virgen de los Dolores, ante la cual habia dos macetas de loza blanca que contenia cada una una frondosa mata de boj, hermoso verdor que en el invierno suple la falta de las flores.

En uno de los lechos, mullido, limpio y cómodo, reposaba una anciana, en cuya serena fisonomía se leia un sosiego profundo.

Comparado aquel apacible semblante con el de la señora del cuarto de debajo, se veia cuánta diferencia habia entre la suerte de aquellas dos personas.

La una era la imágen de la vejez desgraciada.

La otra el emblema fiel de la ancianidad tranquila, que camina al sepulcro mirando al cielo y esperando con calma sonriente otra vida mejor.

En los dedos de la mano de la abuela de Dionisia se veia enredado un rosario. La decencia más agradable envolvía aquella venerable figura, con la santa coquetería del pudor que es de todas las edades. Una chambre de límpida blancura se cerraba en su cuello con antiguo boton de plata, y se ajustaba en sus muñecas con otros dos botones iguales; los blancos cabellos abundosos y bien trenzados, se enroscaban detrás de

su cabeza; los párpados serenos y caídos respondían de la dulce limpidez de la mirada; la frente ancha y pura á través de los años y de las borrascas de la vida se dibujaba bellamente bajo las bandas de los cabellos, y su serenidad se armonizaba con la de la boca de labios finos y bien unidos: las mejillas delgadas y de un puro dibujo, añadian al perfil inteligente una imborrable belleza, reflejo del alma; en suma, la madre de toda aquella familia era la anciana más bella que se puede imaginar.

El casi imperceptible ruido que hizo la cortina al separarla la mano de Josefa, la despertó; porque la ancianidad tiene el sueño muy ligero, como que ha sido alterado muchas veces por los dolores de la vida.

Incorporóse un poco, y preguntó con voz serena y sin ninguna alteracion:

—¿Vienes ya á acostarte, hija mia?

—No es Dionisia, soy yo, madre,—dijo Josefa.

—¿Quieres algo?

—Ver si dormia usted, y si está bien arropada: ¡la noche está cruel!

Josefa se acercó á la cama y arregló la ropa aún más estrechamente detrás de la espalda de la anciana.

—Deja á Dionisia acabar el vestido,—dijo la abuela á media voz;—si le quitas el que lo estrene mañana, tendrá un pesar.

—¡Y usted más que ella! Bien dicen que las abuelas son dos veces madre.

Sonrióse la anciana, y antes de que espirase la sonrisa en sus labios se habia vuelto á dormir.

IV.

Doña Magdalena fué desnudada contra su voluntad, acostada, con el lecho bien calentado y obligada á sorber el chocolate que la diligente mano de Josefa le presentaba: no fué posible que lo tomara de otro modo, y la buena lavandera se tuvo que resignar.

Cuando hubo dejado en la cama á la señora, bajó de su habitacion una calceta y se puso á trabajar sentada al lado de la mesilla.

Mas no haria un cuarto de hora que se entregaba á su tarea, cuando el cabo de vela que se acababa empezó á chisporrotear y amenazó extinguirse por completo.

Josefa se levantó, subió á su cuarto, abrió con la llave que habia quitado despues de encerrar á su familia, y dijo á Dionisia:

—¿Hasta qué hora durará tu costura?

—Hasta la una, madre.

—Siempre será hasta las dos, y así lo mejor es

su cabeza; los párpados serenos y caídos respondían de la dulce limpidez de la mirada; la frente ancha y pura á través de los años y de las borrascas de la vida se dibujaba bellamente bajo las bandas de los cabellos, y su serenidad se armonizaba con la de la boca de lábios finos y bien unidos: las mejillas delgadas y de un puro dibujo, añadian al perfil inteligente una imborrable belleza, reflejo del alma; en suma, la madre de toda aquella familia era la anciana más bella que se puede imaginar.

El casi imperceptible ruido que hizo la cortina al separarla la mano de Josefa, la despertó; porque la ancianidad tiene el sueño muy ligero, como que ha sido alterado muchas veces por los dolores de la vida.

Incorporóse un poco, y preguntó con voz serena y sin ninguna alteracion:

—¿Vienes ya á acostarte, hija mia?

—No es Dionisia, soy yo, madre, —dijo Josefa.

—¿Quieres algo?

—Ver si dormia usted, y si está bien arropada: ¡la noche está cruel!

Josefa se acercó á la cama y arregló la ropa aún más estrechamente detrás de la espalda de la anciana.

—Deja á Dionisia acabar el vestido, —dijo la abuela á media voz; —si le quitas el que lo estrene mañana, tendrá un pesar.

—¡Y usted más que ella! Bien dicen que las abuelas son dos veces madre.

Sonrióse la anciana, y antes de que espirase la sonrisa en sus lábios se habia vuelto á dormir.

IV.

Doña Magdalena fué desnudada contra su voluntad, acostada, con el lecho bien calentado y obligada á sorber el chocolate que la diligente mano de Josefa le presentaba: no fué posible que lo tomara de otro modo, y la buena lavandera se tuvo que resignar.

Cuando hubo dejado en la cama á la señora, bajó de su habitacion una calceta y se puso á trabajar sentada al lado de la mesilla.

Mas no haria un cuarto de hora que se entregaba á su tarea, cuando el cabo de vela que se acababa empezó á chisporrotear y amenazó extinguirse por completo.

Josefa se levantó, subió á su cuarto, abrió con la llave que habia quitado despues de encerrar á su familia, y dijo á Dionisia:

—¿Hasta qué hora durará tu costura?

—Hasta la una, madre.

—Siempre será hasta las dos, y así lo mejor es

que tomes tú la labor y yo la lámpara y que bajemos al cuarto de doña Magdalena.

—¿Está peor?

—No lo sé, porque sigue áspera como un cardo; pero se me figura que está bastante mala.

—¡Pobre señora!—dijo Dionisia en tanto que reunía la costura en un canastillo;—muy desgraciada debe ser para estar tan amargada.

—Eso digo yo: porque es un carácter de hierro. ¡Ea! vámonos: como se acabó la única luz que tenía, servirá esta; vé delante, hija, que voy á cerrar; tu abuela y los pequeños duermen como unos santos, y no hay miedo de que despierten.

—Pero, madre,—dijo Dionisia;—puesto que me permite usted velar para acabar mi vestido, yo cuidaré á la señora; ¿para qué ha de velar usted también, trabajando tanto todo el día?

—¿No tendrás miedo de estar allí sola?

—No, señora.

—Es que la señora tiene muy mal génio.

—Yo no la he hecho nada,—observó Dionisia con una angelical y lógica sencillez;—¿por qué se ha de incomodar conmigo?

—Tienes razón, hija mia, vé; yo me quedaré con una vela para desnudarme y para hacerte una taza de café que te bajaré al instante; anda, así, velas á esa pobre señora y acabas tu vestido.

—¡No se canse usted ahora en hacer café, madre!

—Tomarás una taza de café con leche y una tostada para que te alimente y desvele á un tiempo; sé yo muy bien lo que son el sueño y el apetito á los diez y seis años!

Dionisia tomó la lámpara y el cesto de su labor, volvió con las dos manos así ocupadas, y en tanto que su madre encendía una vela, la dió dos tiernos besos en su tostada mejilla.

En seguida salió y bajó quedito la escalera.

Media hora despues, Dionisia tomaba un vaso de café con leche y mojaba en él medio panecillo con manteca, dispuesto por la diligente mano de su madre.

Cuando terminó, ésta cerró por fuera con llave, metió la llave por debajo de la puerta y subió á su boardilla.

Dionisia, animada con el café, se puso á coser rápida y alegremente, despues de haber echado una mirada de respetuosa compasion hácia el lecho en que doña Magdalena reposaba con una somnolencia febril.

Media hora se pasó así: de repente aquellos ojos llenos de dolor se abrieron pesadamente y se fijaron en la jóven que cosía siempre con sostenida aplicacion.

—Dionisia, ven aquí, acércate,—dijo la voz de doña Magdalena.

La jóven obedeció.

—Déjame que te vea, que te mire,—dijo la anciana incorporándose en el lecho:—¡cómo te pareces á ella! ¡así, así era cuando me dejó!

La jóven la miró trémula y asustada, pensando que el delirio invadía aquella cabeza enferma y débil.

—No tengas miedo,—prosiguió doña Magdalena, procurando vencer su emocion y mirando á la jóven con una triste sonrisa;—no temas y siéntate aquí; ¡te pareces mucho á mi hija, á mi única hija, á quien adoraba con toda mi alma!

—¿Acaso ha muerto, señora?—preguntó Dionisia, de cuyos hermosos ojos negros desapareció todo temor al oír hablar de una hija á la pobre señora.

—Peor que eso, Dionisia; si hubiera muerto me hubiera dicho que Dios se la llevaba; ¡pero me ha abandonado!

—¡Abandonado! ¡Es acaso posible el abandonar una madre!

—¿Acaso usted no la queria, señora?

—¡Con toda mi alma!

—¿Lo sabía ella?

—Debia suponerlo.

—Es verdad,—dijo la jóven pensativa;—debia suponerlo; ¿qué madre no ama á su hija?

—¿Y qué hija no ama á su madre? Sin embargo, la mia no me amaba á mí.

—Eso no es posible tampoco, señora,—exclamó Dionisia.—¿Era usted acaso dura é injusta para ella?

Esta ingénua pregunta quedó sin contestacion. La viuda de Herrera, pues ya la habrán conocido nuestros lectores, quedó sumergida en una meditacion profunda. Dionisia callaba tambien, no atreviéndose á seguir hablando.

—¿Quieres tú mucho á tu madre, Dionisia?—preguntó de repente la anciana.

—¡Oh! ¡con toda mi alma, señora!—respondió esta con calor.

—¿Y qué hace para que tú la quieras así?

—¿Qué hace? lo mismo que por mis hermanos: todo cuanto puede. Figúrese usted que á la muerte de mi padre, ocurrida hace dos años, quedó con cinco hijos; yo era la mayor y tenia catorce; yo iba al taller de una modista donde me daban dos reales diarios; mi padre era una persona bien educada para su clase: su profesion era la de maestro de obras; mi madre habia tambien recibido una educacion regular, sabia leer, escribir y contar, y cuando se casó era como yo oficiala de modista: cuando se quedó viuda, pensaron que se moria de dolor; pero mi abuela, madre de mi padre, que vivia á nuestro lado, le recordó á sus hijos y le hizo ver que no teniamos otro apoyo que ella, y que moriríamos tambien si nos olvidaba así en su pena.

Esta idea la reanimó: púsose á coser y le faltó en breve la obra que necesitaba para mantener tan numerosa familia: entonces, mi pobre madre no tuvo más remedio que hacerse lavandera y marchar al rio todos los dias al amanecer, lo mismo con frio que con calor, lo mismo nevando que cuando helaba; y todo esto sin quejas, sin lágrimas, sin mal humor, y diciendo: ¡Dios lo quiere, hágase su santa voluntad!

—¡Qué fortaleza de espíritu!

—¡Mi madre, señora, es una santa!—prosiguió Dionisia con entusiasmo;—otra, en su lugar, como dice mi abuela, hubiera hecho sentir en su casa el peso del mal humor que dá el trabajo duro é ingrato; mi madre solo traía á casa amor para nosotros: solo veíamos en ella las caricias, la ternura, los cuidados de todo género; mi abuela la ha querido siempre como á una hija, y ya que no puede aliviárla de otro modo, cuida de los niños, los lava, los peina, cose lo que puede para ellos y nos tiene siempre pronta y bien arreglada la comida.

Mucho hemos sufrido, señora; pero ahora ya iremos mejor. Rosa tiene diez años y ya irá pronto al mismo taller que yo; Catalina tiene ocho y empieza á ayudar á nuestra abuela en los pequeños quehaceres de la casa: quedan los dos niños de cinco y tres años; pero éstos se criarán también con la ayuda de Dios: además, yo gano

ya ocho reales, que son doce hermosos duros al mes, y mi madre viene á ganar unos ocho; total, ¡veinte duros!

—¿Y nadie os ayuda á nada? ¿No teneis ningun pariente?—preguntó la viuda, olvidada de su propia desventura ante aquella sublime virtud.

—¡Oh! ¡Sí, señora! Hay una hermosa dama que viste á mis cuatro hermanos y dá á Rosa cien reales todos los meses para hacerla un pequeño dote. ¡Es un ángel la condesa de Roye!

—¿De qué modo os ha conocido?

—Ella dá muchas limosnas por los informes del cura de su parroquia, y ese buen sacerdote le habló de nosotras; solo por conocerme fué al taller donde yo trabajo y encargó un vestido por el mismo estilo que uno que habia visto en Londres.

—¿Ha estado en Londres esa señora?—preguntó la viuda con voz que temblaba.

—Y en París, y en Niza, y en todas partes.

—¿Cuándo la verás?

—Ella tiene la bondad de venir todos los domingos por la mañana.

—¿Cómo! ¿Viene á veros?

—Desde que nos conoce, que hará unos cinco meses, viene todos los domingos.

—¿Querrás llamarme cuando venga mañana?

—¡Oh! ¡Sí, señora! ¡Lo haré sin falta! Pero,

señora, ¿por qué no procura usted dormir?

—¡Bien lo quisiera,—murmuró la anciana,—pero no puedo!

—¿Se siente usted peor?

—No, hija mia. ¡Hija mia! ¡Qué dulces son para mí estas palabras! ¡Déjame que te llame así, Dionisia! ¡Me sirve de tanto consuelo!

—Llámemme usted como quiera; pero procure dormir un poco.

—No puedo; estoy pensando en esas camisas que debía entregar mañana.

—¡Tanta falta hacen en la tienda! ¡Que se esperen!

—¡Tal vez no me darán más labor! Y además!....

La palabra espiró en los labios de la anciana, no permitiéndole su orgullo formular su pensamiento; guardó silencio, y bien pronto la pesadez de la jaqueca nerviosa que la abrumaba la venció; cerró los ojos y quedó como adormecida.

—¡Pobre señora!—dijo Dionisia;—muy desgraciada parece: ¡tener que coser á su edad! Y debe estar muy pobre... ese empeño en acabar las camisas... ¿será que no tenga que comer si no cobra la costura? ¡Justo! Mi madre ha bajado de casa carbon... chocolate... luz... ¡Oh! ¡Sí! ¡La pobre señora no tiene ningún recurso!

Dionisia quedó un instante pensativa. Su

ágil aguja había dejado de correr, y permanecía inmóvil entre sus dedos.

De repente se levantó, separó el canastillo que contenía su vestido azul casi terminado, y acercó quedito el que estaba ocupado por las toscas piezas de tela blanca.

Eran las camisas que la pobre doña Magdalena había dejado sin terminar aquel día, y cuya conclusion le ocasionaba tanta pena. Fuélas sacando una á una y terminándolas con ágil mano todo lo que en ellas quedaba por hacer.

La labor era ruda y pesada: la tarea fué bastante larga, y las primeras luces del alba entraban ya por los cristales de la ventana; y ya Josefa, desvelada por el cuidado de su hija, llamó á la puerta del aposento cuando aún se hallaba Dionisia ocupada con la labor de su anciana vecina.

Cuando su madre tocó suavemente á la puerta, fué á abrir.

—¿Se acabó el vestido?—fueron las primeras palabras de la honrada lavandera.

—No, madre mia,—respondió Dionisia.

—¿No has podido? ¡Si lo dije yo! ¡Faltaba aún mucho que coser!

—He estado ocupada en otras cosas: mire usted.

—¡Cómo! ¿Has estado cosiendo para la señora?

—Me dijo que el acabar estas camisas era cosa que le corria gran priesa, y como ella no podia lo he hecho yo.

—¡Bendita seas, hija mia!—exclamó Josefa abrazando tiernamente á Dionisia y cubriendo su frente y sus cabellos de apasionados besos;— ¡bendito sea tu buen corazon! ¡Tú madre te asegura que no quedará sin recompensa! ¿No eres ahora más feliz que si hubieses acabado tu vestido?

—Sin duda, madre mia.

—¡No irás al teatro contenta con la buena accion que acabas de hacer, aunque sea con tu pobre vestidillo negro de siempre?

—Sí, señora.

—En eso no hay duda: tu corazon estará alegre y serás feliz. Ahora que ya has acabado, voy á llevarlas á la tienda y las cobraré.

—¿Sabe usted de dónde son?

—Sí, la señora me lo ha dicho; ¿duerme?

—Creo que sí,—dijo Dionisia en tanto que su madre se acercaba al lecho.

Empero la que era objeto de sus cuidados no habia oido nada de su conversacion ni podia verlas; sus ojos estaban cerrados como con un profundo sueño; sus mejillas, cubiertas de un ardiente encarnado; su respiracion era desigual y fatigosa, la fiebre se habia encendido activa y devoradora en las venas de la pobre mujer.

—¡Dios mio!—exclamó Josefa;—¡qué mala está!—¡Desgraciada señora! ¿Qué haremos? Por de pronto iré á entregar esta labor, la cobraré y buscaré un médico... lo que siento es que no tengo dinero para atender á sus gastos... pero, en fin, Dios proveerá.

La buena Josefa hizo un lio de las camisas concluidas y dijo á su hija:

—No te separes de aquí, hija mia; al instante vuelvo.

Al mismo tiempo que tenian lugar los sucesos precedentes; al mismo tiempo que aquella pobre anciana sucumbia al exceso de sus penas, á la soledad, al abandono, á la miseria, el escenario de la Grande Opera de París se cubria de palomas y de flores arrojadas á los piés de una jóven artista que cantaba el bello y simpático papel de *Linda de Chamounix*.

Quando decimos jóven, no era que la que lo cantaba estuviese en la aurora de la vida: hallábase ya próxima al estío, puesto que habia cumplido veintiocho años; mas esta edad para el teatro, donde tantas gargantas de cincuenta in-

viernos ganan fabulosas sumas, era aún la extrema juventud.

Terminado el acto segundo de la ópera, y caído ya el telón, hubo de levantarse de nuevo muchas veces para saludar á la artista, que cada vez que se presentaba recogía haces de flores y de coronas de laurel.

Era una jóven pálida y morena, de estatura algo más que mediana y bastante delgada: la admirable esbeltez de su figura y la elegancia con que vestía llamaban ya poderosamente la atención, aún ántes de que cantase; mas así que dejaba caer las perlas de su garganta, el entusiasmo rayaba en lócuro sin límites, y los espectadores se volvían todos alma para aplaudirla.

Entró en su cuarto, magnífica estancia decorada de terciopelo, caldeada de invisibles caloríferos y candelabros de gas, y adornada de molduras de oro: allí la esperaban dos camareras, algunos de esos amigos officiosos que rodean siempre á las grandes artistas, y un caballero de aspecto arrogante y sombrío.

Cuando llegó, ya traía sobre los hombros una pelisa de raso blanco guarnecida de armiño: saludó cortesmente con la cabeza, y entró en el aposento que la servía de tocador.

Bebió allí una copa de cerveza, cambió de traje y salió al primer aposento, que se había ya llenado del ejército de sus adoradores.

—¡Bravo, Cármen!

—¡Magnífico!

—¡No cabe más!

—¡Sublime!

—¡Admirable!

—Gracias, gracias, señores,—dijo la artista con un poco de impaciencia; y volviéndose con un movimiento adorable al caballero de aspecto sombrío, preguntó:

—¡Marqués, ha estado usted afuera?

—No por cierto,—contestó éste secamente.

A los ojos de la artista asomó una lágrima; una penosa preocupación se apoderó de ella, y apenas contestó á los insulsos cumplimientos, que visiblemente la molestaban.

El marqués, que era el mismo brasileño á quien vimos en Niza, se acercó á ella.

—¡A qué viene esa tristeza?—le preguntó en voz baja:—¿qué sucede?

—¡Y tú me lo preguntas?—contestó ella con una ternura triste.

—No he salido á verte, porque tengo celos de todos esos tontos que te arrojan flores.—Cármen, esta noche es preciso que hablemos: este martirio es ya superior á mis fuerzas.

—Está bien,—repuso Cármen:—hablaremos; ahora van á llamarme, sal á verme, al final.

Estrechóle la mano y se levantó, acercándose á un grupo que hablaba en pie al lado del es-

pejo que le devolvía su encantadora imagen.

La campana sonó: Cármen se echó de nuevo sobre los hombros su pelisa, y bajó al escenario: sus cortesanos eran también espectadores y salieron tras ella.

Solo quedaron el marqués y otro hombre más joven que él, de aspecto elegante y aristocrático, sentados en un canapé de seda.

—¿Cómo va tu juego?—preguntó este último al marqués.

—Bien; esta noche es la escena decisiva.

—¿Esta noche le hablas de boda?

—Esta noche le haré fijar el día.

—¿Y si no quiere?

—¡Querrá!—Está loca por mí.

—Acaso sea el pensar eso una fatuidad de tu parte, querido amigo.

—No lo creas: por espacio de cinco años, he jugado mi papel á la perfección, desapareciendo cuando más apasionado me creía; volviendo cuando empezaba á olvidarme.

—¡Olvidarte!—¿Le ha sido eso posible á alguna mujer?—preguntó el íntimo.

—¡A una sola!—La única que yo he amado.

—Una, pero con pasión, con locura.

—¿Dónde?

—En París; mejor dicho, en un pueblo cerca de París.

—¿Cómo!—¿Una aldeana?

—Imagínate la criatura más ideal y más distinguida, la más hechicera, la más bella, y tendrás aun una pobre idea de Emma de Blarú.

—¿Una pastorcita de Anteuill!

—No; una bella joven que vivía en Passy con su familia, muy pobres en bienes de fortuna.

—¿Dónde la conociste?

—Pasando un día por su casa á caballo con otros amigos: ella bordaba al lado de una ventana abierta; las ramas de un árbol de lilas que crecía en una maceta, la formaban una diadema de amatistas y caían sobre los bellos rizos rubios de su cabellera; yo me detuve y la miré con admiración; me miró á su vez tranquilamente, y una tinta rosada cubrió sus blancas mejillas, mas aquel color no significaba la emoción, sino el rubor natural de su inocencia: al día siguiente pasé y ya no se ruborizó, separó la vista y continuó su labor con una desesperante tranquilidad.

Me informé de quién era su familia: tenía un hermano pintor, cuyo nombre había yo oído citar con elogio; procuré hacerme amigo suyo y lo conseguí.

—¿Le diste parte de tu súbita pasión?

—Si lo hubiera hecho, no me hubiera presentado á su madre y á su hermana.

—¿Por qué?

—Ahora lo sabrás: hallé una familia sencilla, excelente; la madre, mujer distinguida, era tam-

bien muy virtuosa, reunion rara y poco comun de cualidades: la atmósfera que allí se respiraba toda llena de poesía y de calma, influia en mis nervios enfermos é irritados y me traia cierto bienestar: llegué hasta desear casarme con Emma Blarú, este era el nombre de la jóven; pero al hablarle de mi amor, me contestó tranquilamente:—Amo á otro, caballero, y con él me casaré.

—¿No me dá usted ninguna esperanza?—exclamé sorprendido del efecto doloroso que aquellas palabras hicieron en mi corazon.

—Me es imposible.

—¿Por qué?

—Porque sería engañarle.

—¿Ama usted á su prometido?

—Le quiero con el alma, y le estimo profundamente.

—Pero—¿no le quiere usted con pasion?

—No sé lo que es una pasion; mas sé que el afecto que le tengo me hace dichosa.

—Retiréme á mi casa sumergido mi espíritu en una desolacion profunda. Al dia siguiente, hallé á la madre y al hermano de Emma: ambos me respondieron en los mismos términos: "Emma está prometida y se casará pronto."

El dolor que sentí me quitó la salud, y conocidos mis sentimientos, me rogaron que no volviera, puesto que yo debia sufrir y todos sentian mi desconuelo.

Cuando recobré la salud, despues de algunos meses de enfermedad, Emma estaba casada.

Detúvose el marqués: su voz, al pronunciar estas últimas palabras, se hallaba alterada profundamente.

Su amigo le miró con un asombro burlon.

—*El corazon del hombre es un abismo*,—dijo con tono doctoral, y como si expresase una idea muy nueva.—Y dime, estando tan apasionado de aquella jóven rubia y sentimental, ¿cómo te enamoraste de la morena y vivaz Cármen?

—Acaso por el contraste, y acaso tambien porque al verla tan llena de gloria, tan adulada, tan deseada de todos, la deseé para mí. Lo dificultoso ha tenido siempre para mí atractivos indecibles, y lo imposible me empuja al deseo: además, Cármen tiene ya mucho dinero, y yo estoy arruinado, como sabes mejor que yo.

—¿Y ella te ama?

—Creo que sí; pero ama más una corona de marquesa y el caudal que me supone.

—¿De modo que os engañais mutuamente?

—Tal vez.

—Mira, querido, yo te aconsejo que no lleves á cabo esa union,—dijo el amigo,—porque os separareis muy pronto ó vivireis en un infierno.

—Acaso sea lo primero.

Cármen volvía en aquel instante, terminada ya la ópera: se oía el crugido de su traje y el

rumor de su córte que era muy numerosa y que la seguía de cerca.

Así que entró en su cuarto se dejó caer en el divan que los dos amigos le cedieron, en tanto que dos dependientes del teatro traían dos enormes bandejas llenas de ramilletes y coronas.

Algunos de estos ramos tenían sujetas con cintas ricas alhajas, brazaletes, sortijas, broches y collares que brillaban entre las flores.

El público pedía áun con palmadas que saliera Carmen á recibir otra nueva ovacion, cuando esta ya se hallaba desnuda de su traje teatral y cubriéndose con una bata de abrigo.

—Me voy á casa porque estoy rendida,—dijo dirigiéndose á las personas que la rodeaban.

—Y yo voy á acompañarle á usted,—añadió el marqués de la Florida;—y echando una mirada codiciosa á los ramos que servían de asilo á las alhajas, dijo á los criados:

—Llevad eso al coche, y acercadlo.

Y presentando el brazo á la artista, salió con ella, alejándose al instante del teatro al trote de su hermoso tronco.

VI.

El marqués de la Florida no se acordó, sin

duda, al hablar con su amigo de enumerar los amores que había tenido y las conquistas que se había procurado, con éxito algunas y otras sin él.

Su belleza había sido muy notable, y más de una mujer virtuosa, seducida por su galantería, subyugada por sus maneras apasionadas, deslumbrada por aquel bello y simpático exterior, habían sentido vacilar su virtud.

No obstante, cuando descubrían el cieno que se escondía bajo aquella seductora apariencia; cuando se convencían de que el interior de aquel hombre era todo cieno y mentira, retrocedían horrorizadas.

Hay en el cielo un ángel guardian de la virtud femenina que Dios emplea para tan alto fin y que alumbra con el faro misterioso de la fé el abismo bordeado de flores.

Una de las conquistas que con más ardor había deseado el marqués había sido la de la bella y delicada condesa María de Royé: mas había sido otro de sus imposibles, y emprendida para distraerse del desengaño de su verdadero amor á Emma, tuvo el dolor de ver que no podía llevarla á cima gloriosa para su vanidad.

María, un momento impresionada y sostenida á tiempo por la mano protectora de su marido, sacudió con valor sus impresiones y rehusó volver á recibir al marqués, aún antes de salir de

rumor de su córte que era muy numerosa y que la seguía de cerca.

Así que entró en su cuarto se dejó caer en el divan que los dos amigos le cedieron, en tanto que dos dependientes del teatro traían dos enormes bandejas llenas de ramilletes y coronas.

Algunos de estos ramos tenían sujetas con cintas ricas alhajas, brazaletes, sortijas, broches y collares que brillaban entre las flores.

El público pedía áun con palmadas que saliera Carmen á recibir otra nueva ovacion, cuando esta ya se hallaba desnuda de su traje teatral y cubriéndose con una bata de abrigo.

—Me voy á casa porque estoy rendida,—dijo dirigiéndose á las personas que la rodeaban.

—Y yo voy á acompañarle á usted,—añadió el marqués de la Florida;—y echando una mirada codiciosa á los ramos que servían de asilo á las alhajas, dijo á los criados:

—Llevad eso al coche, y acercadlo.

Y presentando el brazo á la artista, salió con ella, alejándose al instante del teatro al trote de su hermoso tronco.

VI.

El marqués de la Florida no se acordó, sin

duda, al hablar con su amigo de enumerar los amores que había tenido y las conquistas que se había procurado, con éxito algunas y otras sin él.

Su belleza había sido muy notable, y más de una mujer virtuosa, seducida por su galantería, subyugada por sus maneras apasionadas, deslumbrada por aquel bello y simpático exterior, habían sentido vacilar su virtud.

No obstante, cuando descubrían el cieno que se escondía bajo aquella seductora apariencia; cuando se convencían de que el interior de aquel hombre era todo cieno y mentira, retrocedían horrorizadas.

Hay en el cielo un ángel guardian de la virtud femenina que Dios emplea para tan alto fin y que alumbra con el faro misterioso de la fé el abismo bordeado de flores.

Una de las conquistas que con más ardor había deseado el marqués había sido la de la bella y delicada condesa María de Royé: mas había sido otro de sus imposibles, y emprendida para distraerse del desengaño de su verdadero amor á Emma, tuvo el dolor de ver que no podía llevarla á cima gloriosa para su vanidad.

María, un momento impresionada y sostenida á tiempo por la mano protectora de su marido, sacudió con valor sus impresiones y rehusó volver á recibir al marqués, aún antes de salir de

Niza, cerrándole también por completo su casa de Madrid.

En vano se presentó el marqués muchas veces solicitando verla, ó bien á su esposo: se le contestaba infaliblemente:

—Los señores no reciben.

Entonces el aventurero volvió los ojos al astro que ya había empezado á deslumbrarle y que ganaba en París el oro á raudales: á Cármen, que había acogido sus primeros obsequios con entusiasmo en tanto que desechaba desdeñosamente el verdadero y leal amor del príncipe de San Servando.

Su título de marqués era una ficción: vivía únicamente del juego, y este impuro manantial proveía á todas sus necesidades.

Cármen era un filón fácil de explotar y en extremo lucrativo: muy pronto supo el marqués toda la historia de la jóven, y de ella hizo un arma, muy útil por cierto, puesto que Cármen estaba verdaderamente apasionada de él.

Pero el marqués era hombre prevenido. Aquel amor podía debilitarse ó extinguirse; tenía ya pruebas de que su naturaleza vulgar y egoísta chocaba con la delicada y noble de casi todas las mujeres y mataba en ellas todo sentimiento.

¿Qué era lo que amaba el marqués en Cármen? Su fama, que halagaba su vanidad; su nombre, circundado de una brillante aureola; su cau-

dal, que en los siete años que llevaba cantando en los principales teatros de Europa constituía una brillante fortuna.

¿Qué era lo que arrastraba á Cármen hacía aquel hombre? ¿Qué era lo que le dominaba en él?

Su título de marqués, el esplendor de que le veía rodeado, el blason que podía pintar en la portezuela de sus carruajes, la posición sólida y estable que le suponía en el mundo.

La belleza del marqués, belleza que ya empezaba á marchitarse, era lo que hablaba menos al espíritu positivo y ardientemente ambicioso de Cármen.

En él veía realizados los más ardientes sueños de su vida: se veía marquesa, reina de uno de los salones más á la moda de Madrid.

Odiaba á París, porque en él se había deslizado su triste niñez y su amarga juventud; porque en él había sufrido y llorado bajo la tiranía maternal; amaba á Madrid como á la tierra de promisión por lo mucho bueno que de él había oído decir, por la lealtad caballerosa que era el distintivo de sus hijos, por su bello cielo y su radioso sol.

El marqués la había prometido que se establecería en Madrid con ella: ¡acaso su madre, que había desaparecido de París y á la que ella había ido á buscar en la embriaguez de su gloria, vivía allí! ¡Acaso la encontraría é imploraría su

perdon! Acaso podria dividir con ella su esplendor y su riqueza y decirle:

—¡Yo no me engañaba, madre mia! ¡La gloria y la riqueza que habia soñado han llegado hasta mí! ¡Ahora todo es tuyo! ¡Goza de ello, y sé dichosa en tu vejez!

No puede asegurarse que fuese exclusivamente el sentimiento de la ternura filial la que hiciese desear á Cármen el hallar á su madre; acaso era más bien el sentimiento de su vanidad satisfecha, pero es lo cierto que al recuerdo de su madre su corazon sentia un acerbo dolor y que entre sus más bellos sueños de dicha, contaba el de dividir su esplendor y su fortuna con la que la habia dado el sér.

Cuando salió del teatro acompañada del marqués y llevando en el carruaje tan rica cosecha de joyas, se dirigieron al Gran Hotel, donde ella ocupaba una suntuosa habitacion.

Un criado vestido de negro, con medias de seda blanca y zapato con hebilla, abrió las puertas y se hallaron en un delicioso salon tapizado de seda lila con ramos de rosas.

Una doncella vino á tomar la pelisa de Cármen, y desde allí la precedió á un gabinete de tocador, alumbrándola con una bujía de cera rosa colocada en una palmatoria de plata cincelada.

Un instante despues salió vestida con un

peinador de seda, blanco, listado de azul: unas pantuflas de raso blanco con lazos azules encerraban sus pequeños piés.

Sentóse al lado del marqués, y apoyando en la de aquel su blanca mano, le dijo:

—Tenemos que hablar.

VII.

A pesar de su osadía, de su costumbre de hallarse en situaciones difíciles y de la plena confianza que tenia en sí propio, el marqués de la Florida no pudo ménos de temblar al oír las palabras de Cármen.

Habian sido pronunciadas con un acento de helada firmeza que hasta entonces no le habia conocido y que anunciaban alguna resolucion importante tomada por ella, ó que acaso no haria aún más que prever por intuicion, calculando que podia llevarla á ella el curso de los acontecimientos.

Sin embargo, no era hombre el marqués que se dejase amedrentar solo por presunciones, y ni aun la realidad, por espantosa que fuera, conseguiria, sino por muy pocos instantes, hacerle perder su serenidad.

—Hablemos,—respondió dulcemente, mirando

á Cármen, y estrechando la mano que se habia apoyado en la suya.

—Hace ya largo tiempo,—prosiguió la jóven,—que me hablas de tu deseo de que nos casemos: yo no encuentro á mi madre, que era mi más vivo anhelo antes de casarme, porque hubiera deseado que ella bendijese mi union y me perdona-se el abandono en que la dejé. Así, pues, sola en el mundo, cansada de odiosas persecuciones, y amándote como te amo, creo que lo mejor es dar la razon á tu cariño y casarme contigo: no obstante, debo decirte que una parte de mi fortuna la reservo, porque si hallo á mi madre, quiero que viva feliz é independiente.

El enamorado marqués frunció sus negras cejas; pero Cármen no se apercibió de esto, y prosiguió:

—No me llamo como tú presumes: mi nombre es Isolina Herrera; todo te lo habia yo confesado menos esto; pero yo no quiero ocultarte nada. La vida de teatro me cansa y me fatiga; además, siendo tu esposa, es de todo punto imposible que yo deje de pertenecer á este mundo, á esta sociedad que no es la tuya y que aunque halaga mucho á los artistas, en el fondo no los estima, ni les dá sino muy pequeña parte en su intimidad; yo creí que el arte igualaba todas las jerarquías y abria todos los corazones; pero he visto que solo sirve para halagar la vanidad agena. La

amistad del artista es una joya que se disputan los poderosos de la tierra, pero que menosprecian y que arrojan con desden el dia que les cansa, como si fuera de oropel en vez de ser de oro y de brillantes. Porque conozco esto, te agradezco el que me hayas amado y el que quieras hacer de mí tu esposa.

—¡Dejar el teatro!—exclamó el marqués,—¡cuando tu gloria empieza, cuando puede ser para tu ardiente corazon un manantial de goces!

—¡No te habia dicho ya que estoy cansada de él?—exclamó Cármen con alguna vehemencia.—Gloria tengo bastante; dinero tambien para mi escasa ambicion. Unido lo tuyo á lo mio, somos ricos.

—Sin embargo, la fortuna ayuda á la dicha de la vida, y si hallaras á tu madre...

—¡La hallaré! ¡oh, sí! ¡la hallaré!—exclamó Cármen con calor.—Buscarla al llegar á Madrid será mi primer cuidado: vivir á su lado y al tuyo, disfrutar de la dulce intimidad de la familia, mi mayor felicidad.

—¿Persistes en dejar el teatro?

—Sí: ya te he dicho las razones.

—Y bien, sea como quieras,—dijo el marqués. No tengo más voluntad que la tuya; haremos lo que quieras; dándote mi título y mi nombre, estaria orgulloso de verte ganar más hojas de laurel para tu corona de artista; pero me resig-

naré á que te separes del teatro, si tal es tu voluntad y tu deseo.

Así permanecieron hablando durante largo rato el marqués y Cármen: despues se despidió éste con el rostro radiante de felicidad y Cármen se retiró á su cuarto de dormir.

Un mes despues, una larga fila de coches se hallaba estacionada á las diez de la mañana delante de la iglesia de la Magdalena.

La aristocracia iba á presenciar el enlace de su artista predilecta, que iba á poner en sus sienes la corona de marquesa de la Florida.

La novia llevaba por madrina á la princesa de K..., gran señora rusa, y por padrino al ministro de Negocios Extranjeros.

Los padrinos del novio eran el duque y la duquesa de T....

El templo estaba magníficamente adornado, y en el altar brillaban colosales ramos de jazmines, camelias y rosas blancas entre una soberbia profusion de dulces.

Cármen vestia de raso blanco, con un largo velo de encajes: su pura belleza parecía mayor, pues todas sus facciones reflejaban, si no la dicha, la esperanza cierta de alcanzarla.

La gloria no se la habia dado; habia hallado en ella el vacío y suspiraba por las dulces emociones de amor correspondido y sentido en medio de una existencia brillante con el reflejo de su

talento, y dichosa tal cual ella la comprendia.

Al salir unida ya y asida del brazo de su esposo, la saludó un murmullo de admiracion.

Los esposos y sus padrinos fueron al Gran Hotel, donde la artista habia estado hospedada durante su permanencia en París, y despues de un suntuoso almuerzo, tomaron, en silla de posta, el camino de Inglaterra.

El marqués, el dia antes del casamiento, habia dicho á Cármen que un negocio imprevisto le llamaba á Lóndres durante dos dias, y que al instante irian á Madrid.

Cármen, contrariada, propuso esperarle en París; pero el marqués suspiró, suplicó y se desesperó de tal suerte ante el temor de separarse de su esposa el mismo dia de su casamiento, que esta ofreció acompañarle.

Sus amigos les despidieron en el umbral del hotel, y el carruaje partió al trote largo de los caballos de posta que iban á conducirlos hasta Douvres, en donde debian embarcarse para atravesar el canal de la Mancha.

VIII.

A las diez de la mañana en que la buena Josefa habia recogido de las manos de su hija la

labor terminada y perteneciente á su anciana vecina, una hermosa berlina oscura se detuvo á la puerta de la casa.

Dionisia no habia salido aún del cuarto de la enferma: un médico habia venido, llamado por su madre; habia examinado á la anciana y habia sacudido la cabeza de un modo tan triste como significativo.

—¿Qué hay?—preguntó Josefa con ansiedad; —¿está muy mala, señor?

—¡Muy mala!

—¿Y qué es lo que tiene?

—Hace largo tiempo, muchas penas; ahora una aguda fiebre nerviosa, ocasionada por las mismas.

—¿Y corre peligro su vida?

—Sí, buena mujer; esa naturaleza está gastada, destruida; nada pueden hacer aquí ya todos los médicos de la tierra.

Después de estas palabras, el doctor recetó una bebida, silencio y reposo, y se retiró hasta el siguiente día, encargando que, si habia alguna novedad grave, que le fuesen á buscar.

Apenas se hubo marchado, la anciana abrió los ojos, saliendo de su postracion.

—Mi buena Josefa,—dijo;—no hay que hacer nada de lo que el médico ha mandado.

—¿Por qué, señora?—preguntó consternada la madre de Dionisia.

—Porque me muero: si ha de hacer usted algun sacrificio por mí, que sea para comprarme una pobre caja de madera donde descanse; lo demás es tirar el dinero, y á usted le cuesta mucho ganarlo, pobre mujer.

Josefa llevó á sus ojos la punta de su delantal; en aquel instante paró un coche á la puerta, y poco después se oyó en la escalera el roce de un traje de seda. Dionisia se acercó á la puerta.

—¡Oh, señora condesa!—exclamó;—ahora voy á subir con usted. Mi madre está aquí, con una pobre señora enferma. ¡Madre! ¡madre!

—Yo entraré,—dijo María;—si tu madre acompaña á una enferma, yo la veré también.

La condesa entró en la mísera estancia.

Llevaba un elegante y sencillísimo traje de mañana, que consistia en un vestido de gró castaño, en una gran cachemira negra y en un sombrerito que dejaba ver sus cabellos rubios y sedosos.

Al fijar sus ojos en aquella pobre habitacion, una expresion de profunda lástima se pintó en sus ojos; no era aquella la escasez alegremente llevada de Josefa y de su familia: era la miseria desnuda, espantosa, descarnada. De la pobreza á la miseria hay un abismo. Aquella tiene poesía algunas veces; ésta es terrible y destruye

todo sentimiento de lo bello en el alma de quien la sufre, degrada poco á poco, aniquila, mata moralmente.

—La pobreza es no tener lo supérfluo.

—La miseria es carecer de lo necesario.

La condesa de Royé, más bella así enternecida que cuando la vimos dar su espléndido *soirée* en Niza, se acercó á la cama donde yacia la desgraciada enferma; pero apenas hubo fijado en aquel descarnado rostro su dulce mirada, exclamó uniendo las manos:

—¡Dios mio! ¡Qué semejanza con alguna persona que yo conozco! Pero ¿con quién?

—La situación de esta pobre señora parte el alma,—dijo en voz baja Josefa;—carece de todo; está muy pobre, y para tener algun dinero con que atender á no morir de necesidad, trabaja dia y noche.

—¡Ya no le faltará nada!—exclamó la condesa con alegre vivacidad;—ya estoy yo aquí. La cuidaremos, mi buena Josefa, y recobrará la salud.

La buena lavandera meció tristemente la cabeza.

—¡Ay señora condesa!—dijo Dionisia;—el médico asegura que no tiene remedio!

—Si eso dice el médico que la asiste, llamaremos á otro; y si no, haré yo venir al mio de París, que sabe hacer milagros.

—¡París!—exclamó incorporándose en el lecho la enferma.—¿Ha estado usted en París, señora?

—Sí, por cierto,—contestó la condesa;—he vivido allí algunas temporadas.

—¿Iba usted á los teatros? ¿A la ópera?

—Sin duda!

—Entonces debe usted conocerla. ¡A mi hija la conoce todo el mundo!

—¿Tiene usted una hija en París, pobre señora?—preguntó la condesa tomando una mano de la anciana.

—¡En París vivíamos cuando me abandonó! Tuvo razón!... Yo era dura con ella... Yo era demasiado severa, y me abandonó, no por seguir á un hombre, no, fué porque ansiaba la gloria, el brillo y el renombre. Fué para dedicarse al teatro... solo por eso... Ahora dicen que ha vuelto á París. Ahora que estoy yo aquí... Quizá será para buscarme...

—¡Pobre madre!—murmuró la jóven condesa mirando á Josefa;—¡la pena de estar lejos de su hija la mata! Si la encontrase...

—¡Oh! ¡Si la encontrase, estoy segura de que podría vivir!—exclamó la viuda.—Ella era mi único amor y mi sola compañía; con ella todo lo perdí, todo ¡hasta la esperanza! y la vida se cubrió á mis ojos de un velo fúnebre...

—Tal vez sea posible encontrarla,—dijo la

condesa;—para ello no perdonaré medio alguno. Yo amaba á mi madre con la mayor ternura, y al verla á usted pienso en ella. ¡Si supiera usted cuánto me interesan las ancianas! ¿Cómo se llamaba esa hija por quien llora?

—Isolina; pero en el teatro llevaba otro nombre.

—¿Cuál era? Si habia llegado á alcanzar fama, mi marido debe conocer su nombre, porque en el club se habla mucho de esas estrellas del arte.

—En el teatro se llamaba Cármen.

—¡Oh! ¡La conozco! ¡La conozco!—exclamó la condessa;—tambien ha estado en Niza, y allí es donde yo la oí.

—¿Verdad que es muy hermosa?

—¡Mucho! ¡y además muy virtuosa!

—¡Oh! ¡Gracias! ¡Gracias, Dios mio!—exclamó la anciana elevando al cielo sus descarnadas manos con una expresion de fervor profundo.—¡A lo menos ha conservado pura su honra en ese torbellino!

—Cármen me ha escrito su casamiento,—repuso la condessa de Royé.

—¿Su casamiento!—repitió la enferma.

—Su casamiento con el marqués de la Florida.

—¡Oh, desgraciada de mí!—exclamó la viuda;—¡casada! ¡Ahora es cuando la he perdido moral y materialmente!

—¿Quién sabe!

—Casada ya no se pertenece; casada con una persona de la aristocracia, cómo podrá mirar á su pobre madre. Por otro lado, ¿cuándo vendrá aquí? ¿Cuándo podré yo verla? ¡Oh! ¡jamás! ¡jamás!

—Podrá usted verla muy pronto; mañana, acaso esta misma noche debe llegar aquí.

—¡Oh, señora! ¡Es usted un ángel del cielo! ¡Usted ha bajado á la tierra para mi consuelo! ¡Oh! ¡Ver á mi Isolina, aunque sea casada, y morir despues!... ¿Qué importa? Pero, ¿cómo sabe usted?...

—Ella misma me ha escrito que se casaba en París; que tenia que ir Lóndres por dos ó tres dias con su marido; que en seguida venian aquí para vivir en Madrid, y que me avisaria: puede usted, pues, mi pobre señora, estar cierta de que la verá dentro de algunas horas: despues Dios dirá: su infinita misericordia no desampara á nadie y tras de la tempestad nos envía la calma.

—¡Oh! ¡Sí! Dios es bueno y oye al fin al desgraciado que desde lo íntimo de su alma le implora: ¡Oh, señora! ¡Yo le he pedido tanto! ¡He llamado tantas veces á mi hija en la soledad de mis noches! ¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea, pues que empiezo á columbrar la esperanza de verla! ¡Y a no moriré; ya no puedo, ni quiero morir! ¡Oh, no! ¡A usted deberé la vida, señora!

Calló la enferma, y así Josefa como la condesa advirtieron, llenas de asombro, la feliz mudanza de su semblante. Sus facciones empezaban á perder algo de la horrible tension nerviosa que las desfiguraba; la lívida palidez de sus mejillas parecía estar animada por una sangre más vigorosa y más pura; sus párpados abrasados se cerraron, y un sopor benéfico trajo algun descanso á aquella quebrantada naturaleza.

Josefa llamó á su hija para que se quedase al lado de la anciana, y subió con la condesa á su pobre habitacion.

Allí la jóven abrazó á su protegida Rosa, á Catalina y á los dos niños pequeños: habló bondadosamente con la anciana; dejó algun dinero á Josefa y salió preocupada con el deseo de espíar la llegada de Cármen, ó mejor dicho, de Isolina Herrera.

—Yo me llevaria esa pobre señora á mi casa, —dijo á Josefa;—pero en su estado sería muy peligroso moverla, y por otro lado la seguridad en que estoy de que su hija va á llegar, y la llevaré consigo, me impide pensar en esto. Su hija, estoy segura de que ansia verla; es ya una gran señora opulenta, llena de todos los dones que más pueden halagar á una mujer.

—¡Oh!—exclamó Josefa;—muy bueno es Dios, que dá esa suerte á una jóven que abandonó á su madre; pero, en fin, se habrá arrepentido, y

sobre todo Él sabe lo que se hace. ¡Segura estoy de que tambien mi Dionisia hallará una buena suerte, que la merece más que esa marquesa!

IX.

No bien la condesa llegó á su casa, precioso palacio situado al fin de la calle de Alcalá, envió á dos de sus criados á informarse en los hoteles mejores de Madrid de si habian llegado, procedentes de Lóndres, los marqueses de la Florida.

En todas partes respondieron que no, añadiendo que ni tenian noticia de semejantes personas, ni se les esperaba.

El corazon de María se angustió; adivinaba por instinto toda la maldad que ocultaba el alma del marqués y toda la farsa que sostenia su posicion.

—Tus temores no son vanos,—le dijo su marido cuando se los comunicó;—ese hombre es un aventurero, y si esa jóven nos hubiera consultado para su casamiento, hubiéramos debido decirle franca y lealmente nuestro parecer.

—¡La hemos tratado tan poco!

—Es verdad, y ahora lo siento por ella.

Al dia siguiente, el conde recorrió por sí mismo los hoteles, y recibió la misma respuesta.

Calló la enferma, y así Josefa como la condesa advirtieron, llenas de asombro, la feliz mudanza de su semblante. Sus facciones empezaban á perder algo de la horrible tension nerviosa que las desfiguraba; la lívida palidez de sus mejillas parecía estar animada por una sangre más vigorosa y más pura; sus párpados abrasados se cerraron, y un sopor benéfico trajo algun descanso á aquella quebrantada naturaleza.

Josefa llamó á su hija para que se quedase al lado de la anciana, y subió con la condesa á su pobre habitacion.

Allí la jóven abrazó á su protegida Rosa, á Catalina y á los dos niños pequeños: habló bondadosamente con la anciana; dejó algun dinero á Josefa y salió preocupada con el deseo de espíar la llegada de Cármen, ó mejor dicho, de Isolina Herrera.

—Yo me llevaria esa pobre señora á mi casa, —dijo á Josefa;—pero en su estado sería muy peligroso moverla, y por otro lado la seguridad en que estoy de que su hija va á llegar, y la llevaré consigo, me impide pensar en esto. Su hija, estoy segura de que ansia verla; es ya una gran señora opulenta, llena de todos los dones que más pueden halagar á una mujer.

—¡Oh!—exclamó Josefa;—muy bueno es Dios, que dá esa suerte á una jóven que abandonó á su madre; pero, en fin, se habrá arrepentido, y

sobre todo Él sabe lo que se hace. ¡Segura estoy de que tambien mi Dionisia hallará una buena suerte, que la merece más que esa marquesa!

IX.

No bien la condesa llegó á su casa, precioso palacio situado al fin de la calle de Alcalá, envió á dos de sus criados á informarse en los hoteles mejores de Madrid de si habian llegado, procedentes de Lóndres, los marqueses de la Florida.

En todas partes respondieron que no, añadiendo que ni tenian noticia de semejantes personas, ni se les esperaba.

El corazon de María se angustió; adivinaba por instinto toda la maldad que ocultaba el alma del marqués y toda la farsa que sostenia su posicion.

—Tus temores no son vanos,—le dijo su marido cuando se los comunicó;—ese hombre es un aventurero, y si esa jóven nos hubiera consultado para su casamiento, hubiéramos debido decirle franca y lealmente nuestro parecer.

—¡La hemos tratado tan poco!

—Es verdad, y ahora lo siento por ella.

Al dia siguiente, el conde recorrió por sí mismo los hoteles, y recibió la misma respuesta.

Las personas que buscaba, ni habían llegado ni se las esperaba, puesto que dos días antes debía enviar un mayordomo para que pidiese é hiciese preparar habitaciones.

—Se habrán detenido más de lo que Cármen me decía,—opinó la condesa:—solo lo siento por su pobre madre, á la que sostiene la esperanza de verla.

Otros dos días pasaron en inútiles pesquisas: la viuda de Herrera esperaba sostenida por las dulces razones que le daba la condesa, y por las afectuosas reflexiones de Josefa y de su hija que la hacían asídua y afectuosa compañía; pero todos empezaban á inquietarse y á temer que los marqueses de la Florida cambiasen de parecer.

—¡Qué hacer entonces!—exclamaba la condesa consternada:—¿ni cómo escribir á Cármen si me decía en su carta que iba á salir inmediatamente para Madrid, y que por eso no me decía las señas de su domicilio?

—No puedes hacer por esa pobre señora otra cosa que rogar á Dios se apiade de ella,—dijo el conde.

Así pasaron dos días más.

Una noche en que la condesa leía sola en su cuarto, esperando á su marido que había ido al Casino, le oyó entrar y responder bruscamente al criado que le abrió la puerta.

La jóven estaba aquella noche en una disposición de ánimo bastante triste; había tenido carta de lady Sheridan que estaba en París, á donde había ido con el solo objeto de ver si los médicos de allí y el radioso sol aliviaban á su hija única, á su Ana, de una enfermedad de consumción que la minaba, como un insecto invisible devora una tierna y fresca flor. Al principio, la pobre madre había concebido algunas esperanzas; pero bien pronto la amarga realidad vino á destruirlas; la niña se moría y podían aplicársele los tristes y melodiosos versos de uno de nuestros más gloriosos poetas.

.....
 ... ¡Sin dolor y sin angustia
 Se consumía lenta y dulcemente,
 Como se estingue el agua de una fuente
 En el ávido estío abrasador!

A la par que la vida se escapaba de las venas de Ana, un velo fúnebre envolvía el espíritu de su madre.

«¡Ya no soy bella ni alegre, ni áun buena!— escribía á la condesa.—Toda mi resignación no basta para que deje de acusar al cielo, cuando me veo cerca de perder á mi hija única.

«¿Qué ha hecho esta inocente criatura? ¿Qué es lo que yo he hecho para perderla? Una amargura indecible invade mi alma y la inunda como

una ola impetuosa... ¡Feliz tú, amiga mía, que no tienes hijos y no estás expuesta por lo mismo al dolor de perderlos!"

La condesa habia recibido esa carta aquella mañana misma: en el estado nervioso en que se hallaba, se asustó al conocer alteracion en la voz de su marido, y al verle fué á su encuentro trémula y agitada.

—Ya te traigo noticias de Cármen,—dijo el conde dejando su sombrero, sentándose al lado del velador que sostenia la lámpara y desdoblando un periódico.

—¿Noticias?—exclamó la condesa casi alegre: —¡Gracias á Dios! La ansiedad habia empeorado á su pobre madre, ¿qué noticias son?

—Escúchalas.

Y el conde leyó lo siguiente:

"Una ilustre artista, una de las glorias del teatro, en el que ha conquistado en pocos años el más elevado sitio en el arte, acaba de ser víctima de una traicion infame y de una cobarde alevosía. Se habia casado en París con un hombre á quien amaba y que la ofreció con su título una gran fortuna; la pobre jóven, sola en el mundo, desvalida, ignorante de toda infamia, no sospechaba que tras el gran señor estaba el aventurero, y le entregó la mitad de su fortuna, reservándose el resto para imponerlo en España, para donde debia partir, á favor de su madre, que

hace muchos años no ha visto; mas apenas llegado á Lóndres los esposos, el que debia ser el protector, el amparo y el sosten de su mujer; el que la artista buscaba para compartir con él las penas y los triunfos de su vida, ha huido llevándose no solo los valores que se le habian confiado, sino los que la jóven destinaba á su madre y que guardaba en una cajita: este proceder infame es digno de un ejemplar castigo.

"El infame esposo se hacia llamar marqués de la Florida: no hay que decir quién es la artista que se halla en el hotel de... que habitaba; sin recursos para dejar á Lóndres, hacemos presente su desgracia, sin que ella sepa que le damos publicidad, á todas las almas delicadas y generosas."

—Mañana,—prosiguió el conde, dirigiéndose á su esposa,—enviaré á Cármen, á nombre tuyo, una suma para que haga el viaje. Un amigo mio irá al hotel y la pondrá en sus manos, ya que felizmente sabemos dónde reside.

—Hé aquí realizada la bella fábula de *Las Alas de Icaro*,—exclamó la condesa.—¡Pobre Cármen! La Divina Justicia la vuelve á la situacion que dejó para buscar la gloria y la riqueza.

—No á la misma,—dijo el conde;—ahora tiene diez años más: muchas ilusiones de menos: un terrible desengaño en el alma, y además su madre ha dejado perder, embargada por el pesar

que le causó su abandono, la modesta medianía con que antes podía contar; sin embargo, le queda el hermoso tesoro de su voz y de su garganta: lo que debe hacer es sacar partido de él y hacer que le sirva para pasar una existencia tranquila al lado de su madre.

X.

¡Oh noche de terrible dolor! ¡Quien no te ha conocido, no puede apreciar la serenidad de los claros días en que solo empaña el sol de la dicha la neblina de la tristeza!

No se muere de pena, cuando la desgraciada Carmen ó Isolina Herrera vió desplomarse todo el edificio de su bienestar, como mira el niño deshacerse el castillo de naipes que levantó su débil mano.

La dejamos en la silla de posta que iba á conducirla á Lóndres, llevando en el alma la seguridad de una existencia tranquila, opulenta y feliz; y la hallamos en la habitación de una fonda, en una helada noche de invierno, pálida, demacrada, sombría, con la frente surcada de arrugas, y el corazón henchido de desesperación.

Ni una sola lágrima había acudido á sus ojos; en aquella naturaleza vigorosa, enérgica y fuerte,

el dolor no tenía la blanda expansión del llanto, y semejante á una inmensa hoguera, devoraba todas las flores de la esperanza, toda tendencia á la resignación, que hace del dolor un amigo, quitando toda la amargura de un azote. Carmen estaba desesperada: todo lo había perdido: nuevo Icaro, el sol había derretido sus alas de cera antes de llegar al cielo, ¿quién la sacaría del espantoso abismo en que había caído? ¿Quién la sacaría de la espantosa pobreza en que estaba? ¿Quién la llevaría á su patria, á la España que ella amaba, y que tanto ansiaba ver?

España era para ella la tierra de promisión: la frialdad británica la helaba, y la frivolidad francesa chocaba con su grave y enérgico carácter: hallaba á los italianos traidores y venales, arrebatados, y á la vez inconstantes, la vieja Alemania la entristecía con sus nieblas y la aterraba con sus fantasmas: solo España la llamaba como una madre cariñosa, y solo en su seno anhelaba vivir.

—Allí no me han oído todavía,—se dijo, cuando en las tinieblas de su alma se hizo lugar un leve rayo de esperanza;—allí puedo ganarme con mi voz otra fortuna; aún soy jóven, y aunque haya perdido gran parte de mi fé en el arte, al lado de mi madre, y para trabajar por ella, la recobraré.

A estas alternativas seguían otras de des-

aliento y de dolor: se hallaba enferma, débil, sola en aquel hotel donde nadie se cuidaba de ella; el peso de su aislamiento y de su pobreza la agobiaba de una manera horrible.

Era una helada noche; Isolina se hallaba en las habitaciones que su marido había mandado preparar para su llegada, enviando antes un correo con sus órdenes: la desgraciada jóven, al verse robada, había caído acometida de un largo desmayo; luego había llegado la fiebre, que la había tenido en cama cuatro días, y al levantarse, aunque vagamente, había pensado en que la habitación y el médico llamado para asistirle devengarían una gruesa suma; apenas su débil cabeza había podido fijarse en aquella idea.

El marqués se había llevado hasta el cofre que encerraba sus vestidos y alhajas; la infeliz jóven llevaba puesto, por no tener otra cosa, un traje de camino que era de merino gris forrado de seda. Sus cabellos caían en largas trenzas sobre la amplia manteleta que cubría su talle; su cara ostentaba la palidez del marfil usado: sus labios estaban descoloridos, y sus grandes ojos negros lo parecían mucho más por las profundas ojeras que los circuián.

La estancia en que se hallaba era un salón magnífico, vestido de raso amarillo y decorado con anchurosos espejos de Venecia; dentro estaba el cuarto de dormir, el de baño y el de tocador.

Isolina se hallaba sentada en un pequeño canapé de raso; tenía los dos brazos cruzados, apoyados en uno de los brazos de su asiento, y reclinaba en ellos la cabeza con una expresión de amargo y profundo desaliento.

De repente la puerta del salón se abrió y un criado del hotel, vestido de negro con un traje esmerado y rico, apareció en el umbral llevando en la mano una bugía puesta en un candelero de plqué.

—No he llamado,—dijo Isolina alzando la cabeza con altanería;—¿qué quiere usted?

—Desearía hablar á la señora,—dijo el doméstico.

—Me siento indispuesta esta noche; tráigame usted una taza de té y déjeme sola. Mañana le escucharé á usted.

—Ha de ser esta noche.

La llama de la cólera vistió el semblante de la jóven; levantóse, y ya iba á señalar la puerta al criado, cuando la actitud hostil é insolente de éste la iluminó dolorosamente acerca de su situación.

Dejóse caer de nuevo en su asiento; pasó la mano por su frente, y dijo al criado:

—Hable usted.

—Poco tengo que decir,—contestó éste;—este papel hablará por mí.

Y presentó á Isolina una cuenta cuyo total

la hizo estremecer al mirar la última suma.

—Ya sabe usted que he sido robada,—dijo con voz trémula;—no tengo dinero.

—Nosotros no tenemos nada que ver con eso,—dijo el criado;—el que gasta paga.

—Yo pagaré también.

—Ha de ser ahora.

—¡Imposible! Estoy desposeída de todo recurso!

—Entonces, señora, no se queje usted si desde aquí vá á una prision. La ley está terminante.

—¡A una prision... yo!—exclamó la jóven.—
¡Oh! ¡No soy aún bastante desgraciada!

—Pero, señora, ¿por qué ha permanecido usted aquí? ¿O creía que se la iba á tener sin pagar?

—No sé... no he pensado en eso... perdon...

¡Soy tan desventurada! ¡La prision!... ¡La cárcel!... ¡Oh! ¡No... no! ¡Perdon!...

La infeliz cayó desplomada al suelo sin color y sin voz. Cuando volvió en sí, se halló en un cuarto muy humilde y tendida en una cama modesta, pero blanda y limpia; sobre una mesa ardía un pequeño quinqué; al lado de la cama, que cerraban cortinas de percal blanco listadas de color de rosa, estaba de pié una jóven de graciosa y risueña figura, pero cuyo semblante expresaba entonces un agudo dolor.

Al ver abrirse los ojos de Isolina, exhaló un pequeño grito de alegría, y dijo en el más puro inglés:

—¡Ah! ¡Gracias á Dios!

—¿Dónde estoy?—murmuró Isolina en francés y con acento débil.

—No tenga usted miedo ninguno, señora,—respondió en el mismo idioma, pero con acento extranjero, la jóven;—nadie la hará daño: este es mi cuarto; yo soy Miranda, una de las costureras de la casa, y he pedido permiso al director para cuidar de usted. Comerá usted conmigo y dormirá aquí hasta que pueda decidir lo que más le conviene.

Isolina quiso hablar y no pudo, estrechó las manos de la generosa niña que llevaba el poético nombre de la heroina de Skaspeare y dejó escapar un torrente de lágrimas.

—No se apure usted, señora,—prosiguió la jóven;—aquí nada le faltará; si los dueños opulentos de estos hoteles tienen duro el corazón, el mío no es así.—¿No espera usted recursos de alguna parte?—Esto no es una vana curiosidad, señora, sino deseo de aliviar á usted, de consolarla, de darle valor...

—¡No espero nada!—respondió Isolina con amargo desaliento.—¿De dónde?—¿De quién?

—¿Quién sabe?—Moisés hizo salir de una roca agua cristalina para el pueblo hebreo.—¿No es usted una gran cantante?

—Lo era.
—Y bien, en último, ¿por qué no dá usted un concierto?

—¿Dónde?

—En uno de los teatros: yo soy de buena familia; mi padre es un grabador en metales que tiene algunas relaciones; aunque pobre, es respetado y estimado de todos. Mañana conduciré á usted á su casa; mi madre la mirará como á hija suya; mi padre conseguirá el que usted pueda dar un concierto; además, vea usted...

Miranda puso ante los ojos de Isolina un periódico inglés desdoblado, y le señaló el párrafo que luego enseñó el conde á su esposa y que habia visto la luz aquella misma mañana.

—Aquí nadie hace nada por inspiracion repentina y entusiasta,—prosiguió la jóven;—las viejas ladys se habrán reunido á deliberar qué socorro deben ofrecer á usted. En cada familia será su desgracia objeto de un largo conciliábulo: mañana la aristocracia de Londres acudirá en socorro de su artista favorita.

—¡Oh! recibir limosnas! eso seria muy cruel para mí!—¿Y quién se ha atrevido á hacer pública mi desgracia?

—¡Ah, señora!—La vida privada de los artistas está siempre á disposicion del público. El que lo ha hecho no creará haber ofendido á usted, sino muy al contrario: es algun amigo verda-

dero y alguno de sus entusiastas admiradores.

—La idea del concierto es salvadora para mí,—dijo Isolina;—y si pudiera darlo, rehusaria los dones de una compasion que me humilla dolorosamente.

—Mañana mismo veré á mi padre,—dijo Miranda;—y, no lo dude usted, señora; él hará cuanto sea posible para que uno de los directores de teatro ceda el suyo.

Isolina pasó una noche tranquila en lo posible: la Caridad le habia tendido la mano y aparecia á sus ojos coronada con las bellas flores de la juventud.

No bien apareció el dia, salió Miranda y volvió á poco rato acompañada de su padre, que era un hombre de aspecto simpático y honrado.

—Señora,—le dijo,—dos renglones de su puño solicitando de un empresario que le ceda su teatro, bastan para que lo consiga;—¿qué no alcanzará la estrella del arte lírico?—Yo mismo iré á llevar el billete de usted.

Isolina se levantó y en el pequeño secreter de Miranda, escribió al director de Convent Garden solicitando la cesion de su teatro, la noche que él lo tuviera á bien para dar un concierto, atendida la desgracia de que habia sido víctima. El padre de Miranda salió, y una hora despues, trajo la respuesta que aseguraba á Isolina podia disponer del teatro para dentro de tres dias.

—¡Estoy salvada!—exclamó la jóven estrechando con alegría las manos del padre y de la hija.—Podré pagar mi cuenta aquí, éiré á España en busca de mi madre!—¡Oh! gracias, amigos!—¡Bienhechores míos, gracias!

Y llevada por el exceso de su alegría, ensayó un trino de los que pocos días antes hacían caer á sus piés brillantes y flores.

Aquel divino gorjeo, no tuvo ningun sonido ni llegó á los oídos del grabador y de su hija.

La voz no salió de la garganta.

Isolina se puso lívida, hizo una escala y su voz de seda y plata sonó ronca, oscura, como rota.

Entonces lanzó un agudo grito; alzó los brazos y cayó con la cara contra el pavimento encendido y brillante del pobre cuartito de Miranda.

—¡Dios mio!—¿qué tiene?—exclamó la pobre niña, pálida de terror.

—¡Desgraciada jóven!—repuso su padre levantando á la artista;—¡ha perdido la voz y para siempre!

XI.

Algun tiempo despues, un respetable anciano inglés, viajaba hácia España á pequeñas jor-

nadas, acompañando á una mujer pálida, demacrada, y en cuyo rostro se veía impresa, acaso con huellas indelebles, una expresion sombría y desesperada.

Sus ojos eran grandes, negros, hermosísimos, pero estaban impregnados de dolor, hundidos y rodeados de profundos surcos oscuros; de cuando en cuando brillaba en ellos una ráfaga de delirio, y entonces brotaba de los lábios de aquella pobre criatura una carejada histérica y convulsiva, apagándose aquella risa en mil palabras vagas é incoherentes. Hablaba de un teatro donde aplaudían miles de espectadores, de una corona de marquesa, de una anciana abandonada, de Niza, de Milan, de París, de Lóndres, de un príncipe cuyas palabras de amor creía oír, de deudas, de una cárcel, de robo, de abandono, de miseria y de prision. Cantaba entónces con ronca voz una cancion francesa cuya melodía debia ser encantadora, ó bien un trozo de ópera de Donizetti ó de Bellini.

Su propio acento gutural y fatigado debia sonar bien á su oído, pues ella misma se aplaudía y se entusiasmaba gritando:

—¡Bien! ¡Bravo! ¡Bravo!

Despues se apagaba su canto en un torrente de lágrimas y murmuraba:

—¡Oh! Qué delicia sería morir!

—¡La vida es de Dios, hija mia!—respondía

—¡Estoy salvada!—exclamó la jóven estrechando con alegría las manos del padre y de la hija.—Podré pagar mi cuenta aquí, éiré á España en busca de mi madre!—¡Oh! gracias, amigos!—¡Bienhechores míos, gracias!

Y llevada por el exceso de su alegría, ensayó un trino de los que pocos días antes hacían caer á sus piés brillantes y flores.

Aquel divino gorjeo, no tuvo ningun sonido ni llegó á los oídos del grabador y de su hija.

La voz no salió de la garganta.

Isolina se puso lívida, hizo una escala y su voz de seda y plata sonó ronca, oscura, como rota.

Entonces lanzó un agudo grito; alzó los brazos y cayó con la cara contra el pavimento encendido y brillante del pobre cuartito de Miranda.

—¡Dios mio!—¿qué tiene?—exclamó la pobre niña, pálida de terror.

—¡Desgraciada jóven!—repuso su padre levantando á la artista;—¡ha perdido la voz y para siempre!

XI.

Algun tiempo despues, un respetable anciano inglés, viajaba hácia España á pequeñas jor-

nadas, acompañando á una mujer pálida, demacrada, y en cuyo rostro se veía impresa, acaso con huellas indelebles, una expresion sombría y desesperada.

Sus ojos eran grandes, negros, hermosísimos, pero estaban impregnados de dolor, hundidos y rodeados de profundos surcos oscuros; de cuando en cuando brillaba en ellos una ráfaga de delirio, y entonces brotaba de los lábios de aquella pobre criatura una carejada histérica y convulsiva, apagándose aquella risa en mil palabras vagas é incoherentes. Hablaba de un teatro donde aplaudían miles de espectadores, de una corona de marquesa, de una anciana abandonada, de Niza, de Milan, de París, de Lóndres, de un príncipe cuyas palabras de amor creía oír, de deudas, de una cárcel, de robo, de abandono, de miseria y de prision. Cantaba entónces con ronca voz una cancion francesa cuya melodía debia ser encantadora, ó bien un trozo de ópera de Donizetti ó de Bellini.

Su propio acento gutural y fatigado debia sonar bien á su oído, pues ella misma se aplaudía y se entusiasmaba gritando:

—¡Bien! ¡Bravo! ¡Bravo!

Despues se apagaba su canto en un torrente de lágrimas y murmuraba:

—¡Oh! Qué delicia sería morir!

—¡La vida es de Dios, hija mia!—respondía

dulcemente su compañero, —él la dá, él solo puede quitarla!

Poco á poco los accesos de demencia fueron siendo más raros y mas cortos; pero la tranquilidad trajo una tristeza cada vez más profunda.

Entónces el anciano la hablaba de su madre.

—¡Sí! ¡Sí! Seré al verla, al estrecharla entre mis brazos, seré tan feliz cuanto puedo serlo ya aquí abajo; pero, santo cielo, ¿qué será de las dos?

—Dios proveerá.

—Dios se ha olvidado de mí, —respondió una vez la pobre viajera.

—Pensar eso es una ingratitud, —exclamó el padre de Miranda: —decirlo es un crimen. ¡Dios olvidarse de ninguno de sus hijos! ¿Quién sino él ha hecho que la condesa de Royé, esa noble dama que la ha escrito, haya hallado á su madre de usted? Si vuelve usted al lado de esa madre ofendida, pobre, abatida, caída de la grandeza que soñaba y que solo alcanzó para tormento, adore la clemencia de Dios que le envía acá abajo el castigo para no dárselo eterno. Vuelve usted como el hijo pródigo; pero no se queje, pues si aquel se apoyaba en una esperanza, á usted le restan dos.

—¿Dos?

—Sin duda. El perdon de su madre y el amor.

—¡El amor! —repitió con amargura la pobre Isolina. —¡Su solo nombre me da horror!

—Como si le hubiera conocido todavía, —murmuró el anciano con una sonrisa. —¿Acaso piensa que era amor lo que le han inspirado esos adulares que formaban su córte?

—¡Oh, no!

—¿Acaso piensa que amó al marqués de la Florida?

Isolina hizo un gesto negativo de desprecio y horror.

—No, hija mia; usted no ha amado todavía y aun puede gustar la felicidad suprema de querer y de ser querida.

—Es tarde, —murmuró Isolina; —tengo veinte y ocho años y ya pasó lo mejor de mi vida.

El anciano se sonrió con la expresion de placida bondad que era en él habitual.

Al llegar Isolina á Madrid, se halló en los brazos de la condesa, que la condujo á su casa, y entre tanto Josefa y su hija Dionisia se hallaban al lado de su madre preparándola para que la viese.

—Con que, —decia la viuda, —¿es verdad que mi hija se halla ya mejor?

—Casi buena del todo, señora, —respondió Josefa.

—Y ya está en camino, —añadió Dionisia.

Al oír estas palabras, la pobre madre se estremeció.

—¿No me engañas? —dijo á la jóven; —¿está ya en camino?

—Así me lo ha dicho la señora condesa.

—¿Cuándo?

—Hace tres días.

—De modo que...

La voz le faltó aquí á la anciana y un temblor espantoso sacudió todo su cuerpo.

—¡Señora, no se agite usted; va á caer mala de nuevo!—exclamó Josefa.—Y ¡qué dolor seria para su pobre hija el hallarla así! Hay que sacar fuerzas de flaqueza, porque va á llegar.

—¿Va á llegar?

—De un momento á otro.

—Quizás haya llegado ya,—arriesgó Dionisia, que se colocó á espaldas de doña Magdalena con un pomito de esencia en la mano.

—Pues ya se vé que debe haber llegado,—dijo Josefa.—¡Eh! no hay que alterarse, señora; creo que oigo pasos en la escalera.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡No me quiteis el sentido hasta que haya abrazado á mi hija!—exclamó la anciana, próxima á desfallecer.

Y escuchó con ansia si se oían pasos detrás de la puerta entornada.

—Abre, Dionisia,—dijo Josefa;—he conocido los pasos de la señora condesa. Ahí están.

La puerta se abrió y detrás apareció un grupo compuesto de la condesa, de su marido, de Isolina, á la que los dos sostenían, y de su compañero de viaje.

—¡Madre!—gritó ésta, sin atreverse á acercarse.

—¡Hija mia!—exclamó la viuda, levantándose y sin poder avanzar á causa de su debilidad y emocion.

Isolina corrió á echarse á los piés de su madre, cuyas manos asió, apoyando en ellas su abrasada frente y derramando un torrente de lágrimas.

—¡Las dos se han salvado!—dijo el conde:—la una de la demencia, la otra de la muerte.

Algunas horas despues, solas madre é hija en la habitacion de la primera, y sentada Isolina á los piés de la viuda en una silla baja, le hacia la relacion de los años que habia estado separada de ella, de sus remordimientos por haberla abandonado, de su desasosiego, de su afan de hallarla, de su disgusto para el amor, de las duras pruebas porque habia pasado al empezar su carrera, de su absoluta soledad moral, de su propósito de hallar la dicha en el matrimonio y en el amor de la familia, y como buscando este fin, habia decidido casarse con el marqués.

Despues de referirle todos los detalles de la persecucion del aventurero, y como llegó al fin á dar oidos á su amor, consintiendo en casarse con él, llegó á la relacion de su abandono, que hizo con voz alterada por la cólera y el dolor.

El marqués habia echado un narcótico en su vaso durante la comida: atacada Isolina de un

sueño invencible, se habia retirado y acostado, y él, aprovechando su profundo letargo, habia salido de la posada, arrebatándole todo cuanto poseia.

Segun las noticias que la policia habia tomado, habia pasado á los Estados-Unidos.

—Ya ves, madre mia,—prosiguió Isolina,—que la justicia celeste me ha perseguido y castigado por haberme separado de tí. ¡Ah! ¿cuál ha sido el fruto de algunos años de pesares y de efimeros triunfos? Héme aquí tan pobre como cuando te dejé, habiendo pasado ya la primavera de mi vida amargamente, herida y unida para siempre á un sér degradado é infame.

—Pero estás curada de tu ambicion y yo estoy curada de mi absurda severidad,—dijo la anciana, en cuya mirada brillaba una dulzura y una serenidad inefables.—¡No lo dudes!—añadió besando á su hija en la frente:—hemos pagado nuestra deuda al dolor, y aun podemos ser dichosas.

PARTE TERCERA.

I.

Un mes despues de estos sucesos, la bella primavera vestia de verdor los altos árboles del jardín de Luxemburgo, asilo de tantos pájaros, y bajo cuya sombra juegetean tantos niños.

En una casa retirada en frente del histórico jardín y en el primer piso de la misma, tenia lugar una escena muy triste, pero llena á la vez de un encanto misterioso.

Era una estancia magnífica, vestida y tapiada de raso azul claro con cortinas de encaje blanco y muebles de laca: los bronce, los cuadros de gran precio, las macetas cargadas de soberbias flores, alternaban en grata y brillante profusion, y la brisa de una hermosa tarde de Abril que subia impregnada de perfumes, agitaba las cor-

sueño invencible, se habia retirado y acostado, y él, aprovechando su profundo letargo, habia salido de la posada, arrebatándole todo cuanto poseia.

Segun las noticias que la policia habia tomado, habia pasado á los Estados- Unidos.

—Ya ves, madre mia,—prosiguió Isolina,—que la justicia celeste me ha perseguido y castigado por haberme separado de tí. ¡Ah! ¿cuál ha sido el fruto de algunos años de pesares y de efimeros triunfos? Héme aquí tan pobre como cuando te dejé, habiendo pasado ya la primavera de mi vida amargamente, herida y unida para siempre á un sér degradado é infame.

—Pero estás curada de tu ambicion y yo estoy curada de mi absurda severidad,—dijo la anciana, en cuya mirada brillaba una dulzura y una serenidad inefables.—¡No lo dudes!—añadió besando á su hija en la frente:—hemos pagado nuestra deuda al dolor, y aun podemos ser dichosas.

PARTE TERCERA.

I.

Un mes despues de estos sucesos, la bella primavera vestia de verdor los altos árboles del jardín de Luxemburgo, asilo de tantos pájaros, y bajo cuya sombra juegetean tantos niños.

En una casa retirada en frente del histórico jardín y en el primer piso de la misma, tenia lugar una escena muy triste, pero llena á la vez de un encanto misterioso.

Era una estancia magnífica, vestida y tapiada de raso azul claro con cortinas de encaje blanco y muebles de laca: los bronce, los cuadros de gran precio, las macetas cargadas de soberbias flores, alternaban en grata y brillante profusion, y la brisa de una hermosa tarde de Abril que subia impregnada de perfumes, agitaba las cor-

tinas y los ramilletes de camelias, dándoles nueva vida y una gracia indescribible.

Si el cuadro era bello, las figuras lo eran más, aunque el conjunto parecía extremadamente triste: cerca del balcon y de modo que la luz le iluminase por completo, se veía un pequeño y rico lecho de plata maciza y cincelada velado por cortinas, mitad de raso color de paja, mitad de muselina bordada: en el fondo reposaba una niña: una niña de una belleza adorable, pero en cuyo rostro de ángel parecía ya apoyarse el dedo de la muerte.

Aquella niña era Ana: la dulce Ana que conocimos en Niza, jugando en el gran parque con otras niñas á la vista de su dichosa, bella y risueña madre.

Una espantosa demaeracion habia sucedido á la redondez que en otro tiempo ostentaba Mistress Sheridan: al dejar la niñez por la adolescencia, una enfermedad de pecho vino á atacarla y á los trece años moria, cuando la primavera desplegaba sus galas y sus flores.

A la derecha del lecho de Ana, y colocado donde la luz le diera de lleno, habia un caballete. Un pintor reproducia en un gran lienzo, extendiendo en aquel la imágen de la moribunda niña; al otro lado una mujer, recostada en un ancho sillón y envuelta en los pliegues de una anchurosa bata de batista forrada de seda azul, ocul-

taba entre las manos su semblante dolorido.

En la actitud de aquella figura se reconocia fácilmente á la madre: de cuando en cuando un profundo sollozo agitaba sus hombros y levantaba la parte que se veía de su seno, oculta casi de lado como se hallaba.

El pintor era un hombre hermoso, jóven aún, pues no pasaba de los treinta y cinco años, y de fisonomía por demás dulce, inteligente y distinguida. Alguna pena secreta y continua habia marcado un profundo pliegue en los ángulos de su boca, sombreada por una negra y sedosa barba; sus grandes ojos, negros tambien, llenos tambien de sensibilidad y de dulzura, ora se fijaban con tierna expresion en la agonizante niña, ora con una conmiseracion profunda en su desgraciada madre.

Ana estaba hermosa aun en aquella hora suprema, y más hermosa aún si cabe que cuando la conocimos en Niza: iba á cumplir catorce años y llevaba uno de su enfermedad; así el sello del sufrimiento profundo, mortal, no habia podido borrar todavía la dulce expresion de la adolescente que aspira á la vida aún en medio de la proximidad de la muerte.

Su anterior pura y fresca redondez se habia fundido en una casi transparencia, á fuerza de ser delgada; sus grandes y rasgados ojos, cerrados pesadamente, estaban guarnecidos de largas, sedosas y corvas pestañas rubias como el oro que

sombreadan sus mejillas; su espléndida cabellera blonda se extendía por la almohada en gruesos y abundantes rizos; la adorable forma de su boquita parecía dilatarse por una sonrisa llena de paz y de candor; de cuando en cuando un movimiento brusco arrojaba á un lado las ropas del lecho y descubría su garganta y la mitad de su brazo de nieve velado por una nube de encage.

Una vez que la miraba el pintor, entreabrió los ojos, sonrió con expresión de inteligente dulzura y dijo con voz débil:

—¡Octavio!

—Aquí estoy,—dijo él acercándose;—¿se siente usted mejor, señorita?

—¿Por qué no me llama usted Ana?—preguntó la jóven,—¿ya no me quiere por amiga?

—¡Oh, sí!—exclamó el pintor.

—Ya que no puedo ser su discípula por más tiempo...

—¿Quién sabe?—interrumpió el pintor.

—Yo lo sé,—repuso Ana:—me muero; apenas viviré ya cuatro ó cinco días;—añadió acercando su boca al oído del pintor.

Luego se fijó su mirada en el sillón donde se hallaba lady Sheridan, y preguntó:

—¿Duerme mi madre?

—Acaso la ha rendido el cansancio,—dijo Octavio;—lleva sin desnudarse cuatro noches.

—¡Pobre madre mia! ¡Y al fin morir y dejarla!

¡Ah! no quisiera yo darle esas penas.

—Mi querida Ana, usted no morirá.

—Sin remedio.

—Pero no ahora.

—No verá la luz del próximo domingo, y estamos en lúnes.

Ana se detuvo; la fatiga la agobiaba: su madre se había dormido en efecto, con el semblante lleno de lágrimas y el pecho henchido de sollozos.

—Quisiera beber,—dijo la niña:—perdon, señor Blarú... ¿No vendrá hoy su hermana de usted?

—Sí, señorita.

—Ana me ha de llamar usted.

—Vendrá, Ana.

—¿Y su madre de usted?

—También vendrá; ¿podría acostarse sin ver á usted? ¿Lo puede usted creer?

—Como está mala la niña de Emma...

—A pesar de eso: vendrá primero mi madre y despues mi hermana, ó viceversa, para no dejar á la niña sola.

—¡Muy mala está también la pobre Irene!—dijo Ana:—y á no ser porque sería muy grande el dolor de Emma y de su madre, desearia yo una cosa.

—¿Qué desearía usted, mi querida Ana?

—Que Irene se viniese conmigo al gran viaje: ¡la quiero tanto, y me divertia tanto con ella!

—Ni usted ni Irene nos dejarán,—dijo el pintor.

—Lo que es yo, seguro.

—¿Quién sabe? Aún vivirá usted largos años para ser dichosa.

Ana movió su linda y rubia cabeza con incredulidad.

—Esas palabras,—dijo,—expresan mas bien una esperanza que una convicción, señor Blarú; usted sabe que me muero, y lo sabe con mucho dolor; ¿por qué, si no es porque me muero, está usted tan triste?

El pintor inclinó la cabeza sin contestar.

—Esto no es decir,—prosiguió Ana,—que usted haya sido nunca muy alegre: su madre de usted dice que es usted desdichado desde que se marchó aquella prima de usted á quien amaba: por cierto que debía usted quererla mucho, ¿verdad?

—¡Sí, señorita, fué mi único amor!

—¿Era bonita?

—A mis ojos, como un ángel.

—¿Rubia?

—Morena.

Ana suspiró.

—Hubiera querido ser morena,—dijo, sin darse cuenta del significado de aquellas palabras.

Octavio no las comprendió.

En aquel instante sonó la campanilla de la

puerta de entrada, oyóse el roce de un vestido de seda, y una dama de edad madura y de aspecto elegante y noble entró en la estancia.

—Bien llegada, madre mia,—dijo monsieur Blarú, que volvió á su caballete:—habla bajo; Milady se ha quedado dormida hace un instante.

—¿Y la niña cómo está?—preguntó Constanza acercándose al lecho.

—Lo mismo, señora,—repuso ésta;—es decir, muriendo, y más vale así.

—¿Por qué dice usted eso, hija mia?—preguntó madame Blarú, tomando la pequeña mano de Ana;—es una ingratitud hablar así.

—Yo era muy desgraciada,—balbuceó la niña,—extendiéndose por sus mejillas un fugitivo rubor.

Constanza se inclinó aún más hácia ella; era la misma mujer buena, dulce, distinguida que conocimos al empezar esta historia. Los diez años pasados habian impreso mayor suavidad á su fisonomía, mayor bondad á su alma, del mismo modo que el perfume guardado durante largo tiempo se hace más puro y más precioso.

Todo en ella atraía y encantaba: su persona, la elegancia que resaltaba en su traje, la distincion de sus maneras, la pureza y suavidad de su acento, era una prueba visible de que la gracia y la distincion no envejecen jamás y resisten á los años.

Al oír decir á aquella niña tan hermosa, tan opulenta, tan favorecida de todos los dones del nacimiento y de la fortuna, que se alegraba de morir porque era muy desgraciada, una tierna piedad, un vivísimo interés se despertó en el alma de Constanza; pasó su brazo por debajo de la cabeza de la piña y le dijo con maternal sonrisa:

—Hija mía, ¿quiere usted decirme la causa de ese gran dolor que la aqueja?—¿no lo puedo yo saber?

—¡Oh! ¡sí!—dijo Ana;—usted mejor que nadie.

—¿Quiere usted confesármela ahora que su madre está reposando?

—No puedo...—dijo la niña echando una mirada tímida al pintor que habia vuelto á sumergirse en su trabajo, con el amor al arte tan exclusivo en todo el que lo mira con pasión.

Madame Blarú, al ver aquella mirada hizo un movimiento de sorpresa, y despues quedó pensativa; un pliegue doloroso se formó entre sus delicadas cejas y miró alternativamente á su hijo enteramente absorto en su trabajo, á la joven enferma que tenia los ojos cerrados y á su madre que dormia con el sueño agitado de la fatiga.

—Veamos,—dijo;—si estuviéramos solas, señorita, ¿me confesaria usted su pena?

—Sí, por cierto,—contestó Ana presurosa.

—Pues vamos á estarlo,—dijo Mme. Blarú con resolucion; y volviéndose á su hijo añadió:

—Octavio, estoy con pena pensando en que tu hermana está sola con la niña; hazme el favor de ir á ver como sigue.

Lo que los labios de Constanza no expresaron lo dijo la mirada que dirigió á su hijo.

Este se acercó á Ana, y le dijo:

—Hasta luego, señorita; hasta luego, querida Ana,—añadió corrigiéndose.

Ana le siguió con sus grandes y hermosos ojos; cuando le hubo perdido de vista dejó escapar un suspiro y dijo volviéndose á Constanza:

—¿Quiere usted saber de veras cuál es mi pena?

—Sí, por cierto,—dijo Mme. Blarú;—lo deseo con todo mi corazon.

—Pues escúchelo usted,—dijo la niña con una entonacion de voz que indicaba una resolucion desesperada;—de todos modos voy á morir y saldré de este mundo sin el peso de mi secreto.

III.

Despues de haber dirigido una mirada á su madre para asegurarse de que dormia Miss Sheridan, empezó así con voz dulce y débil:

—Yo era muy feliz en Lóndres, en donde he vivido desde mi infancia con mamá: allí tenia algunas amigas de mi edad: además mamá nunca

me dejaba sola en casa y por estar á mi lado se privaba de todas las diversiones sin asistir á bailes ni á las recepciones de la córte, ni á ninguna parte más que á paseo y al teatro, á donde podía llevarme en su compañía.

Los veranos salíamos de Lóndres, y algunas veces tambien de Inglaterra, yéndonos á pasar una temporada á París ó á Niza ó á algunos establecimientos de aguas minerales.

Algunas veces oia yo á las amigas de mamá reconvenirla porque no se casaba de nuevo, y debo confesar que á la persona que oia yo darle este consejo, la áborrecia de muerte; una entre todas aquellas damas que se llamaba la condesa de Baltimore, que era dama de la reina y que tenia muchos carruajes, un palacio soberbio y un ejército de criados, era la que con más insistencia é importunidad la aconsejaba un nuevo casamiento; yo la detestaba y así se lo dije á mi mamá.

Al oirme se puso á reir á carcajadas con aquella alegría tan dulce y tan franca que le era natural, y me dijo:

—¿Y por qué la aborrees, hija mia?

—Porque te aconseja que te cases de nuevo.

—¿Y piensas que lo haré?

—Si lo haces me moriré.

—Ana mia,—repuso mi madre,—ni me casaré nunca, ni tendré sobre la tierra mas amor que tú.—¿Estás contenta?

—Sí, mamá,—la dije abrazándola;—pero no recibas más á la condesa.

—Eso no puede ser, hija mia, es amiga, y si aboga porque vuelva á casarme, es porque piensa que eso sería un bien para mí y aun para tí.

Mamá siguió tratando á la condesa: yo huia todo lo posible de verla; ella conocia mi aversion y se reia tratándola de capricho de una niña mimada.

Un dia dió un baile para celebrar su cumpleaños: mamá asistió á él y aunque viviera cien siglos no podria olvidar lo hermosa que estaba aquella noche.

Cuando volvió á casa al amanecer, entró en mi cuarto; jamás se acostaba sin darme un beso. Me abrazó y yo ví en su rostro una densa nube de tristeza. Sin embargo, ella se esforzó en sonreirse, me acarició como de costumbre, me preguntó á la hora que me habia acostado, é hizo, en fin, lo que hacia cada dia: no obstante, cuando la doncella preguntó si queria que se sirviesen los sorbetes que ambas tomábamos juntas cuando venia muy tarde, contestó que no, y que me sirviera á mí sola.

Dicho esto, volvió á abrazarme, y se retiró á su cuarto.

Yo quedé dolorosamente sorprendida. No sabia explicarme lo que mi madre tenia, pero veia que le pasaba algo grave, algo inusitado,

algo desconocido para mí. Rehusé el sorbete, fingí que tenia sueño, y ocultando la cabeza entre las ropas del lecho, me puse á llorar con desconuelo.

Cuando mi aya entró por la mañana, estaba yo despierta, puesto que aun no habia vuelto á dormir.

A eso de las dos, y entre otras visitas que llegaron, ví á un caballero alto, jóven, de hermosa presencia; nunca le habia visto en casa; saludó á mamá como los demás, y, sin embargo, mi corazon le dedicó desde el primer instante un odio profundo.

Él se acercó á mí, me sentó sobre sus rodillas, y dijo á mamá que era yo bonita como un ángel: mi madre me reconvino dulcemente al ver mi frialdad; yo no podia soportar á aquel hombre.

—Milord,—dijo mamá:—dispense usted á mi hija; no está buena; ha pasado la noche desvelada y nerviosa, segun me ha dicho su aya, y segun se vé sigue indispueta; retírate, Ana, y dí á tu aya que te lleve á dar un paseo á pié: el aire libre te hará bien; vé, hija mia.

Yo la miré asombrada: ¡me alejaba de su lado! ya no habia en el salon más visitas que aquel hombre, y comprendí que mi madre queria quedarse á solas con él.

La sorpresa al ver que me despedia me dejó inmóvil.

Mi madre me miró con impaciencia; jamás habia yo visto aquella dura expresion en sus hermosos ojos; en aquellos ojos en que siempre habia hallado una ternura inagotable; incliné la cabeza y salí.

Desde aquel dia, el caballero que me era tan odioso, vino todos: era hermano político de la condesa de Baltimore, y esta deseaba que se casara con mi madre porque era pobre.

Milord Baltimore supo cautivar sin duda á la que ansiaba hacer su esposa: ello es que mi madre se hallaba constantemente preocupada y triste: algunas veces me miraba y se llenaban de lágrimas sus ojos; otras queria, sin duda, sacudir el yugo que mi cariño la imponia y me hablaba con dureza; pero al ver que yo me desmejoraba y me ponía triste, no se determinaba á casarse, y el dia que yo estaba peor, ni aun se atrevia á recibir á mi enemigo.

Digo mi enemigo, porque él tampoco podia vencer el desvío y el rencor que yo le inspiraba, y mi madre lo veia tambien con harta y para ella desesperante claridad.

Yo tenia ya doce años, empezaba á formarme idea del amor, y era esta idea tan grande, cuanto lo era el trastorno que su aparicion habia causado en la vida de mi madre y en la mia propia.

—¿Qué será,—me decia yo,—qué será el amor cuando así me ha robado el amor de mi madre,

cuando así ha cambiado su corazón y su pensamiento para mí?

El continuo malestar de mi ánimo, el estado de nerviosa irritación en que siempre me hallaba, alteraron mi salud, y una calentura lenta, pero continua, se encendió en mis venas. Yo odiaba á Milord Baltimore, y cada vez que le veía sentía tan agudo sufrimiento, que no podía ocultarse á los ojos mi madre.

Esta me amaba; sufría al verme casi tanto como yo; y á pesar de que aquel hombre había llegado á inspirarle un afecto verdadero y profundo, no fué tan fuerte que resistiera al temor de perderme.

Por su parte, él tampoco hacía ya nada para combatir mi aversión. Verdad es que hubiera sido en vano; todos sus esfuerzos primeros se estrellaron ante la invencible antipatía que me inspiraba, y él desistió del empeño de atraerse el afecto de una niña rebelde, nerviosa y melancólica.

Mi madre se resintió de la indiferencia que afectaba hácia mí, le reconvino, y él le respondió con acritud que era mía y no suya la culpa; que ya había hecho cuanto estaba en su mano y que ya no podía ni debía hacer más.

Entonces mi madre, llevada acaso de su deseo de una conciliación y amargada de mi antipatía hácia el hombre que amaba, me reconvino

á su vez y me amenazó con ponerme en una pensión si no me avenía á razones y si no disimulaba mi aversión á milord Baltimore.

—Madre mía,—le respondí con las mejillas encendidas y la voz temblorosa de emoción y de cólera,—me pides una cosa en la cual no puedo complacerte; detesto á ese hombre!

—¿Por qué causa?

—No lo sé.

—¿Estás celosa?—me preguntó mi madre con una ternura en la que se advertía no poca cordedad.

Yo guardé silencio.

—Ana,—prosiguió mi madre, que dejó mi mano para sentarme en su falda,—tú eres para mí lo primero del mundo: no lo olvides, veas lo que veas.

—¿Es de veras que me quieres, madre mía?—exclamé dando rienda suelta á mi llanto.

—¡Con toda mi alma!

—¿Más que á Milord?

—¡Mil veces más!

—¡Pruébamelo, pues!—exclamé con energía.

—¿De qué modo?—preguntó mi madre, que se puso muy pálida.

—No volviendo á recibirle.

—¡Imposible!—exclamó;—dentro de un mes voy á unirme á él para siempre.

Esta noticia me hizo el mismo efecto que si

me hubiera clavado un puñal en el corazón. Miré á mi madre con aire extraviado, sentí ruido en las sienes y en los oídos y luego abrí los brazos, di un grito y caí con la cara contra el suelo.

Cuando volví en mí, estaba en mi lecho: mi madre tenía asidas mis manos y regaba con lágrimas mi frente y mis cabellos. El primer sonido que salió de sus labios fué un grito de alegría; el segundo fué la seguridad de que solo quería vivir para mí.

Prometiome de mil maneras que no se casaría, que no volvería á ver á Milord Baltimore y que quería consagrarme toda su existencia.

Aquellas seguridades trajeron alguna calma á mi ánimo; pero la enfermedad de consunción que hacia largo tiempo me amenazaba, solo esperaba una ocasion para estallar, y aquel choque terrible se la proporcionó.

Dejé el lecho al siguiente dia, al parecer casi buena; mi madre cerró la puerta de nuestra casa, no solo á Milord Baltimore, sino tambien á su hermana, y se dedicó á mí por completo, segun su promesa.

Algunos dias despues me anunció que íbamos á hacer un viaje á Escocia é Irlanda para que yo me distrajese.

Partimos en efecto; pero yo habia perdido ya la fortaleza, la alegría y la salud; enflaquecia por horas, estaba pálida y triste, y era que veía

el inmenso sacrificio que mi madre me habia hecho: veía que no disfrutaba de sueño tranquilo y que habia perdido la alegría y la paz; veía en una palabra que aunque sus labios no articulaban una queja, aunque su vida entera estaba consagrada á mi cuidado, era profundamente desgraciada!

III.

Detúvose Miss Sheridan para tomar aliento y dirigió á su madre una mirada de tierno amor y de profunda gratitud.

Constanza se inclinó hácia la jóven enferma y la besó en la frente.

—¡Pobre y querida niña!—exclamó.—¡Cuánto ha sufrido usted! y ¡cuánto ha debido sufrir su infeliz madre!

—Sí,—contestó la niña;—mi madre ha sufrido de una manera horrible!—Huyendo de su propio dolor y para distraerme todo lo posible vinimos á París, donde llamé desde luego á los doctores de más fama. Estos dijeron que mi enfermedad no era peligrosa y que solo necesitaba mucha distraccion.

Yo habia tenido siempre mucha aficion á la pintura, mi madre consideró que el estudio de

me hubiera clavado un puñal en el corazón. Miré á mi madre con aire extraviado, sentí ruido en las sienes y en los oídos y luego abrí los brazos, di un grito y caí con la cara contra el suelo.

Cuando volví en mí, estaba en mi lecho: mi madre tenía asidas mis manos y regaba con lágrimas mi frente y mis cabellos. El primer sonido que salió de sus labios fué un grito de alegría; el segundo fué la seguridad de que solo quería vivir para mí.

Prometiome de mil maneras que no se casaría, que no volvería á ver á Milord Baltimore y que quería consagrarme toda su existencia.

Aquellas seguridades trajeron alguna calma á mi ánimo; pero la enfermedad de consunción que hacia largo tiempo me amenazaba, solo esperaba una ocasion para estallar, y aquel choque terrible se la proporcionó.

Dejé el lecho al siguiente dia, al parecer casi buena; mi madre cerró la puerta de nuestra casa, no solo á Milord Baltimore, sino tambien á su hermana, y se dedicó á mí por completo, segun su promesa.

Algunos dias despues me anunció que íbamos á hacer un viaje á Escocia é Irlanda para que yo me distrajese.

Partimos en efecto; pero yo habia perdido ya la fortaleza, la alegría y la salud; enflaquecia por horas, estaba pálida y triste, y era que veía

el inmenso sacrificio que mi madre me habia hecho: veía que no disfrutaba de sueño tranquilo y que habia perdido la alegría y la paz; veía en una palabra que aunque sus labios no articulaban una queja, aunque su vida entera estaba consagrada á mi cuidado, era profundamente desgraciada!

III.

Detúvose Miss Sheridan para tomar aliento y dirigió á su madre una mirada de tierno amor y de profunda gratitud.

Constanza se inclinó hácia la jóven enferma y la besó en la frente.

—¡Pobre y querida niña!—exclamó.—¡Cuánto ha sufrido usted! y ¡cuánto ha debido sufrir su infeliz madre!

—Sí,—contestó la niña;—mi madre ha sufrido de una manera horrible!—Huyendo de su propio dolor y para distraerme todo lo posible vinimos á París, donde llamé desde luego á los doctores de más fama. Estos dijeron que mi enfermedad no era peligrosa y que solo necesitaba mucha distraccion.

Yo habia tenido siempre mucha aficion á la pintura, mi madre consideró que el estudio de

este arte sería para mí un placer, y encargó á algunas amigas que tiene aquí le buscasen un profesor que fuese un verdadero artista.

La condesa de W. le habló de Mr. Blarú y se lo presentó ella misma.

Detúvose aquí Ana y el rubor subió de nuevo á su blanco y puro rostro: Mme. Blarú la miró asombrada y esperó á que prosiguiese, contemplándola con atención sostenida y profunda.

—Lo que me queda aun que decir,—prosiguió Miss Sheridan tras un largo silencio,—es muy penoso para mí. Por instinto sé que debe darme rubor lo que ha pasado en mi alma... pero no he podido remediarle: empecé á ver á Octavio todos los días: en tanto me daba lección, hablábamos del arte... ví que tenía mucho talento y más corazon... poco á poco llegué á desear que viniera todos los días... cuando se iba pensaba en él y contaba las horas que faltaban para que volviera... en fin, mi vida se encerró en estas dos ideas: *verle y esperarle!*

Ana dijo estas palabras precipitadamente y como si temiese que fueran á faltarle las fuerzas: y cuando hubieron salido de sus labios dejó caer sus dos brazos á lo largo de la ropa de su lecho con profundo desaliento.

—De modo,—exclamó Constanza con voz conmovida,—de modo que usted, señorita, amaba á mi hijo?

—Creo que sí, señora,—murmuró Miss Sheridan,—porque me sucedía lo mismo que á mi madre respecto á Milord Baltimore!—Cuando venía, toda mi alma se alegraba; cuando no venía, me quedaba pensativa y triste. Lo mismo veía que le sucedía á mamá.

—¿Y usted estaba pesarosa de amarle?

—¡Oh!—desesperada.

—¿Por qué?—preguntó Constanza con altivez.

—Acaso mi hijo no merecía el amor de usted?

—Yo no tenía el derecho de amar ni á él, ni á nadie,—respondió Ana;—yo debía consagrar mi vida entera á mi madre.—¿Por ventura no había ella sacrificado su amor por mí?—¿No había renunciado á Milord Baltimore?—¿Tenía yo derecho á pensar más que en ella?—Y luego amar á un hombre que nada sentía por mí!—¿Amar á mi edad es vergonzoso!

Esta lucha cruel agotó cada día más mis fuerzas hasta que caí postrada con una debilidad general y una fiebre nerviosa que apenas me dejaba en el día algunos instantes de serenidad.

—Milady se llegó á percibir de lo que usted sentía por Octavio?

—Felizmente no: y digo felizmente,—añadió la pobre niña comprendiendo con su innata delicadeza que hería el corazón de aquella madre,—porque me hubiera acusado de ingratitud para con ella y de mala hija!

En aquel instante lady Sheridan hizo un movimiento; dejó escapar un débil suspiro y alzó despues la cabeza.

Levantóse espanda por haberse dormido y corrió al lecho de su hija. Ana no era ya la misma que habia hecho la larga narracion que antecede: pálida y fatigada, se asemejaba á una azucena tronchada y caida sobre la nieve: una respiracion entrecortada y penosa levantaba su pecho. Lady Sheridan se inclinó hácia ella y dejó escapar un grito de angustia.

Como un ángel evocado por aquel grito entró en la estancia una bella, sonriente y graciosa criatura: era una jóven alta y rubia; ya la conocemos: era Emma, ya madame Marillac, pues se habia casado con el jóven abogado, su amigo de la infancia.

Su delicada belleza habia ganado en vez de desmerecer; porque la aureola de la madre brillaba en su jóven y noble frente.

—¡Dios mio, qué sucede!—exclamó al entrar: —¿está peor Miss Sheridan?

—¡Se muere!—exclamó Clarisa.—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Tened piedad de mí!

La pobre madre se dejó caer de rodillas en tanto que Constanza y su hija se miraban con angustia. No obstante, madame Blarú fué la primera que adquirió alguna serenidad de ánimo: tomó un cordial de la mesa inmediata á la cama,

que estaba cargada de medicinas, y llenando una cuchara de plata la acercó á los pálidos lábios de Miss Sheridan.

Esta abrió los ojos, y la densa palidez de sus facciones pareció fundirse bajo una tinta rosada.

—¡Hija mia! ¿Cómo estás?—exclamó Clarisa que se habia levantado ansiosa para ver el efecto que el cordial producía.

—Mejor, mamá,—respondió la niña con voz débil;—no te asustes.

—¿Qué te duele?

—Nada, solo quisiera dormir un poco.

—Está muy débil,—dijo Constanza:—dejémosla con Emma, Milady, y sírvase usted concederme algunos instantes de conversacion.

—¡Oh, no puedo separarme de ella!—exclamó Clarisa.—Yo me acuso como de una falta el haberme dormido: cuando el cielo me la haya quitado, ¡cuánto lloraré los instantes que haya dejado de verla!

—¿Y si el cielo se la dejara á su madre?

—¡Oh, imposible!

—¡Nada es imposible para Dios, señora!

—La ciencia me ha quitado toda esperanza.

—La ciencia no ve más que la enfermedad; yo he visto más allá.

—¡Cómo!—exclamó temblando de emocion Clarisa,—¿habria esperanza?

—¡Yo la tengo!

—¡Oh! ¡Hable usted, hable usted!—exclamó Clarisa con voz ahogada.—¡Usted, señora, es madre también, y las madres nos entendemos siempre!

—No puedo hablar aquí,—dijo Constanza:—deje usted á su hija con la mía y vamos á otra habitación.

—Vamos,—dijo Clarisa con voz ahogada.

Y asiendo de la mano á madame Blarú, la condujo á su cuarto.

IV.

Cuando las dos madres se hallaron solas, madame Blarú pasó la mano por su frente como embargada por un penoso rubor; y á la verdad, causaba una profunda emoción el ver á aquella mujer, ya de edad avanzada y de tan noble fisonomía, de tan elegantes y distinguidas maneras, subyugada por una extrema y dolorosa cortedad, y sin saber cómo iba á empezar lo que tenía que decir.

—¡Oh! ¡Hable usted, hable usted, amiga mía!—exclamó la desgraciada madre, uniendo las manos y fijando en Constanza sus ojos arrasados de lágrimas;—¡deme usted alguna esperanza, por vaga, por remota que esta sea!

—Milady,—dijo madame Blarú;—solo la simpatía que del carácter de madre de que usted está revestida me inspira, puede hacer que hable á usted de una cosa para mí muy dolorosa; pero esa pobre niña se muere, y hay un modo de salvarla.

—¿Lo hay?—exclamó ansiosa madame Sheridan.

—¡Lo hay, señora!

—¿Quién lo ha dicho? ¿Qué medio es ese?

—¡Es muy terrible para mí decirlo!

—¡Oh, por favor! ¡Me está usted haciendo morir de impaciencia!

—Pues bien, Milady: Miss Sheridan no se muere de enfermedad ninguna: se muere...

—¡Acabe usted!...

—¡Porque ama á mi hijo!

Al oír esta revelación, la gran señora quedó muda de asombro; después se repuso, y contestó con profunda convicción:

—¡Es imposible!

Una triste sonrisa entreabrió los labios de Constanza, que dijo:

—¡Hé aquí la acogida que yo esperaba! ¡Imposible! ¡Y por qué, señora?

—Porque... porque yo no he observado nada.

—No es esa la razón de parecerle á usted imposible: la razón es que mi hijo es un pobre artista, que gana su vida y la de su madre traba-

jando: ¿qué importa que sea noble, bueno y que esté dotado de talento y de mil relevantes cualidades? ¡A pesar de ellas es imposible el que su hija de usted le profese inclinación! ¡Al paso que si fuera de elevada cuna, si fuera rico, si llevase un título, aunque fuera un fátuo, no le parecería á usted imposible!

La orgullosa dama guardó silencio.

—Hé aquí,—prosiguió madame Blarú,—hé aquí por qué me era tan penoso el hablar á usted de lo que causa la dolencia y la muerte de su hija. Si ella hubiera sido pobre y mi hijo perteneciese á la clase más elevada de la sociedad, hubiera hablado con más confianza, porque de los labios de usted no hubiera salido la palabra *imposible!*

—Pero mi hija se halla enferma desde hace ya largo tiempo,—objetó Clarisa.—Lo estaba antes de conocer á su maestro de pintura.

—Es cierto.

—Entonces, ¿á qué achacar á ese sentimiento lo que es efecto de otro muy distinto?

—Hoy se muere de desesperación de amar á mi hijo, porque dice que su deber era amar solamente á su madre!

—Tiene razón,—exclamó Clarisa, dominada por la vehemencia de su sentimiento.—Yo he sacrificado á mi hija el único amor de mi vida!

—Ella quisiera sacrificar el suyo, y ya que no puede, el pobre ángel sacrifica su vida.

—¡Amar á su edad! ¡Ana es una niña! Constanza no respondió; Lady Sheridan continuó:

—Sabe su hijo de usted el sentimiento que Ana cree alimentar por él?

—¡Que alimenta, señora! De que usted claro, depende la vida de su hija.

—Sabe Octavio lo que pasa en el corazón de Ana?

—Lo ignora completamente. ¿Quién se lo había de decir?

—¿No era muy lógico que él lo adivinase?—preguntó la gran señora con amargura.

—No, señora,—repuso Mme. Blarú,—mi hijo no está impresionado absolutamente por Miss Sheridan.

—¿De modo que aun tendré yo que rogarle que acepte la mano de mi hija?

—Es probable que sea así, y es de temer...

—¿Que la rehuse?

—¡Sí, señora!

Volvió á reinar el silencio en la estancia. Mme. Blarú continuó:

—Cuando usted, Milady, y su hija desearon conocer á mi hija y á mi Octavio, me había ya hablado con elogio de ambas: á pesar de ser gran talento artístico, mi hijo no ganaba lo bastante, y no me avergüenzo de confesarlo, para darme las comodidades y el bienestar que él ha deseado

siempre que tuviese. Los gastos del casamiento de su hermana y una larga y penosa enfermedad del mismo Octavio, nos arrebataron todos los ahorros que yo habia hecho, y nos redujeron á una situacion bastante dificil. Mi noble hijo buscó, pues, el solo medio que tenia de mejorar nuestra situacion: buscó lecciones y entre las que le propusieron se halló la de la señorita Ana Sheridan. El corazon de la pobre niña, con la certeza del amor de su madre por otra persona que no era ella, solitaria, por decirlo así, se inclinó hácia Octavio. ¡Ay! su misma madre habia demostrado á Miss Sheridan hasta dónde llega y hasta dónde es encantador y terrible el poder de una pasion!

Clarisa permaneció silenciosa ante esa acusacion indirecta, pero terrible. La conviccion iba penetrando en su alma y á la vez su amor sofocado por su cariño maternal se levantaba de nuevo en su alma grande y poderosa: en un instante se dijo que casándose su hija, ella podria casarse tambien con Lord Baltimore, y esta idea sofocó el dolor y la indignacion que sin él la hubiera causado la idea de tan desigual alianza. Además,—concluyó,—yo soy rica, muy rica y los enriqueceré tanto, que ese jóven dejará los pinceles y consentirá en ser un gran señor: hay en él bastante distincion para serlo.

—Ya hablaré ahora mismo á mi hija, señora,

—dijo,—y antes que perderla, quiero, no lo dude usted, verla feliz: usted, por su parte, persuada á su hijo á que se deje hacer dichoso.

—No sé si lo conseguiré,—dijo Constanza levantándose con dignidad;—mas por amor á esa pobre niña lo intentaré.

Saludó á Lady Sheridan y salió con la misma gracia decente con que habia entrado.

V.

Cármén ó Isolina, que con este último nombre, que es el verdadero suyo la llamaremos ya, reposó pronto de las fatigas del viaje y de las amargas penas que la habia traído su deplorable enlace.

Protegida por el conde y la condesa de Royé, dejó su madre la misma habitacion que ocupaba en casa de la lavandera Josefa y ambas fueron á habitar un modesto pero lindo cuarto segundo en la Plaza del Rey, sitio aireado y que en la cercana primavera podia tener alguna apariencia de campestre, ventaja inmensa para dos espíritus tan afligidos como los de aquellas dos pobres mujeres.

Las desigualdades que habia en los caracteres de la madre y de la hija, habian ido suavi-

zándose con mucha facilidad: la desgracia hace reflexionar y además el lazo del amor filial y materno es muy poderoso y muy fuerte.

La habitación se adornó sencilla, pero cómodamente: una sala de recibir con tapicería carmesí, un cuarto para la madre amueblado con reps verde, y otro para la hija con sillería de reps azul, constituían una decencia agradable que alegraba los ojos y trasmitía al ánimo un dulce bienestar. En el comedor había una mesa redonda y algunas sillas de rejilla con un aparador y un armario para loza y cristal, que ocupaban los dos testeros principales de la habitación.

La condesa de Royé en su graciosa y elegante caridad, no había olvidado ningún detalle para consolar á sus amigas y hacerlas agradable la existencia. Había en la mesa del cuarto de la madre libros de devoción y algunos grabados de vidas y martirios de santos. En el de la hija, un pequeño estante contenía obras escogidas de literatura sobre todo dramática, dos ó tres hermosos broncees y un piano de Erard. Todos los domingos, la misma María llevaba á Isolina un bello ramillete de flores de los campos ó de estufa.

En ambas habitaciones una Imágen de El que es todo amor y misericordia presidía abriendo los brazos en la cruz, como para llamar hácia él

á la pobre humanidad. María había comprendido que solamente la religión puede dar alivio á ciertos dolores y paz á los corazones lacerados.

La paz, en efecto, descendió lenta, pero profundamente al de la anciana. Al lado de su hija contaba con el trabajo de ambas para subvenir á sus necesidades; pero aquella alma fuerte y humilde á la vez era de un temple más elevado y más puro que la de su hija: en tanto que la viuda se complacía en la serenidad del limitado horizonte que la condesa había abierto ante sus ojos, Isolina se angustiaba con la perspectiva de una larga vida laboriosa y pobre; un terror, un desaliento profundo invadía con rapidez aterradora aquel ánimo viciado ya en la peligrosa atmósfera de las pompas y de la vanidad embriagadora.

La condesa había buscado trabajo manual para la madre y para la hija, primero en su casa y luego entre sus numerosas relaciones. Isolina bordaba y sus obras debían ser pagadas á muy subido precio. Su madre cosía ropa lisa, hacía medias y se ocupaba con una criada joven del cuidado de la casa. Un bienestar relativo empezaba á notarse allí y se veía claramente que los ingresos escedían á los gastos.

—¡Si mi pobre hija no estuviese atada por ese infame casamiento, aun podía ser dichosa!—decía la señora de Herrera;—hallaría un hombre honrado que la diese una posición honrosa, aunque

fuera modesta, y yo moriría más tranquila, dejando su suerte asegurada.

En tanto que la pobre y cristiana madre pensaba así, los pensamientos de la hija iban por una vía muy diversa.

—¡Oh! ¡qué desdichada soy!—exclamaba vertiendo lágrimas amargas.—¡Por qué, ¡oh Dios de las misericordias! me habeis condenado á un eterno dolor? ¡Cuál ha sido mi delito? ¡En qué os he ofendido?

Isolina se extraviaba en los desiertos de su orgullo; su delito, su ofensa á la divinidad era el completo olvido de todo lo que no era ella: su anhelo de brillo y de pompa, su ciego empeño de cifrar toda su dicha y toda su ventura en las efímeras vanidades de la tierra, sin mirar al *más allá* donde está la patria del alma y la felicidad suprema.

Su madre comprendía vagamente que la tempestad se agitaba de nuevo en aquella alma á la vez árida y ardiente: una pena profunda la afligia, y en vano procuró sondear los abismos que se cerraban con empeño ante sus ojos.

Una mañana, sin embargo, el tenebroso *sésame* se abrió por sí mismo; la señora de Herrera entró en el cuarto de su hija y la halló embebida declamando una obra dramática.

La madre esperó silenciosa á que el período terminase, y cuando Isolina terminó y fijó en

ella sus ojos, el misterio desgarró su velo y se mostró la triste verdad.

—¡Madre mia!—exclamó,—aun puedo ser artista y ganar para las dos una fortuna: ya no me es posible cantar, mas declamar no me lo impide nada, pues para eso tengo voz, madre mia;—¡esta vida miserable y pobre despues de haber gozado tantos esplendores, me mata!... ¡Madre, madre, es forzoso que yo vuelva á buscar mi corona de laurel!

—¡Para hallarla de espinas acaso, pobre hija mia!—dijo la anciana con tristeza.

—Y así ¿qué hago?—exclamó Isolina, cuyo natural impetuoso volvía á exaltarse con el pesar.—¿Qué esperanza me liga á esta vida triste, monótona, helada? Si no estuviera casada, acaso el amor podría consolarme de todo: casada ya, ¿qué puedo esperar? ¡Oh! madre mia, déjame que pruebe á ser dichosa, si esto es posible todavía, ó á lo menos déjame que pruebe aún si podemos dejar de ser pobres.

—Haz lo que quieras,—dijo la anciana alzando los ojos al cielo;—si así has de ser más dichosa, yo lo seré tambien.

Isolina se lanzó al cuello de su madre y la llenó de caricias: la alegría volvió á entrar en su corazón. ¡Artista otra vez! ¡rica, adulada, envidiada de todos! ¡Eso era la vida! ¡eso la dicha! ¡eso la felicidad! ¿De qué le servía el haber anhe-

lado la vida de familia, los goces fáciles y santos de la vida doméstica? ¡Todo había desaparecido ante sus ojos como humo vano!

Sin detenerse á pensar que aquello que habia deseado no habia sido con verdad, con sinceridad, con pureza de alma, sino mirando solo á su fortuna y á su vanidad más que á su dicha, Isolina, ya en el estío de la vida, halló en sí misma la fuerza para lanzarse en el torbellino que habian agitado los primeros años de su juventud.

La desgraciada, no solo no queria saber que el secreto de la dicha consiste en ocuparse constantemente de los demás y muy poco de sí mismo.

Algunos dias despues, el conde y la condesa de Royé, vivamente interesados por lo que llamaban con suma bondad el génio artístico de Isolina, alcanzaron que hiciera una prueba ante uno de los primeros actores de Madrid, recitando en su presencia algunas escenas de diferentes obras.

Esta prueba tuvo lugar en la casa de aquellos amigos, que sin saber lo que hacian, contribuian al extravío de aquel espíritu débil.

Solo el conde y la condesa la presenciaron. Cuando acabó, el actor, que era tambien empresario, la dijo que estudiara y se preparara para hacer con él *Los amantes de Teruel*, obra siempre aplaudida y siempre querida del público, y en la

cual, á su juicio, debia desempeñar maravillosamente la parte de Isabel de Segura.

VI.

Un apacible cuadro de interior tenia lugar dias despues en una linda casita de Passy.

Por las ventanas bajas de la habitacion, que conocimos al principio de esta historia, asilo apacible de madame Blarú y de sus hijos Octavio y Emma, se divisaba á estos tres personajes en compañía de otros dos, con los cuales va á hacer el lector un agradable conocimiento.

Era el uno un hombre jóven aún y dotado de gran belleza; pero lo que sobresalia en su fisonomía era la noble alianza del talento y de un alma generosa y buena; los trabajos sérios, las largas vigiliias, habian vestido sus facciones de una palidez mate y uniforme; pero aquella palidez estaba llena de nobleza y distincion.

Era Gustavo Marsillac, abogado de buen nombre en Paris y que empezaba á hacerse ilustre; compañero de infancia de Octavio y esposo de Emma Blarú, de quien habia sido el solo y único amor.

El otro personaje era una bella niña de tres años, hija de Emma y de Gustavo, y que se llama-

lado la vida de familia, los goces fáciles y santos de la vida doméstica? ¡Todo había desaparecido ante sus ojos como humo vano!

Sin detenerse á pensar que aquello que habia deseado no habia sido con verdad, con sinceridad, con pureza de alma, sino mirando solo á su fortuna y á su vanidad más que á su dicha, Isolina, ya en el estío de la vida, halló en sí misma la fuerza para lanzarse en el torbellino que habian agitado los primeros años de su juventud.

La desgraciada, no solo no queria saber que el secreto de la dicha consiste en ocuparse constantemente de los demás y muy poco de sí mismo.

Algunos dias despues, el conde y la condesa de Royé, vivamente interesados por lo que llamaban con suma bondad el génio artístico de Isolina, alcanzaron que hiciera una prueba ante uno de los primeros actores de Madrid, recitando en su presencia algunas escenas de diferentes obras.

Esta prueba tuvo lugar en la casa de aquellos amigos, que sin saber lo que hacian, contribuian al extravío de aquel espíritu débil.

Solo el conde y la condesa la presenciaron. Cuando acabó, el actor, que era tambien empresario, la dijo que estudiara y se preparara para hacer con él *Los amantes de Teruel*, obra siempre aplaudida y siempre querida del público, y en la

cual, á su juicio, debia desempeñar maravillosamente la parte de Isabel de Segura.

VI.

Un apacible cuadro de interior tenia lugar dias despues en una linda casita de Passy.

Por las ventanas bajas de la habitacion, que conocimos al principio de esta historia, asilo apacible de madame Blarú y de sus hijos Octavio y Emma, se divisaba á estos tres personajes en compañía de otros dos, con los cuales va á hacer el lector un agradable conocimiento.

Era el uno un hombre jóven aún y dotado de gran belleza; pero lo que sobresalia en su fisonomía era la noble alianza del talento y de un alma generosa y buena; los trabajos sérios, las largas vigiliias, habian vestido sus facciones de una palidez mate y uniforme; pero aquella palidez estaba llena de nobleza y distincion.

Era Gustavo Marsillac, abogado de buen nombre en Paris y que empezaba á hacerse ilustre; compañero de infancia de Octavio y esposo de Emma Blarú, de quien habia sido el solo y único amor.

El otro personaje era una bella niña de tres años, hija de Emma y de Gustavo, y que se llama-

maba Constanza, como su abuela materna. La niña tenía una cabecita rubia y rizada y la cara de un ángel: arrodillada ante su madre, tenía entre las de esta sus dos manos juntas y repetía una oración que su madre le iba enseñando palabra por palabra.

Madame Blarú conservaba siempre su aspecto hermoso, inteligente y tranquilo.

Emma, su belleza celestial, aumentada aun con la expresión augusta de la maternidad.

Octavio dejaba leer en su hermoso rostro una expresión de dicha melancólica y reposada.

Cuando la niña hubo terminado su oración, su madre la levantó en sus brazos, la sentó en su falda y la besó con una ternura apasionada su frente y sus cabellos.

—Cuando tengas un ángel así, hermano mío,—dijo mirando á Octavio,—nada echarás de menos en la tierra.

El pintor guardó un triste silencio.

—Ofendes al cielo,—dijo Mr. Marsillac,—cuando no te llamas dichoso, pensando en el tesoro que te dan con Ana. ¿No te parece la suprema dicha el casarte con esa adorable niña, de la que eres el primero y el único amor?

—Así lo pensaría si pudiera arrojar de mi pensamiento esa imagen funesta, mi querido Gustavo. Miss Sheridan no merece un corazón ocupado con un amor imposible como el mío lo

está; merece un corazón entero y dedicado solamente á ella.

—Ninguno de los dos habeis sabido amar mas que una sola vez,—dijo Constanza con un suspiro;—y esta bella cualidad del alma que en tu hermana me llena de orgullo y de alegría, porque ha alcanzado la dicha en su amor, en tí, hijo mío, me llena de consuelos!

—No puedo olvidarla,—murmuró Octavio.

—¿No sabes que prefiere la vanidad á tu cariño, la esperanza de la fortuna á la vida modesta y feliz que tú la ofrecias?—¿No sabes que se casó olvidándote?—¿No sabes que va á volver al teatro, no desengañada aún con sus pasados dolores?

—Todo eso lo sé, madre mia, y todo eso me hace compadecerle: por eso aumento mi deseo de permanecer libre para ella! El corazón me dice que dentro de poco me necesitará. Ana es una niña que entra ahora en el camino de la vida; es rica, hermosa, tiene una madre que la adora. Si esta última prueba sale mal,—¿qué amparo, qué refugio queda á esa desventurada, casado yo?

—¿Y si Ana se muere?—exclamó Emma; tienes tú derecho de matarla?

—No,—dijo Octavio:—Ana tiene derecho á ser dichosa; ella me ama con pasión y yo debo pagar ese inocente y puro amor.

—Después de casado te darás el parabien;—di-

jo Gustavo, que jugaba con su hija, en tanto que su esposa había tomado una labor de tapicería:—valor, hermano; dentro de pocas horas serás, á pesar tuyo, el mas dichoso de los hombres.

—Mañana,—murmuró Octavio.

—Mañana,—repitió alegremente su hermana, —mañana tu suerte se habrá fijado de una manera estable y dichosa.

En efecto, al dia siguiente, un espléndido casamiento se celebró en la iglesia de Santo Tomás de Aquino; una larga fila de coches estacionada delante de la iglesia, dejó salir de sus senos algunas de las damas más elegantes de la alta sociedad parisiense; la inglesa se hallaba tambien representada allí, y las rubias ladys cargadas de encajes y de sedas fueron rodeando el altar de los desposorios como una bella guirnalda de flores animadas y encantadoras.

Gran número de caballeros ya vestidos del severo traje negro, ya luciendo soberbios uniformes, animaron aquel jardin flotante y formaron en derredor de Miss Sheridan como una corte de honor.

Al entrar la desposada en la iglesia, un murmullo de admiracion y simpatía se dejó oír en torno suyo. Era una niña que no llegaba á quince años, alta, pero débil y pálida, como si el dolor y la enfermedad hubieran clavado á un tiempo en su frágil naturaleza sus aceradas garras; más

á través de su palidez y de su casi diafanidad, una alegría indecible reinaba en sus ojos y parecia como que el alma entera de aquella niña nadaba en un pliélagó de dicha.

Su madre la seguia algun tanto pálida tambien, y llevando en la frente escrito á la vez el gozo y la zozobra. El traje de lady Sheridan era magnífico y sus brillantes valian una fortuna.

En cuanto al novio, estaba grave y melancólico. En sus facciones habia, sin embargo, tanta serenidad y nobleza, que respondia de la dicha de la desposada: era además un hombre que llegaba á la edad madura, y podia comparársele al fruto maduro y á la tierna flor llena de aroma, condiciones necesarias para la felicidad de la vida en la que la mujer necesita de proteccion y el hombre tiene el noble papel de protector.

Cuando salieron unidos para siempre, Ana Sheridan se apoyaba en el brazo de su esposo y su lindo rostro brillaba con una alegría más pura y más completa.

Aquella noche salieron para Madrid los recién casados y Constanza, ó sea madame Blarú.

Lady Sheridan salió tambien para Londres: su hija estaba salvada: tenia asegurada su dicha é iba á buscar lo que tanto habia anhelado en su matrimonio con el marqués de Baltimore.

Antes de salir, puso en manos de Octavio dos millones, que constituian el dote de su esposa.

VII.

Los recién-casados se hospedaron en *La Corona de Oro*, magnífico hotel situado al fin de la carrera de San Jerónimo y cerca ya del Prado, entonces verde y fresco, pues se estaba á mediados de Abril.

Madame Blarú, que sabia las señas de la habitacion de su cuñada, la señora de Herrera, por habérselas dicho lady Sheridan, que las sabia por la condesa de Royé, fué al instante á verla, pues siempre le habia profesado estimacion, amando además tiernamente á Isolina.

Madre é hija la recibieron con alegría, despues de tantos años como hacia que habian dejado de verse: no obstante, Isolina notó con secreta amargura la elegancia del traje de su tia, su aspecto tranquilo y juvenil para su edad y el perfume que se exhalaba de toda su persona.

—¿Y Octavio?—preguntó doña Magdalena,—pues su hija no se atrevia á nombrar á su primo, de quien habia sido tan amada y al que habia tratado con tanta ingratitud.

—Se ha casado, y yo he venido con él y con su esposa.

—¿Se ha casado!—repitió Isolina, á cuyo rostro acudió un vivo rubor.

—Con una niña encantadora que acaba de cumplir catorce años, que es de la más alta aristocracia inglesa y que le ha traído dos millones de dote.

Madame Blarú dijo todo esto con una especie de orgullo vengativo: amaba á su sobrina, pero no podia olvidar que habia desdeñado el afecto tierno y profundo de Octavio, y que éste habia sido muy desgraciado á causa de este desden; á pesar de la bondad natural de su carácter, no podia olvidar los pesares de su hijo.

Isolina tuvo un instante de despecho; mas bien pronto pensó que aunque se hubiera casado con Octavio, no hubiera sido dichosa, pues ni el uno ni el otro tenian fortuna para vivir en el seno del lujo que ella ambicionaba.

—Veré con el mayor placer á mi primo y á su jóven y bella esposa, tia mia,—dijo alegremente,—y tú me harás la justicia de creer cuán dichosa soy al verle feliz y contento. ¿Y Emma es igualmente feliz?

—Tanto cuanto puede serlo una mujer; ya sabes, mi amada Isolina, que sus gustos son modestos y sencillos, que solo ha amado á Gustavo y que con él se ha casado: tienen una niña muy hermosa y una feliz medianía. Las aspiraciones de mi hija no van más allá de las paredes de su casa y las ideas que te exponia cuando érais tan amigas y que tú combatias con toda la fuerza de

un alma fuerte y apasionada han permanecido en ella frescas y puras como las violetas entre la yerba de un verde campo en primavera.

—¡Cuánto me he acordado de la amiga de mi infancia en medio de todos mis pasados triunfos artísticos!—exclamó Isolina,—¡y cuánto daría por que asistiera al teatro la noche que voy á pisarle de nuevo!

—¡Cómo,—exclamó Constanza,—vuelves al teatro!

—Dentro de tres días.

—¿Pero nos han dicho que habias perdido la voz?

—Para el canto.

—¿Vas ahora á declamar?

—Sí, tia mia.

La anciana madre suspiró, y nada añadió á las palabras de su hija, en cuya frente brillaba una radiosa esperanza.

—Durante algun tiempo,—prosiguió Isolina, que comprendió lo que pasaba en el corazon de su madre,—aspire á dejar la vida del arte por la de la familia, y todas las vías se me cerraron para llegar á ella. ¡No me quejo; acaso el cielo me destina para esta vida llena de emociones, que es la que más ocupa mi espíritu y mi pensamiento; acaso piensa premiar en ella el afan que tengo de dar á mi madre la fortuna y el bienestar!

—Al decir estas palabras Isolina echó los bra-

zos al cuello de su madre y la besó tiernamente en ambas mejillas; mas antes de separarse del seno maternal, se echó hácia atrás é hizo un gesto de dolor y de fatiga.

—¿Qué te sucede, hija mia?—preguntó madame Blarú;—te has demudado...

—Nada, nada,—repuso Isolina;—un vahido, un mareo... jamás puedo hablar de mis desgracias pasadas sin conmovirme; decia, pues, que anhelo para mi madre la comodidad y el bienestar. ¡Es tan triste, tia mia, este estado de dependencia! ¡Es tan amargo el vivir de los beneficios ajenos! ¡Ah! yo me inclino ante la mano de Dios que me ha castigado, pero le pido que esta mano me sostenga para salir del abismo de la pobreza. ¡Ahora trabajaré por mi madre y para mi madre!

Isolina calló, y llevó de nuevo la mano á su frente; su madre separó aquella mano y puso la suya; la frente de Isolina abrasaba como si estuviese llena de fuego interiormente.

—Recógete un momento, hija mia,—la dijo su madre:—estudias demasiado, y estás muy fatigada; vé á tu cuarto y reposa un rato.

Isolina salió: su paso era vacilante: el apocento daba vueltas ante sus ojos; su cabeza ardía. Cuando hubo desaparecido, su madre miró desolada á madame Blarú, y exclamó:

—¡Que Dios tenga piedad de nosotras! ¡Pídele,

Constanza, tú que eres tan buena, que no vuelva á destruir todas las esperanzas de mi pobre hija!

Madame Blarú la estrechó la mano.

—Hasta luego,—dijo;—esta noche volveré con Emma y Octavio, pues creo que Isolina no se halla en estado de salir.

—¿Crees acaso que se halle seriamente enferma?—exclamó la anciana alarmada.

—Creo que su imaginacion la puede matar,—repuso Constanza;—pero ten esperanza en Dios.

VIII.

Los temores de madame Blarú no eran infundados; cuando por la noche fué con sus hijos á casa de las señoras de Herrera, halló profundamente afligida á la madre y á la hija cerrada en su cuarto.

Octavio pudo apenas hablar á su tia: el médico habia declarado que Isolina tenía una fuer-tísima calentura, y que habiendo una grande epidemia de viruelas, acaso apareceria muy en breve la erupcion con una fuerza terrible.

—El médico,—añadió doña Magdalena,—no me ha ocultado que á la edad de mi hija, esta enfermedad es sumamente peligrosa, y que la epidemia hará muchas víctimas.

La voz faltó aquí á la desdichada madre, y una palidez mortal cubrió su rostro al pensar que quizá iba á perder á aquella hija que acababa de recobrar despues de tantas penas.

Octavio se dió prisa á sacar de allí á su jó-ven esposa. Aquella atmósfera podria estar in-ficionada de miasmas mortales, y á la edad de Ana era un deber imperioso el preservarla de ellos.

La enferma oyó desde su cuarto la voz de aquel hombre que tanto la habia amado, y sintió en su pecho por la primera vez el amargo senti-miento de haber perdido una felicidad con base sólida, aunque modesta.

—¡Ah!—dijo:—¡Qué dichosa podria yo haber sido con Octavio! ¡El más cruel castigo que po-dian imponerme era el de reconocerlo cuando ya he perdido la dicha para siempre!

Cuando salió su primo, oyó el ruido de sus pasos unido al roce de un traje de seda, y oyó tambien que su primo decia:

—Ven, Ana: salgamos de aquí; tiemblo por tu salud, que aquí está en peligro.

Dos lágrimas amargas cayeron por las mejil-las de la pobre enferma, y un sollozo desgarró su pecho.

Octavio le huia: ¡él que le habia amado du-rante tantos años tan constante y fielmente! ¡Si hubiera sido su esposa se hubiera hallado á su

lado consolándola, rodeándola de ternura y de cuidados!

La mano de Dios pesaba sobre aquella cabeza, tan henchida hasta entonces de vanidad, tan agena á las ideas de modestia, de moderación cristiana: mas una reacción saludable tenía lugar en aquella alma rebelde, y en la mirada que elevaba al cielo, en tanto que un agudo dolor descomponía sus facciones, se leía todo un poema de dolor y de resignación.

Sola, desolada, triste, atacada de una enfermedad que comprendía demasiado podía ser mortal; caída desde el emporio de las vanidades humanas al abismo de la pobreza y de la oscuridad, Isolina se volvió hácia Dios, supremo consolador de los afligidos y de los tristes: apenas pensaba ya en los nuevos triunfos que había ambicionado y que pensaba conquistar en la escena, y se repetía estas severas palabras del Evangelio: «Dios rompe lo que no se inclina bajo su mano.»

Cuando á las diez de la noche volvió el médico, halló al lado de la cama á la anciana madre, que lloraba y rezaba, y á la buena Josefa, la lavandera, que cuidaba con igual solícitud de la madre y de la hija.

Todos los individuos de la familia, excepto la buena y generosa Constanza, habían huido ante el temor de la epidemia. Octavio, casado ya, persó solo en su mujer, en aquella niña de-

licada y bella que le había amado con un cariño tan puro y tan fiel.

Isolina había muerto para él: así se hacía un deber el considerarlo, y este deber se hallaba muy acorde con su egoísmo de esposo feliz y orgulloso de su mujer.

Constanza se instaló en casa de las dos desdichadas mujeres, y anunció á Octavio y á su esposa que para no llévar con ella miasmas perjudiciales, no volvería á su lado hasta que Isolina hubiera salido de la crisis terrible que la amenazaba, y que ponía, á no dudarlo, su vida en peligro.

—¡Pero eso es un enorme sacrificio, madre mía!—exclamó Ana, que adoraba á madame Blarú.—¡Exponer tu vida, que es nuestra!

—¡Déjame acudir al lado de la desgracia, hija mía!—suplicó aquella mujer ejemplar.—Dios ha dicho: «Curaos los unos á los otros;» déjame cumplir este dulce precepto y que acuda á consolar á la que fué la única hermana de mi esposo y á su desdichada hija.

—Pero ¿no la protege la condesa de Royé?

—Sí, hija mía; pero no va á verla; su esposo se lo ha prohibido, temeroso del contagio: el conde no ha profesado jamás gran simpatía á la pobre Isolina.

—Es una cosa muy extraña,—dijo Octavio con su dulce gravedad,—el que en tanto que esas ar-

tistas están llenas de gloria y de homenajes, los hombres pierden por ellas el juicio y son sus más ardientes defensores, mientras las mujeres las temen, y acaso las ódian; pero así que caen en desgracia, se hacen indiferentes para el sexo fuerte, y el débil las acoge bajo su proteccion.

—Dios ha dado á la mujer la facultad y la posibilidad de amar, de consolar y de perdonar siempre: la dicha nos es mucho menos simpática que el dolor: así estoy segura de que la condesa de Royé se halla verdaderamente affigida por no poder ir á ver á Isolina y de que no la olvida un instante.

Cuando el médico llegó, madame Blarú se ocupaba en disponer una tisana; la señora de Herrera lloraba, y Josefa de pié al lado del lecho de Isolina, miraba á ésta inmóvil y aletargada por la fiebre, y á la anciana sumida en la más amarga affiecion.

Eran las diez de la noche; el doctor pidió una luz y Josefa llevó una bugía.

Vióse entonces aquel rostro tan simpático, tan bello, tan inteligente pocas horas antes, aletargado, cubierto de granos carmesí y con los ojos ocultos bajo la horrorosa inflamacion que invadia hasta la frente.

El médico sacudió dolorosamente la cabeza.

—¿Son viruelas, caballero?—preguntó con angustia la pobre madre.

—Sí, señora,—respondió el doctor.

—¿Hay peligro?

—Tal vez..... la epidemia aparece con una violencia extraordinaria.

El doctor, para evitar aquellas preguntas llenas de tristeza y de ansiedad, salió de la alcoba é hizo á madame Blarú una señal para que la siguiese.

—Son viruelas y de las de peor especie,—dijo; —si no le cuestan la vida, quedará horribilmente desfigurada; mas por ahora hay tal peligro, que es preciso disponerla para la confesion.

Constanza palideció: la muerte asomaba á la puerta de aquella casa su descarnada cabeza y venia escoltada de la pobreza ó acaso de la miseria.

De repente la voz de Isolina se dejó oír oscura y quebrada.

—Señora,—dijo el doctor al ver á madame Blarú que iba á correr al lecho;—no debo ocultar á usted que hay en esta habitacion un grandísimo peligro.

—¡No importa!—contestó la madre de Octavio:—no desampararé á estas desdichadas; si he de morir, hágase la voluntad de Dios.

Y se dirigió á la alcoba con la misma calma y sublime sencillez que si se tratase de la accion más trivial.

Isolina se hallaba sentada en su lecho: su ca-

beza abrasada de fiebre se sostenia con dificultad sobre su cuello esbelto y delicado: su mirada escondida en las órbitas nada podía decir, y sus labios inflamados y ardientes dejaban pasar con gran esfuerzo una respiracion penosa y entrecortada.

—Tia mia, —dijo asiendo la mano de su madre, como para darla valor, por medio de aquella dulce presion; —tia mia..... he oido lo que el médico ha dicho y yo anhelo mucho la visita del Supremo y eterno consolador; no temais, pues, llamarle, y si dispone de mi vida, estad prontas á dársela como yo.

Una hora despues, el Señor de los señores entraba en la alcoba de Isolina; á pesar de los horribles sufrimientos que experimentaba le recibió con una dulce alegría y con un tierno respeto, despues de una sincera y contrita confesion de toda su vida pasada.

Al dia siguiente, por la mañana, el médico llamó á parte á la madre de la enferma, y la dijo:

—Señora, la vida de su hija de usted está en salvo: mas su belleza se ha perdido para siempre.

—¡Hágase la voluntad de Dios! —murmuró Isolina, á cuyos oidos llegaron estas palabras: —¡el vivir es mi castigo: el vivir pobre, sin ilusiones, sin fortuna, sin belleza, sin juventud, es muy amargo! pero yo acepto la vida como la expiacion de mi vanidad!

CONCLUSION.

Hace algunos años se veia todas las tardes dos personas que daban tres ó cuatro vueltas en la plaza de Oriente y se sentaban despues en uno de los varios bancos de piedra que la rodean. Esto sucedia en primavera, y se estaba á fines del mes de Mayo.

De estas dos personas, la una era muy anciana y la otra estaba en la edad madura de la vida: eran dos mujeres: la de más edad conservaba restos de una notable belleza á pesar de los sesenta inviernos y de los muchos dolores escritos en su frente: la otra, de unos cuarenta, tenia una de las figuras más bellas y más elegantes que es posible imaginar.

No se podia asegurar si su atractivo consistia en la armonía de sus formas ó en el aire elegante y distinguido de toda su persona. Acaso en ambas cosas; pero es lo cierto que llamaba la atencion de una manera irresistible.

beza abrasada de fiebre se sostenia con dificultad sobre su cuello esbelto y delicado: su mirada escondida en las órbitas nada podía decir, y sus labios inflamados y ardientes dejaban pasar con gran esfuerzo una respiracion penosa y entrecortada.

—Tia mia, —dijo asiendo la mano de su madre, como para darla valor, por medio de aquella dulce presion; —tia mia..... he oido lo que el médico ha dicho y yo anhelo mucho la visita del Supremo y eterno consolador; no temais, pues, llamarle, y si dispone de mi vida, estad prontas á dársela como yo.

Una hora despues, el Señor de los señores entraba en la alcoba de Isolina; á pesar de los horribles sufrimientos que experimentaba le recibió con una dulce alegría y con un tierno respeto, despues de una sincera y contrita confesion de toda su vida pasada.

Al dia siguiente, por la mañana, el médico llamó á parte á la madre de la enferma, y la dijo:

—Señora, la vida de su hija de usted está en salvo: mas su belleza se ha perdido para siempre.

—¡Hágase la voluntad de Dios!—murmuró Isolina, á cuyos oidos llegaron estas palabras: —¡el vivir es mi castigo: el vivir pobre, sin ilusiones, sin fortuna, sin belleza, sin juventud, es muy amargo! pero yo acepto la vida como la expiacion de mi vanidad!

CONCLUSION.

Hace algunos años se veia todas las tardes dos personas que daban tres ó cuatro vueltas en la plaza de Oriente y se sentaban despues en uno de los varios bancos de piedra que la rodean. Esto sucedia en primavera, y se estaba á fines del mes de Mayo.

De estas dos personas, la una era muy anciana y la otra estaba en la edad madura de la vida: eran dos mujeres: la de más edad conservaba restos de una notable belleza á pesar de los sesenta inviernos y de los muchos dolores escritos en su frente: la otra, de unos cuarenta, tenia una de las figuras más bellas y más elegantes que es posible imaginar.

No se podia asegurar si su atractivo consistia en la armonía de sus formas ó en el aire elegante y distinguido de toda su persona. Acaso en ambas cosas; pero es lo cierto que llamaba la atencion de una manera irresistible.

No obstante, todo esto desaparecía al verse su rostro atrozmente marcado por las viruelas; la terrible enfermedad había devorado hasta sus ojos, que apenas se veían, tal era su extrema reducción y pequeñez: asimismo habían desaparecido sus cejas y sus pestañas: su frente desfigurada estaba llena de terribles señales; y solo su boca, aunque de labios abultados por la enfermedad, conservaba un corte delicado y una blanca é igual dentadura semejante al nácar.

El traje de estas dos personas era más que modesto, pobre; pero la delicadeza de sus maneras, el mismo corte de sus vestidos de orleans negro, respondían de que pertenecían á una clase decente de la sociedad. Sentadas ya en el banco, al cual conducía con mucho amor la más jóven á la más anciana, vieron jugar y correr á los niños, dejando errar sobre sus labios una sonrisa dulce y melancólica.

Una tarde, la más anciana, parecía más triste que de ordinario: así que se sentaron, dejó escapar un suspiro y dijo á su compañera:

—Es para mí insoportable la idea de que por acompañarme á dar este paseo, tienes que velar toda la noche á fin de terminar esas costuras.

—Pues á la verdad, madre mia, que no debías pensar en eso,—repuso alegremente la otra.—A mí me conviene este rato de distraccion y de aire libre, tanto ó más que á tí.

En aquel momento una larga banda de presidiarios, unidos dos á dos por la cadena infamatoria, pasaron por delante de las dos mujeres, y uno llegó tan cerca, que la más jóven de las dos damas alzó la cabeza para mirarle. En el momento una palidez lívida cubrió sus facciones y sus labios temblorosos murmuraron:

—¡Dios mio! ¡Es él!

Al eco de aquella voz, el desgraciado fijó sus ojos en la que había hablado; la contempló un instante, y soltó una carcajada histérica y brutal.

—¡Cármén, ó Isolina, ó diablos!—exclamó;—¿sabes que has quedado bonita? A fé que ahora son dignos el esposo de la esposa. Nada tenemos que echarnos en cara, solo que mi fealdad es interna y no se vé, al paso que tú luces la tuya.

—¡Cielos, sería!...—exclamó la anciana, cuya voz temblaba convulsivamente.

—¡Sí, madre, es mi marido!—balbuceó Isolina en voz tan baja que apenas se la oía.

En aquel instante los presidiarios hubieron de detenerse: venía corriendo un soberbio carruaje tirado por dos magníficas yeguas.

En el fondo iban cuatro personas: el conde y la condesa de Royé, el príncipe de San Servando y una hermosa jóven con quien se había casado.

La condesa María saludó desde el coche á las dos señoras pobremente vestidas, y dijo al príncipe:

- ¡Vea usted á la gran artista á quien amó!
 —¡Es Cármen? ¡La que conocí en Niza!
 —La misma.
 —¿No se casó con un título?
 —Con un infame que la robó.
 —¿Y ahora?
 —Ahora está muy pobre, y vive y sostiene á su madre con el trabajo de sus manos.

El carruaje paró.

Pasaron también los presidiarios, no sin que el marqués de la Florida arrojase á su esposa un nuevo sarcasmo.

—Mañana salgo para el presidio de Cartagena, —le dijo:—si fueras aún jóven y bonita te invitaria á seguirme; pero ya no eres ni lo uno ni lo otro, y yo, aunque más viejo que tú y con los cabellos blancos, no gusto de espantajos!

—¡Hé aquí lo que dejé!—pensó Isolina, siguiendo con los ojos el opulento carruaje:—¡Hé aquí también lo que preferí!—añadió, siguiendo con una mirada de desolacion á los presidiarios que se alejaban.—¡Alas de Icaro! ¡Cómo os ha derretido el sol de la justicia Divina!

.....
 Al día siguiente, sentada Isolina ante una pobre mesita de pino pintada de oscuro, escribía una esquila muy corta; en tanto que su mano, que ostentaba una belleza soberana, trazaba aquellas líneas, caía de sus ojos una lágrima so-

bre el papel satinado y adornado con un nombre esculpido, bajo una lira de artística forma.

La esquila dice así:

«Príncipe: devuelvo á usted el socorro que más generosa que delicadamente se ha servido remitirme: tengo orgullo en trabajar para mi madre; y no me avergüenzo de que este trabajo sea el más modesto, y hasta el más humilde.

CÁRMEN.»

Este era el nombre esculpido en la parte superior del papel.

II.

Dos años habian pasado desde la tarde de que acabamos de hablar; Isolina, vestida de negro, entraba en el cementerio de la Sacramental de San Justo, y se adelantaba con paso lento y triste hácia una de las galerías de la izquierda.

Se hallaba pálida y delgada, pero cuanto habia de mundano y material en ella parecia haberse fundido en una tranquilidad celeste.

Su misma fealdad se habia embellecido, su palidez hacia resaltar las hermosas madejas de sus cabellos negros, brillantes y naturalmente ondulados: su aire elegante era el mismo.

Llegó á una humilde tumba situada al fin de la galería, y se arrodilló delante de ella con las manos cruzadas y en actitud de humilde y fervoroso recogimiento.

Aquel sepulcro tenía, sin embargo de su pobreza, un aspecto decente: era un nicho colocado al lado del suelo y cerrado con una lápida de piedra blanca, en la cual había esta inscripción con letras negras:

«Aquí descansa doña Magdalena Blarú, viuda de Herrera: rogad á Dios por su alma.» Delante de la tumba había tres macetas de flores: una corona de siempre vivas, esa modesta é in-marchita gala de las tumbas, la decoraba.

Isolina oró durante largo tiempo; ningún ruido turbaba el silencio del palacio de la muerte: el dulce canto de los pajarillos respondía á los pensamientos de paz y de consuelo que nacían en el alma á la sombra de aquella capilla y de aquel recinto donde el signo de la redención amparaba por todas partes las cenizas de los muertos.

Cuando Isolina hubo acabado de rezar, murmuró la palabra *¡adiós!* besó la lápida de la tumba y salió del apacible recinto.

III.

Pasemos quince días más, y vamos, lectores míos, á la sala de presos del hospital de Cartagena, en la que solo hay algunas camas ocupadas por desgraciados que la sociedad ultrajada por ellos ha arrojado de su seno.

Todas aquellas caras mostraban, bien una feroz desesperación, bien un amargo desaliento: una solo mostraba una expresión recogida, grave y casi dulce, aunque parezca extraña la reunión de estas expresiones opuestas.

El lecho en que yacía aquel pobre hombre estaba colocado en el ángulo más lejano de la puerta; á través de las ropas humildes, pero limpias del lecho, se veía su alta estatura y la belleza de una figura marchita por los años, y aún más por las penas y el dolor de árduas luchas; su cabeza, cubierta de espesos cabellos entrecanos, estaba ceñida con un paño blanquísimo, pero manchado de sangre. Sus ojos estaban guarnecidos de largas pestañas negras que hacían un extraño contraste con sus cabellos y barba canosos: aquellos ojos eran negros y hermosos.

Abrióse la puerta de la sala y una hermana de la Caridad entró seguida de uno de los servi-

dores del hospital, que llevaba una pequeña marmita de caldo, y en un cesto algunos platos, tazas y cucharas.

La hermana llegó con paso tranquilo y dulce á los piés de la sala: se arrodilló ante el hermoso crucifijo que presidia como una imágen de paz y de perdon, y oró durante algunos instantes en tanto que el enfermero colocaba las tazas en una mesa y las iba llenando de caldo.

Terminada su plegaria, se alzó y abrió una de las ventanas.

El aire tibio de una bella mañana de otoño penetró en la estancia cargado de aromas. El enfermo de que hemos hecho mencion, pareció aspirarle con mayor delicia que los demás y se incorporó trabajosamente en el lecho.

—Váyase usted,—dijo la hermana al enfermero,—yo daré el caldo.

—¿Usted sola?

—Sí, yo sola.

Obedeció aquel, y la hija de San Vicente se acercó hácia la primera cama.

—¡Cármén!—exclamó el enfermo,—¿no me aborreces de veras? ¿no ha sido un pasajero sentimiento de compasion al verme llegar herido lo que te hizo cuidar de mí? ¿no me ódias?

—No,—respondió ella,—eres mi marido.

—Soy un mónstruo de iniquidad; sobre todo para tí, á la que engañé y despojé indignamente.

—Tu culpa ha dado saludables frutos: si hubieras sido quien decias; si me hubieras llevado al seno del lujo y de la fortuna, no vestiria este hábito, no hubiera cerrado los ojos á mi pobre madre, no estaria el arrepentimiento en mi corazon.

—Eres una santa, Cármén.

—Soy una pobre mujer arrepentida y que adora las extrañas vías por las que Dios nos arranca del camino del mal.

—¿Y me perdonas?

—Con todo mi corazon.

—¿Por qué te has hecho hermana de la Caridad?

—Para venir cerca de tí, para consolarte y traerte al buen camino.

—¡Oh! ¡cuánto he sufrido!—exclamó el preso:—para salir del presidio, aunque fuera por la puerta de la muerte, reñí con uno de nuestros guardianes, le golpeé y conseguí venir á la enfermería.... de aquí saldré.... no, felizmente de aquí no saldré.

—¿Quién sabe?—dijo la hermana con dulzura.

—Solo Dios tiene en su mano el hilo de nuestros destinos.

—¿Para qué quiero vivir! Por otra parte,—prosiguió el antiguo marqués de la Florida,—¡qué corta y qué desventurada ha sido mi carrera! ¡Aún no cuento cincuenta años y no hay dolor

que no me conozca como á su amigo! Nací de padres oscuros y pobres, y desde que supe pensar me devoró la ambicion de hacer fortuna: una sola vez amé y esa no fuí correspondido. ¡Ah! ¡si Emma Blarú hubiera escuchado mis votos, yo era aún hombre salvado! ¡Qué no hubiera yo hecho por ella!

—¡Cómo! ¿Has amado á Emma?—exclamó la religiosa.

—¡Con toda mi alma!... mas, perdóname, querida Isolina, cerca de la muerte no se miente: demasiado sabes que mi vanidad y mi sed de riquezas fué lo que me llevó hácia tí. Tú ya no eres mujer, eres un ángel y todo lo puedes oír.

La hermana hizo un movimiento de aquiescencia, y el enfermo prosiguió:

—La desgracia me llevó al crimen; te robé, y dado este primer paso, fáciles me fueron los otros; falsifiqué letras y fuí condenado á presidio... ¡Oh! tiene razon el capellan: el camino más fácil y más corto es el del bien.....

El preso cerró los ojos y quedó pálido é inmóvil; la hermana se inclinó sobre su lecho, le tomó la mano y empezó á hablarle dulcemente de la bondad y misericordia de Dios.

Ella sabia que la muerte acechaba ya su presa y que aquel hombre que tanto mal aparente y tanto bien real le habia hecho, iba á comparecer delante del tribunal de Dios.

Un barco partia para el Africa de las costas de Cartagena algunos dias despues.

Pocos pasajeros iban en él: sobre la cubierta, una mujer vestida con el hábito de las hijas de San Vicente, leia con atencion en un libro de horas de un tamaño bastante grande: era alta, lo que se advertia claramente á pesar de estar sentada: su rostro estaba inclinado sobre el pecho y casi oculto por la blanca toca: nada oia y nada parecia ver de lo que pasaba en derredor suyo.

Así permaneció hasta que el barco, despues del cañonazo de despedida, se halló en alta mar: entonces cerró el libro, alzó los ojos al cielo, unió las manos, y murmuró:

—¡Ya estoy sola contigo, mi Señor y mi Dios! ¡tuya soy, y tuya solamente! ¡dispon de mí, y haz que el resto de mi vida espie las faltas de mi juventud! Haz que pueda consolar á los que sufren, y dar la luz de la fé á los que no creen, y si es necesario, sea mi sangre el bautismo de esos países que aún yacen en las sombras de la idolatría!

IV.

Dionisia se casó con un honrado artesano: sus

hermanas fueron colocadas en casa de la misma modista donde trabajaba ella, y la buena Josefa, muerta la anciana abuela, fué de ama de llaves á casa de la condesa Royé.

Los niños pequeños aprendieron tambien un oficio y por la noche iban á dormir á casa de su hermana.

Nadie volvió á hablar de la hermana Cármen: en los apartados y remotos países á donde su fe la encaminó, halló la muerte, minada su vida por los árduos cuidados que dedicaba á los pobres salvajes. Nosotros podemos asegurar al lector que su muerte fué dulce, pues que la vida le habia llegado á ser del todo indiferente.

La noche misma de su muerte permaneció largo rato con los ojos fijos en el cielo, á través de las ventanas de su habitacion.

—¡Oh! ¡Dios mio!—exclamó:—¡dad alas á mi alma para elevarse hasta vos! ¡No os acordeis en vuestra misericordia de las de Icaro, que derritió el sol divino de vuestra justicia! ¡Las que os pido, las que anhelo, son las que puede prestarme vuestro amor!

FIN.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



UJA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
JALISCO
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

CII

U

UJA